Retratos de instantes perfectos



Sol Chiara

ALFAGUARA

Retratos de instantes perfectos

Sol Chiara

ALFAGUARA
INFANTIL Y JUVENIL

A vos, que estás empezando esta historia. Para recordarte que, hasta en los peores momentos, aún hay esperanza.

Capítulo 1

Jueves 6 de enero de 2022

Esa vez, volver a casa se sintió como acercarse de a poco a una nueva despedida. Cada paso hacia mi hogar lograba sacarme un poquito más el aire de los pulmones, porque bien sabía que era la última vez que iba a volver. El último viaje de regreso a casa. Bueno, o por lo menos a esa casa, porque, en menos tiempo de lo que me habría gustado admitir, casa iba a referirse a otro país, otra gente, otro aire.

Nunca había pensado en vivir fuera de mi país, me parecía una locura abandonar todo lo que me resultaba familiar para ir a un lugar donde ni siquiera entendía el idioma. Pero ahí estaba, en un avión, yendo a poner todas mis cosas en cajas, para estar en la otra punta del mundo en dos meses. No tenía opción, no podía quedarme atrás viendo cómo mi familia se alejaba. No podía perderlos a ellos también.

Una voz nos avisó que abrocháramos nuestros cinturones, el descenso estaba por comenzar. Y mientras todos los pasajeros suspiraban aliviados porque habíamos llegado a destino o se despertaban de una larga siesta, yo comencé a sentir cómo la ansiedad se hacía presente en mi cuerpo.

Un calor abrumador amenazó con asfixiarme y en mi cabeza se dispararon millones de pensamientos: todo lo que tenía que empacar, todas las cosas que iba a tener que tirar, en toda la gente de la que me tenía que despedir, en cada lugar que no iba a volver a ver y así mi cabeza seguía, seguía y seguía.

Si me preguntan en qué soy buena, diría que tengo mucha imaginación, se me da de manera natural, el problema es que jamás pude pararla cuando se va a lugares oscuros y, justamente, en ese momento, me mostraba millones de escenarios en los que me hubiera gustado no estar pensando.

El descenso terminó de manera tranquila, en contraste con el enorme caos que había en mi mente. Los pasajeros comenzaron a pararse para agarrar sus cosas mientras yo intentaba hacer los ejercicios de respiración que me había enseñado mi psicóloga.

—Tienes que respirar. Inhalas contando hasta cuatro lentamente y exhalas de la misma forma, verás cómo tu sistema nervioso se empieza a calmar de a poco —me repetía desde la primera sesión.

—¡Pero no es tan fácil! —solía responderle, enojada, después de mil veces de

intentarlo y que solo lograra sacarme más de quicio.

Obviamente, esa vez no fue la excepción, a los pocos minutos me cansé y abandoné mi tonto intento de calmarme. Busqué un nuevo foco al que mi imaginación pudiera aferrarse, para que tomara otro camino. En ese momento, mientras me levantaba de mi asiento, noté que el niño que estaba delante de mí me observaba con sus ojos verdes bien abiertos. Lo miré y moví mi mano en forma de saludo, feliz de encontrar una pequeña distracción. No parecía tener más de seis años, la sorpresa y la intriga se dibujaban en su rostro.

—¿Puedo preguntarte algo? —me susurró desde los brazos de su madre.

—Obvio, lo que quieras —respondí con una pequeña sonrisa, intentando ser lo más amable posible, ignorando la creciente necesidad de salir corriendo de mi cuerpo y dejar de sentir ese torbellino de emociones.

—¿Eres un hada? —preguntó con sus ojitos todavía bien abiertos mientras señalaba mi pelo violeta.

Eso logró hacerme sonreír, no fue una sonrisa capaz de achicar mis ojos, pero fue suficiente para aflojar un poco —muy poco— el nudo que había en mi pecho. No tardé en notar que, de la pequeña mochila que colgaba del hombro de su madre se asomaban unas conocidas novelas gráficas de hadas y dragones. Más allá de ese detalle, su intriga me hizo recordar a mi hermanita, Misuk. Desde el día que había aprendido a hablar, se dedicaba a decir en la escuela que tenía “una hermana con poderes mágicos”.

—Ven, ¡quiero mostrarles tu pelo a mis compañeros! No me creen que es mágico… —decía haciendo pucheros cada vez que iba a buscarla, mientras tiraba de mi mano para llevarme donde quería.

Volví a mirar al niño. Utilicé todos mis dotes actorales para hacerme la sorprendida.

—¿Cómo lo supiste? Por favor no digas nada, es un secreto —le susurré mientras me ponía el dedo índice sobre los labios.

Él se apresuró a asentir e imitar mi gesto, con su pequeño dedito. Sonriendo orgulloso, por saber mi “secreto”, se volteó para escuchar algo que le decía su padre.

Poco a poco los pasajeros fueron bajando del avión, en todo ese trayecto fui compartiendo muecas y risas con ese niño. Se generó algo especial entre nosotros, yo le traje un poco de magia e ilusión y él me dio un poquito de luz a la que aferrarme para despejar toda esa oscuridad que me abrumaba.

Capítulo 2

Jueves 6 de enero de 2022

Ya con mi maleta en mano, me despedí del niño y de sus padres, que al notar que su hijo jugaba conmigo, disminuyeron el paso para presentarse y hacerme un poco de compañía.

Mientras ellos se alejaban, me tomé un segundo para mirar a mi alrededor y dentro de mí. El torbellino había pasado, me había dejado cansada y con una enorme bola de angustia en la garganta. Necesitaba un café y un abrazo, preferentemente de mi hermano, que siempre lograba calmarme. Observé a la gente cerca de mí y no pude contener esa chispa de envidia que empezaba a florecer en mi interior. Todos se veían tan relajados, caminaban tan ligeros. Me habría encantado poder estar en sus zapatos, porque en los míos cada paso era más pesado que el anterior. Supe en ese momento que al café y al abrazo debía sumarles una sesión con mi psicóloga, porque la ansiedad se me estaba yendo de las manos y el pesimismo empezaba a ser el protagonista de mis oscuros pensamientos.

En ese instante recordé que tenía el celular apagado. Preocupada porque mi familia me hubiera llamado, me acerqué corriendo a un asiento para dejar mis cosas y buscarlo en la mochila. Sonreí ante la pantalla prendida. Efectivamente mi hermano me había llamado tres veces. Sabía a qué hora llegaba mi vuelo y había tratado de localizarme desde ese momento. Tenía un temita con la puntualidad. Entró una cuarta llamada y la atendí de inmediato.

—¡Al fin, Lina! —exclamó como saludo Hyunmin, desde el otro lado de la línea.

—Hola, hermanito, ¿cómo estás? —respondí sonriendo, lo más sarcástica que pude, solo porque sabía que iba a irritarlo más.

—Decir “hola” no es prioridad cuando uno está preocupado.

Por su tono noté que su preocupación no era fingida.

—Bajé hace menos de diez minutos del avión, no pensé que ibas a llamarme tan rápido, y tenía el celular apagado. Perdón si te asuste —le expliqué, intentando calmarlo, mientras me acomodaba en mi asiento y cruzaba una pierna encima de la otra.

Mi familia ya había sufrido bastantes pérdidas, todos somos un poquito exagerados

con la protección entre nosotros. Hasta el día de hoy no podemos evitarlo. Y aunque al principio era un poco molesto, con el tiempo me acostumbré a la necesidad de mi hermano de tener todo bajo control, es lo único que le trae algo de tranquilidad. Vive con el miedo de perdernos a nosotras también.

—No importa, me quedo tranquilo porque ya atendiste. Aunque te escucho un poco apagada… ¿estás bien?

Pude notar que su preocupación no se había ido en lo absoluto, pero para cualquier otra persona que lo escuchara, Hyunmin habría sonado de lo más relajado. Así como él adivinó que algo me pasaba sin que le dijera nada, yo pude leer los matices en su voz. Desde el primer día se había formado un vínculo especial entre nosotros, un vínculo que muchas personas no podían entender. Esa conexión especial hizo que fuera tan fácil dejar de llamarnos “mejores amigos” y empezar a decirnos “hermanos”. Porque en el fondo ya lo éramos, nos habíamos convertido en familia desde nuestro primer encuentro, solo que ahora contamos con una docena de papeles que lo afirman.

—¿Tienes un momento para que te cuente?

Mientras esperaba que nuestra madre pasara por mí, le expliqué lo que me había pasado en el avión. Siempre me hacía bien hablar con Hyunmin, era muy bueno escuchando y un gran consejero, pero más que nada me relajaba saber que él nunca iba a juzgarme, pasara lo que pasara.

—Espera un segundo, ¿me estás diciendo que un niño se puso a jugar contigo? ¿No lo asustó tu ropa gótica? —comentó sarcásticamente.

Bueno, dije que no me juzgaba, no que no se burlara de mí, al fin y al cabo, somos hermanos.

—Que me vista mayormente de negro no significa que sea gótica —le respondí mientras una risa amenazaba con salir a la superficie.

—Lo que digas, gótica.

No lo soportamos más y una risa se nos escapó a ambos. Para cuando logramos dejar de burlarnos entre nosotros, divisé a nuestra madre caminando hacia mí lentamente. Colgué el teléfono y corrí a su encuentro. Cuando me vio, abrió los brazos y me estrechó con fuerza. Su característico perfume de jazmines inundó el abrazo. Siempre la rodea esa fragancia, eso fue lo primero que noté cuando nos conocimos en el orfanato. A partir de aquel día, ese olor es sinónimo de paz. Tal vez fue ese pequeño detalle lo que hizo que me abriera a ella cuando la directora del orfanato me sentó a su lado. Me explicó que ella era Sabrina y que estaba ahí para ayudarme con las dificultades que estaba teniendo en mi aprendizaje. Quizás fue la mirada dulce que me dedicó o que me preguntara cómo estaba antes de decir cualquier otra cosa, algo que ninguna de las cuatro psicopedagogas que había tenido antes habían hecho. Ellas me

hacían sentir que estar conmigo era un trámite, una actividad más que tachar en su lista de tareas. En cambio, Sabrina me hacía sentir en casa. Aflojé nuestro abrazo para mirarla, estaba tan radiante como aquella vez. Su cabello ondulado y pelirrojo le caía sobre los hombros. Siempre brillaba de una manera especial, era completamente hipnótico.

—Te extrañé mucho, ma —le dije bajito.

—Y yo a ti, mi niña —me dijo mientras me acomodaba un mechón de pelo detrás de la oreja.

No pude decirle nada más porque volvió a abrazarme. Ella, al igual que Hyunmin, se daba cuenta de todo lo que me estaba pasando, y no necesitaba preguntar nada, una mirada era más que suficiente para que entendiera todo. Es ese poder único que tienen las madres. Me ayudó con mis cosas y nos dirigimos a su auto, mientras nos poníamos al día.

Una vez guardado todo en el baúl, nos acomodamos en nuestros asientos y me puse mis auriculares. Inmediatamente empezó a sonar *Coastline* de Hollow Coves. Sabrina entendió a la perfección que necesitaba un segundo sin hablar, sin pensar, así que se dedicó a manejar en silencio. Aunque de vez en cuando notaba su mirada sobre mí, preocupada, expectante.

Durante todo el camino me dediqué a admirar las calles de la ciudad que tanto iba a extrañar cuando nos fuéramos, sus colores, su gente, todos esos lugares que me hacían sentir en casa. De golpe sentí el nudo en la garganta volver con más fuerza. La despedida había comenzado y no iba a ser nada fácil.

Capítulo 3

Jueves 6 de enero de 2022

La Academia Creativa para Jóvenes Artistas se plantó imponente delante de mí. Tenía que entrar, pero no encontraba las fuerzas necesarias para dar el primer paso hacia la puerta. Me sentía incapaz de moverme, estaba totalmente paralizada. Como si de pronto me hubieran salido raíces de las puntas de los dedos de los pies y se hubieran aferrado a la vereda con todas sus fuerzas. Entonces supe que no estaba lista para ver a mis amigos, para que empezaran nuestras últimas semanas juntos.

Habíamos decidido que, hasta el día de la mudanza, íbamos a intentar pasar la mayor cantidad de tiempo posible en la Academia, todos juntos.

Al llegar al último año, se les asignaba un pequeño departamento en el piso más alto del edificio a los tres estudiantes con mayor potencial, para que pudieran asistir a todas las clases que quisieran sin preocuparse por horarios ni viajes. Los seleccionados podían elegir hasta un total de seis compañeros para disfrutar de las ventajas de ese espacio, sin importar qué rama artística hubieran elegido. La única condición era que estuvieran cursando en el último año de su carrera.

Ya sé cómo suena, parece sacado de una película universitaria estadounidense. Al principio, yo tampoco creía que algo así pudiera existir, pero todo me cerró al enterarme del precio de la cuota mensual que había que abonar para estudiar en ese lugar. Todavía puedo escuchar el sonido que hizo mi corazón al romperse aquel día, cuando entendí que jamás podría estudiar en la Academia si tenía que pagar esa cantidad de dinero mes a mes.

Para mi suerte, todos los años asignan un total de veinticuatro becas, dos por mes, y después de presentarme durante siete meses seguidos, logré obtener una vacante. No fue fácil, pero lo había conseguido. Seis años más tarde, junto a mi hermano y a nuestros cinco amigos, ocupábamos uno de esos departamentos, nuestro hogar durante los siguientes meses.

Marcos había quedado seleccionado entre los tres estudiantes con el mejor promedio y no había dudado en elegirnos a nosotros para que viviéramos esa experiencia juntos.

La Academia era mi lugar en el mundo. Entre sus paredes había sido inmensamente feliz, en ese lugar entendí quién era y qué quería hacer con mi vida.

Los profesores no solo me inspiraron en el arte, sino que muchos de ellos me enseñaron a levantar con orgullo la bandera de mi identidad. El tiempo siempre se me pasó volando ahí dentro. En ese instante, parada frente a ese lugar tan especial, sentí miedo de entrar, y que en un abrir y cerrar de ojos ya tuviera que irme.

De pronto, un grupo de estudiantes salió por la puerta principal, todos se giraron hacia mí con enormes sonrisas en el rostro.

—¡Hola, Lina! —saludó uno.

—¡Lina! ¡Volviste! — exclamó el de al lado.

—¡Te extrañamos! —dijo otro.

Los saludé con la mano cuando pasaron a mi lado, utilizando mi mejor sonrisa falsa. Cuando se fueron, me reí de verdad. Su hipocresía jamás dejaría de sorprenderme. Esas mismas personas, unos años atrás, se habían burlado de mí en cada ocasión que pudieron. Al parecer, para ellos, no tener el nivel económico suficiente para pagar la cuota de la Academia era sinónimo de no tener talento, como si no mereciera estar ahí al igual que cada uno de ellos. Sus burlas cesaron cuando gané uno de los concursos de fotografía más importantes del país, lo que le proporcionó muchísimo reconocimiento a la institución en la que estudiaba. Se ve que volver con un enorme trofeo era la manera de ganarse el respeto de los *bullies.*

Me saqué a esos idiotas de la cabeza, tomé mi maleta y entré a la Academia. A veces me costaba recordar que no tenía que demostrarles nada, que uno merece que lo respeten por ser una persona y ya. El dinero y los trofeos no deberían ser sinónimos de valor.

Fui directamente hacia el ascensor, caminar por la Academia solo haría crecer mi angustia. Mientras esperaba que llegara al último piso, volví a colocarme los auriculares y puse *Tuscany* de Anja Kotar. Cerré los ojos unos segundos, saboreando el comienzo de la canción. Antes de llegar al estribillo, ya estaba entrando al depa. Para mi sorpresa, y alivio, no había nadie, eso me daba unos minutos para relajarme y ponerle mi mejor cara a la situación. No quería que mis amigos se preocuparan por el caos emocional que me estaba atormentando. Mientras disfrutaba de la canción, comencé a ordenar algunas de mis cosas.

Estaba tan absorta ante la increíble voz que me cantaba al oído, que no noté que Olivia había entrado a la habitación. Simplemente sentí que alguien se colgaba de mi cuello y me sacaba los auriculares. Tuve un pequeño infarto, no voy a mentirles.

—¿Por qué no avisaste que venías directo para acá? Pensé que pasabas por tu casa primero —me reprochó, mientras me pegaba cariñosamente en el brazo.

Con mis amigos, decir “hola” no parecía una manera lógica para empezar una conversación. Pero reprimí mis ganas de burlarme de Olivia como había hecho con mi

hermano. Sonreí al ver su intento de enojo. Era imposible tomarla en serio cuando se enojaba, daba demasiada ternura. Cuando hacía esos pucheros solo lograba que te dieran ganas de darle abrazos durante horas. No pude evitar revolver su hermoso cabello corto, rizado y de un verde tan tierno como su persona. Era mucho más bajita que yo, apenas me llegaba al hombro.

—Quería estar con ustedes —me defendí con una tímida sonrisa.

Algo cambió en los ojos de Olivia, como si mi tristeza la hubiera golpeado sin previo aviso.

—¿Comiste? —preguntó mientras iba hacia nuestra pequeña cocina. Yo negué con la cabeza—. Perfecto, hago el desayuno entonces, y me cuentas sobre tu viaje.

Me conocía tan bien, siempre solucioné mis tristezas con comida. Me senté frente a la mesa, desconecté los auriculares de mi celular para que la música inundará el lugar y me dediqué a observar a Olivia. Ese día llevaba puesto su collar de *her.* Ese pequeño dije que colgaba en su cuello nos informaba cada mañana con qué pronombre nos teníamos que referir a su persona. Se había declarado género fluido hacía dos años atrás. Nos lo contó con voz temblorosa, llena de miedo, porque en su casa esta noticia no había sido muy bien recibida. Sus padres vivían cargados de prejuicios y eso había llenado de inseguridades a Olivia desde muy pequeña. Claro que ese no fue el caso en nuestro grupo, todos la abrazamos y le dijimos que estábamos orgullosos de quien era. Aunque había intentado explicarnos qué era el género fluido, algunos no terminamos de entender. Así que empezamos a investigar para apoyarla y encontramos una página que lo explicaba de manera sencilla.

Entonces aprendimos que el género fluido pertenece a las identidades no binarias. Si alguien *se* autopercibe de género fluido, significa que la identidad de género de esa persona va variando (o fluyendo) con el tiempo. Estos cambios pueden darse en días, semanas o hasta en meses, dependen del individuo.

Hay personas que saben con qué géneros se identifican y otras que no, y hay quienes lo hacen con varios a la vez o con ninguno. Es muy importante prestar atención a qué pronombre están usando, para no generarles un momento incómodo al utilizar uno con el que no se identifica.

Al principio fue difícil acostumbrarnos a decirle de otra manera, pero todos hicimos nuestro mayor esfuerzo para que se sintiera bien. Cuando tenía el collar de *him*, además de usar ese pronombre, prefería que le dijéramos Oli. Mi amiga notó que la miraba y se volteó.

—¿Qué pasa? —preguntó inclinando su cabeza como un cachorro intrigado.

—Nada, solo me fijaba qué collar tenías puesto hoy —le dije mientras lo señalaba con la barbilla.

Tuve una pequeña punzada de dolor en el corazón al recordar quién me había pegado ese gesto.

—Ah, llevo varios días usando el mismo —comentó sin darle mucha importancia.

La vi sonreír, feliz de que alguien siguiera atento a esos detalles.

—Necesito contarte algo —dijo mientras me miraba de reojo. Sus expresiones me dejaron bien en claro hacia dónde se iba a dirigir la conversación.

—No me digas que al fin sucedió… —le respondí mientras me empezaba a parar de la silla, muy despacio.

—¡Síííí! ¡Mara aceptó ser mi novia! —exclamó casi a los gritos. Su sonrisa le iluminaba todo el rostro.

La abracé y felicité, sabía cuánto significaba eso para ella. Olivia estaba enamorada de Mara desde hacía años, se habían conocido en una clase de pintura en la Academia. Por miedo a que Mara no la aceptara, tardó mucho tiempo en invitarla a salir. Para nosotros, que lo veíamos todo desde afuera, era obvio que se gustaban mucho, pero nunca daban el primer paso.

Mientras desayunábamos, Olivia me contó detalladamente cómo había sido toda la noche. Cómo las dos se pidieron ser novias casi al mismo tiempo y cómo, ambas también, dijeron que sí al unísono, con mejillas ruborizadas y ojos llorosos.

En mi celular empezó a reproducirse *Elation* de Isbells y me pareció mágico que la canción combinara a la perfección con ese momento. Mientras la veía hablar tan feliz, no pude evitar pensar en lo orgullosa que me sentía de ella. Se había topado con muchas paredes y había logrado saltarlas todas. Deseé con todas mis fuerzas que algún día ella también pudiera estar orgullosa de mí, de mi progreso y mi valentía. De verdad quería que así fuera.



Capítulo 4



Jueves 6 de enero de 2022

De a poco, llegaron mis amigos al depa. Me había olvidado por completo de que esa semana empezaban las clases intensivas de verano, por eso no había nadie cuando llegué. Olivia me puso al tanto de los horarios rápidamente. Por suerte, ni ella ni yo teníamos clases en la mañana ese día, así que pudimos quedarnos charlando sin tiempo límite.

Olivia estudiaba Artes Plásticas. Todos sus dibujos y pinturas me dejaban sin aliento. Me encantaba sentarme junto a ella para verla dibujar en ese pequeño cuaderno de terciopelo amarillo que llevaba a todos lados. No importaba adónde fuera, ese cuaderno permanecía en su mochila, por si acaso. Ella decía que la inspiración solía aparecer en los lugares más extraños. Que a veces, cuando menos se lo esperaba, la golpeaba con intensidad una idea tan buena que debía comenzar a plasmarla en el papel en ese mismo instante, y yo lo entendía perfectamente. Yo estudiaba Artes Audiovisuales, pero mi gran amor siempre fue la fotografía. Muchos años atrás, cuando vivía en el orfanato, una de las mujeres que me cuidaba se acercó a mí y me dio algo que cambió mi vida para siempre.

—Encontré esta cámara vieja en mi casa, hace años que no la usamos —me contó, mientras yo analizaba el extraño objeto que tenía entre mis pequeñas manos—. Pensé que quizás podría gustarte. El otro día vi cómo imitabas al periodista que vino a sacar fotos para el diario —recordó, mientras me observaba con la misma curiosidad con la que yo miraba la cámara.

Desde el día que había visto a ese periodista, quedé fascinada ante la idea de que con esa maquinita podías capturar instantes y guardarlos para siempre. ¡Era como magia! Mi yo de ocho años estaba alucinada y más desde que esa señora me había dado mi propia máquina mágica.

Para una niña que no tenía nada, la ilusión y la imaginación eran el mejor juguete. Jamás me despegué de esa cámara, era mi versión del cuaderno amarillo de Olivia. Utilizaba una cámara digital para trabajar y estudiar, pero para mí siempre hubo algo especial en tener ese instante en las manos al segundo de haberlo tomado.

—Me equivoqué, borra ese horario que te dije antes —anunció Olivia mirando la

computadora con el ceño fruncido. Su voz me devolvió a ese momento. Yo anotaba atenta todo lo que me decía, para poder ir organizando mi semana—. No puedo encontrar el horario de la clase de *After Effects*… ¡Acá está! Martes a las cuatro de la tarde, esa sería tu primera clase de la semana —y siguió dictándome qué clases tenía cada día.

En resumen, la semana estaba llena, a excepción de los fines de semana y los lunes. Las clases intensivas de verano hacían justicia a su nombre, eran muchas por semana y bastante más difíciles que las clases regulares. La Academia le armaba un plan "ideal" a cada alumno según sus gustos, pero si querías podías cambiar las clases como se te antojara, eligiendo otras, anotándote a menos o a ninguna. Las clases intensivas de verano eran opcionales. Siguiendo mi objetivo de pasar la mayor cantidad de tiempo en mi lugar favorito, no me molestó para nada tener tantas clases por semana. Iba a saborear cada momento que me quedara en ese lugar.

Observé mis horarios un segundo, analizando cómo organizarme.

—Voy a tener que pasar mis sesiones de terapia a los lunes, así tengo los viernes libres para las clases —dije, mientras tomaba un sorbo de café—. Mañana tengo que charlarlo con mi psicóloga.

Olivia separó la vista de la computadora y puso toda su atención en mí.

—¿Cómo vas con eso? —preguntó con cautela.

—Bien —suspiré, acomodándome en mi asiento—, bastante lento, pero bien. Lo de la mudanza me está generando mucha más ansiedad de lo que esperaba. No es como si me fuera a vivir acá a la vuelta, me voy a Corea. ¡Es demasiado lejos! —dije y ya sentía que se me cerraba la garganta—. No quiero irme y dejar todo esto atrás como si nada —confesé bajando un poco la mirada.

—Lina…

Olivia no llegó a decir nada más, de golpe la puerta se abrió y entró Adrián empapado en sudor. Mi amiga me dirigió una rápida mirada para darme a entender que esa conversación no iba a quedar así, y yo solo pude asentir antes de que Adrián notara mi presencia. Cuando me vio, abrió bien grande los ojos y en tres zancadas ya estaba apretándome en un abrazo que dejó mis pies colgando en el aire.

—Yo también estoy feliz de verte, pero estás todo mojado —comenté riendo.

—Te fuiste dos semanas, lo mínimo que puedes hacer es aguantar mi transpiración —me respondió estrujándome más fuerte.

La gente no se esperaba que Adrián fuera tan cariñoso y eso siempre me hacía gracia. Al verlo, con cada milímetro de su piel cubierta de tinta, con su pelo largo, vestido con colores oscuros y cadenas colgando de los pantalones, solían pensar que era un chico muy cerrado y seco. Una mala influencia. Sin embargo, era el más

sensible, atento y dulce de todos nosotros. Cuán equivocados están los estereotipos.

—No seas asqueroso, Adrián —dijo una voz desde la puerta. Pude reconocer fácilmente que era Marcos, nuestro amigo prodigio y el novio de Adrián—. Suéltala y la sigues abrazando cuando estés limpio. Si tanto la extrañaste, no la hagas sufrir de esa manera.

—¡No está sufriendo! Lina ama los abrazos —reprochó todavía sin soltarme.

Marcos soltó una risita y entró al departamento. Tenía sus cortos rizos castaños despeinados y su piel bronceada llena de sudor, al igual que Adrián.

—Es que no estás viendo la cara de asco que tiene en este momento —le respondió su novio, mientras aceptaba la botella de agua que le ofrecía Olivia y la saludaba con un beso en la mejilla. Se miraron cómplices, ambos estaban disfrutando mucho la escena.

Marcos no se equivocaba, amaba a mi amigo, pero el olor me estaba matando. Me moví un poco en su abrazo para que notara mi incomodidad. Adrián me soltó y me miró como si lo hubiera traicionado.

—Ya vas a ver, en cuanto salga de bañarme no te vas a poder librar de mí —dijo apuntándome con el dedo. Le dio un rápido beso a su novio y se fue a las duchas corriendo, abandonando su remera mojada en el camino.

Marcos se quedó viéndolo, embobado, y después giró hacia mí con una sonrisa coqueta de ojera a ojera.

—Yo también te extrañé un montonazo, pero voy a abrazarte cuando esté sequito y perfumado.

—Me parece perfecto —dije sonriéndole también. En ese momento recordé que Hyunmin no contestaba mis mensajes desde hacía varias horas—. De casualidad, ¿no viste a mi hermano?

—Cursó Danzas Urbanas con nosotros y al terminar se fue directo a las duchas. Se ve que los señores Lee le enseñaron que no hay que abrazar a nadie cuando se está empapado en sudor —tomó otro sorbo de agua y mientras se iba lo escuchamos decir —. Mi novio, por otro lado, es un cerdo.

—Como si eso no te gustara—le gritó Olivia, burlándose de él.

—No voy a mentirte —respondió, gritando a lo lejos. Se le notaba en la voz que seguía sonriendo.

Media hora después, ya estábamos todos dentro del pequeño departamento. El ruido de las risas y charlas de mis amigos flotaba alrededor, pero yo sentía que no estaba ahí.

Mi hermano no había llegado y eso me tenía muy preocupada. Lo llamé varias veces y nunca me atendió. Intenté mantenerme calmada, pero su ausencia despertó los

malos recuerdos que tenía bien enterrados dentro de mí. Recuerdos que me perseguían desde aquella tarde, hacía cinco años atrás. Estaba a punto de pararme y salir a buscarlo por la Academia, cuando la puerta se abrió.

Como si nada hubiera pasado, mi hermano entró al depa con varias bolsas en la mano y una enorme sonrisa en el rostro. Me buscó con la mirada sin perder un segundo y al encontrarme soltó todas las bolsas. Sus brazos me envolvieron al instante, mi cabeza quedó en su pecho, escuchando cómo su corazón latía tranquilo. El mío, por desgracia, no compartía esa calma.

Estoy segura de que me excedí un poco con la fuerza de mi abrazo, porque Hyunmin me soltó lo suficiente para susurrarme mientras me miraba fijamente.

—¿Está todo bien?

Todavía tenía esa tierna sonrisa en el rostro. Sus ojos rasgados, marrones, estaban cargados de amor y un dejo de preocupación. Su pelo, que compartía la misma tonalidad de sus ojos, estaba levemente despeinado. Supuse que por culpa del viento que ese día se había empeñado en mover la copa de los árboles con una violencia sobrenatural. A diferencia de Adrián, Hyunmin vestía colores claros y neutros.

—No contestabas el teléfono —respondí, también en un susurro.

Su sonrisa desapareció y en su mirada pude ver que entendía mi miedo, los mismos recuerdos lo perseguían a él.

—Estoy bien, ¿sí? Los dos estamos en casa.

Muy pocos podían entender cuánto significaba para mí esa afirmación. Me dio un pequeño beso en la frente antes de seguir hablando.

—Ahora cambia esa cara porque te traje algo.

Me pasó un brazo por los hombros y me acercó a la mesa, donde nuestros amigos seguían charlando. Me soltó para ir a buscar sus bolsas, mientras yo miraba a los demás.

Estaba segurísima de que habían escuchado nuestra conversación, pero nadie dijo una palabra sobre el tema. Sabían nuestra historia y por lo que habíamos pasado. Entendían nuestro dolor, lo habían visto con sus propios ojos. Así que, en momentos como ese, cuando los recuerdos nos pegaban un sacudón, nuestros amigos cumplían la misión de intentar distraernos y sacarnos alguna que otra carcajada. Me di cuenta de que ese día no sería la excepción cuando Adrián giró hacia mí.

—A que no sabes quién se volvió a pelear a los golpes, en la calle, el fin de semana pasado… —dijo arrastrando las palabras, casi cantándolas. Era fácil descubrir que se estaba burlando de alguien.

—La verdad, no se me ocurre nadie —respondí de la manera más sarcástica posible, mientras miraba de reojo a Ulises.

Él me sonrió de manera inocente, pero en un instante sus hermosos ojos azules se cargaron de furia, recordando lo que había pasado.

—¿Qué iba a hacer? Alexis estaba maltratando a Rebeca en la puerta del bar de acá al lado. La tenía agarrada del brazo y ella le pedía llorando que la soltara —se defendió ante nuestras miradas de reproche. No pude evitar centrarme en las pequeñas cicatrices que tenía en el pómulo. Recuerdos de muchas peleas en las que nadie lo había metido, pero a las que su moral lo empujó a participar de todas formas.

Rebeca y Alexis eran de las parejas más conocidas de la Academia, y de las más tóxicas. Él era muy violento con ella, tanto verbal como físicamente. Esa vez no era la primera que pasaba algo así. Muchas veces intentamos acercarnos para ayudarla, preguntarle qué podíamos hacer por ella, pero Alexis lo hacía imposible. Estaba siempre cerca, listo para aislarla de cualquier contacto que pudiera sacarla de su lado. La tenía dentro de una cárcel de barrotes invisibles, privada de todo contacto con el exterior.

Jamás estaría de acuerdo con la violencia, pero tampoco podía negar que me alegraba saber que Ulises la había defendido. Aunque no fuera nuestra amiga, nos preocupaba mucho la situación, nos manteníamos atentos cuando estaban cerca por si Rebeca necesitaba que alguien saltara en su defensa.

—Aunque tus intenciones son honorables —dijo Hyunmin mientras ponía las bolsas sobre la mesa—, resolver las cosas a los golpes nunca es la mejor opción y lo sabes.

Ulises estaba a punto de replicar, pero la conversación se interrumpió cuando Hyunmin comenzó a sacar potecitos de helado de las bolsas, cada uno llevaba un nombre escrito en la tapa. Nuestros nombres. Instantáneamente Olivia corrió a buscar cucharas y en menos de cinco segundos estábamos atacándolos. Mi hermano, siempre tan atento, compró el gusto de helado favorito de cada uno.

—Ahora, volviendo a lo importante… ¿Qué podía hacer? No la soltaba —dijo Ulises mientras se metía una enorme cucharada de helado en la boca.

—No sé, pero cualquier cosa parecía mejor que romperle la nariz —dijo Adrián. A su lado, su novio asintió para demostrar que estaba de acuerdo.

Me giré, con los ojos demasiado abiertos.

—¡¿Le rompiste la nariz?!

—Se lo merecía —dijo Olivia con la boca llena de helado y chocando las manos con Ulises.

—No lo alientes, estuvo muy mal lo que hizo —dijo Elías.

Era la primera vez que hablaba desde que había llegado. Era normal que fuera callado, pero cada día lo notaba más metido en sí mismo. Estaba muy pálido. Su cabello rubio, que caía sobre sus orejas de lo largo que estaba, siempre se encontraba

revuelto y enredado. Sabía que estaba pasando por cosas difíciles, pero no había forma de que nos contara exactamente qué lo atormentaba. Su mente era como una caja fuerte blindada. Impenetrable, indestructible. Y aunque nosotros intentamos ser los mejores ladrones del universo para arrebatarle lo que guardaba dentro de esas murallas de metal, llegó un día que entendimos que era una misión imposible. Él tenía la llave y no parecía dispuesto a entregarla. No aún.

Mi hermano asintió, de acuerdo con lo que decía Elías. Tomó aire, listo para dar uno de sus discursos de hermano mayor. Era el más grande de todos nosotros y se tomaba el trabajo muy en serio.

—Es verdad, yo opino…

No pudo terminar la frase, un almohadón le golpeó la cara de lleno. Olivia soltó una risita. Ulises tenía en la mano otro almohadón, listo para seguir atacando a Hyunmin.

—Durante un rato, solo por unos minutos, no seas tan serio —dijo mientras el segundo almohadón volaba hacia la cara de mi hermano, quien, esta vez, lo esquivó sin problemas.

Una sonrisa llena de malicia empezó a tomar forma en el rostro de Hyunmin, mientras buscaba con qué defenderse.

Se armó una batalla campal, todos soltaron sus helados y comenzaron a golpearse con almohadones y almohadas. Bueno, todos menos Elías y yo. Me senté junto a mi amigo y lo abracé, poniendo mi cabeza en su hombro. No me devolvió el abrazo, pero sentí cómo suspiraba y se relajaba ante mi muestra de cariño. Nos quedamos así un rato largo, apoyándonos en silencio mientras a nuestro alrededor las risas lo inundaban todo.

Capítulo 5

Cinco años atrás

La casa de los señores Lee, padres biológicos de Hyunmin, era un palacio. Dos pisos, una escalera de mármol que se robaba todas las miradas, una cocina digna de uno de los mejores chefs del mundo, ventanas y ventanales que permitían que entrara luz solar la mayor parte del día, inundando todas las salas de un increíble matiz dorado durante cada atardecer. Y ni hablar del jardín, porque podría estar horas describiendo la tonalidad única de cada flor que le daba vida a ese espacio. *Un lugar digno de ser fotografiado*, pensé la primera vez que lo vi. Ese espacio mágico se convirtió en la sede oficial de cada fiesta que armamos. Hacía poco habíamos empezado el segundo año de la Academia y queríamos celebrarlo todos juntos, obviamente.

Nos habíamos conocido el primer día de clase de la secundaria y desde ese momento no encontramos la manera de funcionar si estábamos separados. Éramos pequeños grupos que se unieron para formar uno más grande, mucho más fuerte.

Marcos, Elías y Olivia hicieron la primaria juntos. Ulises y Adrián eran vecinos desde muy pequeños. Y después estábamos Hyunmin y yo que, desde los nueve años, cuando Sabrina me adoptó, éramos mejores amigos. Días antes de terminar la secundaria, Olivia apareció corriendo y nos mostró un folleto de la Academia. Quedamos flechados al instante, embelesados por ese lugar que parecía estar hecho de todos nuestros sueños.

La ilusión en los ojos de Ulises se apagó abruptamente cuando comprendió cuánto dinero necesitaría para asistir y, aunque yo no tuviera un espejo delante de mí, estaba segura de que en mis ojos vio su tristeza reflejada. Sin embargo, las becas llegaron para salvarnos. Nuestros amigos esperaron hasta que las conseguimos para anotarse. Éramos un equipo y lo íbamos a ser siempre.

Con mi madre llegamos unas horas antes para poder ayudar a los Lee a preparar todo lo necesario para el festejo de esa noche. Cuando terminamos de acomodar dos mesas en el comedor, una para que nos sentáramos los siete amigos y otra para nuestros padres, Sabrina se fue a la cocina a ayudar al padre de Hyunmin y mi amigo subió corriendo a ducharse. Así que, como estaba aburrida, me propuse preparar las mesas. O eso intenté, porque me fue imposible encontrar nada. Meses atrás los Lee se

habían mudado a esa nueva casa, mucho más grande que la anterior, y todavía no lograba acostumbrarme a la nueva disposición de las cosas. Para mi suerte, la mamá de mi mejor amigo entró a la habitación en el preciso momento en el que empezaba a perder la cabeza entre tantos cajones y puertas.

—Hana, ¿me dirías dónde están las cosas para poner la mesa? —supliqué rendida.

Me había costado muchos años decirle Hana y no “señora Lee”, pero sabía que se sentía más cómoda de esa manera. Ella giró hacia mí, tan bella como siempre. Tenía el pelo extremadamente largo, negro y lacio. Su rostro siempre estaba relajado y en sus ojos rasgados se reflejaba una amabilidad abrumadora. Era el fiel reflejo de la tranquilidad y emanaba una paz contagiosa.

Sonrió y caminó hacia mí.

—Claro, y de paso te ayudo, así hacemos más rápido —respondió mientras me guiaba hacia donde estaban los cubiertos.

A los pocos minutos apareció mi amigo y con su ayuda terminamos en cuestión de segundos. Hablábamos sobre nuestras materias favoritas de ese año, cuando el señor Lee salió de la cocina, muy apurado.

—Rápido, ¿quién quiere probar cómo va esto? —preguntó, extendiéndonos la enorme cuchara de madera que tenía en la mano.

Con Hyunmin compartimos una rápida mirada y al instante empezamos a correr. No faltaron empujones en esa carrera a muerte para llegar a probar lo que fuera que el señor Lee estaba cocinando. Era un genio culinario, tenía una pequeña cadena de restaurantes en Corea y todas las recetas que se vendían en esos lugares eran creaciones de él. Así que, para nosotros, siempre fue un honor que nos usará de conejillos de indias.

Logré llegar primera y escuché a mi amigo maldecir mientras una infinidad de sabores explotaban en mi boca. Miré anonadada al señor Lee, incapaz de creer que alguien cocinara tan bien. Llevaba diez años sin creérmelo.

—¡Está exquisito! No sé qué es, pero me encanta. Aunque, siento que le falta un poco de sal.

Además de sus conejillos, éramos sus mejores críticos.

—¡Perfecto, genial, gracias! —dijo con palabras atropelladas, corriendo hacia la cocina en busca de la sal. Tenía el pelo revuelto y grandes ojeras debajo de sus alargados ojos, signos de que estaba luchando con una receta que no terminaba de satisfacerlo.

El señor Lee se transformaba al cocinar. Era su gran pasión. La cocina era su lugar en el universo, pero la convertía en fábrica de creaciones que siempre lograban hacernos volar hacia nuevos mundos.

—Es como si todo se esfumara y solo quedaran los ingredientes y yo. No salgo de esa ensoñación hasta que sirvo todo en los platos y veo a mis comensales saborear con una sonrisa en sus rostros, disfrutando con los ojos cerrados cada matiz de sabor —me explicaba cuando yo tenía once años, mientras hacíamos juntos la torta de cumpleaños de Jisu, su hija más pequeña—. Esas sonrisas valen cada hora perdida creando mis recetas, cada frustración y cada intento fallido. Sus sonrisas me ayudaron a entender que no me gustaría estar haciendo otra cosa con mi vida.

Yo solo asentía, era la primera vez que el padre de mi amigo me hablaba tanto y no sabía bien cómo reaccionar.

Apenas me conoció fue un poco distante, pero no le llevó mucho tiempo empezar a hacerme un huequito en su corazón y considerarme una más de la familia, solo que yo no terminaba de acostumbrarme. No estaba lista para esa nueva figura paterna en mi vida, tan distinta a lo que yo conocía.

De pronto noté un brillo diferente en su mirada, como si su alegría hubiera sido opacada por algún pensamiento fugaz. Su voz ya no tenía ese inspirador matiz alegre cuando volvió a hablar, fue reemplazado por un tono sumamente paternal, ese que los adultos tenían reservado para cuando querían enseñarle algo a sus hijos. Un tono que les decía a los niños que debían escuchar con atención, porque un secreto iba a ser revelado.

—Voy a decirte algo que me hubiera gustado que me dijeran a tu edad —empezó, sin mirarme, mientras decoraba la torta de Jisu—. A lo largo de tu vida te van a hacer creer que lo más importante es el dinero y que de las pasiones no se vive. Jamás les creas, porque si tienes dinero, pero eres infeliz, no tienes absolutamente nada. Tus sueños van primero, te aseguro que cuando uno persigue lo que ama, lo demás se resuelve solo.

Clavó su mirada en mí al terminar, pero yo no dije nada. Mi cerebro de once añitos estaba intentando absorber esa información que, al parecer, era tan valiosa.

—¿Entendiste?

—Sí, señor —dije bajando de mi asiento para hacer una rápida reverencia, como veía que Hyunmin siempre les hacía a los adultos, aunque no entendía qué significaba.

Al señor Lee se le escapó una carcajada, me revolvió el pelo y siguió con lo suyo. Sus palabras se grabaron en mi mente y mi corazón jamás me permitió olvidarlas. Ocho años después, mientras celebraba haber superado el primer año de la Academia y estar empezando el segundo, me sentí feliz al notar que sus palabras tuvieron un gran efecto en mí. Nunca había dejado de luchar por mis sueños.

Casi dos horas después, la casa de los Lee se llenó de mis amigos y sus padres, el barullo era ensordecedor, pero la buena energía se palpaba en el aire. En nuestra

mesa, estaban pasando muchas cosas en simultáneo. Marcos y Adrián se miraban a cada rato, pero cuando sus miradas se encontraban, apartaban la vista rápidamente. Con Hyunmin teníamos la teoría de que se gustaban. Ulises y Olivia jugaban piedra, papel o tijera. Tenían noticias que contarnos, pero no podían decidir quién hablaba primero. Elías y Hyunmin hablaban del nuevo álbum de BTS, banda que amaban y que los había dejado fascinados con sus nuevas canciones. Mientras tanto, saqué mi cámara para retratar ese instante perfecto. Cada momento con ellos era digno de inmortalizar.

Un grito de Olivia me obligó a despegar la vista de la foto que empezaba a revelarse.

—¡Sí! ¡Te gané! —le dijo a Ulises antes de sacarle la lengua. Él solo se cruzó de brazos y se quedó mirándola, divertido. Ella se acomodó en el asiento para mirarnos a todos y susurrar—. Tengo que mostrarles algo, pero no hagan mucho escándalo porque no quiero que lo vean mis papás.

Todos asentimos y nos arrimamos más a la mesa, expectantes. Se levantó un poquito la manga de su campera, solo lo suficiente para mostrarnos su muñeca, dejando al descubierto un pequeño tatuaje. Era una flor sonriente hecha en *outline* y cada pétalo era un color del arcoíris. Para otras personas podía ser solo eso, pero no para Olivia.

—Sean honestos, no tienen que mentirme si no les gusta… —sus inseguridades hablaron por ella, le quitaron el control de sus cuerdas vocales.

—¡Es perfecto! —dijo Adrián, con su voz cargada de emoción, intentando no gritar para no llamar la atención de los adultos.

—Es supertierna la carita que tiene en el centro —agregó Marcos sonriendo y Elías asintió a su lado.

—Es como tú, al cien por ciento —dije yo.

De a poco contagiamos a Olivia de buena energía. Sus inseguridades perdieron sentido y se esfumaron lentamente. Llena otra vez de su alegría característica, nos contó cómo había sido toda la experiencia entre susurros. Cuando terminó, Hyunmin tomó la palabra.

—Creo que hablo por todos cuando digo que nos encanta —afirmó mientras le tomaba la mano—, pero no te olvides de que lo más importante es que te guste a ti, que te haga feliz tenerlo y que te sientas orgullosa del motivo por el cual te lo hiciste.

Olivia asintió con lágrimas en los ojos y le apretó más la mano. Hacía años que se había dado cuenta que le gustaban las chicas y solo nosotros lo sabíamos. Su familia era bastante homofóbica, así que hasta el momento no se había animado a hablarlo con ellos abiertamente.

Para ella, esa pequeña flor era un símbolo de su identidad. Un símbolo discreto,

porque no quería seguir soportando los maltratos de sus padres, pero un símbolo al fin.

Con el tiempo, sin querer, nos convertimos en su red de apoyo. Me emocionaba ver cómo nos cuidábamos entre nosotros y esperaba que eso no cambiara nunca.

—Bueno, basta de emotividad —dijo secándose las lágrimas con un gesto dramático que nos sacó unas risas a todos—. Ahora le toca a Ulises. Que seguro tiene algo más importante que contarnos que un tonto tatuaje.

—Son cosas diferentes, ninguna es menos importante que la otra —le dijo Ulises mientras la rodeaba con un brazo. Aunque su voz estaba cargada de ternura, su mirada era bastante seria. Suspiró antes de continuar—. Bueno, pasaron algunas cosas en los últimos días…

En ese momento Hana aplaudió para llamar la atención de todos los invitados y empezó a pararse.

—Vamos, cuéntanos rápido antes de que empiece a hablar mi madre.

—No, no, deja, escuchemos a Hana y después les digo —respondió mientras, con un gesto de manos, le restaba importancia al asunto.

Olivia intentó insistir, pero Ulises se dedicó a negar con la cabeza y mirar fijamente a la mamá de Hyunmin. Quedaba claro que era un tema muy importante para él y no quiso contarnos a las apuradas. Resignados, miramos a Hana, que estaba parada esperando que todos le prestáramos atención, con el señor Lee a su lado, sonriendo a más no poder.

—Quiero aprovechar que estamos todos reunidos hoy para contarles una noticia importante. Nos tomó desprevenidos, pero estamos muy felices —dijo mientras giraba hacia su esposo, con una mirada llena de significado—. ¡Estoy embarazada!

—¡Vamos a tener otro bebé! —dijo también el señor Lee, casi al unísono con su esposa.

La sala explotó en aplausos y vitoreos. Hyunmin corrió hacia sus padres para abrazarlos. Me encantaba verlos juntos, una familia tan hermosa y unida. Busqué instintivamente a Sabrina con la mirada y le sonreí. Mi familia era mucho más chiquita, pero el amor nos sobraba.

Lo que yo no sabía era que el universo tenía planeado algo para nuestra pequeña familia y que pronto mi mejor amigo empezaría a formar parte de ella de una manera que jamás hubiéramos imaginado.

—¿Jisu ya lo sabe? —le preguntó Hyunmin a su padre.

—No, mañana vamos a decirle cuando la pasemos a buscar por la casa de su amiga.

—¡Yo propongo un brindis! —gritó de repente la madre de Marcos.

Mientras todos nos reunimos en la mesa de los adultos para brindar, me di cuenta de que Ulises no se había sumado al festejo. Lo vi irse hacia el patio, con un paquete de

cigarrillos en la mano. Mi corazón se debatió entre ir a buscarlo o quedarme a festejar con los Lee. Mi amigo giró, como si hubiera sentido que lo estaba mirando. Me sonrió y me dio a entender con un gesto que después hablábamos. Me relajé un poquito y seguí festejando, tranquila de que después nos iba a contar qué estaba pasando.

Pero esa charla tardaría años en llegar.

Capítulo 6

Jueves 6 de enero de 2022

Cuando la pelea con almohadones terminó, seguimos comiendo helado e intentamos ponernos al día. Al parecer me había perdido muchas cosas, todos querían contarme algo y todas las voces sonaban al mismo tiempo. Algunas cosas nunca cambian.

—Paren un poco —dije riéndome mientras sentía en mi corazón el peso de cuánto los había extrañado—, hablen de a uno. Marcos, tú primero.

—Adrián me regaló un anillo de promesa para nuestro aniversario —dijo lo más rápido que pudo, mientras me mostraba su mano. Un anillo simple y delicado brilló en su anular.

Vi cómo Adrián le guiñó un ojo a mi hermano, era obvio que él le había dado la idea. Según Hyunmin un anillo de promesa sirve para reflejar lo mejor de una historia de amor, la entrega total y completa de una pareja y, valga la redundancia, la promesa de un futuro juntos. No es exactamente un anillo de compromiso, no se estaban proponiendo matrimonio, pero tiene un significado parecido. Mi hermano sonrió orgulloso por haber sido parte de la idea. Él siempre tan romántico, lo había sacado de su padre, quien vivía sorprendiendo a Hana con los gestos más dulces que se puedan imaginar.

—A eso se debe la cara de tonto enamorado que tiene hace cinco días —dijo Ulises.

—Cállate, envidioso —dijo Marcos mientras abrazaba a su novio.

—¿Yo? ¿Envidioso?

—Sí, te molesta que nosotros nos demostremos cariño, porque no eres capaz de aceptar que estás muerto por Rebeca. Estás negado al amor.

—A mí no me gusta Rebe…

Se calló al darse cuenta de que todos lo mirábamos fijamente. Nadie iba a creerse ninguna de las palabras que salieran de su boca.

—Te conocemos hace años, no te hagas el desentendido –dijo Olivia, divertida por la situación.

—Están *muy* equivocados —se quejó, haciendo hincapié en el “muy”. Quizás demasiado hincapié. Una exageración provocada por el nerviosismo, pero que intentó hacer pasar por indignación.

—Sí, sí, como digas —dijo Adrián, mientras le daba palmadas en el hombro.

—Como dije antes, estás negado al amor —volvió a atacar Marcos con una sonrisa triunfal.

Y así seguimos por un largo rato. Olivia contó, una vez más, cómo se puso de novia con Mara, ya que algunos no sabían todos los detalles aún. Hyunmin anunció que al fin lo habían dejado dar algunas clases de baile en la Academia, y que empezaría la semana entrante.

Lo soltó como si no fuera nada, calmado, pero yo pude notar el nudo en su garganta, causado por la emoción de estar cumpliendo uno de sus más grandes sueños.

Por otro lado, Adrián me mostró el nuevo tatuaje que se había hecho. La estábamos pasando superbién, riéndonos y charlando relajados. Hasta que intenté sacarle charla a Elías.

–¿Y tú? ¿No tienes nada que contar?

Se encogió de hombros, sin decir nada.

–¿Te anotaste en alguna clase de verano? – indagué.

Esta vez me respondió negando con la cabeza y se levantó para irse.

–Estoy cansado, voy a dormir. En otro momento hablamos –dijo mientras su boca intentaba imitar una sonrisa. No necesito aclarar que eso no se pareció en nada a una sonrisa. Pensándolo bien, no recordaba cuándo había sido la última vez que había visto una auténtica expresión de alegría en su rostro.

El ambiente se volvió pesado y silencioso, todos nos quedamos viendo cómo Elías se encerraba en el dormitorio que compartía con Ulises, Hyunmin y Adrián. Con Olivia y Marcos ocupábamos el otro, mucho más pequeño.

—¿Desde cuándo está así? —pregunté.

—Ya sabes, lleva unos meses actuando de esa manera —contestó Olivia. En su mirada noté que estaba igual de preocupada que yo.

—Sí, lo sé, pero parece que no está muy bien. Siempre fue introvertido, quizás no participaba tanto de las conversaciones, pero prestaba atención. Ahora se siente como si ni siquiera estuviera en la mesa.

Todos asintieron simultáneamente.

Desde que lo habíamos conocido, Elías nos dejó bien en claro que no era tan charlatán como otros integrantes del grupo. Para él, el simple hecho de estar compartiendo un momento juntos era más que suficiente, no necesitaba intervenir en todas las conversaciones. Durante un tiempo intentamos cambiar eso, pero entendimos que solo lo estábamos presionando. Él era feliz estando con nosotros de esa manera y nosotros lo amábamos demasiado como para juzgarlo. Pero en el último tiempo algo se había empezado a apagar dentro de él y nadie sabía qué hacer para volver a encender

esa luz. Ni siquiera entendíamos por qué había ocurrido.

De pronto escuchamos que alguien intentaba abrir la puerta del departamento. Eso solo podía significar una cosa. Nuestras hermanas habían llegado.

—Después tenemos que seguir hablando de esto, hay que encontrar una manera de ayudar a Elías —susurró Hyunmin antes de que se abriera la puerta.

La alegría inundó el ambiente de golpe y olvidamos por completo nuestra triste charla cuando una pequeña niña cruzó la sala corriendo hacia mis brazos.

–*¡Unnie!* —gritó Misuk mientras corría. *Unnie* significa 'hermana mayor' en coreano.

La estreché con fuerza y la levanté en el aire. No tardó mucho en agarrarse con sus piernitas de mi cintura. Quedó completamente aferrada a mí como un pequeño koala.

—¿Cómo está la niña más hermosa del mundo? —le pregunté, intentando cargar mi voz de la mayor ternura posible. Empujé toda la preocupación por Elías muy dentro de mí y busqué centrar toda la atención en mis hermanas. Aunque Jisu no parecía querer esa atención, al entrar se había apoyado sobre la puerta, con esa pose despreocupada que tanto la caracterizaba. Era su forma de marcar distancia, las muestras de cariño no eran lo suyo.

Misuk se separó un poquito para verme. Su sonrisa nos iluminó a todos, como un faro en la oscuridad.

—¡Superbién! Hoy tuve clase con mi profesora favorita. —Mi sonrisa se agrandó tanto que casi no me entraba en mi cara.

Desde que se le empezaron a caer los dientes, Misuk pronunciaba la "s" de una manera muy graciosa. Tenía su corto cabello marrón sujetado en dos pequeñas coletas, bastante desprolijas. Eran obra de nuestro hermano, estaba segura, pero el hecho de que no estuvieran perfectas la hacían ver todavía más inocente. En conclusión, era la ternura hecha persona. De golpe, esa luz en sus ojos se atenuó un poquitito y un puchero apareció en sus labios.

—Te extrañé mucho, *Unnie.* No te vayas tanto tiempo la próxima vez —dijo mientras volvía a abrazarme.

—Ya no me voy a ir, no te preocupes —prometí mientras le acariciaba el pelo. Aunque ella apenas había nacido cuando pasó todo, se notaba que le había dejado algunas secuelas.

—Voy a preparar el almuerzo, así comemos algo antes de las clases de la tarde —dijo mi hermano—. Misuk, ¿quieres ayudarme?

En respuesta, estiró sus pequeños brazos hacia él. Se fueron hacia la cocina, con Olivia y Marcos detrás haciéndole muecas a Misuk, mientras Adrián buscaba el vaso y el plato favorito de mi pequeña hermana, y Ulises recogía su mochilita del piso.

Era innegable, los tenía completamente enamorados.

Observé a Jisu, que seguía cerca de la puerta. Ya tenía dieciséis años y estaba transitando esa faceta de “soy demasiado *cool* para admitir que los quiero”. Sin embargo, yo podía ver a través de ese escudo de insensibilidad y sabía que, si ese día estaba en el depa, era porque me había extrañado, aunque no quisiera admitirlo.

En el poco tiempo que no estuve, se había cortado y teñido el cabello. Lo llevaba rubio y por encima de los hombros. Caminé hacia ella y le di un pequeño beso en la frente.

—También te extrañé mucho —le dije.

—Y yo a ti —respondió tan bajito que pensé que había escuchado mal.

—Lee Jisu, ¿acabas de expresar sentimientos? Creo que hoy me voy a morir —exageré mientras me agarraba el pecho de manera dramática. Ella rodó los ojos, en un vago intento por restarle importancia a lo que acababa de decir. No lo logró.

No pude resistirme, la abracé. Nos quedamos así unos segundos, hasta que decidió que era suficiente.

—Listo, listo, ¡ya está! —me apartó de un empujoncito, con una mueca de fastidio.

—Puedes hacerte la dura, pero yo escuché lo que dijiste —repliqué de manera burlona.

—No dije nada.

—Sí, lo hiciste.

—¡Que no!

—¡Que sí! —insistí mientras me iba acercando a la cocina, para ayudar a los demás.

Almorzamos todos juntos. Mientras comía, Misuk nos mostró los dibujos que había hecho en la escuela.

La Academia tenía cursos para principiantes, para todos aquellos que quisieran introducirse en su rama favorita del arte, pero no tuvieran la mayoría de edad para anotarse en las carreras universitarias de la institución. Misuk aún era muy pequeña para todo eso, no tenía más de cinco años, así que de momento los cursos para principiantes eran una gran opción para que pudiera explorar aquello que le gustaba hacer.

Olivia, sentada junto a ella, se dedicó a halagarle cada una de sus creaciones. Jisu, aunque se mostraba fría, se apresuró a sentarse a mi lado y no se despegó de mí en ningún momento. Al fin y al cabo, seguía siendo esa niña que me corría por toda la casa de los Lee para pedirme que la cargara.

Cuando terminamos el almuerzo, Marcos y Adrián se encargaron de limpiar y ordenar. Quise ayudarlos, pero Misuk se paró delante de mí, con un peine y colitas en su manita. Quería que la peinara. A ella no le gustaban las coletas que le había hecho Hyunmin.

Mientras le preparaba el pelo para hacerle dos trenzas, tomó mi celular y puso *Home* de BTS. Todos empezamos a cantar mientras hacíamos nuestras cosas. Hyunmin y Elías habían logrado que todos amáramos la música de ese grupo. Nos transmitía mucha buena energía. Además, escucharlos me ayudaba a practicar mi coreano, que, debo decir, era bastante malo.

A los pocos minutos, el pelo de mi hermana estaba listo. Giró para agradecerme con una gran sonrisa, al mismo tiempo que la canción decía *"*mientras te tenga a ti, cualquier lugar será mi hogar*".* Y no podía ser más cierto.

Todos se fueron a sus clases y quedamos solos con mi hermano en el departamento. Se sentó a mi lado en el pequeño sillón que ocupaba casi toda la sala y colocó una bolsa en su regazo. No dijo nada sobre ella durante un rato.

—¿Cómo estás?

Había esperado hasta ese momento para preguntarme. Sabía que no quería hablar de estas cosas frente a los demás. No ese día, por lo menos.

—¿Mental o físicamente hablando?

—Ambas.

—Físicamente bien, solo un poco cansada por el vuelo. No logré dormir casi nada en el avión. Mentalmente estoy agotadísima. Necesito con urgencia una sesión con mi psicóloga, tengo muchas cosas para hablar con ella.

—Bueno, mañana tienes turno y vas a poder descargarte —me recordó mientras me hacía una caricia en el pelo, de la misma manera que yo le había hecho de Misuk—. Ahora, tengo que darte lo que te dije que tenía para ti.

Eso me tomó completamente por sorpresa.

—¿La sorpresa? ¿No era el helado?

—Claro que no —dijo riendo mientras me daba la bolsa—. Eso era para todos, esto es solo para ti. Bueno, en realidad es para los dos…

Apenas dijo eso, supe a la perfección qué había en la bolsa.

Cuando teníamos quince años fundamos un club de lectura entre nosotros. Sí, un club de dos personas. Ambos amábamos leer y nos parecía divertidísimo leer libros juntos para debatirlos. Además, nos gustaba hacerles anotaciones y después intercambiar nuestros ejemplares para ver qué había opinado el otro sobre ciertas escenas. Era una pequeña actividad que compartíamos cada vez que teníamos la oportunidad. Hacía varios meses que no lo hacíamos, la mudanza tenía casi toda nuestra atención.

Abrí la bolsa a las apuradas, expectante y feliz. En el interior encontré dos libros iguales, uno para cada uno, de nuestra autora de fantasía favorita. Era su nuevo libro y estaba agotado por todos lados. No tenía idea de cómo Hyunmin había conseguido dos

ejemplares. Se lo pregunté, intrigada.

—Tu hermano tiene sus métodos —se limitó a responder inclinándose en el sillón con una sonrisa arrogante en el rostro. Le pegué un almohadazo para sacarle esa expresión, pero solo logré que se riera más.

—¿Cuándo lo empezamos? —pregunté.

—Cuando quieras. Conociéndote vas a querer empezarlo ya mismo.

No se equivocó.

—Sí, obvio, pero ahora tienes clase, así que a la noche lo empezamos —le dije mientras le daba su libro.

—¿No vas a ir a las clases de hoy?

—Estoy muy cansada —me justifiqué—. Prefiero descansar estos días y empezar directamente la semana que viene. Además, sería raro empezar en medio de un jueves.

Mi hermano asintió, pensativo. Se levantó y empezó a caminar, deduje que ya iba a irse. Sin embargo, lo vi volver con una manta de su cuarto y la cartuchera donde siempre guarda sus *post it*. Lo miré desconcertada.

—¿Qué estás haciendo?

—Creo que es obvio, me voy a poner a leer.

—Pero…

—Pero nada —me interrumpió—. Te extrañé muchísimo, estás cansada y tenemos libros para leer. Quedarme acá es el mejor plan para el día de hoy.

Se acomodó en el sillón a mi lado, nos tapamos con la manta y me dio un par de *post it* para que pudiera marcar mi libro. Me recliné sobre su hombro y comenzamos la lectura.

Así pasaron las horas, leyendo y charlando sobre lo que iba pasando en el libro. Solo nos levantamos para preparar café y después volvimos directo a la posición en la que estábamos.

Me resulta imposible explicar mi agradecimiento por tener a Hyunmin en mi vida. Mi mejor amigo y mi hermano, todo dentro de una misma persona.

Él observaba mis partes rotas, o las que dejaba que viera y, en vez de salir corriendo, se quedaba a intentar pegarlas conmigo.

Cuando era pequeña maldecía a cualquier dios que me escuchara por haberme dado una vida tan miserable. Todo cambió cuando Sabrina y los Lee aparecieron. Dejé de quejarme y empecé a agradecer. Porque la vida no me odiaba, solo me había hecho esperar un poquito más que a los demás. Y la espera valió completamente la pena, porque tenía a la familia más maravillosa de todas.

Capítulo 7

Viernes 7 de enero de 2022

Llevaba dos años y medio yendo a terapia, pero todavía me sentía incómoda cada vez que entraba en el consultorio. Como si de golpe me arrancaran los escudos que usaba frente al mundo y quedarán a la vista las partes que tenía destrozadas. Y eran bastantes, para ser sincera.

Brenda, mi psicóloga, no tenía la culpa de que me sintiera así, pero hablar de todas las cosas que me atormentaban hacía que se esfumara por un ratito esa positividad a la que intentaba aferrarme desesperadamente.

Ese día le conté lo ansiosa que me había sentido en el avión al volver a casa.

—Y durante el viaje, ¿también te sentiste así?

—Algunas veces —respondí mirando hacia abajo.

—¿Pudiste analizar qué detonó esos episodios? ¿Era siempre el mismo pensamiento?

—Sí —confirmé.

Intenté mirarla a los ojos por primera vez desde el comienzo de la sesión.

—No sé por qué me cuesta tanto hacerme a la idea de la mudanza. Y me da un poco de rabia que esto me esté desestabilizando así.

—¿Rabia?, ¿por qué? —me preguntó mientras anotaba lo que le decía en su cuaderno.

Me tomé un momento para contestar, para respirar profundo y acomodar mis ideas.

—Porque yo estaba mejor. —Brenda levantó la vista de su cuaderno—. Empecé terapia por otros motivos y de a poco estaba mejor. Me costó, pero estaba mejor. Hoy siento que retrocedí cincuenta pasos.

Hice una pausa, esperando que ella dijera algo, pero se limitó a mirarme fijo. No emitió ni una palabra. Entendí que quería que siguiera.

—Yo sé que superé cosas mucho peores, por eso no entiendo cómo una mudanza me está haciendo sentir así. Como si se acabara el mundo. Es muy estúpido —sentencié mientras me agarraba la cabeza con las manos. Sentí cómo el nudo en mi garganta volvía a aparecer. Éramos viejos amigos. Su visita ya no era una sorpresa.

—Antes que nada, no le saques valor a lo que estás sintiendo, ya sabemos que eso

no ayuda en nada.

Asentí ante lo que me decía, todavía con la cabeza entre las manos.

—Sé que pasaste por cosas difíciles, pero esto tampoco es fácil. A cualquiera le costaría alejarse de las cosas, la gente y los lugares que conoce. Más cuando no es por decisión propia.

Saqué la cabeza de entre mis manos y la miré, asintiendo una vez más para que supiera que la había escuchado. Notó que estaba empezando a angustiarme e intentó hablar de algo más alegre. *Spoiler alert*, no funcionó.

—¿Cómo la pasaste en el viaje? Sé que fuiste con un objetivo, ¿cómo te fue con eso?

Fui a Corea dos semanas. Necesitaba enfrentarme sola a esa nueva realidad, a mi nueva vida. No sabía cómo iba a sentirme allá y no quería que me tomará desprevenida frente a mis hermanos, ya bastante movilizante era para ellos toda la situación. Como excusa para poder irme, les dije que iba a probar suerte en algunos lugares, a ver si conseguía trabajo y, de paso, aprovechaba para hacer un poco de turismo para acostumbrarme a Seúl. Dos cosas que hice, pero que no eran mi objetivo principal.

—Ni bien ni mal —le respondí—. La ciudad me encantó, pero me pareció un lugar donde me gustaría vacacionar. Puede que sea tonto, pero no la sentí como mi “futuro hogar”.

—No es tonto. Igualmente, yo creo que eso tiene que ver con que fuiste sola. Estando con tu familia puede que todo se sienta distinto—propuso Brenda.

—Sí, puede ser —reconocí—, pero por ahora lo sentí así. Y en cuanto al trabajo, me hicieron unas pruebas en un estudio de baile, buscan a alguien que filme los videos para sus redes sociales. El lugar me gustó, me hizo acordar un poco a la Academia. Dijeron que me iban a llamar si les gustaba mi trabajo —detallé mientras recordaba ese lugar. Los salones llenos de estudiantes, la gente cantando, riendo y bailando. Y ella, la recordaba a ella. Me aclaré un poco la garganta antes de decir—. Y conocí a alguien.

Las cejas de mi psicóloga se alzaron levemente. Un gesto completamente involuntario, pero su sorpresa no pasó desapercibida ante mis ojos. Jamás le había hablado de alguien que no fueran mi familia, mis amigos y las personas involucradas en mis traumas. Entendía su reacción, hasta yo me había sorprendido a mí misma.

—Alguien es muy amplio, Lina.

Me acomodé en mi asiento, nerviosa. No me gustaba hablar de esos temas.

—Conocí a una chica. Era la profesora de baile de las clases que me tocó filmar. Era muy linda, muy amable.

—Linda y amable… ¿en el sentido amistoso o romántico?

—Ambos, ¿quizás? —respondí sin esconder la confusión que ese tema me generaba —. No sé, no estoy lista para esas cosas todavía.

El nudo de mi garganta amenazó con apretar más fuerte y dejarme sin aire. Las lágrimas inundaron mis ojos y me impedían ver con claridad. Empecé a sentir cómo aparecía el hormigueo en mis piernas, solía sentirlas entumecidas cuando la ansiedad se hacía presente. Como si ese sentimiento no se contentara con tomar el control de mi mente y quisiera manejar mi cuerpo también.

Brenda apoyó su cuaderno sobre el escritorio y acercó su silla. Extendió una mano hacia mí, una pregunta silenciosa.

Cuando empezamos a trabajar juntas, en una de las primeras sesiones, le conté que muchas veces sostener la mano de mi hermano o de mi madre hacía que me centrara. Como si fueran un cable que me aferraba a la realidad en los momentos difíciles. Brenda descubrió que el contacto era, de alguna manera, la pequeña gotita de luz que necesitaba cuando la oscuridad quería envolverme por completo. Muchas veces le había preguntado si sabía por qué era, pero siempre me decía que me lo explicaría cuando estuviera lista.

Tomé su mano y la miré a los ojos, buscando cualquier cosa en la que centrar mi mente, para alejarme de los pensamientos negativos que empezaban a aparecer.

—Esta chica no es tu ex. Esta chica, o cualquier persona con la que te interese salir, no es tu ex. Yo sé todo lo que él te hizo y me imagino que debe ser difícil confiar en alguien de esa forma otra vez, pero no le permitas que también te quite la oportunidad de vivir el amor que te mereces.

Y al escuchar eso me rompí. Un llanto desgarrador empezó a salir de mí y parecía no tener fin. Maldita mudanza que me ponía sensible, yo ya lo había superado... ¿O no? Lo hablamos mil veces y hacía un tiempo que ya no me afectaba así. ¿Por qué haber conocido a alguien despertaba tantos recuerdos?

Sin soltarme la mano, Brenda se estiró para agarrar la caja de pañuelos que estaba sobre el escritorio y me la alcanzó. Me dejó llorar un rato, sabía que necesitaba sacar todo eso de adentro. No dijo nada hasta que notó que empezaba a respirar de una manera más tranquila.

—La respuesta es miedo —la miré con los ojos muy abiertos y ella no pudo evitar que se le escapara una risita—. Después de tantas sesiones, te conozco lo suficiente para saber todas las preguntas que se desencadenaron en tu mente y más de una habrá sido “¿por qué?”; ¿tengo razón?

Asentí en respuesta.

—Pero hace unas semanas hablábamos de esto y ya no me generaba nada, ¿por qué ahora sí?

—Porque durante casi tres años estuviste sola. Inconscien-temente, sabías que así nadie podía dañarte. Ahora conociste a alguien y claramente te gustó. Mucho, por lo que veo. Eso hizo que el miedo y la desconfianza volvieran a aparecer.

Le solté la mano para poder frotarme la cara. No podía creer que estaba pasando por todos esos sentimientos otra vez. Me miré los dedos, estaban llenos de mi maquillaje, que se había arruinado por el llanto. *Magnífico,* pensé*, ahora estoy hecha mierda por dentro y por fuera.*

—Yo… —tartamudeé, no quería seguir hablando de eso, pero sabía que lo necesitaba—. Yo no esperaba que mi ex fuera así. Parecía tan dulce al principio, como sacado de uno de esos libros de romance que tanto le gustan a Hyunmin. Hasta convivió con mi familia. —No pude evitar cerrar los ojos cuando la imagen volvió a mi mente—. Comió en la misma mesa donde estaba Hana embarazada, llevaba en la espalda a Jisu. Yo llevé a casa a un violento y no tenía ni idea.

—Exacto, Lina, no tenías ni idea. No fue tu culpa. Era imposible que supieras que era así hasta que empezó a agredirte. No permitas que esos pensamientos te obsesionen de nuevo. Él ya no está en tu vida y no puede hacerte daño. Ahora te queda decidir si correr el riesgo con alguien más vale la pena o no.

Al ver que me quedé callada mirando mis manos volvió a hablar.

—Para mí, vale la pena. Eres joven y te faltan muchas cosas por vivir. Ya vas a encontrar el amor sano que te mereces. —Bajó un poco la voz para decir lo siguiente —. Y esa chica te debe haber gustado más de lo que quieres admitir si está haciendo que te replantees todo esto.

Mi pequeña sonrisa solo logró afirmar lo que decía. *Dios, esta sesión fue una montaña rusa de emociones*, analicé mientras intentaba sacarme el maquillaje de los dedos.

No podía negarlo, me gustaba mucho, hasta me había animado a pedirle su número. Y puede que hayamos intercambiado algunos mensajes. Bueno, quizás entre nosotras pasaron más cosas además de “algunos mensajes”, pero no estaba lista para hablar de eso.

—Lina, sé que esta mudanza te tomó desprevenida y te está removiendo muchas cosas, pero intenta verlo de otra manera —dijo mientras se volvía a acomodar detrás del escritorio y tomaba su cuaderno—. Quizás este puede ser un nuevo comienzo, lejos de todas las cosas que te dañaron. Lejos de las malas experiencias con tu ex, lejos del fantasma de tu padre y lejos de lo que pasó hace cinco años. Puede ser el principio de una etapa mejor.

—No lo había pensado así —admití en voz baja, más para mí que para ella.

—Analízalo, dale algunas vueltas en tu cabeza, en una de esas empiezas a mirar

este viaje con otros ojos.

Asentí, dándome cuenta de que probablemente tenía razón. Arreglamos el cambio de horario por mis clases intensivas y me fui.

Por algún motivo, me sentí más liviana. Sí, me incomodaba hablar de mis sentimientos, pero no podía negar que me ayudaba muchísimo. Seguí caminando, rumbo a la Academia, cuando se me ocurrió mirarme en una vidriera.

Me había olvidado de mi maquillaje. Tenía las mejillas embarradas de negro. Mis amigos me decían que el largo delineado oscuro ya era característico en mí, pero quedaba claro que ese día me había jugado una mala pasada.

Me eché a reír, pensando en que había caminado cuadras y cuadras viéndome así. Parecía sacada de una película de terror. Todavía riendo, saque unas toallitas desmaquillantes de mi mochila y me acerque a la vidriera para limpiarme.

Hacía algunos meses atrás, que me pasara algo así después de un momento sensible hubiera sido motivo para volver a largarme a llorar o tener un nuevo ataque de ansiedad, pero esa vez me reí. Mi mente decidió ser mi amiga en esa ocasión y me acercó un pensamiento más positivo de lo usual: *“quizás no retrocediste, quizás seguís avanzando, aunque el camino sea doloroso”.*

Capítulo 8

Diciembre de 2021, Corea

Si ya de por sí era difícil hacer una pasantía laboral en Corea, Daniela Martínez hacía que fuera un infierno. Nunca me había costado tanto concentrarme en mi trabajo, pero tenerla delante era una distracción continua.

La química entre nosotras fue evidente desde el primer día. Entré a su salón de clase y su presencia inundó cada rincón de mi ser. No quiero ni pensar en cuánto tiempo me quedé paralizada en el umbral de esa puerta, viendo cómo se balanceaba sobre sus hombros su corto cabello chocolate, lleno de rulos, con cada movimiento de la coreografía que estaba marcado. Se movía con una gracia que no podía provenir de este mundo. Cada movimiento difícil parecía tan simple como respirar si ella lo ejecutaba.

Su ropa dejaba a la vista que tenía un estilo personal muy marcado, completamente diferente al mío. Mis prendas oscuras, influenciadas por la moda *streetwear,* contrastaban con sus *outfits* tan *vintage* llenos de color. Si a mí me envolvían los colores de la noche, ella era la mismísima personificación de la calidez del sol. Pero lo que me hizo pararme en seco en esa puerta, lo que me hizo tragar tan fuerte que seguro se había escuchado hasta el otro lado del océano, fue la sonrisa coqueta que me dedicó al darse cuenta de que la estaba mirando.

Coqueteando.

Esa chica me estaba coqueteando.

Y no dejó de hacerlo durante toda mi estadía.

Parecía un chiste el universo. Hacía años que no me atraía alguien, pero quien sea que nos observe desde arriba puso a Daniela en mi camino en el momento más inoportuno.

Tenía que grabar sus clases durante dos semanas para que me evaluaran, lo cual me resultó más difícil de lo esperado, porque cada vez que pasaba junto a mí, un escalofrío recorría toda mi columna vertebral.

Al principio solo fueron miradas. Y no solo de su parte, mis ojos también le dejaron en claro que me atraía y que sus movimientos me hipnotizaban.

Las miradas se convirtieron en manos en mi hombro mientras filmaba a sus alumnos.

Ese ligero contacto se convirtió en charlas al final de cada clase, cuando el salón quedaba vacío. Esas charlas se convirtieron en almuerzos, meriendas, cenas juntas. Y cada instante compartido durante esas dos semanas nos fue guiando hacia una dirección inesperada. A su departamento, el último día del año. Acepté su oferta de cenar con ella en Año Nuevo porque entendía cómo podía sentirse al pasar esa fecha sola. Ella también estaba lejos de su familia y parecía que le afectaba tanto como a mí.

Tengo que decir que nos divertimos más de lo que me gustaría admitir en voz alta. Cenamos, conversamos, bebimos y miramos una película. Daniela no dejó de coquetearme ni un solo segundo, pero unos minutos antes de las doce su ánimo pareció decaer un poco. Fue ahí cuando una lamparita se prendió en mi cerebro. Tomé mi celular, puse *You´ve got something* de The Jungle Giants y me levanté, tendiéndole mi mano.

—No soy una experta en el tema, pero me gustaría que bailaras conmigo.

Una risa tierna, incrédula, infantil, escapó de sus labios. Un gesto que no coincidía del todo con la actitud coqueta que había mantenido hasta ese momento.

—Que romántica tu propuesta —dijo levantándose e intentando recuperar su actitud seductora.

Su acento mexicano me fascinaba. Las dos hablábamos español, pero no podíamos sonar más distintas.

—No hay que perder el romanticismo —respondí guiñándole un ojo.

Intenté sonar segura, pero las palabras, los gestos, no parecían naturales en mí. Mis tácticas de seducción estaban claramente oxidadas.

¿Sería la ansiedad? ¿Los traumas? ¿Una mezcla de todo?

Estaba a punto de maldecirme en mi mente por mis cortas habilidades cuando sus brazos se dirigieron a mi cuello, dejando los míos en su cintura. Al instante perdí el hilo de mi monólogo interno. Quizás no había pensado en la proximidad que nuestros cuerpos iban a compartir mientras nos movíamos por su pequeño living, pero la sensación no hizo más que extasiarme. Me perdí en el calor de su cuerpo contra el mío. Me dejé guiar, ella podía hacer conmigo lo que quisiera. Lo que empezó como un intento de seducción de mi parte, se convirtió en una nueva oportunidad para que ella viera mis mejillas sonrojadas, para que sintiera mi pulso acelerado por su cercanía. Me tenía en la palma de su mano. Lo sabía. Lo disfrutaba.

Pronto tuvimos que separarnos, la canción era demasiado movida para bailar abrazadas, así que por unos buenos minutos nos dedicamos a saltar y girar por toda la sala. Casi llegando al final, Daniela se aproximó hacia mí, entrelazo nuestros cuerpos una vez más y apoyó su cabeza en mi hombro. El baile se convirtió en un abrazo, un abrazo mecido por la voz que nos cantaba. Nuestra diferencia de estatura hacía que la

imagen fuese perfecta.

El nuevo año llegó mientras la canción terminaba, dándole paso a *New Girl* de FINNEAS.

Los fuegos artificiales nos envolvían, las risas de la gente eran música en las calles, pero nuestra atención estaba enfocada en la otra.

No sé en qué momento toqué su mejilla con mi mano, ni cuándo sus dedos comenzaron a jugar con mi cabello o cómo la ínfima distancia que nos separaba desapareció, no sé nada porque mis ojos estuvieron todo el tiempo en los suyos, esa tonalidad verde de su mirada me había atrapado.

—¿Puedo…? —pregunté con mi mano en su barbilla.

—S-sí…

Me salto el corazón dentro del pecho al notar que su picardía se había desvanecido, y que la timidez y el deseo controlaban su voz. Acerqué lentamente mi boca a la suya y cuando nuestros labios se tocaron estalló el estribillo de la canción.

El beso tenía sabor a magia. Sabor a paz, a aire puro en mis pulmones después de meses de no poder respirar. Dani hizo desaparecer las sensaciones espantosas que me atormentaban en menos de dos semanas y, aunque no quise pensar en cuánto me aterraba eso, mi cuerpo se tensó notablemente. A Dani no le pasó desapercibido ese detalle y se separó unos centímetros para mirarme a los ojos.

—¿Estás bien? —preguntó con voz entrecortada.

La preocupación y la dulzura de sus ojos volvió a cautivarme. Estaba en el departamento de una mujer preciosa, graciosa y talentosa. Una mujer que me hacía sentir de mil formas que había creído imposibles. Por un segundo me planteé irme, llegar a la habitación del hotel y darme una ducha relajante, pero supe al instante que no quería eso. Quería estar ahí, con ella. La quería a ella.

Déjate llevar, por una vez en tu vida, déjate llevar, me dije.

—Estoy perfecta —le respondí a Dani, acariciando su mejilla.

Ella sonrió antes de acercar sus labios, una vez más, a los míos. Esa vez, el encuentro estuvo cargado de una pasión intensa. De una necesidad que ninguna de las dos se animaba a expresar en voz alta. Estábamos pegadas una a la otra, pero la cercanía no era suficiente. Entre besos, caricias y sonrisas cómplices fuimos acercándonos a su cuarto. Entre sus manos Dani me recordó lo que era sentirme viva, una sensación que no experimentaba a menudo. Entre sus sábanas Dani me permitió explorarla sin límite de tiempo, deleitándome con cada centímetro de su ser. Entre besos, Dani vació mi mente de preocupaciones. No había espacio para suposiciones, pensamientos catastróficos o dudas. Por una vez me permití dejar de pensar en el destino inevitable que me perseguía y me centré en lo que yo quería, necesitaba,

anhelaba.

No puedo asegurar cuánto tiempo estuvimos en ese cuarto, pero cuando una luz dorada comenzó a entrar por las rendijas de la persiana nosotras recién cerrábamos la noche.

Con el comienzo del primer día del año, abrazada a la mujer más hermosa que había conocido en mi vida, me fui a dormir feliz. Fue la primera noche —si todavía podía llamarlo noche— en la que cerré los ojos sin que mi imaginación creara un escenario del terror que, seguramente, me perseguiría en sueños. Mi cuerpo, relajado como hacía meses no lo estaba, y agradecido por la pausa a la tortura mental diaria, tuvo la noche de descanso y placer que tanto merecía.

El miedo llegó al abrir los ojos. Un cambio refrescante, pero que no agradecí. Por un segundo fui presa del pánico. Con Dani todavía en mis brazos, con su piel ardiente pegada a la mía, solo podía pensar en que no sabía si estaba lista para ningún tipo de relación seria.

No es que estuviera acostumbrada a asociar el sexo con una relación romántica, todo lo contrario, pero bien sabía que Dani no despertaba en mí una mera atracción física. Tenía que conocerla más para llamar a eso amor, pero no podía negar que me gustaban muchos aspectos de ella, más allá de su cuerpo. Y, al parecer, era mutuo.

Mientras la ansiedad dominaba mi cuerpo, cerré los ojos, apretándolos más de lo necesario, y obligué a mi mente a volver a la noche anterior. A esa sensación de plenitud. De libertad.

Acariciando la espalda desnuda de Dani y recordando nuestra hermosa velada, decidí que intentaría averiguar hasta dónde quería llegar con ella antes de volver a Corea. Esos últimos dos meses en mi país serían de mucho autodescubrimiento, de eso estaba segura.

Capítulo 9

Viernes 7 de enero de 2022

Llegué a la Academia caminando a paso ligero y escuchando *Good Day de* Twenty One Pilots. Esa canción siempre lograba ponerme de buen humor. La angustia que apretaba mi pecho desde que había visitado Corea empezaba a desvanecerse después de la sesión de terapia.

Si analizaba mi situación de forma lógica, sabía que iba a poder salir adelante, como ya lo había hecho en otras situaciones. Pero la ansiedad ponía bajo su lupa cada uno de mis pensamientos y los distorsionaba de forma que yo empezaba a dudar de mi positivismo. Algunos días ganaba yo; otros, ganaba ella. En algunos pocos nos amigábamos y hacíamos las paces. Cuando se daba ese milagro intentaba disfrutar al máximo la placentera, y poco común, sensación de paz.

Estaba a solo unos pasos de la puerta de la Academia cuando vi a Ulises en lo que yo creía que era un completo ataque de ira. Se notaba que estaba gritando, maldiciendo y golpeando al aire. *¿Cuándo había acumulado todo este enojo?*, pensé. La escena generaba un contraste estremecedor con la canción, que en ese momento decía *"I think that I›m all right*".

Pensé en quedarme al margen, esperar a que descargara todos esos sentimientos y después acercarme, hasta que vi que empezaba a pegarle a una pared. El miedo me activó, no quería que se lastimara. Me colgué los grandes auriculares blancos al cuello y corrí hasta donde estaba mi amigo.

—Ey, Ulises, espera, ¡¿qué haces?! —le grité mientras lo agarraba de los hombros y lo separaba de la pared—. ¿No ves que te estás lastimando?

La mirada de Ulises estaba completamente perdida, cegada por la furia que lo inundaba. El pánico casi logra dominarme. Sentimientos como el enojo o la ira solían generarme pánico. Demasiados malos recuerdos.

Intenté ignorar lo parecida que era la mirada de Ulises, en ese momento, a la de muchas personas que me habían lastimado en el pasado. Sentí calor en todo el cuerpo, se me aceleró el corazón. Cerré los ojos un segundo y me recordé que ese enojo no iba dirigido a mí, que nadie iba a lastimarme de nuevo.

—Mírame a los ojos, Ulises —le dije cuando abrí los míos, intentando sonar segura.

Al ver que no me hacía caso, se lo repetí más fuerte—. ¡Ey, mírame! —Esa vez sí me miró—. Necesito que te calmes, ¿sí? Intenta seguir mi respiración y…

—No —me interrumpió lleno de frustración—, no me puedo calmar, no entiendes lo que pasa.

—No, la verdad que no lo entiendo, solo veo que uno de mis amigos se estaba rompiendo la mano contra una pared —concluí tajante.

Ulises hizo una mueca de dolor ante eso y bajó la mirada hacia su mano, que tenía los nudillos ensangrentados.

—No tengo ni idea de qué ocurrió y no quiero que me cuentes hasta que te hayas calmado, porque en este estado no puedes hacer nada.

Sabía que estaba siendo un poco dura, pero conocía a mi amigo, hablarle de manera amorosa y tranquila en un momento así no iba a servir de nada. Me costó mucho sonar segura y decidida. La situación despertaba en mí muchas sensaciones, pero Ulises me necesitaba.

—Ahora, mírame a los ojos y respira conmigo. —Mis manos seguían en los hombros de Ulises, mis ojos clavados en los suyos.

Rezando internamente para que los ejercicios que me había enseñado Brenda por lo menos le sirvieran a él, empecé a respirar. Inspirando, contando hasta cuatro y exhalando de la misma forma. Al principio nuestras respiraciones iban a dos compases superdiferentes, pero a medida que pasaban los minutos la respiración de Ulises se emparejó con la mía y pude notar que se iba relajando. Sus hombros se aflojaron debajo de mis manos y un sinfín de lágrimas le empaparon las mejillas.

Quizás debería darle otra oportunidad a esto de la respiración….

Cuando Ulises logró calmarse lo suficiente, nos sentamos en la escalinata de la entrada de la Academia, para que me contara qué estaba pasando.

—Es una larga historia —me dijo, mientras se miraba las manos lastimadas—, literalmente no sé por dónde empezar.

—Por el principio, quizás.

Eso le sacó una pequeña sonrisa, duró menos de un segundo, pero era un comienzo.

—Solo voy a pedirte que no te enojes, sé que tendría que haberles dicho esto hace mucho.

Se veía muy preocupado por mi reacción, así que le tomé la mano sana y se la apreté, para que entendiera que todo iba a estar bien.

—Hoy me despidieron del trabajo.

—Lamento mucho que te hayan despedido, pero no entiendo por qué me enojaría por eso… —le dije, con el ceño fruncido, completamente confundida.

—Es que ese no es mi único trabajo, tengo dos más —me sorprendió, no esperaba

eso—. Hace unos años a mi papá lo despidieron por llegar varias veces borracho. Y, en vez de buscar otro trabajo, recayó aún más en la bebida y pronto dejó de convivir con nosotros, entonces me vi obligado a empezar a trabajar para ayudar a mi mamá.

—Ulises…

—No, por favor, déjame seguir. Se me hace muy difícil hablar de esto y, si me interrumpes, es muy probable que no encuentre la voluntad para seguir contándote. —Esta vez, él me apretó la mano—. Mamá limpiaba casas, pero no ganaba mucho y también tenía que cuidar a mi hermano, que era muy pequeño. Obviamente ya no contaba con mi padre. Así que me propuse buscar varios trabajos para conseguir dinero.

Ulises hizo una pausa, se notaba que estaba intentando acomodar sus ideas. Respeté ese silencio y esperé a que volviera a hablar, sin soltar su mano. Después de unos minutos, liberó un suspiro que pareció eterno y siguió su relato.

—Empecé a trabajar en dos lugares el día que Hana anunció que estaba embarazada. —Se me estrujó el corazón, recordaba a la perfección cómo estaba él esa noche—. Se los iba a contar en ese momento, pero no quería arruinar el ambiente. Busqué otras oportunidades, pero de alguna manera ustedes se convirtieron en mi momento feliz del día y no quería estropearlo con malas noticias. Y bueno, después… —Me miró a los ojos, esa vez, sabía de qué estaba hablando: lo que nos había pasado cinco años atrás—. Y ustedes me necesitaban más, a todos nosotros. Así que me lo guardé todos estos años.

—Yo sé por todo lo que pasamos y comprendo que no hayas querido desperdiciar momentos felices, pero cómo es que no supimos nada de lo que sucedía en tu casa… —Intenté pensar bien qué iba a decir a continuación, pero tenía todas las ideas mezcladas. Mi ansiedad empezó a disminuir al ver que Ulises se había calmado, pero mi cabeza seguía revuelta entre el pasado y el presente.

—Como te dije, es largo de explicar, me imagino que tienes muchas preguntas —continuó, buscando mi mirada.

Asentí, dejando que sus ojos encontraran los míos.

—Dispara, te responderé lo que quieras —dijo con una pequeña sonrisa mientras giraba hacia mí, para quedar ambos cara a cara, cada uno sentado con las piernas cruzadas.

Pensé bien por cuál de todas esas preguntas quería empezar.

—¿Por qué te despidieron hoy?

—Por llegar tarde en varias ocasiones. Salía de un trabajo e iba a otro, a veces no llegaba a tiempo y se enojaron.

—¿De qué trabajas?

—Lunes, miércoles y viernes trabajo por la mañana en un lavadero de autos. A veces me piden que vaya los sábados al mediodía, cuando falta alguno de mis compañeros. Viernes, sábados y domingos por la tarde trabajo en un estacionamiento. Bueno, trabajaba, de ese me echaron hoy. Me duele porque es el que mejor pagaba. Después, de manera *freelance* y cuando puedo, doy clases *online* de guitarra.

Ahora entendía dónde estaba cuando no lo encontrábamos, porque era el que menos tiempo pasaba en el departamento. Nosotros siempre pensamos que estaba saliendo con alguien y no nos quería decir. Me sentí muy estúpida por no darme cuenta de que había algo más detrás. Una nueva pregunta se me cruzó por la cabeza en ese momento.

—Cuando tu papá dejó de vivir con ustedes, ¿fue porque tu mamá lo echó o pasó otra cosa? —Mi amigo, por alguna razón, sonrió ante esta pregunta.

—Mi mamá quería echarlo, pero no se animaba. Se fue porque decía que estaba cansado de verme "jugar a ser el hombre de la casa". —Se le escapó una carcajada cargada de ironía—. Yo creo que le molestaba tanto porque sabía que estaba haciendo lo que él no podía hacer. O no quería, la verdad.

—¿Lo volviste a ver?

—No, nunca.

—Okey, última pregunta. ¿Por qué tanto enojo? Estabas descolocado hace un rato…

—Porque estoy cansado, Lina. —Vi cómo se le llenaban los ojos de lágrimas, otra vez—. Trabajo como un esclavo para poder vivir, pero no tengo ni idea de qué es eso. Estoy cansado de tener que cancelar salidas con ustedes con excusas baratas para poder ir a trabajar. Estoy cansado de ser el "hombre de la casa" y estoy cansado de saber que no me queda otra opción. Sé que toda mi vida va a ser así, por lo menos hasta que mi hermano tenga edad suficiente para trabajar y mantenerse solo o ayudarme con los gastos de la casa. —Un sollozo lo interrumpió y su voz se quebró en mil pedazos—. Me siento egoísta al decir esto, pero necesito vivir un poco más, el trabajo me está consumiendo. Dentro de poco voy a cumplir veinticuatro y no disfruté una mierda mi vida desde que tengo dieciocho. Estoy harto de todo esto.

Me acerqué y lo abracé con todas mis fuerzas. Él lloraba angustiado en mi hombro. Me dolió enterarme de que había pasado por eso completamente solo, pero me consoló saber que habíamos sido algo positivo que lo alegraba en los días oscuros.

Empezó a soltarme, así que aproveche la oportunidad para decirle lo que pensaba. Era mi momento de hablar.

—Primero que nada, no estoy enojada. Gracias por animarte a contarme esto. —Al oír mi respuesta, soltó otro suspiro. Necesitaba escuchar eso—. Segundo, no puedes seguir así. Vamos a encontrar un trabajo, uno solo, que pague lo suficiente para cubrir

esos gastos.

Intentó interrumpirme, pero le tapé la boca con la mano para que se callara. Pude sentir cómo empezaba a sonreír debajo de mi mano.

—No puedes decir que no, ya no estás solo, vamos a buscar una solución a todo esto, ¿okey?

Él asintió con la cabeza y volvió a abrazarme.

—¿Cuándo se lo vas a decir a los demás? Creo que es tiempo de que se enteren.

—En cuanto surja la ocasión —respondió sin soltarse de mi abrazo—, pero me da miedo.

—Yo voy a estar ahí apoyándote. Además, los conoces, nadie se va a enojar.

Me soltó y saqué un pañuelo de la mochila para que se secara las lágrimas.

—Ahora —le dije—, ¿qué vas a hacer el resto del día?

—No tengo ni idea —admitió encogiéndose de hombros.

—Bueno, yo pensaba cambiarme y salir a correr, ¿vienes conmigo?

Eso siempre me ayudaba a despejar la mente, quizás le serviría a él también.

—Vamos, necesito sacar toda esta energía del cuerpo, sin romperme ninguna otra parte —dijo riéndose, mientras miraba la mano.

Subimos al depa y suspiré aliviada al ver que no había nadie. Lo que menos necesitaba Ulises era que alguien lo viera con los ojos llorosos, la mano llena de sangre y le pidiera explicaciones.

Nos cambiamos lo más rápido que pudimos con ropa deportiva, curamos su herida y volvimos a bajar. En la puerta de la Academia, conectó nuestros celulares a la misma *playlist* y salimos a correr. Empezó a sonar *Mr. Blue Sky* de Electric Light Orchestra. Sonreí cuando descubrí que había elegido una *playlist* que creamos junto a Olivia, recopilando temas de todas nuestras películas favoritas.

No puedo precisar cuánto tiempo estuvimos corriendo, solo sé que nos la pasamos cantando a los gritos y riéndonos como dos locos.

Algunas personas nos miraron mal. Para sus ojos, éramos dos desquiciados corriendo y gritando con auriculares en los oídos. Para nosotros, éramos dos personas que habían logrado sacarse un peso de encima ese día. Dos amigos con muchos problemas, pero que se tenían entre ellos para escucharse, protegerse y ayudarse.

Estaba orgullosa de Ulises, por haber logrado entender que no tenía que seguir viviendo todo ese dolor solo. Mientras lo miraba correr y cantar, con una sonrisa enorme en la cara, me puse a pensar en cuán ambigua es la vida. En cuestión de minutos uno puede pasar del enojo al llanto y a la risa. Del mejor momento al peor y viceversa.

Los humanos somos seres sensibles, aunque intentemos ocultarlo, y a veces nos

ganan las emociones negativas, que nos impulsan a quedarnos con lo más horrible de un día, cuando existen momentos mágicos como el que estaba observando. Instantes llenos de color, de vida.

Dejé de reflexionar tanto y me dediqué a disfrutar el momento. Permití que todas las preocupaciones se fueran con ese viento que nos atacaba de frente, que se llevara volando mis miedos y angustias. Que se llevara todo.

Durante un rato, el mundo desapareció y nosotros seguíamos corriendo. Mientras tanto, mi única preocupación fue cantar lo suficientemente fuerte para que el viento no se llevara eso también y vivir a fondo la sensación de ser libre. En ese pequeño espacio de tiempo, sentimos que nada estaba roto, que todo tenía solución. Solo éramos nosotros, la música y el viento.




Capítulo 10

Viernes 7 de enero de 2022

Cuando regresamos, me senté en la escalinata de la Academia, intentando recuperar el aire y esperando que Ulises volviera de comprar unas botellas de agua. El momento compartido nos había hecho bien a los dos, nos ayudó a despejar la mente.

Lo único que seguía rondando en mi cabeza era la manera en que Ulises había estado golpeando la pared. Entendía que tuviera que sacar toda esa ira contenida, pero no era la forma y me daba miedo de que se le fuera de las manos. Su actitud era el resultado de haber crecido en un ambiente tóxico y violento, pero era hora de que entendiera que esa manera de reaccionar ante sus emociones no le aportaba nada positivo. Iba a tener que hablarlo con él, pero sabía que Ulises todavía no estaba preparado emocionalmente para esa charla.

La sensación de mi celular vibrando en el bolsillo de mi jogging gris logró sacarme de mis pensamientos. Marcos había mandado un mensaje al grupo que teníamos en WhatsApp.

> Hoy es noche de comida chatarra y cerveza. No está permitido que terminen sobrios y no acepto un no por respuesta. Hace mucho que no lo hacemos, así que, si ponen alguna excusa para no venir, considérense desterrados de mi corazón.

Me hizo reír. Estaba siendo un poco dramático, pero en algo tenía razón: hacía mucho que no teníamos una noche de amigos.

Estaba leyendo las respuestas, todos aceptaban y se reían del mensaje de Marcos, cuando Ulises volvió. Se sentó a mi lado y me tendió una botella de agua.

—¿Qué estás mirando qué te ríes tanto? —preguntó curioso, antes de tomar un sorbo de agua.

Le alcancé mi celular para que pudiera leer el grupo, pensando que se iba a reír, pero su cara se transformó de tal manera que no pude adivinar qué estaba pensando.

Me devolvió el celular sin decir una palabra.

—¿Qué pasa, Ulises?

—Nada… —respondió, negando un poco con la cabeza. No pude evitar poner los ojos en blanco cuando lo escuché decir eso. Cada vez se me pegaban más los gestos de Jisu.

—No me digas nada, ya comprobamos que estás mintiendo cuando dices eso.

Asintió y tomó otro sorbo de agua antes de contestarme.

—Si los veo a todos juntos, creo que me voy a sentir en la obligación de contarles y no sé si estoy listo. Me da miedo su reacción, no quiero que crean que no confío en ellos y que por eso no les dije todo en su momento.

—No creo que piensen eso, quizás van a estar un poco dolidos… —Ulises levantó la cabeza muy rápido, con ojos de perrito mojado. Me daba mucha ternura y gracia su reacción—. Si me dejaras terminar antes de reaccionar, me habrías escuchado decir que van a estar dolidos por no haber podido ayudarte. Van a entender tus motivos, pero eso no quita que nos hubiera gustado estar ahí para acompañarte en ese momento difícil.

Ulises asintió, un poco más aliviado. Mientras él se dedicaba a analizar todo lo que le había dicho, me tomé un segundo para mirarlo más detenidamente. Con todo ese contexto ahora entendía de dónde venían esas ojeras tan marcadas que tenía hace años, como si no hubiera cantidad de sueño suficiente para que se fueran. Decoraban sus preciosos ojos azules, que muchas veces estaban cargados de cansancio y frustración. Cuando veía sus ojos así, solía preguntarle qué le pasaba y su respuesta siempre era *nada.* Mientras respondía eso se rascaba su corto cabello negro, gesto que delataba que estaba mintiendo, y sonreía lo más grande que podía, aunque nunca se le iluminaba la mirada. Había dejado pasar cada oportunidad para insistirle, para que me dijera qué estaba pasando. Mi propio dolor me había cegado, impidiendo que observara realmente a la gente que estaba a mi alrededor.

Ulises debió notar que estaba empezando a angustiarme, porque pasó un brazo por encima de mi hombro para acercarme más a él. El contacto físico era algo muy común entre nuestro grupo, parecíamos una manada de lobos característica de los libros de fantasía que leíamos con mi hermano. Una manada formada por lobos tristes y solitarios, que encontraron su refugio en otros lobos tristes y solitarios. Nos quedamos así un rato, disfrutando la compañía del otro, hasta que recordé que no le había contestado a Marcos. Sin separarme de Ulises, tomé mi celular y me metí en nuestro grupo.

¡Me encanta el plan! Cuando llegue al depa empiezo a preparar kilos y kilos de papas fritas. Nos vamos a dar una panzada

Instantáneamente empezaron a multiplicarse los emojis de aprobación.

El señor Lee me había enseñado a hacerlas, confiándome su receta secreta. Mis amigos solían rogarme que las hiciera, les encantaban. No importaba la hora ni el día, si yo cocinaba ese manjar simple y adictivo, eran felices. Mientras seguían riendo y bromeando entre ellos, observe a Ulises una vez más.

—¿Vendrás?

—No sé, tengo que pensarlo…

—Piénsalo, tienes tiempo todavía para decidir —lo tranquilicé, antes de mirarlo de manera pícara—, pero recuerda que voy a hacer papas fritas.

—Me estás sobornando con comida, Lina —dijo riendo— y puede que funcione.

ooo

Nuestro departamento era un caos. Intentamos no tener la música muy fuerte, para que no vinieran a retarnos los de seguridad, pero estaba segura de que toda la manzana podía escuchar las risas de Marcos y Olivia.

Habían corrido la mesa y el sillón para formar una mini “pista de baile”. Saltaban y bailaban en el medio del departamento mientras, para sorpresa de todos, Elías cantaba. Todos cantábamos y tocábamos algún instrumento por *hobby,* pero Elías tenía un talento indescriptible, nunca había escuchado una voz tan hermosa como la suya. Hacía un tiempo que no cantaba frente a nosotros, solo lo hacía en sus clases, así que ese momento era casi un milagro.

Estaba cantando *It Feels Electric* de Zachary Kibbee mientras Adrián, sentado en el piso, intentaba recrear el ritmo de la canción con sus manos.

Revisé cuánto le faltaba a la segunda tanda de papas fritas para estar lista y, como tenía algunos minutos más, salí corriendo hacia la habitación para buscar mi cámara.

Congelé ese instante y me quedé embobada mirando a mis amigos, en tanto la foto se revelaba. Parecía como si el tiempo nunca hubiese pasado, como si siguiéramos teniendo diecisiete años, cuando cantábamos en los recreos del colegio, Elías guiándonos y Ulises tocando la guitarra.

Estaba tan sumergida en mis recuerdos, que no escuché cuando sonó el cronómetro,

ni cuando Olivia intentó avisarme. Antes de darme cuenta, la tenía enfrente mío agitando su mano delante de mi cara.

—¡Tierra llamando a Lina! Se van a quemar, *honey.* —Ese último apodo fue lo que me hizo reaccionar y tuve que aguantar una carcajada.

Se notaba que ya estaba un poco borracha, cada vez que eso pasaba empezaba a tratarnos con apodos como *honey, baby, corazón y mi vida.* Los cuatro habían estado tomando mientras yo me bañaba y ya empezaba a hacerles efecto.

—Sí, perdón, estaba pensando y se ve que me distraje —le dije mientras corría a sacar las papas y cortaba otra tanda.

—¿En qué pensabas? —me preguntó Adrián, intrigado, arrastrando un poco las palabras.

Giré para responderle.

—En que hace mucho no cantamos todos juntos, como cuando éramos más jóvenes.

—Ay, ya se puso nostálgica —dijo Olivia mientras se dejaba caer al lado de Adrián, arrastrando a Marcos con ella.

—Espera a que empiece a tomar, se pone peor —remató Elías, también sentándose en el piso. Ese día estaba de muy buen humor.

—Yo no me pongo nostálgica cuando tomo —me defendí, continuando con mi labor. Intenté sonar ofendida, pero la verdad era que toda la situación me divertía muchísimo.

—¡No mientas! —grito Marcos. Era, sin dudarlo, el que estaba más borracho—. Te pones nostálgica y cariñosa, cuentas historias y nos abrazas. Si te pedimos que nos sueltes, te largas a llorar como niña chiquita.

Levanté la mirada justo a tiempo para verlo hacer un puchero, una vaga representación de lo que para él era mi cara triste.

—¡Yo no hago eso! —respondí apuntándolo con el cuchillo con el que estaba cocinando, intentando parecer enojada de verdad, lo que los hizo estallar de risa.

Seguimos así, discutiendo y riéndonos, hasta que Hyunmin entró al departamento. Había ido a comprar más cerveza cuando se dio cuenta de que nuestros amigos se la habían terminado toda antes que empezara la noche.

—Paren, ¡paren! Hyunmin, ven aquí. —Marcos se levantó de un salto y agarró a mi hermano del brazo, quien ni siquiera había tenido tiempo de dejar las bebidas en la heladera—. Dime, siendo completamente sincero, ¿tu hermana se pone nostálgica y pegajosa cuando toma alcohol?

Lo miraba como si fuera a matarlo si contestaba mal, mientras ponía un puño cerca de su boca, sosteniendo un micrófono invisible.

Hyunmin, a punto de sufrir un ataque de risa, me miró con una sonrisa cómplice y respondió de manera solemne, siguiéndole el jugo a Marcos.

—Sí, es correcto.

Marcos empezó a saltar y aplaudir. Los otros tres aplaudían desde el piso, contentos por haber ganado la disputa.

—Eres un traidor—le dije a mi hermano, mientras le revoleaba un repasador, que le pegó en el pecho. Al fin soltó esa carcajada que estaba conteniendo.

No pasó ni un minuto antes de que Elías retomara la canción y los otros siguieran bailando. Esta vez se les sumó Adrián, que agarraba a su novio de la cintura y le daba tiernos besos en el cuello. Hyunmin se dirigió a la cocina, dejó las cosas en la heladera y se acercó para ayudarme.

—¿Elías está cantando o yo estoy alucinando? —me susurró.

—Sí, está cantando. ¿No es rarísimo? —le respondí también entre susurros y risitas —. Estoy intentando no prestarle mucha atención a eso, lo último que quiero es que se dé cuenta y deje de hacerlo.

—Tienes razón, no digamos nada por las dudas. Disfrute-mos el momento.

Dicho eso, terminamos de hacer la última tanda de papas fritas y nos sentamos todos en el piso. Adrián se recostó contra una pared abrazando a Marcos, que estaba sentado en medio de sus piernas. Elías estaba sentado con las piernas cruzadas, con Olivia al lado. A mi izquierda estaba Hyunmin, que hablaba por teléfono con Sabrina, para quedarse tranquilo de que nuestras hermanas estaban bien antes de ponerse a tomar y olvidarse del mundo por un rato.

En ese momento, sonó mi celular. Pensando que podía ser Ulises, que todavía no había llegado, me apresuré a desbloquearlo. No era Ulises, era ella. La chica que había conocido en Corea. Daniela me había mandado un mensaje.

> Vi en tu historia de Instagram que estás con tus amigos. ¡Espero que pases una bonita noche! Mereces relajarte, Lin. Diviértete y luego muéstrame las fotos que tomes, que estoy segura de que van a ser muchas y todas increíbles.

No voy a mentir, me sonrojé un poco al notar que había creado un apodo para mí. Una manera en la que solo ella me llamaba. Me encantaba cómo hablaba, podía imaginarme perfectamente su acento mexicano mientras leía su mensaje. Estaba a punto de responderle, cuando llegó otro mensaje.

Y te ves hermosa, espero que no te moleste que te lo diga.

Si antes estaba un poco sonrojada, después de ese mensaje mis mejillas se incendiaron.

—¿Sucedió algo? —preguntó Hyunmin mientras guardaba su teléfono. Había notado que estaba poniéndome roja.

—Nada, nada —respondí demasiado rápido. Intenté calmarme para sonar más relajada—. Una notificación de Instagram. Nada más.

Me apresuré a contestarle a Dani, guardé mi teléfono y tomé un largo trago de cerveza. No estaba lista para hablarles de ella aún. Mi hermano me miró durante unos segundos más, hasta que decidió que nada grave estaba pasando y se concentró en nuestros amigos.

Comimos a las apuradas, miedosos de que alguno se diera un atracón y no dejará nada para los demás. Fueron los mismísimos *Juegos del Hambre*. Tomamos, reímos, hablamos de todo y nada a la vez. Lo que más queríamos era cantar, así que nos íbamos turnando para elegir una canción. Quien no cantaba, tenía que tomar, esa fue la regla que puso Marcos. Supimos todas las canciones, pero tomamos de igual manera.

Media hora después, ya estábamos todos en la misma sintonía. Cantábamos a los gritos *Free Love de HONNE*, mientras Adrián hacía bailar a su novio. Él eligió la canción, diciendo que se la quería dedicar a Marcos. Intentaba sacarles una foto, cuando la puerta se abrió.

—¡Ulises! —grito Olivia haciéndole un gesto para que se sentara a su lado.

Con una sonrisa en el rostro, le hizo caso. Sorprendiéndo-nos a todos, colocó dos cajas de pizza en el centro del círculo que formábamos.

—¡Qué bueno que viniste! —le dije, un poco orgullosa y un poco sin creérmelo.

—No iba a perderme tus papas fritas, Lina.

—Llegaste muy tarde —advirtió mi hermano tomando una porción de pizza.

—Como cuarenta y cinco minutos tarde. No duraron ni cinco minutos en el plato —agregó Marcos riendo, sin dejar de bailar.

—Si me ayudas, podemos hacer más —me levanté y le tendí mi mano a Ulises—. ¿Quieres?

—Eso ni se pregunta —me respondió mientras agarraba mi mano.

En la cocina, esperando que las papas estuvieran listas, me dijo entre susurros que no iba a decirles a los demás todo lo que me había contado, o por lo menos no en ese

momento.

—No pasa nada —le dije, poniendo mi mano en su hombro—, otro día será. Ahora relájate, no todos los días podemos disfrutar de noches como esta.

Asintió, lo noté aliviado de poder contar conmigo en un momento así.

Cuando la nueva tanda estuvo lista, volvimos a la ronda. Seguimos comiendo, charlando y tomando. Hasta que Olivia le pidió a Ulises que tocara algo en la guitarra, para que todos cantáramos, como en los viejos tiempos. Ulises asintió contento y salió disparado hacia su habitación a buscar la guitarra. Cuando volvió, se sentó en el piso y sin decir una palabra, empezó a tocar.

Todos reconocimos la canción al instante. No era la más feliz del mundo, pero sabiendo todo lo que había pasado hoy, era lógico que Ulises eligiera esa. Llegando al estribillo de *False Confidence* de Noah Kahan, ya estábamos cantando a los gritos, otra vez, haciendo palmas para alentar a Ulises.

Me encantaba verlo tocar, la pasión se le notaba en los ojos. Él me había enseñado a tocar la guitarra, hacía varios años atrás, y siempre sentí que en cada clase me iba contagiando un poco más su amor por ese instrumento.

Pasamos horas así, con Ulises tocando la guitarra y Elías liderando las voces. En ningún momento dejamos de tomar y muy pocas veces solté mi cámara, no quería dejar pasar ninguno de esos instantes.

Sin darme cuenta, me encontré pensando en que ya quería mostrarle esas fotos a Dani y escuchar su opinión. No quería admitirlo, pero ella me gustaba. Me gustaba muchísimo. Viendo a Marcos y Adrián, abrazados y riéndose, pude notar cuánto extrañaba estar enamorada, disfrutando de la compañía de otra persona, confiando ciegamente en ese amor. Cerré un segundo los ojos, mientras la música seguía sonando y le pregunté a mi corazón qué íbamos a hacer con ese torbellino de emociones, de deseos. No supo contestarme.

Capítulo 11

Sábado 8 de enero de 2022

A la mañana siguiente tenía un dolor de cabeza impresionante. Tal vez nos habíamos pasado un poco con el alcohol. Un poco mucho. Lo único que logró levantarme de la cama fue la necesidad creciente de tomarme un analgésico, acompañado de un enorme vaso de agua.

Llegué a la cocina con los ojos casi cerrados y arrastrando los pies. Lo que provocó que me ganara una mirada asesina de Marcos, que se agarraba la cabeza con ambas manos, sentado en la mesa. Al parecer, el dolor de cabeza iba a ser algo compartido ese día.

Su pelo era una maraña entre sus dedos. Adrián le acariciaba la espalda, intentando consolarlo en su molestia. A él no solía afectarlo el alcohol al igual que a Marcos y a mí, pero las ojeras oscuras que decoraban su rostro eran recordatorio suficiente de cuánto había tomado la noche anterior.

Mi hermano estaba sentado en el sillón, en un extraño estado de somnolencia. Se notaba que se había cambiado y bañado al despertarse, pero la necesidad de tener los ojos cerrados no lo había abandonado aún.

Tomé mi analgésico, y fui directo al baño. No sin antes obtener una nueva mirada reprobatoria de Marcos por haber apoyado el vaso muy fuerte en la mesa. Adrián me dirigió la misma mirada, como si estuviera arruinando la paz que intentaba transmitirle a su novio.

Me esperaba un día muy largo.

Ya en el baño, me percaté de que nunca me había sacado el maquillaje, y mi cara se había convertido en una mancha sin forma de tonos negros y violetas. Saqué mi celular y unos pequeños auriculares del bolsillo del pijama. Aunque me dolía la cabeza, necesitaba mi dosis diaria de música. Busqué y busqué y busqué, hasta que encontré una canción que tuviera ganas de escuchar, aunque fuera bien bajita. Mientras sonaba *Butterflies* de Fiji Blue comencé a sacarme el maquillaje, dejando a la vista las pocas pecas que adornaban mi rostro. Me encantaban, deseaba tener más, pero el mundo había sido un poco tacaño a la hora de decidir cuántas iba a darme.

Con mi rostro desmaquillado y lavado, me sentí un poco más despierta. Desarmé la

cola de caballo que tenía hecha desde la noche anterior y suspiré al notar que parte del dolor de cabeza se esfumaba. Desenredé rápidamente mi largo cabello, que por cierto, necesitaba un retoque. El violeta se estaba lavando y ya no era el color intenso que tanto me gustaba llevar. Cuando sentí que me veía bastante decente, volví a la sala donde estaban mis amigos.

Elías se había sumado a la mesa de los malhumorados, adoptando la misma cara de pocos amigos que Marcos.

En el sillón se apretujaban Hyunmin, Ulises y Oli, ese día el collar de *him* colgaba en su cuello y vestía un overol de jean holgado. Se veía demasiado tierno.

No parecía importarles que el sillón fuera muy pequeño para los tres, ninguno quería sentarse en la mesa y yo no era la excepción. Me senté en el piso con la espalda apoyada en el sillón. A los segundos, Oli se sentó a mi lado.

—¿Se supone que tenemos que estar en silencio todo el día? —preguntó entre susurros.

—No lo sé —admití encogiéndome de hombros—. Siempre que Marcos se levanta así después de una noche de borrachera me da miedo. Es como si fuera una bomba de odio a punto de explotar.

Oli tuvo que taparse la boca con una mano para evitar que una pequeña risita se le escapara. Hyunmin se inclinó hacia nosotros y preguntó, también entre susurros:

—¿Tienen hambre? Quiero empezar a preparar el almuerzo.

—¿Te arriesgarás a sufrir la ira de los malhumorados? —preguntó Oli todavía aguantando la risa.

—Lo hago por el bien del equipo —contestó mi hermano, colocando una mano sobre su corazón con una expresión muy seria.

Ulises se inclinó para formar parte de la conversación en susurros y, adoptando la misma posición que Hyunmin, le dijo:

—Yo me arriesgo también, no te voy a dejar solo en medio del campo de batalla.

Mi hermano exageró su cara de alivio y los tres reímos como respuesta. Nuestra risa cortó el silencio sepulcral que había, pero para nuestra suerte Marcos no nos miró mal. Se le debía estar pasando el dolor de cabeza. Gracias a Dios.

Mientras mi hermano y Ulises cocinaban, con Oli jugábamos a las cartas en el piso. Intentó enseñarme a jugar al póker por milésima vez, aunque yo ya sabía que jamás iba a jugarlo bien, simplemente no era para mí. Todos mis amigos se habían dado a la tarea de enseñarme en algún momento, pero fallaban uno tras otro. Hay que reconocer que Oli tuvo mucha paciencia y me explicó todo entre sonrisas, pero cuando le pregunté lo mismo por sexta vez consecutiva, decidió que era mejor que jugáramos a otra cosa hasta que la comida estuviera lista.

Todos almorzamos separados, los malhumorados en la mesa y el resto en el piso o en el sillón. Bueno, Elías no estaba comiendo técnicamente. Tenía su plato enfrente, pero había decidido apoyar la cabeza en la mesa y dormir un rato más. Sus ronquidos llenaban el lugar. Estábamos terminando cuando sonaron dos golpes en la puerta. Nos miramos entre todos, preguntándonos sin palabras si alguien esperaba visitas. Hyunmin se levantó para fijarse quién era a través de la mirilla.

—¡Es el profesor Mariano! —anunció mientras despegaba la cara de la puerta y empezaba a abrirla.

El profesor Mariano daba una de las clases a las que asistía Oli y era de sus docentes favoritos. No solo porque enseñaba de maravilla, sino porque les permitía a sus alumnos experimentar todo lo que quisieran con sus pinturas, nunca les cortaba las alas. Oli se sentó más derecho en el piso para recibir al profesor.

–¡Hola, chicos! ¡Hola, Olivia! —dijo el profe, saludando con la mano desde el umbral de la puerta.

—Es Oli, profe —le aclaró su mejor alumno desde el piso, enseñándole el collar.

El profesor Mariano se puso rojo de pies a cabeza, completamente avergonzado.

—¡Perdón, Oli! Desde acá no veo bien —se disculpó bajando un poco la cabeza, mientras acomodaba sus lentes, que se resbalaban por el arco de su nariz.

—¡No pasa nada, profe! —Oli le restó importancia con un movimiento de la mano. Conociéndolo, que un adulto se diera cuenta de su error al usar mal un pronombre y se disculpara ya era suficiente para ponerlo contento—. ¿Pasó algo que vino a buscarnos?

El profesor Mariano pareció recordar de pronto el motivo de su visita. Era un poco distraído. Dio un paso al frente antes de decir:

—Sí, quería pedirles ayuda con algo. Como ya sabrán, estamos pintando un mural abstracto en el patio de la escuela, ¿lo han visto? —Todos asentimos. Era imposible ignorar el mural en proceso cada vez que salíamos a descansar—. Bien. Pues, hoy teníamos que terminarlo, pero los chicos que se encargaban de eso no van a venir. Tiene que quedar listo este fin de semana, porque el lunes vienen nuevos alumnos a hacer sus entrevistas y nos gustaría que la escuela estuviera en perfecto estado. ¿Ustedes podrían ayudarnos con eso hoy? —nos preguntó con cierta timidez. Se notaba que tenía miedo de tener que encargarse solo de todo lo que quedaba por hacer.

—¡Obvio, profe, yo ayudo! —dijo Oli levantándose de un salto y completamente entusiasmado.

—Yo también puedo, no tengo nada que hacer hoy —le respondí aún desde el piso.

—Coincido con mi hermana, no tengo problema de ayudar —dijo Hyunmin con una

amable sonrisa.

—Yo tengo cosas que hacer profe, disculpe —dijo Ulises, sus ojos dejaban ver que tenía más ganas de quedarse que de ir a cumplir sus obligaciones. Uno de sus compañeros no podía ir a trabajar y él tenía que cubrirlo.

—¡Marcos y yo podemos ir! Todavía estamos un poco cansados, pero vamos a ayudar todo lo que podamos —dijo Adrián, mientras Marcos asentía a su lado, dejándonos ver su primera pequeña sonrisa del día.

—Calculo que damos por descartado a Elías, ¿no es cierto? —dijo el profe señalando a nuestro amigo que seguía durmiendo en la mesa. Su sonrisa nos daba a entender que había notado la causa de nuestro deplorable aspecto.

—Es muy probable, pero le podemos preguntar cuando se levante —respondí.

—Genial. De verdad, ¡gracias, chicos! Nos vemos abajo en una hora más o menos, lleven ropa que puedan manchar.

Un rato después, ya estábamos pintando en el patio.

El mural era una composición formada por figuras geométricas de diferentes tipos y tenía un total de seis colores que se iban intercalando. Cada uno, inclusive el profesor Mariano, había elegido un color y tenía que centrarse en pintar las partes correspondientes a ese color, siguiendo la impresión del diseño que teníamos de guía. Estábamos muy concentrados cuando el profe anunció:

—En unos minutos va a llegar otra alumna a ayudarlos, porque tengo que irme a atender unos asuntos personales. Pero estoy seguro de que van a estar contentos con su presencia —dijo mirando a Oli de reojo.

Minutos después, apareció Mara. Usando un hermoso vestido amarillo lleno de florcitas blancas y su largo pelo cobrizo recogido en dos trenzas cocidas. En una de las manos llevaba un delantal, para no manchar su bello vestido, y en la otra un enorme parlante. Le sonrió al profe mientras él pasaba a su lado y se acercó al grupo mirando directo a Oli. Mi amigo estaba deslumbrado. Estaba enamoradísimo de Mara, quien dejó todo en el piso y corrió para darle un rápido beso en los labios y abrazarlo con todas sus fuerzas.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto Oli sin soltarla.

—El profe me dijo que necesitaban ayuda y, además, te extrañaba mucho —le respondió con una sonrisa, mientras se separaba un poco para verle la cara a su novio. Oli estaba empezando a sonrojarse—. Pero si te molesta, me voy…

—No, no, no, de eso nada —y volvió a abrazarla. Se lo veía muy feliz.

Cuando Oli aceptó soltar a su novia, Mara se acercó a nosotros para saludarnos con más abrazos y a pedirnos que le explicáramos qué tenía que hacer. Mientras todos volvíamos a trabajar, Mara prendió el parlante y lo conectó a su celular. *Sunday Best* de

Surfaces empezó a sonar a todo volumen.

Ya no solo pintábamos el mural, sino que bailábamos, cantábamos, saltábamos y nos tirábamos pintura. Menos mal que el piso estaba cubierto con papel de diario para que no se manchara. Nuestra ropa no corrió la misma suerte. Estaba tan entretenida pintando, que no me di cuenta de que tenía a Hyunmin al lado hasta que habló.

—Hana amaría esto.

Su voz estaba cargada de melancolía.

—Sí, lo haría. Se pondría a cantar y a pintar con nosotros —le respondí.

Mi hermano asintió con sus ojos llenos de lágrimas. Una logró escaparse y no pude evitar pasar mi mano por su rostro para limpiarla. Dejando un rastro de pintura verde en su mejilla.

Capítulo 12

Cinco años atrás

Hyunmin había ido a comprar helado a nuestra heladería favorita, para que pasáramos la tarde mirando películas. El local estaba lejos de la nueva casa de los Lee, iba a tardar un buen rato en volver. Para matar el aburrimiento me propuse recorrer su nuevo hogar. La casa era enorme, pero el cambio era necesario, con la llegada de otro bebé su antigua vivienda quedaba obsoleta.

No necesité hacer más de dos pasos fuera de la habitación de mi amigo para que una increíble melodía empapara todos mis sentidos. Por un segundo, cerré los ojos y me permití deleitarme con esa música que no conocía. Al abrirlos seguí esas notas cual rastro de migajas hacia una de las puertas al final del pasillo. Eso solo podía significar una cosa. Me fui acercando despacio, sin hacer mucho ruido.

La puerta estaba entreabierta, dejando a la vista a Hana sentada frente a un enorme lienzo. Traía su largo cabello acomodado en un moño despeinado, un pincel rojo lo atravesaba de lado a lado. Estaba descalza, vestía un jean recto y ancho, probablemente de su marido, que siempre le regalaba las prendas que ya no usaba para que ella se manchara de pintura sin preocuparse. Además, usaba una remera blanca y un delantal verde militar con varios bolsillos, donde Hana solía colocar trapos y papeles para limpiarse. De espaldas a la puerta, su expresión era desconocida para mí, pero siempre se la veía muy pacífica al pintar. Amaba verla disfrutar de su arte. Amaba ver la expresión de cualquier persona mientras hacía aquello que la apasionaba. El señor Lee tenía la misma mirada mientras cocinaba.

Hacía poco había empezado a acomodar las cosas en su nuevo estudio y se notaba. Era mucho más espacioso que el anterior, mi curiosidad estaba impaciente por ver cómo iba a quedar ese lugar cuando Hana terminará con él. Hasta ese momento, lo único que decoraba las paredes eran algunas de sus pinturas. También había cubierto el piso con un plástico transparente para poder pintar sin preocuparse. Sus pinturas y pinceles estaban desperdigados por doquier. Sabía que pronto iba a organizarlo, pero, de cierta forma, ese desorden era tan bello como las mismas obras de la artista que ocupaba ese espacio. El caos convertido en arte.

—Lina, puedes entrar si quieres. Sabes que siempre eres bienvenida en mi estudio

—dijo de repente Hana, sin apartar su vista de la pintura.

—Perdón, no quería espiarte, Hana —dije sorprendida, avergonzada y sintiéndome muy entrometida—. Es que me llamó la atención la música…

Hana giró hacia mí con una cálida sonrisa en el rostro y me hizo señas para que ocupara el taburete que tenía a su lado. Fue su manera de hacerme entender que mi actitud no la había molestado en lo absoluto. Me dio un pequeño beso en la frente cuando me senté junto a ella, un gesto completamente maternal, y siguió pintando.

Tanto ella como Sabrina me demostraron desde muy chica que el amor de madre no tenía nada que ver con la sangre, me habían hecho sentir en familia desde el primer momento. Una experiencia completamente diferente a la que tuve con mis padres biológicos. Bueno, mi madre biológica por lo menos me dio en adopción cuando aceptó que no podía darme la vida que merecía, pero mi padre…

Sacudí la cabeza para sacarme el recuerdo de esa terrible persona y me enfoqué en la pintura de Hana. En el lienzo pude ver a dos jóvenes tomados de la mano. Corrían. La mujer lloraba y el hombre la guiaba, su rostro no expresaba otra cosa más que enojo. Detrás de ellos se veía a lo lejos una casa muy pequeña, rodeada de vegetación seca, sin vida, los tonos café reinaban en esa parte del lienzo. El verde, la vida, ganaba terreno donde estaban los personajes. La pintura era hermosa, como todo lo que hacía la mamá de mi mejor amigo, pero irradiaba un aire muy melancólico, triste. Todas las pinturas de Hana tenían una historia detrás, siempre hacía hincapié en ello. La curiosidad me ganó una vez más.

—Hana, si no te molesta que te pregunte, ¿qué…

—... significa lo que estás pintando? —terminó mi frase, mirándome con dulzura. Me colocó el cabello detrás de la oreja, como muchas veces hacía Sabrina. Me manchó un poco la cara con pintura verde con ese gesto, pero no me importó—. Es una historia larga, ¿te gustaría escucharla?

No hicieron falta palabras para que entendiera mi respuesta, simplemente asentí y me acomodé en mi asiento, dirigiendo toda mi atención hacia ella. Hana volvió a sonreír ante eso y, mientras seguía pintando, empezó a narrar.

—Conocí a Dakho, el papá de Hyunmin y Jisu, cuando tenía veintidós años. En Corea no es común presentarle tu pareja a tus padres a menos que sea una relación muy formal, así que tardé un tiempo en llevarlo a casa. Después de más de un año de estar saliendo, estaba convencida de que era el amor de mi vida, que me iba a casar con él, así que le propuse conocer a mis padres —se volteó a verme antes de continuar —. Te aseguro que no salió para nada bien. —Hizo una pausa para recargar pintura en su paleta y siguió con el relato—. Apenas lo conocieron, mis padres eran todo sonrisas, les parecía muy apuesto y mi madre dijo que formábamos una pareja encantadora. El

problema surgió cuando empezaron a preguntarle sobre su familia y su economía. Dakho fue criado únicamente por su madre, ya que su padre la había abandonado cuando quedó embarazada, no estaban casados. Eso no les gusto. Y a mi madre, particularmente, le molestó el hecho de que él no tuviera una posición económica que pudiera ayudarnos. Éramos muy pobres y nos costaba salir adelante, así que, como hermana mayor, pretendían que yo me casara con alguien que ayudara a la familia. Para ellos, que yo estuviera enamorada no era suficiente. La molestia de ambos se notaba en el aire, pensé que iban a decirme algo cuando Dakho se fuera y estuviéramos a solas, pero mi madre explotó en ese momento, gritándome. No quiero repetir lo que me dijo, pero, en resumen, le restó importancia a nuestro amor.

Hana dejó de pintar, un temblor se apoderó de sus manos. No era difícil darse cuenta de que la había pasado muy mal en esa época y que recordarlo le dolía. No supe qué hacer, así que simplemente le tomé la mano, como hacía Hyunmin muchas veces conmigo cuando quería demostrarme su apoyo. Hana sonrió un poquito mirando nuestras manos y continuó su historia sin apartar sus ojos de ellas.

—Dakho ni se inmutó ante los gritos de mi madre, se comportó como un verdadero caballero y le aseguró que entendía sus preocupaciones por su familia. Le prometió, intentando sonar lo más seguro posible, que sus estudios en cocina iban a dar los frutos necesarios para abrir un restaurante, al que le iría tan bien que tendría muchos locales, y con sus ganancias podría ayudar a mi familia.

—¿Qué dijo tu madre sobre eso?

—Se rio en su cara —respondió Hana, y una sonrisa triste apareció en su rostro—. Yo le tenía fe, sabía que tenía talento. Tardó cuatro años en lograrlo, pero lo hizo. Durante ese tiempo fue difícil vernos porque mis padres seguían sin aprobarlo, pero cuando vieron todo el esfuerzo de Dakho, aceptaron nuestro compromiso y a los pocos meses nos casamos. Tiempo después les di la noticia de que estaba embarazada de Hyunmin. El siguiente problema llegó cuando mi madre hizo cálculos, y se dio cuenta de que me había embarazado antes del matrimonio e hizo un escándalo.

—¿Eso está mal visto en Corea? —pregunté.

Había muchas diferencias entre cómo se tratan ciertos temas en los países occidentales con respecto a Corea. Los Lee me habían enseñado muchas cosas sobre su país de origen y a mí me encantaba escucharlos.

—Depende mucho de la familia, a mi entender. Como en cualquier país, hay familias más abiertas de mente y otras que mantienen una mirada más tradicionalista. A mi madre le parecía inaceptable y se pasó años trayendo ese tema a la mesa cuando quería discutir conmigo. Mi padre estaba muy feliz con su yerno y su nieto, así que con él se habían acabado los problemas; sin embargo, mi madre no parecía olvidar su

enojo. Cuando quedé embarazada de Jisu decidí que quería disfrutar de cada momento del crecimiento de mi hija, algo que no ocurrió durante el desarrollo de mi primer bebé. No quería que Jisu creciera rodeada de odio y deseaba darle a Hyunmin una vida mejor, así que le planteé a Dakho si podíamos irnos a otro país.

—Y, por lo que veo, dijo que sí.

—Sí, dijo que sí —respondió Hana, su característica sonrisa dulce y sincera volvió a su rostro—. Él sabía todo el dolor que me generaba mi madre y quería que fuera feliz. Designó delegados de confianza para dirigir sus restaurantes, les prometió que cada cierto tiempo volvería a revisar que todo estuviera en orden, y nos trasladamos hacia aquí. A los pocos meses conocí a tu madre en un supermercado, yo no entendía del todo bien el español en esa época, así que me ayudó a encontrar unas cosas que necesitaba para Jisu. Somos inseparables desde entonces. Agradezco a la vida por darme a un marido y una amiga tan maravillosos, además de todos los niños hermosos que nos rodean.

Me acarició el pelo con la mano que tenía libre y después se tocó la panza mientras volvía su vista a la pintura.

—Esta pintura representa cómo el amor logró sacarme de un lugar tan oscuro y que me lastimaba tanto. Estos seríamos Dakho y yo de más jóvenes, y la casita del fondo es donde me crie. Pintar me ayuda a canalizar todas mis emociones y a transformarlas en algo hermoso.

No supe qué decir, solo atiné a quedarme mirando cómo tomaba nuevamente su pincel y seguía pintando. Admiraba su fortaleza. Todo ese dolor no fue capaz de domarla y había logrado tener la familia que merecía. Una familia llena de amor, donde el odio no tenía lugar. No se quedó atrapada en la oscuridad que la rodeaba, sino que se aferró a las cosas que la hacían feliz y salió de ese lugar que tanto daño le hacía.

De alguna manera, la pintura tenía el mismo significado para ella que para mí la fotografía. Era un escape. Unas lágrimas se deslizaron por mi rostro sin que pudiera controlarlas, ver a Hana tan fuerte y decidida me llenaba el pecho de admiración. Admiración y otra sensación que en ese momento no supe identificar, no conocía su nombre.

Escuché que el auto de Hyunmin paraba delante de la casa y me levanté para ir con él. Hana vio mis lágrimas y sin dudarlo soltó todo para abrazarme, sin preguntarme nada. Nos quedamos así por unos largos segundos.

—Gracias por contarme tu historia y por dejarme ser parte de tu familia —dije mientras más lágrimas se acumulaban en mis ojos.

—Desde el día que entraste por esa puerta de la mano de Sabrina, con dos trencitas despeinadas y una cámara vieja en la mano, eres parte de esta familia. Siempre vas a

ser una de nosotros. Una más de la familia Lee.

La dulzura en sus ojos y el amor de su abrazo no hizo más que constatar sus palabras. Y yo no pude hacer otra cosa que creerle, mientras el agradecimiento y el alivio llenaban cada poro de mi ser.

Capítulo 13

Sábado 8 de enero de 2022

Estábamos los seis acostados en el piso, llenos de pintura y completamente agotados, mirando cómo había quedado nuestro trabajo. Terminamos el mural en tiempo récord, pero eso nos había exprimido la poca energía que nos quedaba en el cuerpo después de la noche anterior.

Mara, que ya estaba al tanto de nuestra borrachera, se encargó de ir a comprar comida para merendar, ya que ninguno era capaz de levantarse del piso. Cuando volvió, hicimos una pequeña ronda y comimos juntos. Intentamos charlar, pero el cansancio no nos permitía articular dos palabras seguidas que tuvieran sentido. Así que nos dedicamos a comer y a escuchar música, mientras mirábamos el mural y el hermoso atardecer que se empezaba a formar en el cielo.

Tonos rojizos, anaranjados y la voz de Taylor Swift lo inundaban todo cuando vimos a nuestras hermanas pasar por la puerta del patio de la Academia, dirigiéndose hacia nosotros.

Misuk se lanzó sobre Hyunmin, quien no tuvo tiempo de advertirle que su remera estaba embadurnada en pintura, pero a nuestra pequeña hermanita no pareció importarle. Hasta le pareció gracioso que su ropa estuviera llena de colores y apretó más a nuestro hermano para seguir manchándose. Quizás, en un futuro, terminará siendo pintora, como su mamá. Jisu se acercó a donde estaba yo y se puso de cuclillas a mi lado.

—Me estaba yendo a la casa de una amiga y Misuk dijo que quería estar con ustedes —me explicó mientras me daba la pequeña mochila de nuestra hermana—. Sabrina me está esperando afuera para llevarme. ¿Les molesta que se quede aquí?

—Claro que no, podemos hacer noche de películas o algo así —respondí, mientras le dirigía una sonrisa a Misuk.

—Sí, teníamos planes con los chicos, pero creo que prefiero quedarme a descansar hoy. Podemos mirar la nueva peli de Pixar que salió hace poco —dijo mi hermano mirando a nuestra hermanita, que lo soltó para ponerse a dar saltitos de felicidad antes de salir corriendo a abrazarme a mí. Y seguir manchándose de pintura, claro. Jisu solo asintió, y sin decir otra palabra se levantó para irse rápidamente.

—Tranquila, no saludes antes de irte —le reproché sarcástica.

Giró, sin dejar de caminar, apuntando hacia nuestra ropa y luego señalando la suya, como si eso fuera explicación suficiente para no despedirse de sus hermanos. Su vestimenta dejaba bien en claro que en la casa de esa amiga había una fiesta o algo parecido. Aunque mis traumas me habían enseñado a despedirme siempre con un abrazo de la gente que amo, entendía que en este momento lo más importante para Jisu era llegar impecable a donde estaban sus amigos. Tenía puesta una campera de cuero que yo usaba a su edad y que le había regalado hacía unos meses atrás, sabiendo que desde muy pequeña había mirado esa prenda con el deseo de que algún día fuera a prestársela. Estaba preciosa, deslumbrante. *Dios, ¿en qué momento creció tanto?.*

—Avisa cuando llegues, ¿sí? ¡Cuídate! —le dijo Hyunmin, tan sobreprotector como siempre. Seguro había hecho la misma suposición sobre la fiesta.

Jisu siguió caminando, dándonos la espalda. Supimos que nos había escuchado por el gesto que hizo con la mano, pero ni una palabra salió de sus labios. Quizás no nos abrazara, pero sabíamos que iba a avisarnos cuando llegara, entendía los nervios que nos generaba no saber dónde estaba y si se encontraba bien. Ella también había estado ahí ese día.

Minutos después juntamos nuestras cosas para subir todos al departamento. Hyunmin cargó en los hombros a nuestra hermanita y yo llevé su pequeña mochila colgada en la espalda. Mara se fue a su casa a cambiarse, porque su novio la había invitado a salir con ellos esa noche.

Al llegar al depa, nos sacamos la ropa llena de pintura mientras Oli, Marcos y Adrián discutían sobre cómo se iban a turnar para usar la ducha. Con la discusión de mis amigos de fondo, me puse a preparar palomitas. Por otro lado, Hyunmin y Misuk se dieron a la tarea de preparar el pequeño proyector que teníamos para ver películas en mi habitación.

Mientras preparaba una bandeja llena de cosas ricas para comer con mis hermanos, no pude evitar pensar en que nuestros amigos no se habían quejado cuando cancelamos el plan que teníamos con ellos. En el pasado había tenido amigos que, si un plan no salía como ellos esperaban, hacían un escándalo de proporciones inimaginables. Pero nuestro grupo de amigos no era así. Ellos entendían que, después de todo lo que nos había pasado, nuestra pequeña familia iba por delante del mundo. Después de tantos años de conocernos, respetábamos las prioridades de cada integrante de nuestro grupo y, en vez de juzgarnos, nos apoyábamos siempre. Me encantaba eso y me daba mucha tristeza tener que dejarlos atrás. El conocido nudo en mi garganta se hizo presente una vez más, recordándome que todavía no tenía un plan

para verlos después de mi partida y que tampoco sabía cuántas veces iba a ser posible.

Intenté relajarme, pero cuando me dirigí a mi habitación con la bandeja en la mano no pude esquivar a Oli, que vio las lágrimas en mis ojos. Ya habían dejado de discutir y, mientras los novios se bañaban juntos, él estaba esperando en el sillón.

Se levantó, me sacó la bandeja de las manos para apoyarla en la mesa y me secó las lágrimas con un pañuelo que tenía en el bolsillo.

—¿Qué pasa? —preguntó entre susurros para que mis hermanos no escucharan desde la otra habitación.

—Es que los voy a extrañar tanto —le respondí entre sollozos.

No hizo falta decir más que eso para que me abrazara y me susurrara al oído una y otra vez que todo iba a estar bien. Oli no me soltó hasta que sintió que mi respiración se calmaba y que dejaba de llorar.

—Sé que duele, porque a mí también me duele todo esto, pero ahora no es momento para hablarlo. Si quieres, un día cuando estemos solos, hacemos catarsis y lloramos todo el día juntos. Hasta podemos ver películas tristes para llorar más todavía —con ese comentario logró sacarme una sonrisa. Me devolvió el gesto antes de seguir—, pero hoy dedícate a disfrutar la noche con tu familia, relájate y no te arruines este momento por pensar en cosas que todavía no pasaron. Nos quedan muchos días para hacerle frente a esto. Juntos, como siempre.

Solo pude asentir y darle un corto abrazo antes de tomar la bandeja, porque si seguíamos esa conversación lo más probable era que terminara en un ataque de llanto imparable.

Entré a la habitación mientras respiraba hondo. Intenté patear esos pensamientos oscuros de mi cabeza y centrarme en el presente. En la forma en que Hyunmin, Misuk y yo nos apretamos en la pequeña cama, tapados con una manta muy suave. Intenté centrarme en la película, permitiendo que mi mente se llenara de esa historia y dejara la mía afuera por un rato. Me concentré en la risa de mi hermana y en lo feliz que la veía. Me fijé en mis amigos y en la buena energía que tenían cuando se asomaron por la puerta de la habitación para avisar que ya se iban. Me enfoqué en tantas cosas que para cuando me di cuenta el nudo se había ido y las lágrimas ya no amenazaban con salir para inundarlo todo. A veces necesitaba recordarme las cosas maravillosas que me rodeaban para que la oscuridad no me arrastrara a su interior sin piedad.

Capítulo 14

Domingo 9 de enero de 2022

Nos costaba encontrar tiempo para disfrutar en familia. Desde que la mudanza a Corea comenzó a cobrar más peso en nuestras vidas, cada uno se enfocó en quienes dejábamos atrás y nos olvidamos de compartir con quienes nos íbamos.

Fue algo completamente inconsciente, pero eso no lo hacía menos real.

Sabrina nos sentó a la mesa un día antes de mi viaje a Corea, en un intento desesperado por despabilarnos y unirnos de nuevo. Sentada frente a nosotros, con el ceño fruncido, cualquiera hubiera jurado que había sido nuestra madre toda la vida.

Hyunmin intentó no discutir, odiaba tanto como yo los enfrentamientos, pero después de media hora de escuchar el sermoneo de Sabrina, mi hermano sacó la carta mágica de los amigos que dejábamos atrás, tratando de explicarle que solo queríamos pasar tiempo con ellos porque íbamos a extrañarlos tanto que el corazón le dolía de solo pensarlo.

—Entiendo que van a extrañar a sus amigos, pero ¿alguno se percató de hace cuánto no tenemos una cena familiar? —planteó enojada, mirándonos a los ojos.

En la mesa estábamos Jisu, Hyunmin y yo. Misuk había quedado fuera de la conversación. El motivo de su ausencia no era su edad, todos sabíamos que a sus cortos años era más inteligente de lo que cualquiera podía esperar. Ella había sido quien se acercó a Sabrina para decirle que nos extrañaba y no entendía por qué no compartíamos tiempo juntos como antes. No participó de la charla porque Sabrina no quería que se sintiera culpable por la discusión que iba a generarse y tampoco quería asustarla con su expresión enfurecida. Ver a nuestra madre enojada era extraño, no sucedía con frecuencia.

—Ayer cenamos juntos —dijo Jisu tajante, cruzando los brazos sobre el pecho, mientras se acomodaba de forma desenfadada en la silla que ocupaba justo frente a nuestra madre.

Sabrina se mordió el labio, en una expresión cargada de ira. Yo, que había vivido mi propia etapa adolescente con ella, sabía que estaba apelando a toda su paciencia y conocimientos pedagógicos para no saltar por sobre la mesa y acogotarla. Compartimos una mirada rápida con Hyunmin, espectadores cómplices de la bomba

que estaba a punto de explotar. Antes de contestar, Sabrina respiró hondo.

—¿A eso llamas cenar juntos? —preguntó con la voz más tranquila que le salió, pero la forma en la que pronunció la palabra *eso* logró ponerme los pelos de punta—. Tus hermanos llegaron en el medio de la comida y estaban tan ensimismados en su conversación que ni siquiera le dirigieron la palabra a nadie más. Tú comiste lo más rápido que tu cuerpo te lo permitió, sin soltar el celular en ningún momento, porque querías irte a tu cuarto. La cena terminó conmigo y Misuk comiendo solas el postre que había hecho para todos.

Jisu intentó pararse para replicar, una acción audaz e insensata en partes iguales, pero antes de que lo lograra tomé su mano y se la apreté, para que entendiera que era preferible que se quedara callada en este momento. Una serie de gritos descontrolados no iba a servir para nada. No sé qué bicho le picó ese día, pero hizo caso a mi pedido silencioso sin chistar.

—Sé que esto no es fácil para ninguno y sé que estos últimos meses aquí van a querer aprovecharlos para estar con sus amigos. Lo entiendo, por eso no dije nada cuando ustedes me pidieron pasar los últimos dos meses en la Academia —aclaró haciendo un ademán hacia mí y mi hermano—, pero cuando estemos juntos, intenten centrarse en ese momento. Háganse espacio en sus planes para una cena u organicen un día en familia. Con todo lo que pasamos, lo que menos necesitamos es alejarnos ahora.

Sabrina se tomó un momento para mirarnos a los tres y analizar cómo recibíamos sus palabras antes de continuar.

—Y si no quieren hacerlo por ustedes o por mí, háganlo por Misuk. Ustedes son las personas más importantes en su vida y las extraña más de lo que puede expresar.

Creo que, si hubiera dicho eso al principio de la charla, solo eso, nos hubiéramos ahorrado toda la discusión. Los tres, cada uno a su manera, nos desvivíamos por Misuk y lo que menos queríamos era hacerle daño. Así que, un poco más calmados todos, acordamos que luego de mi regreso de Corea planearíamos un día especial juntos.

Recordé esa conversación mientras me preparaba. El plan para ese domingo 9 de enero era hacer un picnic en el parque e intentar enseñarle a Misuk a usar su nueva bicicleta. A diferencia de la anterior, esta no tenía rueditas de entrenamiento y por eso le asustaba tanto usarla.

Hyunmin y nuestra pequeña hermana se habían ido a buscar a Sabrina a la casa y recoger a Jisu de lo de su amiga. Yo terminaba de arreglarme, cuando Elías salió de su cuarto y se dejó caer en el sillón del depa, con su brazo tapó sus ojos, como si le molestara la luz. No existen palabras para describir lo mal que lo vi en ese momento.

—Buenos días, Elías.

Lo único que recibí como respuesta a mi saludo fue un simple gruñido bajo. Durante varios minutos pensé en qué decirle a continuación, por miedo a que saltara como perro rabioso a atacarme.

—¿Comiste algo ya? Si quieres te hago una taza de café, sin azúcar ni leche, como te gusta.

—No quiero comer —me respondió, sin sacarse el brazo que tenía sobre los ojos ni dirigirme una mirada rápida.

—Está bien, hay comida en la heladera por si te agarra hambre más tarde. ¿Cuál es tu plan para hoy? Si no tienes nada que hacer puedes acompañarnos al parque, vamos a enseñarle a Misuk a usar su bicicleta —comenté, lo más casual posible, mientras seguía maquillándome.

—Lina, tengo un día de mierda, no tengo ganas de hacer nada. —Esta vez sí bajo el brazo para mirarme y lo hizo con más enojo del que debería. Solo quería ayudarlo.

—Okey… ¿quieres hablar de eso?

—¿Para qué? –me preguntó mientras se levantaba del sillón. Claramente algo lo estaba molestando, era la combinación perfecta de cansancio y enojo—. Hablar de mis problemas en voz alta no va hacer que se solucionen, la charla termina y los problemas siguen ahí.

—Bueno, sí, por un lado, tienes razón, pero hablarlo ayuda a sacarte un poco el peso de encima y quizás, depende con quién lo hables, puede ayudarte a encontrar una solución. A mí me sirve mucho hablar mis problemas con mi psicóloga, porque siempre ve todo desde un punto de vista distinto al mío.

Dije eso y de pronto el silencio en nuestro pequeño comedor se volvió tangible. Mientras apoyaba mi brocha de maquillaje en la mesa fui consciente de que estábamos solos y de que Elías parecía estar en uno de sus peores momentos. Quería ayudarlo, pero era muy difícil hacerlo al no saber qué le estaba pasando. Me sentí frustrada e inútil, odiaba ver a mi amigo en ese estado y no saber qué hacer o decir para que se sintiera mejor.

—Elías, ¿alguna vez pensaste en ir a terapia? Sé que hablar los problemas te parece tonto, pero te juro que sirve y quizás podrían ayudarte…

Dejé salir esas palabras de mi boca y al instante noté que había sido un error terrible pronunciarlas.

—¿Ayudarme con qué? Tú vas a terapia hace meses y no te sirvió para una mierda, sigues como el día que empezaste —me escupió su opinión. No necesitaba levantar la voz, sabía que, aunque susurrara esas palabras, tendrían el mismo efecto en mí.

—Elías…

—¿Qué vas a decirme? No puedes negar que sigues con ataques de ansiedad, que

sientes que el mundo te aplasta hasta dejarte sin aire. Si a ti no te sirvió, ¿de qué me va a servir a mí? —El odio que mostraban sus ojos empezaba a asustarme—. No vengas a jugar el papel de predicadora de la psicología conmigo. A mí no me engañas, estás igual de rota que siempre.

Y sin decir más, se encerró en su cuarto, pegando un portazo tan fuerte que hizo que me encogiera en mi silla.

Entendía que su enojo no iba dirigido a mí. Que el odio que sentía era más hacia sí mismo que hacía otra persona. Que odiaba sentirse así y que, para él, aceptar ir a terapia era una manera de admitir que algo no estaba bien y no sabía cómo enfrentarse a eso. Pero, aunque lo entendía, sus palabras me dolieron como si me hubiera lanzado un dardo directo al corazón. Un dardo lleno de palabras venenosas, que se encarnaron en mis partes débiles sin piedad. Era indescriptible el amor que sentía por mis amigos, formaban parte de la familia que había armado con los años, y creo que ese afecto fue el que me dio las fuerzas para pararme e ir directo a mi habitación, antes de derribar esa puerta a patadas para devolverle esos dardos venenosos con el doble de fuerza. Me encerré en el pequeño cuarto y no hicieron falta ni dos segundos completos en soledad para que mi corazón estallara en llanto. Me derrumbé contra la puerta, incapaz de llegar más lejos. Mi mente se debatía entre la tristeza y un nuevo ataque de ansiedad. O quizás fuera una caótica mezcla de ambos. Porque, aunque comprendía a mi amigo, no podía asimilar cómo él, más que nada él, no se daba cuenta del esfuerzo que significaba para mi “estar bien”. Él, a quien siempre se le notó que la vida le pesaba el doble, como a mí, no podía darse cuenta de que éramos dos espejos enfrentados. Yo me sentía completamente rota, averiada. Él, sumido en la ignorancia de cómo yo me sentía y percibía, había contribuido a que se abrieran un poco más mis grietas.

Con el tiempo entendí que estar pasando por un mal momento no era sinónimo de estar rota, pero en ese entonces esa era la forma que tenía para explicar que sentía en mi interior, y que él empleara esa palabra para definirme solo había reafirmado mis oscuros pensamientos.

Con las pocas fuerzas que me quedaban, me levanté y caminé a un ritmo muy lento hacia la cama. No era difícil descubrir que estaba teniendo un ataque de ansiedad bastante fuerte, porque cada paso me suponía un esfuerzo demasiado grande para una simple tarea como esa.

Me hice un ovillo sobre la suave manta que cubría mi cama y me quedé ahí, sola y temblando, respirando con la esperanza de que el maremoto emocional pasara pronto. Sabía que no sería tan fácil.

No sé cuánto tiempo estuve así. Es usual que el tiempo pierda su forma cuando no

se tiene control de lo que el cuerpo está sintiendo. Es como si los minutos se volvieran elásticos y el reloj se ralentizara, una sensación que puede sonar absurda para quienes no hayan sentido nunca algo parecido. Solo puedo afirmar que en algún momento Hyunmin entró al cuarto y se acostó a mi lado, haciéndome suaves caricias en el pelo. No tuve que decirle nada de lo que había pasado para que entendiera cómo me estaba sintiendo. Él sabía que yo no era capaz de hablar en momentos como ese, que su simple compañía ya era suficiente y lo amaba por eso. Por ser un amigo y hermano tan atento, por aprender a ayudarme sin juzgar lo que necesitaba y por saber transmitir amor sin decir una palabra.

—Li, ¿quieres salir o prefieres quedarte aquí?

Desarmé un poco mi ovillo humano, solo lo suficiente para verlo a los ojos. No hacía falta que explicara nada, mis ojos vidriosos hablaban por mí, pero de igual manera me forcé a contestarle.

—Prefiero quedarme, pero vayan, pasen el día en el parque. Misuk estaría muy decepcionada si no la llevan.

—Pero no quiero dejarte aquí sola.

Los ojos de Hyunmin también hablaban y me decían que la culpa lo carcomía con solo pensar en dejarme en ese estado.

—Yo me quedo con ella.

Oli estaba en la puerta de nuestro cuarto, con un tarro de Nutella en una mano, un paquete de galletitas en la otra y una manta colgada del hombro. Un verdadero kit contra un día horrible. Bueno, contra mis días horribles, sabía cómo consolarme.

Volví a mi ovillo mientras los dos murmuraban cerca de la puerta. No tenía fuerzas para escucharlos, pero estaba segura de que Hyunmin le pidió incontables veces que lo llamara si algo me pasaba.

Oli apoyó todo sobre la cama, al mismo tiempo que mi hermano me daba un beso en la frente para despedirse.

—No sé qué pasó, pero puedes con esto. Eres más fuerte de lo que crees. Tómate el día para descansar y mañana será un nuevo comienzo. Si empiezas a sentirte bien y quieres venir con nosotros me llamas y vengo a buscarte —me susurró.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y lo abracé antes de que se fuera. No entendía por qué él pensaba que era tan fuerte, pero me hicieron bien sus palabras. Siempre tenía las correctas para hacerme sentir mejor. Cuando nos quedamos solos, Oli se acostó a mi lado, cara a cara, e imitó mi posición de ovillo. Se quedó ahí, haciéndome compañía, hasta que mi respiración empezó a estabilizarse.

Cuando estuve lista, me senté en la cama, con movimientos muy lentos, llena de un profundo miedo a moverme demasiado rápido y que todos mis pedazos se

desparramaran por la habitación. Todavía en silencio, Oli se acercó más para envolvernos con su manta, abrió el tarro de Nutella y me ofreció una galleta llena de esa pasta dulce que tanto nos gustaba.

No hablamos durante un largo rato, hasta que le pedí que me contara algo gracioso, para cambiar la energía. Como si hubiera apretado un interruptor, Oli empezó a contarme cosas que habían pasado la noche anterior en su salida con nuestros amigos. Antes de darme cuenta el dolor en mi pecho se convirtió en dolor de panza causado por cuánto me estaba haciendo reír Oli. De a poco, comencé a sentir el cuerpo mucho menos entumecido.

Es impresionante el poder que tienen las palabras. La manera en que pueden clavarse en tu corazón y desgarrarlo, darte la paz que no encuentras en otro lado o hacerte reír en los momentos más duros. Por eso me gustaron los libros desde pequeña, porque el poder de las palabras me tenía maravillada desde que empezamos a aprender a leer en la escuela.

Las palabras tienen una magia que las personas no terminan de entender y muchas veces usan esa arma con mucha irresponsabilidad. Esa vez, un pequeño grupo de palabras había podido conmigo y me odiaba por perderme los primeros intentos de mi hermanita de enfrentarse a algo que la asustaba, pero bien sabía que en ese estado solo lograría preocupar a Misuk y distraerla. Porque con sus pequeños años había aprendido a leer mi mirada como si tuviera mis sentimientos escritos en la cara.

Elías decía que yo no había cambiado nada, pero estaba equivocado.

Tenía muy claro que la ansiedad estaría ahí toda mi vida, sin embargo, tenía la esperanza de aprender a manejarla lo suficiente para que perdiera el poder que tenía sobre mí.

La esperanza no tenía lugar en mi vida unos meses atrás, la palabra me resonaba, pero no tenía un significado real para mí. Sentada en mi cama, junto a Oli, podía notar que el peso en mi pecho era mucho menor y que la esperanza se hacía, a la fuerza, un lugar más grande en mi interior.

Capítulo 15

Lunes 10 de enero de 2022

A la mañana siguiente aún podía sentir en cada una de mis extremidades los restos del ataque de ansiedad que había tenido la tarde anterior.

Cuando la ansiedad se acumulaba en mi cuerpo a tal nivel que comenzaba a generarme síntomas físicos, como el entumecimiento, al día siguiente solía sentirme aterradoramente débil, sin nada de energía. Como si la ansiedad fuera un *dementor* que se llevaba todas mis fuerzas.

Intenté ignorar las horribles sensaciones que atormentaban mi cuerpo, busqué mi celular para revisar los mensajes de mis amigos. Tenía varios de Ulises y Hyunmin preguntando cómo me sentía. Marcos y Adrián me habían enviado videos graciosos de animales para levantarme el ánimo. Oli me invitaba a merendar, para que saliera un poco, porque quizás eso me ayudaría a cambiar la energía. Ninguna noticia de Elías.

Iba a contestarles, cuando noté que tenía un mensaje de mi psicóloga.

> Hola, Lina. ¿Cómo estás? El viernes me olvidé de consultarte si querías tener la sesión de este lunes o si preferías que nos viéramos directamente en la sesión del lunes 17. Al cambiar el día de las sesiones no tuvimos en cuenta que estas últimas dos iban a quedar tan cerca. ¡Cuéntame qué prefieres!

Sin dudarlo le respondí que me haría bien verla. No esperé su respuesta antes de cambiarme y comenzar a preparar algo de comer, para no salir con el estómago vacío. Mi escasa energía hizo que esas dos tareas llevaran mucho más tiempo del que esperaba.

Sentada frente a ella, en su ya familiar consultorio, narré todo lo ocurrido con Elías. Brenda me escuchó atentamente y me hizo algunas preguntas sobre mi amigo, antes de darme su opinión profesional.

—Lina, estoy segura de que tu propuesta de que fuera a terapia fue con la intención

de ayudarlo, porque te preocupa. Es más, creo que a tu amigo le haría muy bien, pero muchas personas que están en el mismo estado que Elías se enojan al escuchar esa idea.

—Yo solo quería ayudarlo, no esperaba que reaccionara así —dije bajando la cabeza, empezando a sentirme ansiosa nuevamente al recordar las palabras de mi amigo—. No le dije todo lo que pensaba y encima tuve un ataque de ansiedad. Estoy intentando no darle vueltas a eso, pero… ¿y si tiene razón?

—Tú y yo sabemos que él no tiene razón. Una cosa es validar lo que le está pasando y entenderlo, y otra es dejar que te haga sentir mal. Ningún proceso de sanación es lineal. Vas a tener días en los que vas a sentir que todo está en su lugar al fin y días en los que vas a volver a sentirte como al principio. Con el tiempo, eso va a pasar cada vez menos, pero es normal.

—¿Quiere decir que todo lo que me está pasando últimamente es normal? Porque siento como si hubiera retrocedido mil pasos en los últimos meses.

Fue imposible evitar que una lágrima se escapara de mis ojos.

—Venías teniendo un proceso bastante lineal desde que empezamos el tratamiento y lo de la mudanza te desestabilizó —trató de calmarme mientras me alcanzaba la caja de pañuelitos—. No estás volviendo atrás, sino que te encontraste otro obstáculo en el camino. Ahora más que nunca es cuando tienes que usar las habilidades que estuviste aprendiendo.

—Debo volver a probar con las respiraciones…

—Sí, eso iba a decir —continuó Brenda con una pequeña sonrisa—. Sé que nunca le viste resultados, pero voy a proponerte un ejercicio. Por lo que tengo entendido, te gusta mucho la música, ¿no? —Esperó a que yo asintiera antes de seguir—. Bueno, te voy a sugerir que elijas una canción que te relaje, te sientes en tu cama con las piernas cruzadas, cierres los ojos y te concentres en tu respiración. Al principio vas a distraerte con cualquier estímulo externo o con tus mismos pensamientos, pero cuanto más lo practiques más tiempo vas a alcanzar.

Anoté todo lo que me dijo en mi pequeña agenda, quería realizar bien el ejercicio con la esperanza de que me ayudara, pero me resultaba imposible pensar positivamente, intuía que ese ejercicio no iba a servir para nada. Las respiraciones siempre me habían costado, me irritaban y desestabilizaban, me resultaba imposible dejar la mente en blanco en un momento de ansiedad, los pensamientos no desaparecían tan fácilmente. Por eso siempre me había servido cambiar el foco de mi atención, ver o hablar de otra cosa. En esos momentos, lo que más quería era alejarme de las profundidades de mi mente, no nadar en ellas. No se lo oculté a Brenda, le expresé mis dudas, ya que no entendía cómo podría ayudarme teniendo en cuenta todos mis intentos fallidos.

—Si intentas usar estos ejercicios solo cuando estás ansiosa, no te van a servir de nada, solo van a lograr desesperarte. Sin embargo, si te habitúas a las respiraciones cuando te sientes bien, será más sencillo que manejes las situaciones que te desestabilizan —explicó.

La sesión no duró mucho más. Intenté aferrarme a la idea de que el ejercicio podría lograr que me amigara de una vez por todas con las respiraciones, pero seguía resistiéndome.

Salí del consultorio con una sensación rara en el pecho, una parte de mi quería creer que Elías no tenía razón, que yo estaba mejor, pero había una pequeña partecita dentro de mí que lo había escuchado con demasiada atención. Sus palabras se habían encarnado en mi piel, aunque no quisiera admitirlo, y mi pequeña luz de esperanza se esforzaba por sacarlas a toda prisa de mi sistema. Me daba mucho miedo averiguar qué parte ganaría la batalla.

Me sentí más aliviada al entrar al departamento cuando recordé que todos estaban aún en clase.

Fui hasta mi cuarto, me quité las zapatillas y me senté en la cama con el celular entre mis manos, en busca de alguna canción que sirviera para el ejercicio que me había dado Brenda.

Tardé un poco en encontrarla, pero una vez que estuvo frente a mí, me quedó claro que *Shiver* de Lucy Rose era perfecta para esto. Cerré mis ojos mientras las primeras notas llegaban a mis oídos, inundándolo todo. Me concentré en hacer las respiraciones como había aprendido, inhalando y exhalando contando hasta cuatro. Cuando empecé a sentir que mi mente ya no estaba concentrada en las respiraciones, sino que estaba empezando a cantar la canción, abrí los ojos. Me sorprendí al notar que había logrado todo un minuto de respiraciones sin darme cuenta. Un minuto puede parecer poco, pero se sintió una eternidad teniendo en cuenta que jamás había podido hacerlo por más de cinco segundos sin hartarme.

Otra pequeña lágrima se deslizó por mi mejilla, bailando al ritmo de la canción. En esos últimos días el llanto necesitaba salir de mí, era doloroso intentar contenerlo.

La pequeña lucecita en mi interior, esa esperanza que me consolaba, luchaba por transmitirme que mis preocupaciones no serían eternas, que no perderíamos la pelea.

Me aferré a su promesa y deseé con todas mis fuerzas que así fuera, que pudiéramos salir victoriosas al final.




Capítulo 16

Martes 18 de enero de 2022

Una semana después ya estaba inmersa por completo en la vertiginosa rutina de la Academia. Mientras caminaba hacia una de mis clases, repasaba en mi mente las cosas que había hablado con Brenda en la sesión del día anterior.

Esa semana no hubo muchas novedades, los días estuvieron divididos entre actividades familiares, comidas con amigos y clases de arte. Aunque sí ocurrieron dos cosas que me mantuvieron angustiada y sobre ellas se basó nuestra charla.

En resumen, Elías no me dirigió la palabra durante esos últimos siete días y no pude superar el minuto con mis ejercicios de respiración. Para ambas cosas la respuesta de Brenda fue la misma: debía ser más paciente. Los ejercicios iban a tardar un tiempo en mostrar resultados y Elías tenía que acercarse por su cuenta, sin que nadie lo presionara. Paciencia.

Nada le cuesta más a una persona con ansiedad que tener paciencia, pero estaba haciendo mi mayor esfuerzo por no desesperarme.

Faltaba un solo piso para llegar a mi aula cuando me puse a observar la decoración de los pasillos. Cada piso de la Academia estaba ambientado de forma diferente, pero el piso tres era mi favorito. Allí la decoración había quedado a cargo de los alumnos. Tenía salas de ensayo que los estudiantes podían usar a cualquier hora, una pequeña cafetería dirigida por la esposa del director, casilleros para que pudiéramos guardar nuestras cosas y salas de estudio. Era un piso creado para nosotros y cada uno lo llenaba de color a su manera.

Cuando entré a la Academia, me explicaron que ese piso estaba completamente en blanco hacía dos años atrás y se le permitió a cada uno de los alumnos decidir cómo dejar su marca en él. Algunos dibujaron en los pisos, otros escribieron poemas en las paredes, otros se encargaron de pintar el nombre de cada alumno en los casilleros. Era una explosión de expresión, arte en todas sus formas. Solo había una regla: siempre tenía que haber espacio para que nuevos estudiantes dejarán su marca. Así que, en algunos rincones se podían ver espacios en blanco para seguir creando.

En mi caso, me había aliado con Oli para pintar una mesa de la sala de estudio. Si alguien entraba a estudiar, podía encontrar, en el medio del salón, una mesa llena de

girasoles y lavandas. Las flores favoritas de Oli y mías.

Seguí caminando mientras recordaba el día en que empezamos a idear esa pintura. Estaba completamente perdida en ese recuerdo, por eso no noté que alguien se aproximaba hasta que choqué de lleno con él. Era el mismísimo director de la Academia. Mi vergüenza aumentó a niveles inimaginables.

—Señor director, le pido mil disculp…

—Lina, no es necesario que te disculpes —dijo, cortando por completo mi penoso discurso con una amable sonrisa—. Venía concentrado respondiendo un mensaje y no te vi.

Mi cuerpo se aflojó un poco al notar que no estaba enojado. A veces me olvidaba lo amable que era. Estaba acostumbrada al director cascarrabias que tenía en la escuela, que era malo con los alumnos por mero deporte, pero el de la Academia era distinto.

Un señor mayor, con barba y cabello blanco, que había soñado con crear una escuela de arte y su esposa lo ayudaba en todo lo que podía. Era más un abuelo para todos nosotros que un director. Un abuelo con un talento increíble para la música, especialmente para el piano. A veces se escuchaban sus melodías por los pasillos y todos seguíamos las notas, embobados, hasta encontrarlo tocando en alguna sala, con su esposa junto a él.

Toda su música era para ella, se notaba por la pasión con la que tocaba mientras la observaba con el más puro amor reflejado en sus ojos. Se me derretía el corazón al verlos, habían pasado tantos años y aún seguían perdidamente enamorados.

—Puede pasar, no se preocupe —respondí finalmente mientras se me contagiaba su sonrisa.

Seguí caminando, pero me detuve en seco cuando escuché que volvía a hablar.

—¡Lina! —me llamó desde la mitad del pasillo. Esperó que girara para seguir—. Quiero que sepas que para lo que necesites puedes contar conmigo. Sé que queda poco para que se muden y me gustaría que estos últimos momentos en la Academia sean memorables para ti. Eres y serás de nuestras mejores alumnas, y tu ausencia va a sentirse. Así que, si en algún momento necesitas algo, un favor o una charla, ya sabes dónde está mi despacho.

No me dejó responderle, se dio vuelta y marchó. Una sensación cálida me envolvió mientras me dirigía a mi clase.

Al entrar al aula, note que muchos de mis compañeros no habían llegado aún. Junto a mi asiento de siempre estaba Rebeca. Su sonrisa era lo primero que veía al entrar a clase, no importaba en qué asiento se sentara, siempre alegraba el día. Pero esa vez tenía los ojos enrojecidos, los hombros caídos y se notaba que intentaba evitar dirigir su mirada hacia las ventanas que daban al pasillo mientras sacaba su cuaderno de la

mochila rosa chillón que tanto le gustaba.

Levanté la vista para encontrarme con un enojado Alexis golpeando el vidrio, intentando llamar su atención. Señalaba su celular, seguramente pretendía que su novia viera sus mensajes.

Poco me importaba lo que Alexis quisiera, lo que me preocupó fue ver a Rebeca tan triste. Hasta su increíblemente largo cabello rojo parecía con menos color. ¿Qué había pasado con la luz que la rodeaba cada día? Creía estar segura de quién era el culpable de ese apagón.

Dejé las cosas en mi asiento y me arrodillé a su lado. Logré que me mirara y quedara de espaldas al ventanal.

—Reb, ¿qué pasó? ¿Necesitas algo?

—No, nada. Solo estoy cansada, no dormí bien.

Nos miramos por unos segundos, suficientes para que notara que no le creía.

—¿Puedes sola con él o necesitas ayuda? —susurré señalando con la barbilla hacia la ventana, intentando ser lo más disimulada posible.

Otra vez ese gesto, acompañado del recuerdo del señor Lee, quien me lo había pegado. Cada vez que lo hacía de forma inconsciente abría una nueva grieta en mi interior.

Rebeca tomó aire antes de responder.

—Puedo sola.

—Si necesitas algo, lo que sea, estoy a tu lado.

Volví a mi asiento y cuando levanté la vista hacia la ventana noté que la profesora de fotografía estaba retando a Alexis. Una regla importante de la Academia era no molestar a otros alumnos en sus horas de clases, y él estaba incumpliendo esta norma. Sonreí un poco al ver que alguien estaba dándole un poco de su merecido a ese idiota.

Al sacar mis cosas encontré un pequeño chocolate en la mochila y no dudé ni un segundo antes de tomar un post it, garabatear algo rápidamente y darle ambas cosas a Rebeca. Lo recibió con una pequeña sonrisa y, al ver lo que decía la nota, tomó su celular sin vacilar. En el papelito le había anotado mi número de teléfono y le decía, con palabras atropelladas y una caligrafía desprolija, que si necesitaba ayuda no tenía más que llamarme. Que podía contar conmigo, como una amiga, aunque nos conociéramos poco.

Sus ojos me dijeron cuán importante fue ese gesto para ella. Que la sorprendía que alguien la notará también en sus días malos, cuando su sonrisa no era la protagonista. Que se sentía aliviada que alguien viera lo que se escondía detrás de la chica bella y popular.

A medida que transcurría la clase fue mejorando su humor, aunque no por completo.

Sin embargo, me alegró ver ese cambio en su ánimo y sus leves sonrisas me recordaron a una conversación que había tenido con Sabrina de pequeña.

—La empatía es un superpoder que no todos poseen y es de los más poderosos que tenemos en el mundo. Puede ser un salvavidas y la falta de ella una daga en el corazón. Es regalarle un poquito de tu luz a alguien para mejorar su día. Es sumamente valiosa, como un tesoro, y muy pocos ven su verdadero valor hasta que es muy tarde —me dijo mi madre a los diez años, con las palabras que encontró para explicar un concepto tan complicado, importante y maravilloso a una niña que a su corta edad ya había sufrido suficiente.

Esperaba que con el tiempo Rebeca se dejara ayudar, que se diera cuenta de su valor y entendiera que merecía a alguien que iluminara sus días, no que los llenara de nubes de tormenta. Deseaba que cuando ese día llegará, yo estuviera todavía ahí para ayudarla a salir de esa vida oscura en la que él la había metido.

Capítulo 17

Viernes 21 de enero de 2022

Llegó el viernes y, con él, mi clase favorita, o la que esperaba fuera mi clase favorita.

Hacía años quería estudiar guion y al fin era el momento. Desde que le di la pequeña nota durante la clase del martes, Rebeca comenzó a sentarse a mi lado todos los días. No hablábamos y jamás me contó qué había desencadenado la reacción de Alexis ese día, pero se notaba que mi presencia la hacía sentir más tranquila. Más segura de alguna manera. Si con eso la ayudaba, aunque sea un poquito, yo encantada de sentarme a su lado.

Mi ánimo había cambiado también en esos días. Aunque la ansiedad estaba presente debajo de mi piel, peleando para salir a flote y apoderarse de mí, no salía a la superficie. Había tenido algunos momentos ansiosos, pero ningún ataque llegó a concretarse.

Los ejercicios de respiración daban sus frutos, veinte segundos más se sumaron a ese primer minuto logrado. No me cabía el orgullo en el cuerpo. Además, estaba creando una *playlist* con las canciones que me ayudaban a relajarme, para volver a ellas cada vez que lo creyera necesario.

Esa mañana, antes de dirigirme a la clase de guion, revisaba la *playlist* y disfrutaba un poco del silencio del departamento vacío cuando Olivia entró dando un portazo. Ese día llevaba puesto el collar de *her* después de varios días de usar el de *him.*

Estaba roja como un tomate, lo cual le sucedía cuando se enojaba.

—¿Qué paso? —pregunté con cautela, apoyando mi celular sobre la mesa y centrando toda la atención en mi amiga.

—Mi madre, eso pasó— respondió frustrada.

Se dejó caer en el sillón solo para levantarse un segundo después y empezar a dar vueltas por el depa. No podía quedarse quieta. No estaba enojada, estaba furiosa.

—Al parecer —comenzó a narrar—entró a mi cuarto a limpiar, ignorando por completo mi petición de que no invadiera mi privacidad, y encontró mi collar de *him* en la mesa de noche. Tuve que escucharla durante una hora diciendo que “ya llamé suficiente la atención” y que “debería empezar a comportarme como una verdadera mujer”.

En otra ocasión me hubiese causado gracia la forma tan exagerada en la que Olivia hizo las comillas de esas frases en el aire, pero no esa vez. Era raro verla tan enojada y quería demostrarle que realmente entendía lo que estaba sintiendo.

—¿Qué le dijiste ante todo eso?

—Intenté explicarle una vez más sobre el género fluido, pero no me escucha. No puede entender cómo un día me siento de una manera y al otro día eso cambia. Intenté explicarle que esto para mi es algo liberador, el no vivir debajo de una sola etiqueta y permitirme ser sin limitaciones —hizo una pausa, buscando las palabras correctas para explicarse—. No sé cómo me voy a sentir mañana, o dentro de dos meses, pero hoy me siento así y es válido. Hoy me funciona ir descubriendo quién soy un día a la vez. Quizás en un futuro me siento "yo" debajo de una etiqueta, pero desde hace dos años no es así y debería ser respetado.

—Claro que debería ser respetado —concordé, intentando mostrarle mi apoyo y validar sus palabras.

Olivia solo asintió, inquieta. Una lamparita se prendió sobre mi cabeza, recordando una de las herramientas que Sabrina solía usar en casa.

—¿Qué necesitas? —le pregunté a Olivia—. ¿Quieres soluciones o simplemente hablar sobre lo que pasó sin ningún fin?

Lo pensó durante unos segundos.

—Quiero explotar —respondió.

—Explota, entonces.

Por la siguiente media hora Olivia no paró de hablar y yo solo escuché. Olivia llenó el departamento de todas las atrocidades que su madre le había dicho y yo me dediqué a ser faro para que ella no se perdiera en la oscuridad de esas palabras. Ella solo necesitaba mi compañía, alguien con quien compartir la carga, y eso hice.

A veces resulta imposible solucionar aquello que entristece a quienes amamos, pero siempre se puede acompañarlos durante la tormenta.

Mi mente volvió a la clase de guion cuando escuché mi nombre completo. Mi cuerpo se quedó duro, una reacción instantánea al escuchar ese nombre que odiaba. Lo odiaba tanto o más que al hombre que lo había elegido.

—Catalina, ¿estás escuchando? —me preguntó el profesor.

—Sí, disculpe. —Intenté que entrara un poco de aire a mis pulmones antes de seguir hablando, pero no fue posible. Así que, al volver a dirigirme a mi nuevo profesor, no soné tan relajada como esperaba—. Si no le molesta, preferiría que me diga Lina. No me gusta que me llamen por mi nombre completo.

—Tu nombre es Catalina y por él voy a llamarte —respondió de muy mala gana.

No sé qué fue peor, que me estuviera llamando así o que el profesor que daba la

clase que más me entusiasmaba fuera *tan* cretino.

—Ya lo sé, profe, pero es un nombre que no uso por motivos personales, por eso le pido a todos que me digan Lina. Otros profesores lo hacen, hasta el director. No veo por qu…

—Catalina, yo no uso apodos con mis alumnos y no me importa quién lo haga —me cortó, haciendo un gesto con las manos para que no volviera a hablar. Sus expresiones dejaban ver que mi actitud lo estaba molestando—. O aceptas mis formas o te vas de mi clase.

Y así, sin más, siguió dando el contenido que había preparado para ese día.

Mi cabeza era un remolino de emociones. Por un lado, quería hacerle frente y disfrutar de la clase que había esperado tanto, pero, por el otro, solo quería salir corriendo de ahí. Correr lejos de ese nombre que me teletransportaba a mi pasado, que me recordaba a los gritos de mi padre, a sus maltratos. No podía escucharlo sin sentir cómo se me erizaba la piel al recordar el odio con el que lo pronunciaba mi padre. Como si mi nombre quemara en su boca y fuera la causa de todos sus males. Como si mi mera existencia le diera asco.

Catalina ya no existía, mi padre le había quitado toda la alegría hasta dejarla seca, la había exprimido, dejando solo la cáscara de lo que una niña de ocho años debía ser. *Lina* nació un año después, cuando Sabrina empezó a llenarlo todo con su amor maternal, el más puro que había conocido. Había visto la cara que ponía cada vez que me llamaba por mi nombre y me preguntó qué pasaba.

Con mis cortos nueve años había intentado explicarle lo que me generaba y de alguna manera lo comprendió. Ella eligió mi nuevo nombre, acortando el anterior.

Intenté quedarme en la clase, pero mi mente divagaba en el pasado y mis oídos no incorporaban ningún tipo de sonido. Estaba bloqueada, no podía concentrarme en lo que decía el profesor. Apresurada puse todas mis cosas en la mochila, sin que me importara que uno de mis cuadernos se doblara. Mi necesidad de irme no pasó desapercibida ante los ojos de Rebeca, que intentó hablarme, pero yo ya no la escuchaba.

Salí corriendo. Sentía que la ansiedad se hacía lugar entre mis poros y me envolvía por completo. Puede entrever por el rabillo del ojo que Rebeca me observaba preocupada desde la ventana del salón cuando me alejaba.

Corrí y corrí hasta llegar al ascensor, que por suerte estaba vacío. Con dedos temblorosos presioné el número del piso de nuestro departamento y, mientras las puertas se cerraban a paso de hormiga, intenté poner la *playlist* que había creado, pero mi celular estaba apagado, la batería se había agotado.

Apoyé mi espalda en la pared del ascensor y me deslicé hasta llegar al piso. Me

sentía entumecida, quería llorar, pero nada salía de mis ojos.

Una mano se metió entre las puertas del ascensor un segundo antes de que se cerraran por completo y un alarmado Hyunmin entró a toda prisa.

Más tarde me enteraría de que me había visto pasar corriendo por la ventana de su aula y no había dudado en salir tras de mí. Se sentó en el piso a mi lado y en cuanto sus brazos me rozaron, mis lagrimales volvieron a funcionar. Lloré durante todo el camino y cuando llegamos al depa. Lloré mientras Hyunmin me sentaba en el sillón y me tapaba con una manta. Y lloré también mientras él me abrazaba con todas sus fuerzas.

Unos años atrás le había enseñado que los abrazos fuertes calman el sistema nervioso de una persona en situaciones de mucha ansiedad. Lo hubiera felicitado por recordarlo si no hubiera estado llorando sin parar. Lloré hasta quedarme dormida, entre los brazos de mi incondicional hermano, mientras el recuerdo de mi hostil padre me atormentaba. Y lloré en sueños también, por la pequeña niña que había tenido que sufrir ese infierno.

Capítulo 18

Cinco años atrás

Era la primera vez que iba a terapia y estaba demasiado nerviosa.

Días atrás me había acercado a mi madre para comentarle que no estaba bien y eso me asustaba. Mantuvimos una larga charla sobre qué estaba sintiendo exactamente y cuándo me sucedía. Con toda la paciencia y ternura del mundo me explicó que tenía síntomas de ansiedad.

No tardó ni una semana en buscar a una especialista y reservar un turno, no sin antes consultarme si quería ir.

Nunca había ido a terapia y me incomodaba pensar en hacerlo. No me causaba nada de gracia pensar en contarle mis secretos más íntimos a un extraño. Sin embargo, Sabrina me aseguró una y otra vez que eso me haría bien, así que acepté.

Al ingresar al consultorio no pude evitar notar la frialdad que irradiaba toda la decoración. En nada se parecía al lugar donde mi madre atendía a sus pequeños pacientes, que transmitía un aura de paz y armonía. La misma psicóloga, que Sabrina me había dicho que se llamaba Marcela, tenía una actitud seca y distante. Entendía que estaba en su papel profesional, pero ¿no podía dedicarme ni una pequeña sonrisa? ¿No notaba lo nerviosa que estaba?

—Bueno, cuéntame por qué estás aquí.

Sabrina, consciente de mis preocupaciones, ya me había advertido que esa era una pregunta de rutina que seguro me haría en la primera sesión.

—Últimamente no me estoy sintiendo bien. Hay situaciones que me desesperan, me quedo sin aire en ciertos momentos, como si me estuvieran apretando el pecho, y tengo la necesidad de “salir corriendo” —narré, pensando que las palabras no bastaban para explicar lo que mi cuerpo sentía en esas situaciones—. Noto que no tengo control sobre estas sensaciones y eso me asusta. Mi mamá dice que para ella son síntomas de ansiedad.

—Bien, Catalina, tu mamá tiene razó…

—Perdón que te interrumpa, pero… ¿podrías decirme Lina? Si no es mucha molestia —dije con notable incomodidad.

—¿Por qué?

—Es que me trae malos recuerdos. Todos me llaman Lina, me siento más cómoda de esa manera.

Marcela me miró unos segundos, intentando descifrarme.

—Empecemos por ahí, quizás sea parte de la raíz de lo que te está pasando. Cuéntame por qué prefieres que te digan Lina.

—Es una historia larga.

—Tenemos mucho tiempo.

Intenté acomodar rápidamente todas las piezas de ese rompecabezas del terror antes de empezar a narrar una historia que no contaba hacía años. Decidí darle un poco de contexto antes de explicar el porqué de mi incomodidad.

—Mis padres biológicos se conocieron a los dieciséis años y se enamoraron profundamente, o eso es lo que siempre me contó mi padre. Cuando tenían dieciocho mi mamá descubrió que estaba embarazada. Al principio quería abortar, pero finalmente decidió tenerlo y darlo en adopción. Había personas en su familia que no podían tener hijos y sabía que su única opción era la adopción, así que no le parecía un mal final para ese bebé. Estaba aterrada de contárselo a mi padre, pero él le juró y juró que iba a apoyarla y acompañarla en el proceso. Pero no fue así.

Hice una breve pausa para ver si Marcela decía algo, cualquier cosa. Me exasperaba lo seria que era esa mujer. Al ver que no tenía intenciones de hablar, continué mi relato.

—Las cosas se complicaron entre ellos. Mi padre quería salir de fiesta todos los fines de semana, emborracharse y drogarse con su novia como siempre habían hecho, pero mi mamá se negaba. Aunque no quería ser madre, quería que ese bebé fuera sano y pudiera tener una vida feliz. Discutían mucho, hasta que un día mi madre se enteró de que la había engañado. Lo enfrentó y lo dejó. No le dirigió la palabra hasta el día del nacimiento del bebé, mi nacimiento.

—¿Qué tiene que ver esto con tu nombre? —preguntó Marcela.

Exasperada, así se la notaba. En otro contexto le hubiera respondido de la peor manera posible, pero traté de mantener la compostura porque apenas la conocía y no quería hacer falsas suposiciones sobre ella.

—Todo tiene que ver —dije simplemente—. Cuando nací, mi mamá quiso darme en adopción y mi padre se negó, asegurando que él se encargaría de mí. Un tonto intento por ablandar el corazón de mi madre y convencerla de que volvieran a estar juntos. Él eligió mi nombre y, todos los días, le enviaba fotos a mi madre para que viera lo bueno que era conmigo, supuestamente. No entendía que mi madre ya no lo quería y que tampoco le interesaba hacerse cargo de una niña. Con los años, sus actitudes buenas empezaron a ser cada vez más escasas y empezaron los “todo es tu culpa, Catalina” y los “si no existieras tu mamá estaría todavía conmigo, Catalina”.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y las manos comenzaron a temblarme al recordar esos días. Todavía se me ponían los pelos de punta al recordar sus gritos. Nada en la vida me aterraba más que ver a ese hombre desencajado. A los ojos de una niña pequeña, parecía sacado de una horrible pesadilla.

—Jamás se puso agresivo físicamente, eso debo reconocerlo, pero me insultaba en cada ocasión que podía, mayormente cuando estaba borracho. Todo explotó cuando yo tenía ocho años.

Estaba navegando en Facebook, se enteró de que mi madre se iba a casar y él se sumergió en una ira incontrolable. Entró a mi habitación dando un portazo, con una botella en la mano, gritándome que él tendría que estar llevando a mi madre al altar, pero que eso no iba a suceder por mi culpa. Siempre me había gritado, pero no tanto como ese día. Su cara estaba roja por la fuerza que hacía para gritar tan fuerte. Lo único que pude hacer fue pegarme contra una pared, hecha una bolita en el piso, y taparme los oídos. Minutos después salió, dando otro portazo y a los segundos escuché que cerraba mi puerta con llave. No sé cuántas horas estuve encerrada ahí, solo recuerdo que la siguiente persona a la que vi era una mujer policía que me levantó del piso y me sacó de esa casa. Intentó taparme los ojos, pero no pudo evitar que viera una bolsa negra donde, sin dudas, había un cuerpo. Estaba claro que era mi padre.

—*Catalina* me recuerda a él —concluí.

Marcela tardó unos segundos en contestar, pero lo hizo con la misma sequedad y seriedad de antes. Ya no eran suposiciones mías, esa mujer tenía muy mala actitud.

—Entiendo lo que te paso y es muy feo, pero creo que tienes que empezar a hacerle frente a ese trauma. Así que de a poco voy a empezar a decirte Catalina, de vez en cuando durante las sesiones, para que te acostumbres. Eso se llama acercamiento gradual y puede ayudarte a que, de a poco, vuelvas a usar tu nombre completo.

—Preferiría que no. Quiero dejar a mi padre en el pasado y, de todas formas, viví más años como Lina que como Catalina, así que me siento más cómoda si me llama así —respondí, haciendo uso de su mismo tono seco y su expresión seria.

—Mi opinión profesional es que lo mejor para ti es superar ese trauma, así que…

No tengo ni idea de lo que dijo después. No la seguí escuchando y no le volví a hablar. Tomé mis cosas y me fui. Quizás tuviera razón, tal vez necesitaba superarlo, pero su forma no era la correcta. Ningún psicólogo debería tratar con tan poco tacto el trauma de un paciente y si yo sabía eso sin haber ido nunca a terapia, ella tendría que tenerlo más que incorporado.

Sabrina me encontró en las escaleras del edificio treinta minutos después, llorando, destrozada. Le conté todo entre hipos de angustia, todavía shockeada por la poca empatía de esa mujer que se suponía que iba a ayudarme.

Sabrina me abrazó con todas sus fuerzas, entre promesas de que jamás tendría que volver al consultorio de esa horrible mujer sin tacto. Trató de convencerme de que pronto encontraríamos al profesional indicado, pero sacudí mi cabeza en símbolo de negación, frenética. No quería volver a pasar por esa experiencia.

El teléfono de Sabrina comenzó a vibrar, llenando de un ritmo irritante el momento.

—Hana, hola —respondió mi madre mientras me hacía caricias para calmarme.

Desde el otro lado pude escuchar claramente a Hana invitándonos a cenar y pude notar la indecisión en las expresiones de Sabrina. Seguramente se debatía analizando si me haría bien.

Llegado al punto donde la escuché nombrarme, me desconecté de la conversación. No escuchaba, solo podía sentir las lágrimas rodando por mi mejilla, jugando una carrera a toda velocidad. Estaba en blanco, completamente abstraída, hasta que sentí a Sabrina mirarme fijo, mientras extendía el teléfono hacia mí.

—Hyunmin le sacó el teléfono a Hana cuando escuchó que estabas mal —explicó con una extraña sonrisa. No logré entender si era de ternura hacia la actitud de mi amigo o de pena por mi estado. Quizás era una mezcla de ambas.

Tomé el teléfono y al instante escuché una ametralladora de preguntas por parte de mi amigo:

—¿Qué pasó? ¿Salió mal la sesión? ¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

Me preocupó el poco aire que estaba entrando en los pulmones de Hyunmin mientras hablaba. En otra ocasión le hubiera hecho un chiste sobre eso, pero no en ese momento.

—Yo… no me siento bien ahora, solo quiero ir a casa —le respondí como pude.

—Li, ¿por qué no vienes aquí? Si no quieres cenar con mis padres podemos encerrarnos en mi cuarto y hablar toda la noche o lo que prefieras. Pero quiero verte, no quiero dejarte sola así.

Un pequeño y casi inaudible *bueno* salió de mis labios. Esa fue toda la respuesta que obtuvo de mí.

—Mándame por mensaje dónde están —me pidió Hyunmin, escuchaba el ruido que hacían las llaves en su mano, ya estaba listo para ir a mi encuentro—, ahora vamos a buscarlas con papá. Solo espera unos minutos, ¿sí? Ya estoy en camino.

Con un rápido “te quiero” cortó la llamada, dejándome de nuevo con mi silencio. Por alguna extraña razón mis lágrimas pararon de golpe. No podía sentir nada más. Estaba tan dolida que mi cuerpo se había vuelto incapaz de asimilarlo. Como si alguien le hubiera puesto pausa a mis emociones y no estaba segura si eso me gustaba o me aterraba profundamente.

El único capaz de sacarme de ese extraño estado fue mi mejor amigo. Hyunmin, sus

abrazos y una taza de ramen picante del señor Lee, que se había convertido en mi *comfort food* en los últimos años. Con ese combo completo, encerrados en la habitación de Hyunmin, el llanto volvió a activarse. Y seguí llorando, en los brazos de mi amigo, hasta que no hubo más lágrimas en mi sistema.

A veces Hyunmin me parecía irreal, un invento de mi imaginación para no sentirme tan sola. Mi cerebro no podía procesar los motivos de su cariño hacia mí. Por alguna razón seguía eligiéndome como su mejor amiga, aunque en ese momento estuviera llenándole la manga de su buzo favorito de lágrimas y maquillaje. Continuaba a mi lado, apoyándome, y yo no podía imaginar un mundo donde no estuviera. Porque en un mundo tan hostil como el nuestro, con personas tan crueles, tan faltas de empatía, todos necesitamos un Hyunmin que nos dé la mano en la oscuridad.

Capítulo 19

Viernes 21 de enero de 2022

Hyunmin preparaba el ramen picante del señor Lee. Me había dejado en el sillón, envuelta en esa manta que me protegía en los malos momentos, y estaba intentando recrear ese ramen que tanto amaba. Bien sabía yo que, aunque pareciera fácil, el señor Lee tenía sus propios secretos y a nadie podía quedarle como a él. Sin embargo, se notaba que Hyunmin estaba esforzándose mucho, así que iba a intentar no ser tan exigente. Por el momento, el aroma era el mismo. Al despertarme, el olor me había descolocado por unos segundos, transportándome en el tiempo hasta la cocina de los Lee. Después del estudio de Hana, la cocina era mi espacio favorito de esa casa.

Estaba relajándome, quedándome dormida una vez más, cuando el ruido de la puerta y las voces de mis amigos me volvieron a despertar. Me asustaron un poco, no voy a mentir. No hicieron preguntas mientras se acomodaba cada quien en su lugar. Ulises y Olivia a cada uno de mis lados, acurrucándose conmigo. Adrián y Marcos pegados en dos sillas. Elías, para sorpresa de nadie, se fue directo a su habitación.

Me preocupaba lo que le estaba pasando, no me gustaba nada que estuviera tan cerrado, pero en mi estado no iba a poder ayudarlo, tenía que estar fuerte primero. Además, mi psicóloga había propuesto que él debía acercarse, quería darle la oportunidad unos días más antes de hacerlo yo.

Por la mirada que Ulises le dirigió a mi hermano pude entender que ya les había dado contexto a todos de lo sucedido, para que yo no tuviera que explicarlo otra vez. Puse un pin mental para agradecerle más tarde. Siempre estaba un paso por delante de todo.

Marcos fue el primero en romper el silencio.

—¿Quieres que te cuente un chisme? Creo que te levantaría el ánimo. No lo creo, te aseguro que te va a levantar el ánimo —afirmó con una sonrisa pícara y mucho entusiasmo.

Adrián, con uno de sus brazos sobre los hombros de su novio, lo miraba embobado. Marcos lo tenía completamente hechizado.

Me encantaba su relación, cómo se equilibraban entre ellos. Marcos tan lleno de energía, siempre inquieto. No había que analizarlo mucho para notar que era

superextrovertido. Adrián, mucho más tranquilo, transmitía paz a donde fuera. Era bastante tímido, pero eso disminuía con nosotros, ya nos tenía mucha confianza. Ambos graciosos y amables, pero aportándole al otro algo especial. El amor tiene que traer nuevas cosas a tu vida, cosas positivas, apoyarte por quién eres y quién quieres ser. Jamás debe quitarte. El amor suma, no resta. Ellos me enseñaron eso.

—Claro —logré responder, aunque bastante bajito—, siempre es buen momento para chismes.

Marcos dio una palmada, claramente feliz de poder explayarse y, en el proceso, sacarme un poco de mis pensamientos. Se acomodó en el asiento, de manera bastante teatral, antes de seguir.

—Este es el chisme del año…

Hizo una pausa dramática para mirarnos a todos, generando suspenso.

—¿Y? Vamos, ¡dilo! —lo apuró Olivia, ya intrigada, después de varios segundos de silencio por parte de nuestro amigo.

La sonrisa pícara de Marcos creció al notar que había generado la intriga que buscaba.

—Adivinen qué pareja cortó hoy en el medio de uno de los pasillos.

—No me digas que es la que estoy pensando —pregunté honestamente sorprendida, incorporándome un poco. Muy poco.

—Es exactamente la que estás pensando.

—¿Rebeca y Alexis cortaron? —pregunté.

Marcos asintió energéticamente. Ulises se tensó a mi lado, atento a la conversación, aunque no estuviera participando. Era una gran noticia para él, pese a que lo negara.

—Fue supercaótico. Al parecer Rebeca le había dicho ayer por la noche que ya no quería estar con él y Alexis pensó que era una broma. Cuando la encontró en el pasillo fue a darle un beso y Rebeca lo detuvo en seco. Ya saben cómo es Alexis, se puso a gritar como loco —narró Marcos.

—Lo peor fue que muchos alumnos empezaron a grabar lo que estaba pasando, se armó una ronda de gente a su alrededor, como si la situación fuera un espectáculo —dijo Adrián, indignado—. Rebeca se veía muy incómoda, así que nos acercamos y la ayudamos a salir de ahí.

—Alexis intentó seguirlos, por suerte unos profesores lo detuvieron y lo llevaron a la dirección —agregó Marcos.

—¿Se quedaron con ella hasta que se calmó? —pregunté.

—Sí, estuvimos un rato largo con ella en la cafetería hasta que vinieron sus padres a buscarla. El director los citó para que pudieran hablar de la situación. Mientras los esperábamos hablamos con Rebeca un rato largo, creo que le hizo bien descargar todo

lo que le venía pasando —contestó Adrián.

Asentí levemente, en señal de aprobación hacia la actitud de mis amigos. Me dejaba tranquila saber que Reb había tenido compañía en un momento tan difícil.

—Lo bueno es que Rebeca pudo salir de esa relación que tan mal le hacía. Nadie se merece que la traten así —opiné.

—Sí, bien por ella —sentenció Olivia, apoyada en mi hombro.

La conversación se interrumpió por Hyunmin, cuando se acercó con platos de ramen para todos. Nos acomodamos en la mesa, mientras mi hermano llamaba a Elías, quien salió a recibir su plato y se encerró en su habitación. Hyunmin se quedó con la vista perdida en dirección a su puerta. Se acercó a Olivia, le dijo algo al oído a toda prisa, y, sin decir nada más, tomó su plato para irse con Elías. Olivia se sentó al instante a mi lado y nos cubrió a las dos con la manta. Mi hermano no quería que estuviera sola, pero tampoco quería dejar a Elías cuando era notorio que tampoco estaba bien. Algo le pasaba, había que estar ciegos para negarlo. Esperaba que Elías se pudiera abrir con mi hermano, necesitaba hablar con alguien.

—Así que ya puedes hacer tu jugada —dijo Marcos de repente, dirigiéndose a Ulises, cortando mis pensamientos de golpe. La sonrisa pícara había vuelto. Estaba intentando aligerar el ambiente.

Ulises se puso algo nervioso y sus mejillas se tiñeron de un rojo intenso.

—¿Qué jugada? —quiso desentenderse, sin despegar la mirada de su plato.

—Vamos, no te hagas el tonto, sabemos que te gusta Rebeca. No entiendo cuánto más lo vas a negar —dijo Adrián, directo y realista, pero con una sonrisa parecida a la de su novio.

Adrián no era tan sarcástico como Marcos, pero no iba a guardarse nada, siempre iba al frente con lo que pensaba.

—Yo no sé por qué ustedes piensan que a mí me gus…

Intentó defenderse, pero Marcos lo interrumpió llevando, de sorpresa, una gran porción de ramen a la boca de Ulises, impidiendo que siguiera hablando.

De a poco las risas volvieron a llenar el ambiente, el departamento se alimentaba de nuestras carcajadas. En algún momento de la tarde mi celular vibró insistente en mi bolsillo, pero yo no quería interrumpir ese mágico momento. Además, no estaba lista para enfrentarme con quien estaba del otro lado.

Entre sonrisas, ramen y un Ulises defendiendo lo indefendible, se pasó el rato sin que nos diéramos cuenta. Me sentía mucho menos tensa y más llena de energía. Ellos recargaban mis baterías con solo existir.

No iba a negar que me entristecía y me enfurecía sentir que no había logrado vencer ese desagradable recuerdo, pero no quería ser tan dura conmigo misma, sabía que

algún día iba a ser capaz de hacerle frente, solo que no en ese momento.

La fortaleza de uno no se mide por cuántas victorias alcanza, sino por cuantas veces vuelve a levantarse después de una caída. Y a mí no me importaba tener las rodillas al rojo vivo de tanto caerme, no iba a cansarme de intentarlo. Entre mi perseverancia y los maravillosos amigos que me rodeaban, tenía la certeza de que podría superar cualquier cosa. Porque mis ganas de salir adelante eran lo más importante para lograrlo, lo tenía claro, pero ellos sumaban demasiado a la causa.

Capítulo 20

Sábado 22 de enero de 2022

Estaba sentada en el sillón con el objetivo de seguir leyendo el libro que Hyunmin me había regalado, pero ver a mis amigos arreglarse para salir era mucho más divertido. Se iban a una fiesta y el departamento era una mezcla entre salón de belleza y pasarela.

Olivia y Marcos habían empezado a las seis de la tarde a probarse *outfits* y desfilar delante de mí, para que les diera mi opinión. Marcos logró decidirse por el segundo conjunto que se había probado, pero a Olivia le llevó más tiempo, se la notaba muy indecisa sobre qué ponerse ese día. Hasta incómoda, podría decirse. Como si algo no encajara. Iba a preguntarle sobre eso, quería saber si algo pasaba, pero mis preocupaciones se esfumaron cuando la vi salir una vez más de nuestro cuarto, ahora sí con el *look* final. Llevaba una de sus remeras *oversize* favoritas, con unos pantalones negros ceñidos al cuerpo y unas botas altas que había sacado de mi armario. Se la veía radiante, mucho más relajada y a mí se me contagió el sentimiento.

Adrián había instalado una estación de maquillaje en la mesa y estaba haciéndole a todos el delineado. Sin dudas era al que mejor le salía.

Mi tarea, además de crítica de moda, era poner *glitter* en las mejillas de mis amigos una vez que Adrián terminaba de maquillarlos.

—Hoy te encargas del *glitter*, sabes que no puede faltar —me dijo Marcos con tono sarcástico al entregarme una caja llena de brillos de distintos colores. Me dio un rápido beso en la frente antes de ir a ayudar a Hyunmin con su pelo entre saltitos de felicidad.

No iba a la fiesta porque todavía estaba agotada después de lo sucedido el día anterior, pero me hizo feliz que aun así me incluyeran en la preparación de la salida, compartiendo el momento conmigo de alguna forma.

Para mi sorpresa, mi hermano y Ulises accedieron a todo el plan de mis amigos, maquillaje y *glitter* incluido, cosas que ninguno de los dos solía utilizar. Fue la primera vez que Ulises delineó sus ojos y debo decir que le quedaba increíble. Su mirada azul era mucho más hipnotizante rodeada por esa tonalidad oscura. Me alegró verlo más relajado y abierto a salir de su zona de confort.

La noche anterior, madrugada más bien, lo ayudé a buscar trabajos en internet. No

tuvimos mucha suerte, ninguno cumplía con sus expectativas. No estaba en plan "exquisito", su requisito era uno solo, pero parecía ser el más complicado: que el sueldo fuera decente. El fracaso en nuestra búsqueda había provocado que Ulises se fuera a dormir cargado de tristeza y frustración, esperaba que la salida con nuestros amigos lo alegrara un poco.

Una vez listos, busqué mi cámara e inmortalicé el momento. Primero saqué una foto de ellos cinco, que se coordinaron para hacer unas poses extrañas y muy graciosas, que dieron como resultado una de mis nuevas fotos favoritas; y después intenté sacar una *selfie* para que saliéramos todos.

No había salido como esperaba, nadie salió entero por completo, todos estábamos cortados de alguna manera, pero mi corazón tembló de amor al tener ese momento en mis manos.

Se despidieron con abrazos, y me llenaron todavía más de *glitter*, pero no me importó. Mientras Olivia y Marcos corrían hacia el ascensor, y Adrián y Ulises pedían un auto que viniera a buscarlos, Hyunmin me apartó a un costado.

—¿Estás segura de que no quieres que me quede? —preguntó.

Se lo veía más relajado ese día, como Ulises, pero no dejaba de ser mi hermano sobreprotector, el que quería asegurarse de que estuviera bien siempre.

—Estoy bien, solo un poco cansada. Sabes que después de tener tanta ansiedad quedo agotada —respondí con una pequeña sonrisa.

Era verdad, sentía que mi cuerpo y mi mente se habían quedado sin energía.

—Bueno, está bien —no se lo notaba muy convencido—. Te dejé en la heladera una vianda con comida que preparó Sabrina. Le dije que hoy te quedabas, así que insistió en mandarte algo para comer. Algo que te gusta mucho… —agregó, intentando generar intriga—. Ya sabes, cualquier cosa que necesites estoy a una llamada de distancia, ¿sí?

—Lo sé, pero te aseguro que no va a hacer falta.

Nos fundimos en un abrazo largo, que se hubiera extendido por minutos si Adrián no lo hubiera apurado, lo esperaban para subir al ascensor.

No hicieron falta más palabras para saber lo que quería decirme, por cómo me abrazaba y por la preocupación en sus ojos, ya me lo estaba transmitiendo todo. Esperaba que pudiera olvidarse de su papel de hermano mayor por un rato y se divirtiera esa noche, lo tenía más que merecido.

ooo

—¿Podemos hablar?

La voz de Elías me descolocó y tardé un par de segundos en entender lo que estaba pasando.

Con el correr de los días había perdido la fe en que él se acercará primero y su pregunta me tomó por sorpresa.

Nuestros amigos se habían ido de fiesta hacía unas dos horas y durante todo ese tiempo yo seguí en el sillón, demasiado inmersa en la lectura. Tanto, que me había olvidado de cenar.

Elías estaba apoyado en el marco de su puerta, con los brazos cruzados, incapaz de mirarme a los ojos. No entendía si esto último se debía a que le daba vergüenza su horrible actitud hacia mí o porque realmente no sabía cómo enfrentar una situación como esa, siempre éramos nosotros los que nos acercábamos a él. Le iba a venir bien que cambiaran un poco los roles.

—Lina, te estoy hablando.

—Ah, sí, perdona. —Sacudí levemente la cabeza y me centré en él nuevamente. Estaba tan sumergida en mis pensamientos que ni siquiera le había contestado—. Claro que podemos hablar.

Le hice un gesto para que se sentara conmigo en el sillón, pero él negó con la cabeza al instante. Se lo notaba muy cansado.

—Prefiero quedarme aquí, si no te molesta.

—Está bien, como quieras —respondí encogiéndome de hombros—. ¿De qué querías que hablemos?

Respiró hondo y cambió un poco la postura, nervioso. Así que esperé, con toda la paciencia del mundo. Entendía su dificultad, y aunque quería ayudarlo para que todo fuera más fácil para él, una parte de mí seguía enojada por su actitud y necesitaba escucharlo disculparse, sin que alguien tuviera que hacerlo por él. Le costó unos minutos encontrar las palabras que intentaba expresar, pero finalmente lo logró.

—Yo… yo quería pedirte disculpas —comenzó mientras se rascaba la nuca—. No estuvo bueno lo que te dije, estuvo fuera de lugar.

—Sí, estuvo *muy* fuera de lugar. Me dolió mucho lo que dijiste.

Por un microsegundo sus ojos se inundaron de una extraña nebulosa de vergüenza y miedo.

—Pero también entiendo que estás pasando por un momento difícil, aunque no sé qué te pasa, puedo notar que no estás bien —continué—. Eso no justifica cómo reaccionaste, más sabiendo que yo también estoy pasando por un momento duro, pero de alguna forma entiendo que no fue a propósito.

El alivio exterminó la nebulosa en los ojos de mi amigo, descruzó por fin los brazos y

relajó su postura. Iba a contestarme, pero a último momento decidió sentarse en la mesa, un poco más cerca de mí. Un gran avance, si tenemos en cuenta la actitud que mantuvo los días anteriores.

De cerca, pude ver a la perfección sus ojeras violetas, que hacían un contraste muy llamativo con su cabello rubio, casi platinado y despeinado, como siempre.

—Yo no sé cómo explicar lo que me está pasando, todavía no lo entiendo del todo. Necesito tiempo conmigo para encontrar la manera de entenderlo. Perdón por ser de esta manera… —dijo mientras se miraba las manos, perdido, derrotado.

Me moví un poco en el sillón para llegar a tomarle una de sus manos. Para mi sorpresa, no rechazó mi gesto.

—No tienes que pedir perdón por estar mal, solo debes comprender que estamos aquí para apoyarte, somos tus amigos. Tu actitud me dolió, sí, pero eso no quita que te quiera igual que siempre. Estoy a tu lado, para lo que necesites. No te cierres.

Elías no respondió nada, su mirada se había quedado clavada en mi mano, como si él mismo no pudiera creer el paso que había logrado dar ese día.

—Elías —dije intentando llamar su atención. Él levantó levemente su mirada hacia mí —. ¿Sabes que si no puedes resolverlo, no está mal pedir ayuda de un profesional, no?

—No quiero ir a terapia por ahora, Lina. Por favor, no insistas —respondió tajante.

Debió notar que mi cuerpo se tensaba ante su brusca respuesta, porque se aflojó un poco más, con movimientos abatidos. En su mirada podía notar que a él también le dolía la situación. No existe cosa más incómoda que no poder entenderte con tus propios amigos.

—Perdón, solo es un tema que me pone sensible, ¿está bien?

—Está bien.

—¿Estamos bien?

—Estamos bien, no te preocupes.

Ambos sabíamos que no estábamos bien, en ningún sentido que esa palabra pudiera usarse. Estábamos pasando por un mal momento. Dos individuos que, sufriendo, intentaban sostener una amistad que se había comenzado a agrietar. Grietas que nos gritaban nuestras falencias en cada segundo posible, que marcaban que estábamos tan destrozados que no podíamos ayudar a armar a nadie más, primero teníamos que recoger nuestros pedazos.

Sin decir nada más, Elías soltó mi mano y se dirigió hacia su habitación. No hubo portazo esa vez.

Sin saber qué más hacer, tomé la vianda que me había mandado mi madre, que contenía tres porciones de mi tarta favorita, y fui a mi pequeño cuarto, con el libro debajo del brazo.

Puse las cosas sobre mi cama y, mientras me ponía cómoda, busqué una canción que pudiera acompañar mi momento de lectura y cena. *Fragile* de Cooper & Gatlin comenzó a sonar mientras me cubría con mi manta y retomaba mi lectura. No sin antes darle un mordisco a la increíble tarta de mi madre.

Me causaba muchísima ansiedad pensar en cómo seguiría mi relación con Elías a partir de ese momento. No pude pegar un ojo durante toda la noche porque seguía pensando en eso. Pero en ese instante, con un libro en mano, música sonando y la comida de mi madre a mi lado, solo pude centrarme en mí misma, en asegurarme de que todo estaba bien. Hasta el hartazgo me repetí la frase. que no paraba de sonar en mi cabeza hacía cinco años.

Todo
va
a
estar
bien.

Aunque no logré que mi cerebro incorporara ese mantra, mi corazón empezó a latir un poco más tranquilo y a relajarse después de unos días bastante peculiares.

Necesitaba un tiempo conmigo misma, haciendo esas cosas que me gustaban, para poner mi cabeza en eje. El lunes debía ir a terapia y tocar todos esos temas que me ponían sensible, pero hasta entonces, iba a intentar relajarme y llenar mi cabeza con universos escritos en papel, para correr a un costado todas esas oscuras historias que mi cerebro amaba crear.

Capítulo 21

Lunes 24 de enero de 2022

—Así que te pidió disculpas.

—Sí, al final se animó a acercarse él.

—¿Y cómo te sientes con eso?

—¿Con que se acercara o con sus disculpas?

—Con todo —resumió Brenda.

Fue una sesión intensa, un ping pong de preguntas constantes, una forma que tenía mi psicóloga de que yo dijera lo primero que se me venía a la mente, para que no sobrepensara mis respuestas. Cosa que solía hacer muy seguido, tengo que admitirlo.

—Me siento rara —contesté—. Por un lado, me alegra que se haya acercado a pedirme disculpas, pero por el otro sigo un poco enojada por su actitud, lo que hace que me enoje conmigo.

—¿Por qué te enojas contigo?

—Porque sé que algo le está pasando y me gustaría estar ahí para él, pero no estoy pudiendo.

Era real, nada me frustraba más que sentir que no estaba en mi mejor momento para disfrutar esos últimos meses con mis amigos y ayudarlos a superar cualquier cosa que les estuviera pasando.

—Los sentimientos son complicados, Lina, y no siempre están relacionados con la lógica. Muchas veces, aunque entendamos algo de manera racional, nuestro inconsciente no termina de digerirlo y por eso se crean estas disonancias en tu sentir —explicó Brenda—. No le quites valor a lo que te pasa y tampoco a lo que le ocurre a Elías, pero debes comprender que es normal que ninguno pueda apoyarse como les gustaría en este momento y eso no significa que no se quieran. Ténganse paciencia y busquen la forma de estar para el otro, de la manera que cada uno pueda en este momento.

Cerrado el tema de Elías, después de dedicarle una gran parte de mi sesión, me dispuse a explicarle a Brenda lo sucedido con mi profesor. Todo el incidente “Catalina”. Al recordar ese momento mi garganta comenzó a cerrarse y las lágrimas hicieron fila para salir corriendo de mis ojos. Mi psicóloga ya sabía lo que me generaba ese

nombre, así que no necesitó mucho detalle para entender lo que había pasado.

—Básicamente no sé qué hacer.

—Esa es una decisión que depende completamente de cuál sea el objetivo que quieres alcanzar.

—¿Cómo? —pregunté intrigada.

—Claro, tu objetivo. Te queda poco tiempo en el país, ¿qué quieres hacer con ese tiempo? ¿Te gustaría que sea todo diversión con tus amigos y poder relajarte, o quieres aprovechar para aprender más sobre ti misma y superar viejos miedos? Nadie puede obligarte a decidir por una o por la otra, pero es algo que necesitas plantearte y, una vez definido, sabrás qué hacer a la perfección.

Mientras analizaba lo que me decía, no pude evitar comparar a Brenda con mi primera psicóloga. La primera quiso imponer su pensamiento, su metodología. En cambio, Brenda siempre me sugirió las opciones que creía mejores, nuevos puntos de vista. Jamás me obligó a hacer nada si no estaba de acuerdo. Cualquiera podía descubrir fácilmente que ella, además de ser una gran profesional, era una increíble persona. Era muy afortunada de haberla encontrado.

—Puede ser. Voy a intentar pensar en eso estos días.

—Me parece perfecto —respondió Brenda—. ¿Hay algo más de lo que te gustaría hablar? ¿Algo más que te esté molestando?

—No, nada —respondí por inercia. Aunque esa respuesta estaba muy alejada de la realidad—. Bueno, puede ser que haya algo que no me está dejando dormir…

Brenda asintió y cambió de hoja en su cuaderno, lista para dejar registro de cualquier cosa que fuera a contarle. Respiré hondo y me tomé diez segundos para centrar mi mente, para elegir correctamente las palabras que quería pronunciar. Estaba a punto de abrir mi corazón y no era para nada fácil.

—Hace varios días que no le contesto a Dani —confesé.

—La chica que conociste en Corea, ¿estoy en lo correcto?

—Sí, esa misma.

—¿Y por qué no le estás contestando? ¿Hizo algo que te molestara? ¿Tuvieron algún tipo de discusión?

—¡No! Nada de eso —me di otros diez segundos más antes de explicarme. Diez segundos con la cabeza entre las manos y un remolino de emociones en el pecho—. Es que me están pasando muchas cosas personales y cada vez que hablo con ella me atacan unas ganas inmensas de contarle todo, pero me da miedo cómo pueda reaccionar. Jamás le conté que tengo ansiedad, ni que voy a terapia, ni que de noche me cuesta dormir y mi mente me odia últimamente. Hay muchos prejuicios alrededor de la salud mental, tú lo sabes más que nadie. Me aterra pensar que quizás no me

entienda y me juzgue, no estoy lista para sufrir otra decepción en el amor, si te soy sincera. Quiero confiar en ella, quiero abrirme y mostrarme transparente, pero no me animo.

Respiré hondo, hablé tan rápido que no le di tiempo a mis pulmones a cargarse de oxígeno y me estaban pasando factura. *Mierda, no puedo creer que dije todo eso en voz alta*, pensé.

—Sé que me vas a decir que es imposible, pero tienes que intentar que esos escenarios catastróficos que te imaginas no te controlen.

—Eso es imposible.

Ninguna pudo evitar que se le escapara una pequeña risa.

—Bueno, puede que te parezca imposible, pero sé que eres más que capaz de hacer cualquier cosa que te propongas. Intenta, por una vez, no adelantarte a los hechos. Lo mejor que puedes hacer es hablarlo con ella, serle sincera, por más aterrador que suene. Cuanto más alargues el momento, más ansiedad va a producirte.

—¿Y qué hago si me responde con palabras llenas de prejuicios? ¿Qué hago si me juzga, si no intenta entender cómo me siento?

—Entonces vas a tener la certeza de que esa persona no es para ti. Valórate, Lina, nadie tiene el derecho de juzgarte por ser como eres, por lidiar con los monstruos que te acechan. Tienes una valentía indescriptible, no todos se animan a pararse frente a la oscuridad de su mente. Y si Dani no puede ver lo increíble que eres, si no puede validar tus emociones más allá de cómo se sentiría ella delante los mismos escenarios, ella se lo pierde.




Capítulo 22

Lunes 24 de enero de 2022

Sentada en el pequeño sillón del departamento, aprovechando la soledad del momento, le envié a Dani un mensaje del que esperaba no arrepentirme más tarde.

> Hola, Dani, perdón por desaparecer estos últimos días. Necesito hablar contigo y explicarte algunas cosas, ¿puedes llamarme cuando tengas tiempo?

La respuesta llegó dos minutos más tarde, haciendo vibrar mi teléfono de manera constante. Me estaba llamando. Estaba haciendo exactamente lo que le había pedido, pero por alguna razón ver su rostro en la pantalla logró paralizarme. No esperaba que la llamada sucediera en ese momento, todavía estaba terminando de procesar mi sesión de terapia de ese día, pero yo le había escrito y no podía seguir ignorándola.

Era un hecho, Dani me encantaba y por eso mismo me aterraba pensar que podría reaccionar ante mi ansiedad y mis miedos, como lo había hecho mi ex en un pasado.

Sabía perfectamente que no podía controlar su reacción, pero no me hubiera importado que alguien me anticipara lo que iba a pasar, para estar preparada.

Dejé de pensar, de analizar una situación que, todavía, existía solo en mi mente y contesté la llamada.

—Hola, Dani.

—¿De qué quieres que hablemos? —preguntó desde el otro lado de la línea, cortante.

Estaba enojada, muy enojada. No quedaban rastros de su tono meloso y seductor, su voz era más fría que el hielo mismo.

Aunque no fuéramos pareja, habíamos acordado mantenernos en contacto durante los meses que yo estuviera lejos. Ella quería conocerme más y yo quería entender los sentimientos que había despertado en mí. Solo me había pedido eso, mantenernos en contacto, no quería nada más, y yo había faltado a esa promesa. Estaba segura de

que, si hubiera sucedido a la inversa, yo también estaría enojada y dolida.

—Quería explicarte por qué estuve ignorando tus llamadas y mensajes la última semana.

Solo el silencio y su respiración me respondieron, dándome a entender que tanto ella como su enojo seguían ahí, escuchando.

—Bueno, es una historia larga, espero que tengas tiempo…

Y así, sin más, expuse toda mi oscuridad ante una persona que apenas conocía, esperando que no me rompieran el corazón.

Le hablé de la mudanza, de cuánto amaba a mi familia, de lo agradecida que estaba con Sabrina por darme un hogar, de cuánto iba a extrañar a mis amigos, de lo rara que estaba mi relación con Elías, de lo difícil que se me hacía respirar cuando alguien me llamaba por mi nombre completo, de lo mucho que me estaban ayudando las sesiones con Brenda y de lo aterrada que estaba por mis sentimientos hacia ella.

Dani me escuchó llorar por primera vez y mis lágrimas le enseñaron el camino hacia mi roto y desolado corazón. Recibió todo mi discurso en silencio, sin interrumpirme ni una sola vez.

—Perdón, no quería estallar de esta manera —dije mientras me secaba las lágrimas. Agradecí que no estuviera viéndome, con el maquillaje corrido y el rostro rojo por el llanto, aunque mi voz entrecortada ya era suficiente para que Dani se imaginara mi estado—. No quiero que me tengas lástima, no es eso lo que busco con esta conversación, solo creía que te merecías una explicación.

Se tomó su tiempo antes de contestarme, me daba miedo que fuera a cortarme sin decir nada, sin embargo, sabía que todavía estaba ahí. Pensando, analizando qué decirme, pero seguía ahí.

No se había escapado de mí, de mis traumas, y eso era más que suficiente por el momento.

Su voz me sorprendió cuando se decidió a hablar, cortando el silencio con su aguda determinación.

—No voy a negarte que sigo un poco molesta por tu actitud, si no querías hablar simplemente podrías que habérmelo dicho…

—Tienes toda la razón —susurré en el medio de su discurso.

—... pero, jamás estuve en una situación parecida, no sé cómo reaccionaría si estuviera atravesando lo mismo que tú. No puedo juzgarte por cómo decides luchar contra todo eso. Nunca fui a terapia y no entiendo muy bien la dinámica de las sesiones, pero lo importante de todo esto es que te está haciendo bien, que de alguna forma te está sirviendo y ayudando.

—Y-yo…

—Todavía no terminé —me cortó—. Cuando dije que quería conocerte, lo dije en serio. No quiero que me enseñes una versión perfecta de Lina, una versión que no tiene ningún miedo y no comete errores. Quiero conocer cada parte de ti.

No supe qué contestar, esta vez me tocó a mí quedarme callada y Dani decidió estremecer mi mundo de la manera menos esperada.

—Me gustas, Lin. Déjame conocerte.

Si el momento se estaba por volver romántico, ciertamente mis hipos y mi llanto lo arruinaron por completo. Creo haberle dicho que ella también me gustaba, y mucho, entre lágrimas que deformaban cualquier palabra que saliera de mi boca. Una risa coqueta escapó de sus labios al escuchar mi humillante declaración.

—Me alegra que estemos en la misma página —fue todo lo que comentó sobre el tema—. Ahora, ¿por qué no me cuentas acerca de tus clases? Tienes que ponerme al día con todo lo que me perdí esta semana.

Entre mi narración y sus preguntas fui recobrando la compostura. Dani no dejó de coquetearme descaradamente, con el claro objetivo de hacerme reír. Lo logró una y otra vez.

Cuando vi la hora caí en la cuenta de que estábamos hablando hacía más de una hora y en ese tiempo mi corazón recibió la respuesta que necesitaba: podíamos confiar en ella.

Escuché a mis amigos en el pasillo y decidí que era momento de cortar la llamada, aunque Dani no permitió que me fuera sin reafirmar la promesa que le había hecho entre sus sábanas en Corea, casi un mes atrás.

—No desaparezcas, Lin, voy a estar esperando tu mensaje.

—No vas a tener que esperar mucho, tienes mi palabra.

Lo último que escuché fue su preciosa risa, antes de colgar y abrirle la puerta a mis amigos.

Capítulo 23

Martes 25 de enero de 2022

Caminaba por los pasillos de la Academia, con *24* de Sundial a todo volumen, cuando escuché un grito. Pude reconocer al instante que ese sonido no provenía de las bocinas que me gritaban al oído sin piedad. Pausé la música y me quedé quieta, intentando distinguir el origen de esa voz ajena a la canción. El sonido volvió a repetirse y me guio hasta un aula vacía al final del pasillo.

Me asomé por la puerta, lo más cautelosa posible para que no me vieran, y la imagen que encontré me puso los pelos de punta.

Alexis tenía acorralada a Rebeca en una esquina del aula.

—¿¡Por qué me dejaste!? —gritaba.

Rebeca no contestó, por el miedo o por la angustia. Quedaba claro que no encontraba las palabras para deshacerse de ese bravucón que la sostenía de los brazos, inmovilizándola.

—¿Es que no entiendes que nadie más va a querer salir contigo? Si todos supieran lo que yo sé, nadie se atrevería a tocarte ni un pelo. Sería una pena que alguien divulgara tu secretito…

Eso último sonó como una amenaza, no hacía falta estar en la posición de Rebeca para darse cuenta. Un debate se instaló en mi cabeza. Lo más sensato era conseguir ayuda, pero no hallaba la fuerza para despegarme de esa puerta y dejarla sola.

Dios, espero no arrepentirme de la estupidez que estoy por cometer.

—Tú hablas de divulgar secretitos… —dije mientras abría la puerta, intenté sonar lo más despreocupada posible, aunque el miedo que me generaba ese hombre me carcomía los huesos. Me apoyé en el marco de la puerta, con los brazos cruzados, antes de seguir. —Creo que el mayor secreto que se podría divulgar hoy es cómo un alumno tiene retenida a su exnovia en un aula, y la agrede física y mentalmente. No creo que al director le guste mucho eso…

Alexis soltó a Rebeca, que se apresuró a frotar sus brazos donde el agarre había sido mayor. La atención de él se centró toda en mí.

Bien, ya la soltó. Ahora intenta que no te muela a golpes.

—No te atreverías a decirle —respondió el agresor con un fuego mortífero bailando

en sus ojos.

—No me desafíes —antes de darle tiempo a reaccionar tendí mi mano hacia Rebeca —. Vamos, Reb.

—¡No! Ella no se va a ningún lado.

Alexis se apresuró a cortarle el paso. No sé qué me impulsó a tomarle el brazo para impedir que la alcanzara una vez más. Quizás fue la similitud con una historia de mi pasado o que mi tarro de la paciencia había explotado después de ver a tantos hombres creyéndose capaces de decidir sobre los derechos y libertades de una mujer.

Alexis apretó el puño, masa de huesos que hubiera estallado contra mi cara si esa hermosa voz no hubiese hablado desde la puerta.

—No la toques —dijo alguien detrás de mí.

En la puerta, parado cual ángel guardián, estaba Ulises, con Adrián cuidándole la espalda.

Durante un segundo mi alegría por verlo se esfumó al pensar que quizás fuera a pelearse a golpes con Alexis, pero mi suposición fue vetada rápidamente al ver el gesto que le dirigió a Rebeca para que fuera hacia él, al mismo tiempo que Adrián se acercaba a mí para tomarme de la mano y sacarme del aula.

Mis amigos nos acompañaron a los baños para que Rebeca se lavara la cara, antes de llevarnos hasta el aula. Se quedaron en la puerta cual guardaespaldas de una celebridad, asegurándose de que Alexis no osara acercarse.

Le estaba quitando el maquillaje corrido a Reb de la cara, cuando por fin habló.

—Sobre el secreto…

—No, no me debes ningún tipo de explicación —le aseguré mientras buscaba una nueva toallita desmaquillante. Mis manos seguían temblando, mi cuerpo aún no se olvidaba de la impresión del momento que habíamos vivido—. Tu vida privada es tuya por completo, ese idiota no tendría que amenazarte con develar tus intimidades para intentar que te quedes con él.

—Gracias por ayudarme —dijo en un susurro tan bajito que apenas había logrado escucharla.

—Nada que agradecer. Para eso estamos las mujeres, para apoyarnos entre nosotras.

Rebeca me miró a los ojos, con una emoción que no terminaba de entender, pero que podía percibir tan clara como el agua.

—No sabes cuán importante es eso para mí. Lo que acabas de decir, digo.

No supe qué contestarle, así que solo le sonreí mientras terminaba de ayudarla a limpiarse.

Capítulo 24

Cinco años atrás

Sus gritos me recordaban a los de mi padre. Mi primer gran amor no era más que una copia barata del hombre que me había engendrado y no sabía cómo librarme de él. Esa vez no había una mujer policía que me cargara lejos del monstruo, esa vez tenía que hacerlo sola, pero no tenía las herramientas para hacerlo.

Era viernes por la noche, habíamos invitado a la familia Lee y a Manuel, mi novio, a cenar. La casa de Sabrina no se parecía en nada a la casa de los padres de mi mejor amigo, pero tenía un comedor lo suficientemente espacioso para que entráramos todos.

Minutos antes de que mi madre sirviera la cena, comencé a sentir aquellos horribles síntomas con los que todavía no me familiarizaba. Calor en el rostro. Cosquilleo en las piernas. Falta de aire. Pensamientos negativos. Una avalancha de sensaciones que me aterraban.

No quise alertar a mi madre, muy pocas veces tenía momentos libres en los que podía invitar a sus amigos a casa y se merecía disfrutar de esa noche. Así que me dirigí hacia mi novio y con cortas explicaciones le pedí que me acompañara a mi habitación. Primer error. Bueno, en realidad el primer error había sido perdonarlo después de que me gritara en el medio de una cita y hubiera amenazado con golpearme.

Ya en mi cuarto, intenté explicarle lo que me pasaba, pero parecía no entenderlo. La confusión nublaba su visión y el enojo comenzó a llenar su mirada. Empezaron los gritos.

Que estaba loca.

Que estaba mal de la cabeza.

Que él no quería estar con una chiflada.

Que la ansiedad no existía, que solo estaba queriendo llamar la atención.

Y continuó elevando cada vez más su voz.

El mismo mecanismo de defensa que tenía de pequeña se activó. Me senté en mi cama, flexioné mis piernas hasta que quedaran lo más cerca de mi cuerpo posible y dejé de escuchar, mientras los síntomas se intensificaban y sus gritos subían el volumen.

No reaccioné cuando la puerta se abrió y un enojado Hyunmin se lanzó sobre Manuel. No reaccioné cuando el señor Lee los separó y se llevó a su hijo con un ojo morado. Ni cuando mi madre amenazó a mi novio con que si volvía a verlo cerca de mí iba a ponerle una perimetral.

No reaccioné cuando Sabrina se llevó a Manuel de mi pieza, para echarlo de la casa. Solo reaccioné cuando Hana me abrazó, sin pedirme que modificara mi extraña postura.

Hecha un ovillo entre los brazos de la señora Lee empecé a hiperventilar, incapaz de seguir reteniendo tanto dolor. Tenía un cuerpo muy pequeño en el que ya no cabía tanto sufrimiento, tantos momentos oscuros.

Hana no me soltó, mientras mi cuerpo pasaba por ese infierno ella se aferró a mí y murmuraba sin cesar:

—Todo. Va. A. Estar. Bien.

Capítulo 25

Viernes 28 de enero de 2022

Había ganado una nueva amiga, lo que me alegraba y entristecía en partes iguales. Me encantaba que Rebeca se abriera conmigo y se mostrara auténtica, pero mi corazón sabía que hacer amigos a menos de dos meses de abandonar el país solo haría que la despedida fuera todavía más dura.

Luego de aquel catastrófico martes, Reb no se animó a separarse de mi lado. Se volvió un ritual llegar al aula y encontrarla junto a mi asiento, con un café para cada una.

Ese viernes, al sentarme junto a ella, me debatía si lo que estaba a punto de hacer era lo correcto. Quería, de alguna forma, integrar a Rebeca en mi grupo de amigos, pero me asustaba cómo podría resultar esa combinación.

Conocía a mis amigos mejor de lo que me conocía a mí misma, sabía que la recibirían con los brazos abiertos, pero al ser un grupo de años, tan consolidado, temía que ella no encontrara la manera de sentirse cómoda entre nosotros. Sin embargo, ese temor era menor al que me generaba pensar que Rebeca se quedara sola una vez que yo me mudara. Necesitaba amigos, relaciones sanas que la ayudaran a superar tantos maltratos. Sabía que no me correspondía arreglar sus problemas, pero un empujoncito para acercarla a personas hermosas no le haría mal.

Respiré hondo e hice la pregunta lo más rápido que pude, por miedo a recibir una negativa.

—¿Quieres venir hoy a la noche al cumpleaños de mi hermanita?

Una dormida Rebeca giró su rostro en mi dirección, contorsionando sus expresiones en un gesto de confusión.

—¿Qué?

Tragué saliva y lo intenté una vez más. Traté de explicarme mejor, más lento, no iba a llegar a ningún lado hablando tan rápido.

—Hoy. A la noche. Festejamos el cumpleaños de mi hermana menor en mi casa. Van a venir mis amigos, todos los que conoces. Oli, Ulises, Adrián, Marcos y quizás Elías. Vamos a preparar algo rico de comer y pasar el rato, ¿te gustaría venir?

—¿P-pero a tu hermanita no va a molestarle?

—No, olvídate —hice un gesto con mi mano para restarle importancia—, va a estar correteando con sus amigos de aquí para allá. Van todos mis amigos porque la aman, pero ya se resignaron a que van a ser ignorados olímpicamente mientras ella juega con sus pares.

La única respuesta que recibí de su parte fue una tímida sonrisa y un leve asentimiento.

Tal vez me equivocaba, y la estaba presionando demasiado, pero yo ya había dejado las cartas sobre la mesa, ahora le tocaba a ella decidir qué destino iban a cantarle.

ooo

La escena que tenía enfrente me maravillaba a tal nivel que no pude evitar fotografiarla y enviársela a Dani. Su respuesta llegó de manera inmediata.

No sé quién va a salir más lastimado, si tus amigos o la comida. Espero que no sea la comida.

Me ofende que no te importe la integridad de mis amigos.

¡Sí, me importa! Pero no los conozco y la pizza es mi segunda comida favorita en el mundo, me rompería el corazón que le pasara algo.

Se me escapó una carcajada mientras despegaba la vista de mi celular para posarla en la viva imagen del descontrol.

Adrián corría alrededor del sillón con una caja de pizza en la mano, Oli y Marcos lo seguían de cerca, rodeados de niños de cinco años que pensaron que correr detrás del hombre alto y tatuado era muy divertido.

En el sillón estaba sentado Ulises, que en medio del caos intentaba conversar con Rebeca, y ella no podía dejar de mirar la escena. No entendía si su expresión era de pánico o de ganas de sumarse a la carrera, quizás ambas.

Jisu estaba sentada en el piso, con mis auriculares puestos y jugaba a *Rhythm Hive* como si no hubiera un mañana. Misuk iba colgada de la espalda de Marcos, estiraba sus bracitos con todas sus fuerzas en un intento muy tierno de llegar hasta Adrián. El resto de mi familia estaba en la cocina, terminando la torta de cumpleaños de mi hermanita.

Me dirigí a la cocina, diría que con la intención de ayudar, pero la verdad es que solo quería despejarme. En ese momento, todo lo que había en mi mente era un cantito constante y abrumador: *losvoyaextrañamucholosvoyaextrañarmucholosvoyaextrañarmucholosvoyaextrañarmucl*

Mi madre, más hábil que yo en notar cuándo me estaba ahogando en un vaso de agua, se me acercó rápidamente para darme la tarea de cortar galletas para decorar la torta. Cambiar el foco, solo necesitaba cambiar el foco y dejar de pensar.

Losvoyaextrañamucholosvoyaextrañarmucholosvoyaextrañarmucholosvoyaextrañarm

Recuerdo que ese día le pregunté al universo si no había forma de apagar la mente.

Losvoyaextrañamucholosvoyaextrañarmucholosvoyaextrañarmucholosvoyaextrañarm

Recuerdo que el cantito no se detuvo durante al menos media hora, aunque yo corría de un lado al otro de la cocina, ayudando en todo lo que Hyunmin o mi madre me pedían.

Me llenaron de tareas para distraerme, pero la canción seguía ahí. No sentí la cantidad de síntomas físicos que aparecían en otras ocasiones, probablemente porque estaba respirando como una maníaca, sin dejar de contar esos cuatro dígitos. Mi única esperanza era la técnica en la que nunca confié. Respirar.

Losvoyaextrañamucholosvoyaextrañarmucholosvoyaextrañarmucholosvoyaextrañarm

El cantito siguió, pero bajó su volumen cuando Ulises me avisó, con una sonrisa inmensa en el rostro, que Elías estaba en la puerta, con una muy buena actitud y helado para compartir.

Losvoyaextrañamucholosvoyaextrañarmucholosvoyaextrañarmucholosvoyaextrañarm

Y bajó aún más el volumen cuando me senté entre mis amigos en el sillón, a comer pizza y helado, con Rebeca a mi lado descostillándose de la risa por las ocurrencias de Marcos y aceptando, rebosante de alegría, la propuesta de Adrián de salir todos juntos a bailar la noche siguiente. No voy a describir la sonrisa que Ulises intentó ocultar tras la respuesta positiva de Rebeca, seguro ya se la están imaginando.

Losvoyaextrañamucholosvoyaextrañarmucholosvoyaextrañarmucholosvoyaextrañarm

El cantito se volvió imperceptible mientras fotografiaba a mi hermanita correr, saltar y reír. Casi ni lo escuchaba, seguía ahí, pero había perdido fuerza comparado con lo grato del momento. Con lo increíble que era ver a Misuk cerrar los ojos para pedir tres deseos, mientras juntaba sus manitas sobre su pequeño e inocente corazón.

Losvoyaextrañamucholosvoyaextrañarmucholosvoyaextrañarmucholosvoyaextrañarm

A veces, los problemas no se van del todo, pero no nos impactan tanto cuando dejamos de centrar la vista en ellos y miramos a nuestro alrededor. Esa forma de verlo no me brindó ningún tipo de solución, pero me había permitido respirar un día más y por eso ya estaba más que agradecida. Por eso, y por la luminosa sonrisa que me dedicó mi hermana al abrir los ojos, con sus deseos flotando hacia el universo, esperando ser cumplidos.

Capítulo 26

Sábado 29 de enero de 2022

Una vez más nuestro departamento era una hermosa mezcla de pasarela y centro de estética, la única diferencia era que, esa vez, mi rostro también estaba lleno de *glitter*. No era fanática de esos minúsculos brillitos, pero no había podido negarme cuando Marcos se me acercó con la sonrisa de un niño pequeño y se arrodilló ante mí rogando que lo dejara maquillarme.

Mi corazón se derritió aún más de amor cuando, ante mi respuesta positiva, se levantó de un salto y comenzó a bailar por el comedor del depa, derrochando felicidad a su paso.

Entre risas y brillos nos preparamos, incluido Elías, que también había caído en las garras de Marcos, aunque no pareció molestarle.

Ya en la puerta del boliche que solíamos frecuentar nos encontramos con Mara y Rebeca. Nuestra pequeña familia se estaba expandiendo.

La noche era perfecta, ni siquiera nos molestó la hora y media de fila que tuvimos que hacer para entrar. El tiempo se pasó volando, impulsado por nuestras conversaciones banales y los extraños, pero muy graciosos, chistes de mi hermano.

Adrián se pasó todo ese tiempo abrazado a su novio, aún más meloso que de costumbre.

Ulises intentó toda táctica posible para llamar la atención de Rebeca.

Y después dice que no le interesa…, pensé, intentando aguantarme una risita para que no notara que lo estaba observando.

Oli usó ese tiempo para dibujar un retrato de Mara en su pequeña libreta amarilla. Cuando dije que la llevaba a todos lados, no era broma.

Elías, por su parte, no se animó a participar de las conversaciones, pero sonreía entre calada y calada que le daba a su cigarrillo.

Sin embargo, la suerte no nos sonreía con la misma facilidad que lo hacía mi amigo esa noche.

Al llegar a la puerta del boliche, Marcos, Adrián y yo entramos sin problema, confiando en que nuestros amigos nos pisaban los talones, pero al llegar a la pista de baile nos dimos cuenta de que no era así.

Llamé a mi hermano, pensando que quizás se habían dirigido a la barra en busca de unos tragos, pero desde el otro lado de la línea recibí una respuesta de lo más enigmática.

—Estamos afuera, hay un problema —dijo Hyunmin y colgó.

Volvimos corriendo a la puerta, bastante confundidos.

—Tú no puedes pasar —le decía el guardia de seguridad a Rebeca cuando llegamos hasta ellos.

—¿Por qué no? Mínimamente me merezco una explicación.

El guardia simplemente señaló el documento de identidad que Rebeca le había dado, como si eso fuera respuesta suficiente.

—No entiendo…

—No aceptamos gente como tú en este establecimiento. Órdenes del jefe, tengo que obedecer.

A Rebeca se le tiñeron las mejillas de un rojo intenso mientras tomaba su documento y lo guardaba con manos temblorosas en su billetera. El guardia quizás estuviera cumpliendo órdenes, pero por sus expresiones quedaba claro que compartía la misma opinión que su jefe, fuese cual fuese.

Nuestra amiga, resignada, con los hombros caídos, comenzó a alejarse de la puerta, con Adrián y Marcos siguiéndola de cerca para ver si estaba bien.

No se me escapó la mirada asesina que Adrián le dedicó al guardia. No importaba por qué no la dejaban entrar, Reb estaba con nosotros y si teníamos que defenderla lo haríamos con uñas y dientes, como la extraña manada humana que éramos. Tampoco ignoré cómo Ulises intentó abalanzarse sobre el guardia para pedirle explicaciones, ni como Hyunmin lo tomó de los hombros y se lo llevó antes de que cometiera una estupidez.

El viaje de regreso al depa se desarrolló en un denso silencio. En ese silencio se acordó, sin palabra de por medio, que no presionaríamos a Rebeca para que nos explicara qué había pasado. Ya suficientemente contrariada se la veía y nosotros no queríamos sumarles más dolor a esos ojos vidriosos. Ya nos contaría, o quizás no, pero de nuestra boca no saldría una palabra de lo ocurrido hasta ese momento.

Adrián había comprado cervezas para todos antes de que llegáramos al depa y Marcos se había encargado de seleccionar la música ideal para olvidar el mal trago de esa noche. Divertirnos, ese seguía siendo el objetivo.

Sonaba *Prisoner* de Miley Cyrus ft. Dua Lipa cuando tomé de la heladera mi tercera lata de ese líquido espumoso. Volví a la pista de baile improvisada y dejé mi brazo colgando sobre los hombros de Oli. Creo que Dani, desde Corea, podía escucharnos cantar a los gritos. Yo estaba sumamente ebria, era imposible negarlo.

La canción terminaba cuando escuché un murmullo detrás de mí. Por un segundo culpé al alcohol, pensando que eran delirios producidos por la cerveza, pero volví a escucharlo. Solté a Oli y me di vuelta para encontrarme a Rebeca sentada en el sillón, hablándole a nadie y a todos a la vez, pero la música tapaba sus palabras.

Me senté a su lado, luchando contra la borrachera para poder concentrarme y entender lo que decía

—Perdón… —murmuraba.

Busqué a Marcos con mi mirada y le hice un gesto para que apagara la música. Bendito momento en el que decidió vestirse con una remera de red color verde neón, porque si no me hubiera sido imposible reconocerlo, mi visión estaba demasiado borrosa.

—Perdón —volvió a decir Reb—, no quería arruinar la noche.

No tengo dudas de que el dolor en la voz de nuestra amiga fue un baldazo de agua fría que nos despertó a todos, borrando de golpe cualquier síntoma que hubiera provocado el alcohol en nuestro sistema.

—Nada que disculpar —Hyunmin, como buen hermano mayor, fue el primero que habló—, si alguien tiene que pedir perdón hoy es ese guardia irrespetuoso que te trató tan mal.

—¡S-sí! ¡Es verdad! —confirmó Oli, sentándose a tropezones en el piso.

Su nivel de alcohol en sangre superaba el mío. Arrastraba las palabras, como si su lengua se hubiera olvidado cómo se hablaba realmente.

—Siento que les debo una explicación —insistió Rebeca mirándome directamente a mí.

—No nos debes nada. Si quieres hablar del tema aquí estamos para escucharte, aunque no seamos el ejemplo de la decencia en este momento —eso último le sacó una pequeña sonrisa—, pero si prefieres que olvidemos el tema, así va a ser.

Rebeca se quedó mirando directo hacia mis ojos por unos minutos, pude notar el momento exacto en que los suyos se cargaron de determinación, segundos antes de girarse para tomar su billetera y tenderme su documento de identidad.

Nadie se movió, nadie se atrevió a inclinarse hacia mí mientras yo tomaba la pequeña tarjeta de plástico. Se sentía en el aire que era un momento importante, determinante, y todos respetaron el deseo de Rebeca: quería que yo me enterara primero. Centré mi vista, como pude, en el documento de mi amiga y lo leí. Una, dos veces para estar segura.

Devolví mi atención a Rebeca, que estaba expectante esperando mi respuesta. Sus ojos no estaban llenos de lágrimas y sus mejillas no estaban rojas, pero la tensión que la invadía se manifestaba en la rigidez de sus músculos, en la tensión en su mandíbula.

Mi respuesta ante tal confesión fue simple y sencilla. Le devolví el documento y la abracé. No se lo esperaba. Tardó segundos en reaccionar, devolviendo el abrazo con movimientos lentos, como si tuviera miedo de que mi reacción fuera un chiste de mal gusto.

—No me importa lo que diga ese documento. Ningún papel va a cambiar la forma en la que te veo. Sé quién eres, esto es simplemente otro capítulo de tu historia, pero no es algo que te defina. Te veo, Reb, tal cual eres y estoy orgullosa de tenerte como amiga —le susurré lo más bajo que mi borrachera me permitió.

Por unos minutos más nos quedamos abrazadas y antes de soltarme murmuró un simple pero significativo “gracias” a mi oído. Rebeca se enfrentó con la mirada a mis amigos. Su cuerpo estaba más relajado, pero se notaba que la situación seguía siendo difícil para ella.

—Hay algo que quiero contarles, quizás algunos ya lo suponen —comenzó.

Tomé su mano y le di un leve apretón, para hacerle saber que estaba ahí, que no estaba sola.

—Soy una mujer trans. No quiero hablar de mi pasado, ya enterré en mi memoria a ese pequeño niño que descubrió que el universo se había equivocado a la hora de crearlo. Yo soy Rebeca, una mujer que aspira a ser directora de cine algún día. Una mujer a la que le cuesta hacer amigas y que necesita por lo menos dos cafés en la mañana para funcionar con normalidad. Una mujer que no se animó a cambiar la información en su documento de identidad hasta hace unos meses y que ya tiene turno para realizar el trámite, solo queda esperar unas semanas. Una mujer que, para los ojos de la sociedad, lleva siendo mujer menos años de los que ha vivido, pero una mujer al fin. Espero que esto no cambie nada entre nosotros. Me agradan y, ojalá, el sentimiento sea mutuo.

Al terminar su discurso, Rebeca soltó una cantidad de aire descomunal, jamás pensé que un cuerpo pudiera retener tanto oxígeno. Su mano se aferró con más desesperación a la mía, mientras el silencio seguía rodeándonos.

—Pues yo digo que eres la mujer más hermosa que vi en mi vida —dijo Ulises, cortando la tensión que se respiraba en el aire. Lo dijo arrastrando las palabras, igual de borracho que Oli, y al finalizar esa oración levantó su cerveza para brindar con el aire, antes de darle un buen trago.

Marcos, que estaba tomando de su propia lata cuando Ulises habló, casi se atraganta.

—¿La chica nos está contando algo importante y tú utilizas la ocasión para piropearla? ¿No podías esperar unos minutos?

Ulises levantó las manos, como si un policía lo hubiera acusado de un crimen atroz.

—Ey, yo solo dije la verdad.

El silencio que reinaba nuestro departamento hacía unos segundos atrás fue reemplazado por las carcajadas más hermosas del mundo. Rebeca no paraba de sonreír y mirar a Ulises, con las mejillas levemente sonrojadas.

Oli se acercó al sillón gateando, porque aún no era capaz de mantenerse en pie, y sorprendió a Reb con un abrazo.

—Creo que hablo por todos —dijo Oli, luchando contra su estado— cuando digo que en esta pequeña familia esas cosas no nos importan. No, espera, eso sonó mal —aclaró, riendo—. Sí nos importan, solo que no de la manera que quizás suponías. Vamos a respetar quién eres y a proteger tu historia y apoyarte en cada decisión. Ya no estás sola.

Rebeca volvió a aferrarse a Oli, con una sonrisa tan grande que a duras penas entraba en los límites de su rostro. Mientras miraba la feliz escena, no pude evitar que mi cerebro atara cabos. Alexis. La amenaza. El secreto de Rebeca.

—Reb, perdón que interrumpa el momento, pero ya que hablamos del tema me gustaría hacerte una pregunta.

—Claro, Lina. Lo que quieras.

—La última vez que te encontré hablando con Alexis en el aula. ¿La amenaza estaba relacionada a esto que nos estás contando?

La expresión de Rebeca fue indescifrable. Distintos sentimientos pasaron de manera fugaz por el rostro de nuestra amiga en ese momento.

—Sí, me decía que si lo dejaba iba a contarles a todos. No sé si ya lo habló con alguien o no, pero desde que comenzó nuestra relación me dejó bien en claro que si terminábamos mi secreto iba a salir a la luz.

—Maldito idiota… —susurro por lo bajo Adrián.

Mi hermano se acercó, se sentó en el antebrazo del sillón y acarició el pelo de Rebeca, gesto que tenía muchas veces conmigo y nuestras hermanas. Detrás de ese mimo no había más que amor de hermanos, un instinto nato de protección.

—Como dijo Oli, ya no estás sola. Me imagino que debe ser duro irse a dormir cada día sin saber si el chiflado de tu ex va a salir a divulgar secretos que no le pertenecen…

—No estás ayudando… —dijo Marcos entre dientes.

Mi hermano lo fulminó con la mirada antes de seguir.

—... pero ahora nos tienes a nosotros. Pase lo que pase lo vamos a afrontar juntos, todos. Tus problemas son nuestros problemas a partir de este momento. Bienvenida a nuestra extraña familia, Rebeca. No es la más normal del mundo, pero te aseguro que es la más amorosa que vas a conocer.

—Lo normal está sobrevalorado —respondió Rebeca con una sonrisa tierna.

De a poco llenamos el sillón. Algunos sentados en él de manera tradicional, otros en los apoyabrazos, otros a los pies. Todos nos apretujamos en ese pequeño espacio para abrazar a Rebeca, que estaba en el centro de esa masa de cuerpos entrelazados.

Si hubiera podido separarme de mi cuerpo en ese momento, hubiera corrido a buscar mi cámara para dejar registro de tal hermosa muestra de amor, pero ese día preferí que el recuerdo se imprimiera en mi corazón y no en el papel. No hacía falta inmortalizar ese momento con luz y tinta, mi mente ya se estaba encargando de tejer con hilos dorados ese recuerdo único en mi memoria. Me aferré a mis amigos, a los nuevos y los antiguos, y no los solté en toda la noche.

Capítulo 27

Lunes 31 de enero de 2022

—No estoy yendo a las clases del profesor que me llama por mi nombre completo.

—Lo suponía.

—Auch, gracias por el voto de confianza —contesté sarcástica.

Eso logró sacarle una sonrisa a Brenda, que me miró con dulzura antes de explicarse.

—No quise ofenderte, pero sé cuán delicado es ese tema para ti y que enfrentarte a él no es fácil. Estás pasando por muchas cosas juntas, es normal que sientas que no puedes con todo. Es más que válido que elijas qué batallas pelear en este momento y cuáles prefieres dejar para más adelante.

—Sí, por ahora no estoy lista. Quiero hacerle frente, pero no sé si es el momento.

—Está bien, ya vamos a trabajar ese tema cuando sientas que es el momento.

—¿Sabes para qué siento que este es el momento indicado?

Brenda me miró con curiosidad.

—¿Para qué?

—Para llorar. Dios, sé que sueno superdramática, soy más que consciente de eso, pero estoy cansada de enfrentar todo lo que está pasando, todos los fantasmas que me persiguen del pasado y todas las ideas catastróficas que me planteo cada día. Hay un límite, hay un punto en el que una persona no puede aguantar más peso sobre sus hombros y creo que hoy estoy en mi límite. —Tomé una bocanada de aire antes de seguir—. Además, últimamente mis amigos están transitando por muchas cosas e intento estar fuerte para ellos, pero no puedo hacerlo todo el tiempo. Hoy solo quiero llorar y ser la más dramática de todas. Hoy no tengo fuerzas para enfrentarme a nada. Necesito sacar estas cosas de adentro y dejar de lado, solo por un rato, a la Lina que finge poder contra todo.

—Y llora entonces. Si quieres dedicar la sesión de hoy a descargar tus emociones es más que válido. A veces, no hay mejor remedio que sacar todas esas angustias del cuerpo. Ninguna conversación que tengamos va a ayudarte si sientes que lo que necesitas es llorar. Y si alguien te dice que eres una dramática por necesitar desahogarte, claramente no entiende la presión de luchar contra tu propia mente. La

ansiedad no es algo con lo que se aprende a vivir de un día para el otro. Y aunque uno esté acostumbrado a ella hace años, a veces hay situaciones que nos desestabilizan de igual manera. Así que, si eso es lo que quieres, puedes dedicarte a llorar durante cuarenta minutos, en este espacio en el que nadie va a juzgarte. Y yo voy a estar a tu lado, alcanzándote los pañuelos que necesites para limpiarte el rostro.

Así que eso hice. Lloré cuarenta minutos. Y Brenda, tal cual lo prometió, se quedó a mi lado con la caja de pañuelos en el regazo, firme junto al mar de lágrimas que amenazaba con inundar su consultorio.

Capítulo 28

Martes 1 de febrero de 2022

Hay momentos que se quedan grabados a fuego en la memoria de quien los vive. Momentos que, si tuviéramos que hacer una línea de tiempo de nuestra vida, ese hecho no podría faltar entre los destacados. Creo que ese día fue uno de esos momentos inolvidables para Ulises.

Estaba terminando mi clase de edición fotográfica cuando vibró mi celular con insistencia en mi bolsillo. Ya en el pasillo, me apresuré a descubrir quién me escribía con tanta urgencia. Me encontré con un mensaje de Ulises en el grupo y veinte en nuestro chat privado.

> ¿Pueden venir todos al depa cuando terminen sus clases? Tengo que contarles un par de cosas…

A ese mensaje le seguían las respuestas afirmativas de nuestros amigos, además de los mensajes desesperados que Ulises me había enviado directamente, diciendo una y otra vez que necesitaba que estuviera ahí apoyándolo.

Corrí hacia el depa, con la esperanza de llegar antes que el resto del grupo. La mirada de alivio de Ulises al abrir la puerta me confirmó que había logrado mi objetivo. Abracé a mi amigo.

—Todo va a estar bien. Vas a estar bien —le aseguré al oído, como Hana repitió pegada al mío incontables veces.

La espera hasta que mis amigos llegaron transcurrió en silencio, con Ulises comiéndose las uñas, sentado en la mesa. No paraba de mover su pierna derecha con un frenesí incontrolable. Intenté sacarle charla, pero él estaba acostumbrado a sufrir en silencio. Solo. Dando vueltas dentro de su propia mente. Una vieja costumbre, un mecanismo de defensa. El hecho de que hubiera rogado por mi presencia era signo suficiente de que intentaba cambiar ese rasgo que no hacía más que lastimarlo. No podía exigirle otra cosa.

Los demás miembros del grupo fueron llegando de a poco. Entraban con una sonrisa al departamento, gesto que desapareció al comprobar lo alterado que estaba Ulises. Completamente desconcertados, esperaron en silencio hasta que estuvimos todos.

Cuando Ulises empezó a hablar, lo hizo con la voz llena de miedo y vergüenza, pero logró relatar su historia. Habló de su padre, de sus diferentes trabajos, de los problemas económicos que había en su casa y de esa sensación de no estar viviendo sino sobreviviendo, todo lo que ya me había contado a mí casi un mes atrás. No aclaró que yo ya sabía de antemano lo que nos estaba contando. Al terminar, se disculpó por habernos ocultado algo tan importante y expresó su miedo al enojo que esto pudiera generar.

Recibió la respuesta más inesperada. Una carcajada de Marcos.

—¿Tanto miedo te damos? Ulises… ¿cómo nos vamos a enojar contigo? Enojado tendrías que estar tú porque nunca nos dimos cuenta de lo que te estaba pasando.

—No sé si enojado, pero yo estaría bastante decepcionado de nosotros la verdad —agregó Adrián.

—Más allá de cómo nos hubiéramos sentido todos en la situación de Ulises —interrumpió mi hermano—, creo que te debemos una disculpa por no acompañarte en esos momentos.

—De eso nada, yo sé guardar bastante bien mis secretos, ustedes no tienen la culpa —contestó Ulises, encogiéndose de hombros.

En cuestión de segundos el departamento se llenó de disculpas que iban y venían. Entre palabras de arrepentimiento rodeamos a Ulises y lo abrazamos con fuerza.

—Chicos, los quiero muchísimo, pero me están ahogando —dijo Ulises entre risas desde el medio del abrazo.

Lo soltamos, riéndonos al unísono. Oli le preguntó si quería seguir hablando de esos temas, tenía cinco años de problemas para descargar, pero Ulises se negó. El resto del grupo nos miramos y activamos el “plan B” para estas situaciones. Si no podíamos hacer que siguiera hablando, por lo menos lo ayudaríamos a resolver el problema en el que estaba metido.

Rápidamente acomodamos nuestras computadoras en la mesa, con el objetivo de ayudar a Ulises a encontrar trabajo. Adrián y Marcos buscaron opciones, mientras que Oli ayudaba a Ulises a mejorar su currículum. Mi hermano se encargó de preparar una merienda abundante, que nos daría la fuerza necesaria para lograr el éxito de la misión. Y yo, jugando a ser cupido, mandé un mensaje solicitando refuerzos. Recibí la respuesta afirmativa de manera instantánea. Con una sonrisa triunfal, mientras esperaba a nuestra invitada, fui a buscar a Elías. Había desaparecido luego del abrazo grupal.

Lo encontré en su pieza, sentado sobre la cama. Me arrodillé frente a él.

—Elías, estamos buscando trabajo para Ulises, ¿quieres ayudarnos?

—No puedo…

—Oh, ¿tienes algo que hacer? ¿Ya hiciste planes para hoy?

—No, Lina, digo que no puedo con esto. Con todo esto.

—Elías, no te entiendo…

Colocó su mano sobre su pecho. En el mismo lugar donde yo solía sentir el nudo que impedía que el aire pasara libremente hacia mis pulmones. El lugar donde todos mis miedos tenían la costumbre de acumularse.

—No puedo con esto —repitió.

Esa vez sí lo entendí. Entendía más que nadie esa sensación. Ese miedo ante las reacciones incontrolables del cuerpo.

—¿Cómo puedo ayudarte? —pregunté.

—Quiero estar solo. Quiero ir a mi casa —respondió con la mirada perdida.

—Si eso es lo que necesitas… pero prométeme que me vas a avisar cuando llegues, ¿sí? Y si necesitas algo me llamas.

Elías asintió, aún con la mano sobre su pecho. Le di un pequeño beso en la frente y lo dejé marcharse.

—¿Qué pasó, Lina? —preguntó Marcos, colocando un brazo sobre mi hombro, mientras veíamos a Elías cerrar la puerta del depa.

—Quería irse a su casa.

—¿Está bien?

—No, pero quiere resolverlo solo. Creo.

Marcos no llegó a responderme, porque en ese momento Hyunmin gritó por ayuda desde la cocina y él corrió a asistirlo.

Pasamos la tarde sumergidos en internet, entrando a cada página de búsqueda laboral que encontramos. A Ulises le costó unas horas acostumbrarse a la situación, recibir ayuda no era algo cotidiano para él. Su tensión fue disminuyendo con cada currículum que enviábamos, a medida que la esperanza se abría paso en su interior. Su sonrisa fue tomando forma mientras entendía que, de a poco, las cosas iban a mejorar, que lucharíamos entre todos para que así fuera.

Sin embargo, esa sonrisa pareció una simple mueca comparada con la expresión que inundó su rostro cuando vio a Rebeca entrar al departamento. Ella nos saludó a todos y se sentó al lado de Ulises, le dio un pequeño beso en la mejilla antes de sumarse a la búsqueda. Mi amigo, completamente sonrojado, intentó disimular su emoción por ese gesto, pero no logró engañar a nadie.

Hacer de cupido no se me daba tan mal.

Minutos después me llegó un mensaje de Elías.

> Ya llegué a casa. Gracias por darme espacio. Ojalá algún día pueda ser tan valiente como Ulises y contarles cómo me estoy sintiendo, pero primero tengo que entender qué me está pasando y para eso necesito estar solo.

Le respondí que lo quería y que me avisara si necesitaba algo más. No le dije que lo entendía. No le dije que ver a Ulises resolver sus problemas me había generado muchísima felicidad, pero también había despertado un pequeño sentimiento de envidia en mi interior. Estaba orgullosa de Ulises, me alegraba verlo superar sus miedos y enfrentarse a aquello que lo atormentaba, pero no podía evitar preguntarme cuándo sería mi turno. Podía jurar que a Elías le había sucedido algo similar.

Sin embargo, algo nos diferenciaba. Ese pensamiento había impulsado a Elías a quedarse solo el resto del día y a mí me había clavado al piso del departamento, obligándome a no permitir que mi mente me quitara aquellos momentos que ansiaba vivir con ellos. Ningún accionar era mejor que el otro, cada uno enfrentó sus angustias a su manera, con las herramientas que teníamos en ese momento, pero Elías no se iría del país. Él tenía todo el tiempo del mundo para estar en paz con su interior y disfrutar de nuestros amigos al máximo. Yo no tenía esa suerte, mis días junto a ellos estaban contados y no quería desperdiciar ni un solo segundo.

Capítulo 29

Miércoles 2 de febrero de 2022

—¿Y a vos qué te pasa? —preguntó Marcos.

—Tuve un día de mierda —respondí sin abrir los ojos.

Todo el optimismo que me recorría el cuerpo el día anterior se había desvanecido con el primer pestañeo de la mañana. Me resultó imposible concentrarme en mis clases y lo que más me frustraba era no entender por qué. No tenía un pensamiento específico girando alrededor de mi cabeza, simplemente me sentía incapaz de prestar atención más de dos minutos seguidos. Si Brenda hubiera tenido la capacidad de estar dentro de mí mente ese día me diría que me estaba exigiendo más de lo que podría soportar, que me diera un respiro, pero yo no quería darme ningún respiro. Yo quería disfrutar de todas esas clases que no podría llevarme conmigo a Corea. Sin embargo, a mitad del día me rendí y me dirigí al departamento, con un mal humor notable, arrastrando los pies de manera ruidosa y sintiendo que había perdido una batalla contra mi peor enemigo. Yo.

Estaba segura de que haber pasado casi todo el día anterior delante de una pantalla ayudando a Ulises me había agotado, el dolor de cabeza me estaba matando.

Marcos y Adrián me habían encontrado tendida en el sillón del depa, y con solo una pregunta entendieron que no era mi mejor día. Y enseguida intentaron solucionarlo.

Empecé a escuchar ruidos en la cocina, cajones que se abrían con cuidado, pero fallando terriblemente en el intento. Abrí los ojos para observar qué estaba pasando, pero Adrián se cruzó en mi campo visual.

—¿Qué estás haciend… ¡Adrián!

No pude terminar mi pregunta porque, sin mucho esfuerzo, mi amigo me levantó en brazos y me llevó hasta mi habitación. Marcos nos seguía de cerca. Ya en mi cuarto, Adrián me dejó sobre mi cama y Marcos puso sobre mi regazo un recipiente enorme con helado de diferentes gustos. Se sentó junto a mí, ambos con la espalda apoyada en el respaldo de la cama y a su novio no le quedó otra opción que usar la cama de Oli, que estaba junto a la mía.

No me dieron explicaciones antes de poner *Friends*, mi serie favorita, y empezar a pasarse el helado. Una cucharada cada uno y se pasaba al siguiente, esa era la regla.

Después de cuatro capítulos de la serie mi mal humor disminuyó casi un ochenta por ciento, al igual que la cantidad de helado dentro del recipiente. Sin pensarlo, tomé mi celular y le envié una foto de la serie a Dani, con el siguiente mensaje.

Nunca te lo dije, pero esta es mi serie favorita. Cuando esté en Corea vamos a hacer una maratón.

Esa vez, la respuesta tardó más de media hora en llegar.

Jamás vi *Friends,* así que aceptó el plan.

¡¿¡¿Nunca viste *Friends*?!?! ¡¿¡¿Ni un solo capítulo?!?!

Lamento decepcionarte, pero prometo enmendarlo cuando estés aquí. Yo cocino y vemos *Friends* toda la noche.

La simple idea de pasar una noche con Dani me hizo sonreír. Mis mejillas se encendieron ante ese mismo pensamiento y por lo tierna que me parecía su actitud. Quería ver algo únicamente porque a mí me gustaba. Le interesaba conocerme, no solo lo decía, sino que lo demostraba cada vez que la oportunidad se presentaba.

Por el rabillo del ojo noté que Marcos tenía su mirada clavada en mí. Disimuladamente traté de que no viera mis mensajes.

—¿Con quién hablas? —preguntó, curioso.

—Con nadie…

Los ojos de Marcos se entrecerraron aún más.

—¿Con nadie?

—Con nadie.

—Okey…

Pensé que lo había convencido, pero la sonrisa cómplice que le lanzó a su novio me confirmó lo contrario. Adrián respondió de la misma forma. Ese gesto me teletransportó

cinco años atrás, cuando Hana y el señor Lee miraban a su hijo escribir en su celular sin cesar, con una tonta sonrisa en el rostro.

Capítulo 30

Cinco años atrás

La panza de Hana estaba cada vez más grande. Seis meses de embarazo.

¿En qué momento pasó tanto tiempo?, pensé esa noche, sentada en la mesa de los Lee.

Había terminado mis clases en la Academia y no me había podido resistir ante la invitación de Hyunmin de cenar en su casa.

Ya en la mesa, mi mejor amigo intentó sentarse junto a mí, pero la pequeña Jisu robó su lugar. A menos que estuviéramos en la habitación de Hyunmin, Jisu siempre se las arreglaba para estar pegada a mí. No era algo que me molestara, me resultaba tierna la actitud de la niña, pero era notorio que a Hyunmin le fastidiaba. Sin embargo, se rindió fácilmente. La única muestra de su descontento fue la mirada de reproche que le lanzó a Jisu antes de ubicarse en la silla de enfrente.

—Hana, ¿ya pensaron en un nombre para la beba? —pregunté mientras esperaba que mi comida se enfriara un poco.

—Todavía no tomamos la decisión final, pero yo tengo mi favorito… —respondió mirando a su marido con una sonrisa.

Por la mirada que le devolvió el señor Lee, y por cómo una pequeña sonrisa asomó en sus labios, era fácil descifrar que esa era una conversación que tenían seguido y que Hana insistía en que eligieran el que a ella le gustaba.

—¿Puedo saber cuál es?

—Es Mi-suk. Es un nombre coreano que significa ‘belleza virtuosa’.

—Suena suuuuuuperraro —dijo Jisu con la boca llena de comida.

—Jisu, no hables con la boca llena —la reprendió el señor Lee, mientras se estiraba para limpiar las manchas de salsa que tenía su hija en la barbilla—, y no es raro, es un hermoso nombre.

—Es un nombre raro. ¿Por qué no le ponen un nombre como Sofía? ¿O Lucía?

—Porque, aunque esos nombres también sean hermosos, nosotros queremos que tu hermanita tenga un nombre coreano, como tú y tu hermano —respondió Hana con una paciencia admirable.

—Y hablando de tu hermano… Hyunmin, ¿puedes dejar el celular? Estamos

cenando en familia —dijo el señor Lee.

Su hijo mayor, que hasta ese momento tenía la nariz pegada a la pantalla, con una sonrisa que solo podía significar una cosa, miró a su padre y asintió. Dejó el celular al lado de su plato y tomó los palillos para empezar a disfrutar de la cena.

La conversación siguió el mismo rumbo. Sobre la decoración para el cuarto de la beba, la ropa que aún no habían comprado y más propuestas de Jisu sobre cómo creía que debía llamarse su hermanita. La niña estaba muy emocionada por la llegada de la nueva integrante de la familia.

El sonido de un mensaje saliente nos desconectó a todos de la conversación. Mientras comíamos y conversábamos, Hyunmin había colocado el celular sobre sus piernas, para seguir hablando sin que nadie lo notara. Sus movimientos no pasaron desapercibidos para mí, pero una simple mirada le bastó para confirmar que yo no diría nada al respecto.

Ay, qué tonto, se olvidó de silenciar el teléfono, pensé, intentando que no saliera de mí la risa que amenazaba con dejar aún más en evidencia a mi amigo.

La atención del señor Lee volvió a su hijo.

—¿Por lo menos puedes decirnos con quién estás hablando? Tiene que ser algo muy importante para que uses el celular mientras estamos cenando.

Yo sabía la respuesta. Hacía más de una semana que no paraba de intercambiar mensajes con una compañera que le gustaba de su clase de Danzas Urbanas. Marcos los había presentado y Hyunmin quedó flechado al instante. Era extremadamente raro ver a Hyunmin tan embelesado, pero también era muy divertido.

—Con nadie, papá.

—No le mientas a tu padre, Hyunmin —intervino Hana con una pequeña sonrisa pícara en el rostro.

Cada vez se hacía más difícil aguantar la risa.

—Juro que con nadi…

—¿Cómo se llama? —lo interrumpió su padre.

Metí una gran porción de comida en mi boca. Era eso o reírme en la cara de mi mejor amigo. En vez de retarlo, sus padres se estaban divirtiendo con el interrogatorio y a mí me resultaba muy difícil mantenerme seria.

Hana lo notó, claro está.

—Tú sabes algo, ¿o no?

Todavía con la comida en la boca, negué con la cabeza y me encogí de hombros. Hana también estuvo tentada a reírse descaradamente en ese momento.

—Ella sabe algo —afirmó el señor Lee—, pero como ella no está usando el celular en la mesa, vamos a perdonarla —me guiñó un ojo antes de seguir—. Ahora, ¿vas a

decirnos cómo se llama?

—Lara —dijo mi amigo a regañadientes, muy bajito. Solo logré entenderlo porque ya conocía el nombre.

—Más alto, Hyunmin…

—Lara, se llama Lara, papá.

—Hyunmin está enamorado, Hyunmin está enamorado —empezó a cantar Jisu, señalando a su hermano con el dedo.

Hana río por lo bajo.

—No sé si tu hermano está enamorado, pequeña, pero ciertamente le gusta mucho si está rompiendo una de las pocas reglas que tenemos en esta casa —dijo el señor Lee mientras le revolvía el pelo a su hija.

Hana y el señor Lee siguieron molestando a su hijo mientras terminábamos la cena. También lo hicieron durante el postre. Hyunmin me miró con ojos suplicantes en más de una ocasión, pidiendo que lo salve de las bromas constantes de sus padres.

—A mí no me mires, te metiste solito en esta situación.

Hana no pudo aguantar la risa esa vez, lo que desencadenó una avalancha de carcajadas en la mesa. Incluido Hyunmin, que no se resistió ante la hermosa risa de su madre. Lo que en cualquier otra familia hubiera sido un momento incómodo, con los Lee se convirtió en una noche de lo más divertida.

Terminé quedándome a dormir ese día. Mientras el sueño me alcanzaba, acostada en el colchón inflable a un costado de la cama de mi amigo, no pude evitar decirle una verdad de lo más notable.

—Tu familia es increíble, tienes mucha suerte.

—Lo sé —respondió, con una sonrisa, mientras el sueño lo alcanzaba a él también.

Capítulo 31

Viernes 4 de febrero de 2022

¿Vieron esas películas de terror donde el protagonista vive en una casa embrujada y escucha murmullos por doquier? Bueno, el salón de clases de mi profesor de guion era mi casa embrujada y la voz que murmuraba era la de mi padre. Parada en la puerta del aula, me temblaban las piernas con solo pensar en ingresar, en escuchar ese nombre una y otra vez.

Había estado faltando a sus clases, pero aún no tomaba el valor para abandonarlas definitivamente. De alguna manera, en mi forma de verlo, hacerlo significaba darme por vencida ante ese trauma. Así que esa mañana obligué a mis pies a dirigirse hacia esa clase, haciéndome la valiente, pero una vez en la puerta no pude evitar paralizarme. Lo único que logró aflojar mis músculos fue Rebeca, que se paró a mi lado y tomó mi mano entre las suyas. No me preguntó nada. No me presionó para que le explicara o para que entráramos al aula, al igual que yo no la había presionado para que contara su historia cuando no estaba lista. Sin embargo, cinco minutos después, intenté explicarme con la menor cantidad de palabras posibles.

—El profesor no deja de llamarme Catalina.

Rebeca no contestó, necesitaba más contexto antes de hacerlo.

—No me gusta que me llamen así, me trae malos recuerdos.

Mi amiga no habló por un par de minutos, minutos en los que nuestras manos siguieron entrelazadas.

—Te entiendo, cuando estaba transicionando muchas personas me llamaban por mi *dead name* y cada vez que lo escuchaba me dolía como si me estuvieran pegando directo en el corazón —dijo antes de mirarme a los ojos—. Si alguien no te respeta y te hace sentir incómoda, no tienes por qué soportarlo a la fuerza.

—Es que hace años que quiero asistir a esta clase…

—Sé sincera contigo misma durante un segundo. ¿De verdad quieres aprender de alguien que ni siquiera respeta a sus alumnos? —preguntó Rebeca—. Clases de guion puedes tomar en cualquier momento y seguro encuentras mejores docentes que este.

No sabía qué contestar, estaba ante una nueva forma de observar la situación, una que ni siquiera se me había pasado por la cabeza. Estaba tan centrada en mejorar mi

salud mental, en superar mis traumas, que nunca me había puesto a pensar que quizás el problema no era yo.

Mi nombre fue, es y será Lina, así me identifico desde los nueve años, ¿por qué tendría que soportar que alguien se dirija a mí de una manera que me hace daño? Mi padre siempre será parte de mi historia, pero era una puerta que estaba cerrada con llave y sellada por los años, tenía todo el derecho de querer que así se quedará.

—Si quieres entrar, lo hacemos juntas —aclaró Rebeca cuando volví a prestarle atención—, me siento a tu lado y no te suelto la mano durante toda la hora. Pero si decides que no merece la pena, nos vamos a la cafetería y almorzamos juntas hasta que llegue el horario de la próxima clase.

Lo medité unos segundos más, aunque ya sabía mi respuesta.

—Vamos a almorzar —afirmé, apretando levemente su mano.

Rebeca me sonrió y empezó a tirar de mí hacia la cafetería de la Academia cuando escuchamos una voz ronca detrás de nosotras.

—Catalina, Rebeca. ¿No van a ingresar al salón? —preguntó el profesor desde la puerta de su aula.

No pensaba contestarle nada, pero Rebeca lo miró sobre su hombro y simplemente dijo:

—No, gracias, no nos interesa su clase.

Nos llamó algunas veces más, pero nosotras no volvimos a dirigirle la palabra. Esa misma tarde Rebeca y yo nos dimos de baja de esa materia.

Rebeca cambió mi manera de mirar esa situación. Ya no era una cuestión de si quería o no pelear esa batalla. Lo verdaderamente importante era si el rival al que me enfrentaba merecía que yo levantara mi espada, y en ese caso no era así.

Ese día aprendí que darle importancia a mi salud mental no era únicamente ir a terapia y vencer mis miedos, también era poner límites. Ponerle límites a aquellas personas que no respetaban quién era o mis necesidades, y ponerme límites a mí misma.

A partir de ese día empecé a preguntarme qué cosas merecían la pena ser enfrentadas y qué cosas se limitarían a abrir una herida cicatrizada. Aprendí a elegir mis batallas, en vez de luchar contra todo aquello que se me presentaba. Y sentí alivio, porque aquello que mi mente gritaba que era cobardía se transformó en amor propio, algo que me hacía mucha falta.

Capítulo 32

Sábado 5 de febrero de 2022

Un sábado más. Otra salida con amigos. Una nueva oportunidad para que Marcos me llenara la cara de *glitter.*

El lunes era el cumpleaños de mi hermano y como no podríamos salir de fiesta, porque al otro día teníamos clases, habíamos designado ese sábado para el gran festejo. Ulises se había encargado de elegir el lugar.

—Estuve buscando varias opciones y hubo una que me convenció al instante —contó Ulises, mientras Marcos nos maquillaba—. Queda un poco lejos, pero vale la pena. Es una discoteca creada y manejada por personas de la comunidad LGBTQ+. Se ve como un lugar increíble, en sus redes mucha gente los elogia. Creo que todos vamos a sentirnos cómodos en ese entorno.

Fue pasando su celular para que todos viéramos el lugar y tuve que darle la razón, parecía maravilloso. Rebeca fue la última en inspeccionar las redes de la discoteca y devolverle el celular a Ulises, no sin antes regalarle una tierna sonrisa. Quizás mi amiga tenía la misma sospecha que yo, Ulises quería evitar que volviera a vivir la horrible experiencia de la última vez que habíamos salido todos juntos. La estaba protegiendo. Nos estaba cuidando a todos, eligiendo un lugar donde podíamos ser nosotros mismos, sin miedo a esas personas que todavía no nos aceptaban.

—Tengo otras cosas que contarles —dijo Ulises, aclarándose la voz. Se había puesto nervioso ante la hermosa sonrisa de Rebeca, no podía negarlo—. Conseguí trabajo.

Todos dejamos lo que estábamos haciendo, se desató una pequeña ronda de aplausos y felicitaciones para nuestro amigo.

—¿En dónde? —preguntó Oli.

—En uno de los lugares a los que mandó currículum Marcos hace unos días. Voy a trabajar en la recepción de un gimnasio. No es el mejor trabajo del mundo, pero el sueldo está bastante bien y me permiten hacer dos clases gratis a la semana si me interesa.

—¿Qué clases tienen? —pregunto Hyunmin.

—Un poco de todo. Pilates, *spinning*, boxeo, elongación, natación. La verdad no las

leí todas, pero por lo que vi en el folleto tienen más de quince opciones diferentes.

—¿Y por qué no te apuntas a alguna de ellas? —propuso Adrián que estaba concentrado pintando sus uñas de negro—. ¿No querías empezar a manejar tus enojos? Quizás hacer una actividad con mucho descargo energético y de adrenalina te sirva para estar más tranquilo en el día a día.

—Es una gran idea —coincidió Hyunmin—. La actividad física ayuda en muchas cosas, mejora el estado de ánimo, regulariza el sueño y hasta ayuda a calmar la ansiedad. Adrián tiene razón, quizás te serviría para estar más tranquilo.

—Puede ser, no lo había pensado —respondió Ulises.

—Y si eso no te sirve, quizás hablarlo con un profesional te ayude… —agregó mi hermano.

Fui a mi habitación en busca de unos aros que combinaran con m*i outfit,* mientras Adrián, Ulises y Hyunmin seguían conversando sobre esa última idea.

Cuando entré me encontré con Oli sentado en la cama. Se había colocado el collar de *him* alrededor del cuello, pero sostenía entre sus manos el de *her*. Tenía el ceño fruncido, como si hubiera algo que se escapaba ante su lógica.

—Oli, ¿pasa algo?

Se sobresaltó ante mi voz, claramente no me había escuchado entrar.

—No, solo estaba pensando —dijo mientras colocaba el collar de *her* sobre su mesa de noche y me sonreía de una manera poco convincente.

—Si necesitas hablar…

—Ya sé, ya sé. Si necesito hablar estás para escucharme —me interrumpió, a la vez que se acercaba a mí y me daba un rápido beso en la mejilla.

Cuarenta minutos más tarde nos encontrábamos en la puerta del lugar que Ulises había elegido. La experiencia empezó de la mejor forma apenas llegamos. El guardia de seguridad, que vestía un traje naranja superchillón, revisó nuestros documentos con una sonrisa y nos trató con una amabilidad que era difícil encontrar en los ambientes nocturnos.

La entrada hacia la pista de baile era un camino de arcos de luz, cada arco era un color de la bandera LGBTQ+. Al ingresar nos recibió la voz de Harry Styles cantando *Lights Up*. Durante el resto de la noche escuchamos artistas como Lady Gaga, Taylor Swift, Miley Cyrus, Jackson Wang, Billie Eilish, entre otros. Ya estábamos completamente enamorados del lugar, pero cuando pusieron *Butter* de BTS nos perdimos por completo, nunca había visto a Elías y Hyunmin bailar y cantar de esa manera. ¿Qué era ese increíble lugar y por qué no lo habíamos encontrado antes? Un lugar en el mundo donde podíamos fluir con libertad, sin importar nuestras elecciones o gustos personales. Encajábamos ahí, envueltos en esa música, rodeados de personas

que llevaban banderas en sus ropas y nos trataban con amabilidad. Muchas veces nos sentimos fuera de lugar, como si intentáramos meter a la fuerza una pieza que no encaja en un rompecabezas. La pieza no es el problema, simplemente debe encontrar su lugar. Y creo que ese día nosotros encontramos el nuestro.

Dejé que la música me arrastrara, que moviera mi cuerpo a su compás, que la noche le pusiera pausa a mi vida y disfruté la sensación de que todo estaba bien, aunque sea por un rato.

Canté a los gritos con Oli y Rebeca. Baile entre Adrián y Marcos. Salté abrazada a Hyunmin. Tomé tragos con Elías en la barra. Me reí viendo a mis amigos reír. Me sentí viva y con ganas de vivir.

Fue la mejor noche en mucho tiempo y, mientras brindábamos por el cumpleaños de mi hermano, deseé en silencio que la sensación se quedara en mi cuerpo, aunque sea, un par de horas más.




Capítulo 33

Domingo 6 de febrero de 2022

No necesito aclarar que mi deseo se perdió en la noche.

Mi pecho se cerró un poco al despertarme y encontrar nuestro departamento hecho un caos. No me había paralizado el desorden, sino lo cotidiano de la escena. La sensación de familiaridad y calidez que se activaba dentro de mí al ver a mis amigos desparramados por doquier en ese pequeño espacio. La ternura que me dio ver que las camas de mi cuarto estaban ocupadas por dos parejas de amigos que se amaban con locura. La gracia que me dio encontrar a Ulises dormido en el piso de la sala, vencido por el sueño antes de llegar a su cuarto. La sorpresa que me dio notar que Rebeca se había dormido en el sillón, tapada por una manta que Ulises tenía siempre sobre su cama. La alegría de ver a Elías durmiendo plácidamente con una sonrisa. Y lo difícil que fue observar a Hyunmin preparar el desayuno para todos. Lo duro que fue mirarnos y saber lo que esa fecha significaba.

Un mes.

Nos quedaba un mes exacto en el país.

El seis de marzo estaríamos en un avión rumbo a nuestro nuevo hogar.

Me acerqué a mi hermano y nos fundimos en un abrazo silencioso, lleno de sentimientos que no queríamos expresar en voz alta.

—Voy a salir a pasear un rato. Necesito caminar y despejar la mente —le dije, sin soltarlo.

—¿Segura? Puedo acompañarte cuando termine —propuso, aflojando un poco el abrazo para mirarme a los ojos.

—No, gracias. Quiero estar un rato sola.

Mi hermano me observó unos segundos más, probablemente haciendo un escaneo mental para analizar si estaba bien, si necesitaba algo. Besó rápidamente mi frente antes de seguir cocinando.

Volviendo a ese momento, recuerdo que dudé en irme. Por un segundo, pensé en quedarme ahí y que mis amigos se llevaran con sus risas el dolor de mi pecho, pero sabía que eso era como intentar tapar la explosión de un volcán con un pequeño parche de tela.

Ese fue el primer límite que me puse. Dejar de depender tanto de otros para estabilizar mis emociones. Estaba agradecida por contar con tantas personas que se preocuparan por mí, pero tenía que empezar a enfrentar esa ansiedad por mi cuenta.

Sin decir nada fui hasta mi habitación, intentando hacer el menor ruido posible para no despertar a mis amigos. Tomé mi mochila y en ella puse mis escudos. Mi cámara. Mis auriculares. Y el libro que estábamos leyendo con Hyunmin. Con esas protecciones salí a la calle.

Empecé a caminar, sin un rumbo específico, escuchando *Sleep On the Floor* de The Lumineers. No noté cuando llegue a mi barrio favorito de esa ciudad hasta que me topé con el cementerio, con los bares y la feria a su alrededor.

Retraté sus colores con mi cámara y guardé las impresiones antes de que se revelaran, para deleitarme más tarde con ellas. Encontré un espacio libre en el césped, bajo un árbol antiguo que me daba la sombra necesaria para que el calor no me calcinara. Con la espalda apoyada en el tronco empecé a leer. Leía y hacía pausas para respirar, cuando el dolor en el pecho no me dejaba concentrarme en las palabras.

Resistir. Estaba intentando resistir. Para escapar de las ganas de correr hasta dejar atrás mis problemas, mis angustias.

El problema era que esas partes oscuras también formaban parte de mí, no podía simplemente dejarlas atrás. Tenía que aprender a convivir con la ansiedad y llegaría un día en el que, de tanto hacer oídos sordos a ella, perdería poder y dejaría de paralizarme.

Estuve unas dos horas sentada bajo ese árbol. Leyendo. Escuchando música. Respirando.

Repitiendo esa rutina hasta que el dolor fue soportable, hasta que me sentí lista para volver al depa con una sonrisa en el rostro, preparada para enfrentar ese día.

Al llegar, me recibieron mis amigos en un estado de somnolencia indescriptible, pero estaban sonriendo y eso fue suficiente. El único que seguía durmiendo era Elías. Solía ser incapaz de dormir más de cuatro horas seguidas, así que nadie se animó a interrumpir su plácido descanso, parecía necesitarlo.

Desayuné sentada en el piso de la sala, escuchándolos hablar de la noche anterior. Nadie mencionó la fecha, todos éramos conscientes de ella, pero evitamos darle el protagonismo.

Salimos a almorzar. Con Oli y Hyunmin arrastramos a los demás a una librería. Marcos insistió en subirse a los juegos para niños en un shopping y Adrián no pudo negarle el gusto. Mara y Rebeca se la pasaron hablando durante toda la salida, una nueva amistad estaba naciendo.

Cuando regresamos, coloqué sobre mi cama las fotos que había tomado ese día.

Quince instantáneas me observaban, llenas de los amigos y los lugares que me hacían feliz. Se me aguaron los ojos mientras las guardaba en mi pequeño álbum, consciente de que ese día había dado un paso importante en el camino sinuoso que la vida me había obligado a recorrer.

Capítulo 34

Lunes 7 de febrero de 2022

La dinámica fue distinta ese día. Usualmente, Brenda comenzaba las sesiones preguntando por mi semana. Si había progresado con mis ejercicios de respiración, si algún ataque de ansiedad había perturbado mis días, si me encontraba bien con mi familia y amigos, entre otras preguntas de rutina que ayudaban a abrirme para empezar a hablar de todos mis conflictos.

Sin embargo, esa vez preferí tomar las riendas de la sesión ni bien me senté en el sillón del consultorio.

—Ya no quiero depender de mis amigos.

Brenda me observó. Confundida por mi actitud y por la confesión que acababa de hacer.

—Necesito que te expliques un poco más.

—Últimamente siento que mis amigos son mi cable a tierra. Son lo que impide que colapse ante mi ansiedad y no me siento cómoda con eso. Necesito ser mi propio sostén. Tengo que serlo. Falta un mes para la mudanza y no puedo depender de nadie más que de mí misma.

Brenda me escuchaba atentamente, sin dejar de anotar en su pequeño cuaderno todo lo que le decía.

—¿En qué situaciones sientes que dependes de ellos?

—Cada vez que la ansiedad empieza a aumentar los busco inconscientemente. Hyunmin es el que más me ayuda a calmarme, pero en los últimos días Adrián y Marcos fueron un gran sostén. Tampoco hubiera podido superar mi situación con mi profesor de guion sin la ayuda de Rebeca.

—¿Y cuándo llegaste a la conclusión de que esto no te hacía sentir cómoda?

—Ayer.

Brenda asintió y, ante mi repentino silencio, hizo un gesto con la mano para alentarme a seguir hablando. Yo suspiré antes de hacerlo y dirigí la vista a mis manos, entrelazando y desenredando mis dedos en un gesto nervioso.

—Ayer me di cuenta de que falta un mes exacto para la mudanza. Cuando me desperté me encontré a mis amigos en el departamento y mi ansiedad volvió a

dispararse. Hyunmin estaba despierto, por un segundo pensé en refugiarme en él, pero decidí enfrentarme a esa sensación sola. Salí a caminar y encontré un lugar cómodo donde leer y escuchar música. El nudo en mi pecho tardó en irse, pero al tiempo ya me sentía mejor. Volví al departamento cuando ya no me era tan difícil respirar.

Al narrarlo en voz alta no parecía haber sido un hecho tan importante como lo había sentido la tarde anterior. Me preparé para escuchar eso, para ver cómo invalidaba mis pequeños pasos, pero Brenda no era así. Cuando levanté la vista, mi psicóloga estaba intentando reprimir una sonrisa que amenazaba con romper su papel tan profesional.

—Es un gran avance el que hiciste, Lina. No solo encontraste sola una problemática silenciosa que te estaba afectando, sino que te enfrentaste a esas sensaciones que te paralizan. Distrajiste tu mente, para alejarla de esos pensamientos negativos y esperar que la sensación pase. A veces, nuestras herramientas no nos ayudan a parar la ola de ansiedad que se despierta en nuestro cuerpo y en esos momentos solo nos queda la tolerancia al malestar. Sin embargo, lidiaste con la situación de una manera excelente.

A partir de ese momento, Brenda empezó a preguntarme por todas esas cosas a las que yo no le había dado lugar al comienzo de nuestro encuentro. Sin embargo, mi mente y mi corazón seguían escuchando sus palabras en bucle: “Es un gran avance el que hiciste, Lina”.

Al terminar la sesión, me despedí con una sonrisa, algo que no solía pasar a menudo, siempre me iba de ese cuarto con la garganta cerrada, los ojos llorosos y el corazón expuesto. Estaba a punto de cerrar la puerta del consultorio cuando escuché a Brenda hablar una vez más.

—Estás progresando, Lina. Lento, pero estás progresando. No bajes los brazos ahora.

ooo

La mesa de la casa de los Lee estaba abarrotada de gente. La casa que desde hacía cinco años era nuestra.

La larga mesa ya no se llenaba de la deliciosa comida del señor Lee, la cocina ya no estaba impregnada del aroma de sus increíbles inventos y las sillas ya no las ocupaban esas pequeñas versiones de nosotros mismos. El lugar ya no estaba lleno de la magia que solía maravillarme, pero intentábamos que las risas llenaran esos espacios vacíos.

Habíamos cambiado, algunos se habían ido. Empezamos a llamarnos hermanos en vez de amigos, pero los títulos no importaban, esa casa seguía rebosante de amor.

Festejamos el cumpleaños de Hyunmin como siempre lo hicimos, juntos y con mucha

comida. Los amigos nuevos y los antiguos llenaban el enorme comedor con sus charlas. Adrián y Marcos ponían al día a mi madre sobre las clases que estaban tomando en la Academia. Oli tenía a Misuk sentada en su regazo, quien le mostraba muy entusiasmada sus nuevas pinturas a Mara, señalando con su pequeño dedo las partes favoritas de su propio arte. Ulises dialogaba con Rebeca entre susurros. No llegaba a mi oído ni un solo sonido que producían, pero las mejillas sonrojadas de mi amiga y el brazo que Ulises tenía sobre sus hombros me dejó bastante claro hacia dónde iba esa conversación.

Jisu intentó confinarse en el sillón, pero nuestro hermano logró secuestrarla y llevarla a la cocina para que lo ayudara a cocinar. Ella había mostrado resistencia y lo siguió molesta, pero no pudo negarse al notar que Hyunmin estaba intentando recrear varias recetas de su padre para cenar esa noche. Su fachada de chica ruda no duraba mucho cuando Hyunmin nombraba a su padre, siempre sucedía lo mismo. Y Elías…

¿Y Elías? No podía encontrarlo por ningún lado.

Me levanté de la mesa con la excusa de necesitar pasar al baño. Sí, seguía pidiendo permiso antes de moverme por esa casa. Había sido mi hogar durante años, pero no se sentía totalmente mía. Una vez fuera del salón, revisé cada sala. Era imposible que se hubiera ido, ni siquiera las risas de nuestro grupo podían tapar el ruido que hacía la puerta principal al abrirse y cerrarse.

Estuve varios minutos buscándolo. No es broma que esa casa era enorme. Y terminé encontrándolo en el lugar menos esperado. Mi cuarto.

Vestía un pantalón negro y su sweater gris favorito. Decía que era tan suave que lo hacía sentir seguro. Además, llevaba puesto un gorro marrón oscuro, prenda que elegía cada vez que su fino pelo rubio estaba tan enredado que la solución más rápida, y menos dolorosa, era taparlo. Sentado a los pies de mi cama, sostenía una foto que Adrián me había regalado años atrás.

La recuerdo de memoria. Era una *selfie* que había tomado Marcos, parado sobre un pupitre de la Academia, en una sala vacía. En la foto se veía a la perfección a Adrián sosteniendo las piernas de su novio, aterrado de que pudiera caerse. Detrás de él estaba Ulises, cargando a Olivia en su espalda, quien había estirado sus dos brazos y sonreía tan grande que no se llegaban a percibir sus ojos. Ulises y yo estábamos sentados en el piso, era fácil notar que mi amigo acababa de ganarme al póker una vez más, a pesar de que me había explicado toda la mañana cómo se jugaba. Ulises fue capturado en plena carcajada. Yo, por otro lado, estaba haciendo puchero y tirando las cartas al piso cuando Marcos sacó la foto. Hyunmin tenía una mano sobre mi cabeza, intentando consolarme con una caricia. Y Elías estaba sentado en el pupitre justo detrás de mí, con una pequeña sonrisa miraba la escena.

Amaba esa foto. Nos representaba a la perfección. Me hacía reír y llorar cada vez que la veía, y al parecer a Elías le pasó lo mismo, porque no pudo evitar arrastrar la manga de su prenda favorita por su cara, eliminando todo rastro de agua.

—Elías…

Mi amigo despegó la vista del cuadro para dirigirla a la puerta. Debió haber leído mi mirada, la preocupación y la tristeza de mis ojos, porque cerró los suyos y dejó caer los hombros. Con sus hombros cayeron sus barreras también, y ese espacio en ruinas me permitió acercarme y abrazarlo con todas mis fuerzas. Teníamos la misma altura, así que nuestras cabezas quedaron apoyadas una en la otra.

—¿Qué puedo hacer? —pregunté.

—Nada, nadie puede hacer nada —respondió derrotado.

Nos abrazamos en silencio unos minutos más, pero mi necesidad de ayudarlo fue más fuerte que todo.

—¿Qué sientes?

Por un segundo, dirigió la mirada a la foto que seguía en su mano. Respondió sin apartar la vista de ella.

—Siento que me estoy alejando de todos los que amo, como si la marea me arrastrara. Si me esfuerzo puedo luchar contra ella, pero cuando siento que estoy llegando a ustedes una fuerza invisible vuelve a tirarme hacia atrás y lo único que queda en mí son las ganas de tirarme en la cama y scrollear en mi teléfono por horas.

Hizo una pausa, que no me animé a interrumpir. Se notaba que necesitaba eso, largar lo que sentía, a su tiempo, pero hacerlo al fin.

—Los extraño, Lina. Los extraño tanto, aunque estemos en la misma sala los extraño —dijo entre sollozos—. Y me extraño a mí, a quien era hace un año atrás, pero no tengo la fuerza ahora para enfrentarme a todo lo que me está pasando. Siento que no tengo fuerza para nada en realidad. A veces no puedo levantarme de la cama por horas. No tienes idea de lo frustrante que es… Veo mi celular, noto cómo los minutos pasan y no importa cuántas veces le dé la orden a mi cerebro de que debo levantarme, nunca lo ejecuta.

Sus sensaciones eran muy distintas a todo lo que yo experimentaba a diario con mi ansiedad y no supe cómo aconsejarlo.

Que sintiéramos diferente no quería decir que él no estuviera experimentando un trastorno de ansiedad, cada uno lo vive de formas distintas, pero por mis charlas con Brenda sobre las actitudes de mi amigo, lo más probable era que estuviera pasando por otra cosa.

Depresión, había dicho mi psicóloga. Obviamente no podía diagnosticarlo sin siquiera haber hablado con él, pero por lo menos eso parecía desde afuera. Por lo que Elías me

contaba en ese momento, todo apuntaba a ello y me asustaba que no recibiera la ayuda necesaria para sentirse él mismo otra vez. Sabía que sacar el tema no traería nada productivo, así que opté por otra vía.

—¿Qué necesitas ahora? ¿Qué te gustaría estar haciendo? ¿Hay alguna forma de que te convenza de volver a la mesa e intentar disfrutar la noche?

Negó frenéticamente con la cabeza.

—Quiero ir al depa, estar en silencio un rato y darme una ducha.

Asentí mientras sacaba el celular de mi bolsillo.

—Lo que necesites. Voy a pedirte un auto para que te lleve. ¿Quieres que alguno de los chicos te acompañe?

—Quiero estar solo.

—Elías, porf…

—No voy a hacer ninguna locura, si eso es lo que estás pensando —dijo con una sonrisa cansada en el rostro.

Sí, eso estaba pensando. No lo admití en voz alta, por un segundo esa idea pasó por mi cabeza, pero confiaba en Elías. Jamás me había mentido.

Me levanté de la cama y estiré mi brazo hacia él, ofreciéndole mi mano. La tomó a la vez que dejaba el cuadro sobre la cama. En silencio caminamos hacia la puerta de ese hogar que era mío, pero a la vez no. Nos sentamos en los escalones de la entrada, esperando, aún en silencio, unidos por nuestras manos.

Minutos después el auto llegó y mientras lo abrazaba una vez más, escuché una voz detrás de nosotros.

—¿Vas a salir corriendo otra vez? —dijo Marcos, irritado.

—Marcos, no digas esas cos…

—¿Qué? ¿Que no diga la verdad? Siempre se va. Ya no comparte tiempo con nosotros como antes. —Buscó a Elías con la mirada antes de continuar—. Si ya no quieres estar con nosotros dilo y ya. Mínimo nos merecemos eso.

Ignoré olímpicamente ese último comentario de Marcos y tomé a Elías por los hombros.

—Ve al departamento. Avísame cuando llegues. Yo me encargo del tarado de nuestro amigo —le dije en un susurro.

Sonrió un poco, lo poco que le permitían sus ojos angustiados. Besó rápidamente mi mejilla y entró al auto.

—Cobarde… —dijo Marcos sin darse por vencido.

Giré hecha una furia hacia él.

—¿Cobarde? ¿Tienes idea de lo que le está pasando? Pensé que eras una persona más empática.

—¿Pero es que no ves que nos está ignorando? No hace más que escaparse en cada situación que estamos juntos.

—Hace lo que puede, no lo presiones.

—¿Que no lo presione? —preguntó riendo en su frustración—. ¿Sabes qué le pasa? Porque sin una explicación mi preocupación va a seguir transformándose en enojo.

—No lo sé —admití—, pero no preciso saber nada para notar que uno de nuestros amigos está mal y necesita nuestro apoyo. ¿O acaso tú te enojaste conmigo cuando empecé a tener mis ataques de ansiedad y necesitaba soledad?

Marcos, que hasta el momento estaba apoyado contra la puerta con los brazos cruzados, aflojó su postura y se acercó unos pasos hacia mí.

—No es lo mismo, sabíamos que tenías ansiedad.

—¿O sea que lo que necesitas es un diagnóstico para Elías? ¿Sin una palabra que encierre el mundo de sensaciones que él tiene todo deja de ser válido? Está sufriendo, Marcos, y no lo estás viendo. Ninguno de nosotros lo estaba viendo realmente.

Mi amigo llevó las manos a su pelo, miró al cielo y suspiró. Antes de soltar su cabeza, revolvió ligeramente sus rizos.

—Puede que tengas razón…

—Sé que tengo razón —respondí tajante.

—Bueno, que no se te suba a la cabeza, princesa.

No pude evitar sonreír levemente al escuchar el tono sarcástico de Marcos. Y él no pudo hacer más que devolverme el gesto. Así funcionaba entre nosotros, entre todos nosotros. Las peleas no solían durar mucho.

Marcos se acercó un poco más a mí, puso su brazo sobre mi hombro y volvió a mirar el cielo.

—¿Qué hago ahora? ¿Voy a buscarlo?

—No, quería estar solo. Envíale un mensaje o mañana habla con él directamente, ahora deja que se calme.

Marcos asintió y volvimos a la mesa justo cuando Hyunmin apoyaba el último plato, había cocinado todas sus recetas favoritas del señor Lee.

La cena estuvo exquisita, las risas no faltaron. El cumpleañero tenía una sonrisa luminosa en el rostro, disfrutó cada segundo, cada charla, cada bocado de comida. Como dije antes, nos esforzamos mucho para que la casa estuviera llena de amor, magia, energía positiva, pero cada vez faltábamos más y la ausencia era notoria.

Elías no estaba y parecía que nos faltaba una pieza esencial para que esa máquina, nuestra familia, funcionara correctamente. Las preguntas sobre él no faltaron y yo di las explicaciones más simples que pude. Ya bastante difícil era explicar mis propias sensaciones como para intentar explicar las de alguien más. Él lo haría a su tiempo,

cuando estuviera listo. Mientras tanto, esa pieza esencial nos seguiría haciendo falta y nada sería igual hasta que la recuperáramos.

Capítulo 35

Jueves 10 de febrero de 2022

La mudanza.

Mis sentimientos por Dani.

No saber cómo ayudar a Elías.

Todo eso me atacó mientras intentaba ejecutar una tarea tan simple como peinarme. Encerrada en el baño del depa, completamente sola, empecé a sentir cómo ese conocido incendio se iniciaba en mi interior. Mis miedos eran el combustible que alimentaba ese calor insoportable. Al mirarme en el espejo noté que, por fuera, todo parecía igual, la situación se veía bajo control. Mis mejillas no estaban rojas, mis ojos eran un desierto, mi pecho no estaba partido. Nadie podría adivinar el caos que habitaba dentro.

Solté el peine, mis manos habían perdido la fuerza para desenredar mi cabello. Mis piernas, a punto de paralizarse, lograron llevarme hasta el sillón, donde había dejado mi celular. Por un segundo se me cruzó la idea de llamar a Hyunmin, dejar que él me rodeara con su amor y que terminara con mi agonía, pero no lo hice. Tenía un objetivo y no iba a dejar que ese calor quemara mis deseos.

Mi mente estaba dividida. Dos Linas peleaban a toda voz en mi cerebro y yo rogaba que alguna ganara pronto, mientras llevaba las piernas a mi pecho e intentaba respirar. La primera Lina suplicaba que me rindiera, que corriera hacia los brazos de mi hermano o mis amigos. Me decía que carecía de la fuerza necesaria para soportar esa situación, que jamás podría volver a sentirme bien, que esa sensación duraría para siempre. La otra Lina, asustada, pero más tranquila, se dedicaba a repetir las palabras con las que Brenda había cerrado nuestra última sesión.

Estás progresando, Lina. Lento, pero estás progresando. No bajes los brazos ahora.

Quisiera decir que al instante mi atención se centró en la segunda voz, pero estaría mintiendo. Necesité varias lágrimas, y muchas vueltas al departamento, para escucharla. Cuando lo hice, el calor y el dolor de mi pecho no aflojaron, pero pude sentir cómo esa ola de ansiedad chocaba contra una piedra enorme y estable.

Estaba progresando, nadie podía sacarme eso.

Con la poca fuerza que tenía fui a buscar mis auriculares. Me senté en el sillón una

vez más, con una predisposición diferente. Mumford & Sons musicalizó mi guerra interna con *Not With Haste.*

La ola volvió a golpear, con más fuerza. Con más calor, con más lágrimas, con más dolor. La piedra se mantuvo intacta, más grande y fuerte que antes, reafirmando lo que yo ya había escuchado. Estaba progresando.

Mientras la ola chocaba de manera caprichosa, repetí en mi mente un concepto que Brenda siempre me había inculcado: el proceso no es lineal. La ansiedad iba a volver, a veces de manera inesperada, y yo tenía que estar lista para no dejarme caer de rodillas frente a ella. Quizás tuviera periodos de tranquilidad, y quizás esos periodos serían interrumpidos abruptamente por aquello que siempre me había aterrado, pero la paz volvería, tarde o temprano. Esa idea me consolaba lo suficiente para seguir luchando.

No pensaba a volver a mi cama y a quedarme paralizada allí todo el día. Ya no más.

Seguí respirando, sin rendirme. Respiré mientras pensaba en la gente que amaba. En mis amigos. En la familia que había ganado. En el perfume con aroma a jazmines de mi madre, que siempre me había encantado. En Dani que me asustaba, sí, pero me emocionaba de igual manera. En la sonrisa de Misuk, que lo iluminaba todo. En el abrazo de Jisu. En el amor que me habían dado Hana y el señor Lee. En las palabras de aliento de Brenda.

La ola perdió fuerza contra esa piedra de seguridad y valentía, y de a poco sus ataques dejaron de sentirse. Se retiró frustrada mar adentro, no sin antes intentar asustarme una vez más. Le saqué la lengua como respuesta a su amenaza de volver a visitarme pronto. Que se animara.

Capítulo 36

Domingo 13 de febrero de 2022

—¿Me estás diciendo que ese chico solo iba a tus clases con el objetivo de conseguir tu número?

—¡Sí! No es broma. Se sentaba en una esquina durante toda la clase, sin hacer nada. Ayer, después de un mes de asistir a mis clases y actuar tan extraño, se acercó y me pidió mi número.

—Dios, que *creepy.* ¿Y qué le dijiste?

—Que no se lo daría, que ya estaba interesada en alguien más.

—Oh, ¿y quién es la persona afortunada?

—Ya sabes la respuesta a eso, Lin.

Me sonrojé e intenté que mi voz no me traicionara, pero después de semanas de compartir llamadas telefónicas, Dani era capaz de notar hasta el más mínimo cambio en mi respiración.

Una carcajada se escuchó desde el otro lado de la línea, causada por el silencio tímido que había emitido.

—¿Cómo vas con esa tarea? Espero no ser una distracción.

—Ya es muy tarde para eso —respondí con una sonrisa.

Entre risas, chistes y coqueteos pasé el domingo encerrada en mi cuarto terminando un trabajo que debía entregar el martes. Dani me hizo compañía durante todo el rato, o por lo menos lo intentó, pero un portazo me desconectó por completo de la llamada. Se escuchaban gritos en el comedor.

—Dani, te llamo después, creo que hay una discusión en el depa.

Sin darle tiempo a contestar, colgué la llamada. No llegué a levantarme de la cama cuando la puerta de mi cuarto se abrió y un enfurecido Hyunmin cruzó el umbral. Con Jisu echando humo detrás.

—Ya no sé qué hacer con ella, encárgate tú esta vez.

Esa fue toda la explicación que dio mi hermano antes de lanzarle una mirada asesina a mi hermana y salir hecho un torbellino de enojo de la habitación.

—¿Qué fue todo eso? —dije girando en busca de Jisu, que se había sentado sobre la cama de Marcos.

—Le dije a Hyunmin que no pienso mudarme a Corea.

Sentí cómo mis ojos salieron de sus órbitas y estuvieron a punto de rodar por mi cuarto. Esperaba que mi hermana me dijera cualquier cosa, menos eso.

—Pero Jisu, vamos a mudarnos todos juntos, no puedes quedarte aquí.

Mi hermana, completamente convencida de la eficacia de su plan, empezó a hablar mientras se levantaba y daba vueltas por mi habitación, elevando cada vez más el tono de su voz.

—Sí que puedo, me puedo quedar en la casa de una amiga y buscar un trabajo para empezar a ahorrar…

—No, Jisu, no vamos a dejarte atrás.

—... y cuando tenga el monto suficiente voy a comprarme mi propio departamento. Así podría seguir en contacto con mis amigos…

—No es tan fácil conseguir una vivienda y mantener una vida como la que te estás imaginando.

—... porque quizás a ustedes no les importe abandonar a los suyos, pero yo quiero mucho a mis amigos y no quiero dejar de verlos. Además, ya tengo una vida formada aquí y ustedes no me van a apartar de ella…

—¿Qué te hace pensar que no nos duele dejar a nuestros amigos atrás? —pregunté indignada.

—... ustedes piensan que pueden decidir sobre mi vida, como si mi opinión no importara. A ustedes no les importa tener que mudarse…

—¿¡TE PIENSAS QUE YO TENGO GANAS DE IRME, JISU?!

No quería gritarle, pero ya no sabía qué hacer para que me escuchara. Estaba lanzando todas sus opiniones con bases a medias y no le importaba si lo que decía podía lastimarme. Si así había sido su actitud con Hyunmin, podía entender su estado desencajado. Ya sabíamos que nuestra hermana no era fácil de manejar, pero cuando se ponía a gritar de manera tan verborrágica era imposible que otra opinión que no fuera la suya ingresara en su cerebro. Pero, aunque me estaba sacando de quicio, esa no era razón suficiente para tratarla mal.

Respiré hondo. Conté hasta diez. Estabilicé mi respiración y mi mente antes de seguir.

—No nos queda otra, Jisu. Lo que mantiene a esta familia pende de un hilo y tenemos que solucionarlo.

—No entiendo…

Creo que esa fue la primera vez que vi, en muchos años, a mi hermana sin su máscara de “adolescente que no siente nada”. La confusión inundó sus ojos chocolate y su expresión enojada se transformó en un puchero mientras se sentaba sobre mi

cama.

Triste. Mi hermana no estaba haciendo un berrinche, estaba triste y confundida, y por alguna razón mi hermano había pensado que yo era la indicada para consolarla.

No pude empezar esa charla con palabras, necesitaba a mi hermana cerca, que sintiera mi apoyo contra esa avalancha de información que se avecinaba. Me senté junto a ella y tomé su mano. No la apartó. Intenté que no notara la sorpresa que eso me generaba. Y con las palabras más simples que encontré le expliqué el problema que preocupaba a nuestra madre adoptiva y a Hyunmin hacía varios meses.

—Hay un socio de tu padre que lleva estafándonos hace años. Es el encargado de tres restaurantes de los que dejó el señor Lee en Corea y no está haciendo bien su trabajo. No solo no está cuidando el lugar, sino que lleva meses sin pagarles a los empleados y a nosotros nos envía menos dinero del que en realidad deberíamos recibir.

—¿Cómo se enteraron? —preguntó Jisu confundida.

—Un empleado le mandó un mail a Hyunmin en octubre del año pasado. Con Sabrina intentaron solucionar las cosas desde aquí, pero el socio del señor Lee dejó de contestarles y este empleado, que no quiso revelar su nombre por miedo a sufrir represalias, nos notificó que las cosas no están mejorando.

Hice una pequeña pausa, dejé que mi hermana procesara la información.

Analizó todo con la mirada perdida, clavada en un punto a la distancia. Cuando volvió a mirarme, cuando sus ojos se posaron en los míos, entendí que me estaba dando el pie para que siguiera hablando.

—Algo tenemos que hacer, Jisu. Esos restaurantes no solo mantienen el estilo de vida al que estás acostumbrada, son los que proporcionan los ahorros para tus estudios y los de Misuk. Sabemos que el salario de Sabrina no es suficiente para aguantar tantos gastos. Cuando yo vivía sola con Sabrina no teníamos ni la mitad de gastos que tenemos ahora y aun así su salario no alcanzaba para mucho. Necesitamos el dinero que dan esos restaurantes para darles a ustedes la mejor vida posible.

Jisu no habló, pero asintió ante eso último.

—Por otro lado, a Hyunmin le parece injusto que los empleados estén sufriendo de esa manera y nosotros nos quedemos de brazos cruzados. Ese negocio es fruto del esfuerzo de tu padre, le costó años levantar esa empresa, le debemos al menos intentar que no se derrumbe frente a nosotros.

Se hizo un silencio en la habitación. Nuestras manos seguían entrelazadas.

—¿Qué va a pasar cuando lleguemos allá? —preguntó mi hermana con la voz entrecortada.

—Cuando lleguemos a Corea, Sabrina va a convertirse en la nueva encargada de los

restaurantes en conflicto y Hyunmin va a empezar a controlar otros. El mando del negocio va a quedar por completo bajo nuestro cargo. Vamos a volver a llevar la magia de tu padre a esos lugares, eran su orgullo y vamos a cuidarlos, aunque no sea lo que nos gustaría hacer en este momento.

—Yo… yo no sabía nada de todo esto. Nunca nos dijeron nada.

Suspiré antes de contestarle.

—Sabrina y Hyunmin no querían llenarlas de más malas noticias. Y de miedo, principalmente de miedo. No sabemos qué va a pasar, esa es la verdad —dije lo más sincera que pude—. Tal vez llegamos y podemos solucionar todo de manera rápida, o quizás tendremos que tomar medidas legales más serias si este socio sigue ignorándonos. Hyunmin no quería que temieran por su futuro. Sabrina es la responsable legal de ustedes, pero él se siente responsable por su bienestar también, se desvive por las dos. Está abandonando todo para ir a salvar el sueño de tu padre y lo que nos asegura que ustedes tengan un futuro estable, sin preocupaciones económicas de por medio.

Los ojos de mi hermana estaban a punto de desbordar, pero escuchó toda mi explicación en silencio, asintiendo cuando lo creía necesario.

—No quiero despedirme de mis amigos, Lina —susurró mientras intentaba mantener las lágrimas a raya.

—Ay, yo tampoco quiero despedirme de los míos. Te entiendo más de lo que puedes imaginar —le respondí acariciando su pelo con mi mano libre.

No iba a mentirle, no iba a decirle que podría mantener una relación a distancia con sus amigos, que pronto los vería y que todo estaría bien. No iba a hacerle promesas que no podía cumplir, predecir el futuro no era una de mis habilidades. Lo que sí podía hacer era validar lo que sentía y decirle que estaba ahí para ella. Hice exactamente eso y por respuesta recibí el primer llanto de mi hermana después de cinco años de ser la adolescente más dura del planeta.

Se acostó en la cama, con su cabeza en mi regazo. Yo me dediqué a hacerle caricias en la espalda, en el pelo, en los brazos y ella liberó todo su dolor.

Ese día entendí que había extrañado a esa pequeña Jisu dulce y cariñosa, que buscaba mi afecto como si lo necesitara para vivir.

Por otro lado, ese día mi hermana aprendió que nada es eterno, que la vida es impredecible y que muchas veces la odiamos por eso mismo.

Cinco años atrás Jisu corría por la casa de los Lee insistiendo con ir a Corea, con conocer ese lugar del que sus padres tanto hablaban, deseaba entender de dónde venía, encontrarse con más personas como ella. Cinco años más tarde lloraba sobre mi regazo, negada a abandonar el lugar donde había crecido.

Quizás la ciudad donde vivíamos no corría por sus venas, pero se había ganado un sitio en su corazón.

Me quedé quieta hasta que se durmió, haciendo un pequeño puchero, como si la tristeza hubiera logrado, de alguna forma, perseguirla en sueños también.

Capítulo 37

Cinco años atrás

No sucedía seguido, pero las noches de chicas en la casa de los Lee eran de mis cosas favoritas en el mundo. Una vez al mes, el señor Lee llevaba a Hyunmin a cenar y nosotras nos aplastábamos en el sillón a mirar k-dramas toda la noche. La vestimenta obligatoria era el pijama y el menú se basaba en helado, chocolates y las galletas que el señor Lee nos cocinaba especialmente para la ocasión.

Era la única noche en la que Sabrina se olvidaba por completo de su trabajo, Hana se relajaba de sus tareas diarias y con Jisu comíamos hasta no poder más.

Esa noche estábamos viendo *Goblin,* que además de estar lleno de drama y fantasía, nos hacía reír a carcajadas. Lo había elegido Hana y estaba segura de que no era casualidad que uno de los personajes principales de la serie estuviera interpretado por su actor favorito, Gong Yoo.

Sabrina le dedicó una sonrisa pícara a su amiga cuando vio aparecer al galán en la pantalla, pero Hana la ignoró por completo, intentando reprimir una sonrisa.

—Me encantaría estar ahí —dijo Jisu entre suspiros, media hora después de que arrancamos el show.

—¿En Corea? —pregunté.

—Sí, se ve tan hermoso…

Hana rodeó a su hija con sus brazos y besó con dulzura su frente.

—Quizás podamos acompañar a tu padre la próxima vez que vaya —propuso.

—¡¿En serio?!

—Sí, no creo que tenga problema. Si no me equivoco, a mitad de año tiene que ir a revisar que todo esté en orden en los restaurantes. Quizás podamos ir con él y recorrer un poco Seúl mientras se encarga del papeleo y dialoga con sus socios.

—¿Y Lina puede venir? —preguntó Jisu mientras se separaba de su madre, para hacerle ojitos y que su súplica tuviera más resultado.

Hana le dirigió una mirada a Sabrina y, luego de que esta asintiera, me miró a mí.

—¿Te gustaría venir a Corea con nosotros a mitad de año, Lina?

No necesitaba pensar mi respuesta. Vacaciones con los Lee. Un viaje con mi mejor amigo en una ciudad que no hacía más que maravillarme cada vez que leía o

escuchaba sobre ella. Mi cara de felicidad me delató antes de que mi voz pudiera llegar a los oídos de Hana.

—Obvio que sí, me encantaría ir con ustedes.

Jisu saltó del sillón, dejando atrás a su madre y a la mía, para abalanzarse sobre mí entre gritos de felicidad.

El resto de la noche nos la pasamos haciendo planes entre susurros, intentando no hacer mucho ruido. Hana y Sabrina seguían mirando el drama que parecía ser muy adictivo, pero que poco nos importaba. Íbamos a ir a Corea, queríamos festejar, saltar por toda la casa.

La noche siguió avanzando y la euforia fue bajando. Jisu, una vez que la emoción la abandonó, quedó rendida en mis brazos con una sonrisa en el rostro. Aunque ya no hablábamos de nuestros sueños, mi atención no volvió a la pantalla. Me quedé mirando a esa niña que me había robado el corazón y se aferraba a él con todas sus fuerzas. Me perdí en el tiempo mientras le acariciaba la frente, rogando por no estar molestando su descanso.

Una hora después llegó su padre, que la tomó de mis brazos para cagarla en los suyos hasta su cuarto. En los ojos de ese hombre pude ver reflejado mi propio amor por esa niña y mi alma durmió tranquila esa noche, sabiendo que Jisu recibiría todo el amor paterno que a mí me había faltado.

Capítulo 38

Lunes 14 de febrero de 2022

Lo que más recuerdo de esa sesión es la euforia que sentí. Narrarle a Brenda mis progresos hacía que los hechos fueran más reales, casi tangibles. Poner en palabras mis acciones me hizo sentir más fuerte, capaz de luchar contra cualquier cosa. Me sentí más valiente, menos frágil. La pequeña sonrisa que se le escapó a mi psicóloga al escuchar mi relato se sintió como un premio, como una palmada en la espalda después de hacer un buen trabajo.

Lo otro que recuerdo de esa sesión fueron los nuevos consejos de Brenda. Había entrado al consultorio con una meta clara ese día: quería conocer más herramientas para hacerle frente a mis episodios de ansiedad. Quizás no fuera a utilizarlas todas, pero quería saber si me quedaba algo más por aprender o si ya me había dado todas las armas existentes y dependía de mí cómo las usara.

Brenda lo consideró por unos segundos, revisando su cuaderno, navegando rápidamente por nuestras sesiones pasadas.

—No hablamos de esto explícitamente, pero a tu forma ya lo implementaste —me dijo mientras buscaba una hoja blanca para escribir lo que estaba por decirme—. Como ya sabes, al experimentar ansiedad muchas veces el cuerpo empieza a sentir una cantidad de síntomas físicos que son difíciles de manejar.

Asentí para hacerle saber que la escuchaba y entendía.

—Bueno, en ese momento, a muchas personas las relaja realizar alguna actividad que les genere una sensación placentera. ¿Cómo saber qué sensación te calma? Experimentando con los cinco sentidos. A algunas personas les sirve comer algo que les gusta, a otras sentir cierto aroma que las relaje. He tenido pacientes que lograban salir del estado ansioso después de bañarse o mojarse la cara con agua helada, a otros les relaja utilizar algún juguete antiestrés, hay muchos distintos. Tú has demostrado que te relaja mucho escuchar música, por ejemplo.

—¿Y puede ser que otras cosas ayuden a relajarme también? ¿O solo la música?

—Eso es algo que tú vas a tener que descubrir. Puede ser que solo te ayude la música o que tengas una actividad para cada uno de los cinco sentidos que logre relajarte. Es algo que solo puedes aprender probando.

Intenté repasar en mi mente si existía alguna otra cosa en el mundo que me relajara, más allá de mis amigos. Inmediatamente se me vino a la mente el perfume de mi madre, esa fragancia dulce que siempre había logrado traerme paz desde mi corta edad.

—Jazmines… —dije en voz alta.

—¿Perdón? —dijo Brenda desconcertada.

—Jazmines —repetí—. Mi madre tiene un perfume con olor a jazmines que usa desde que la conocí. Ese aroma siempre me relajó

—Ahí está —contestó Brenda con una sonrisa—. Lleva contigo, por unos días, algún recipiente, prenda u objeto con ese aroma impregnado. Si empiezas a sentirte ansiosa, acércate esa fragancia y prueba si ayuda a calmarte. Si ves que no, puedes buscar alguna otra herramienta que te sirva. Quizás lo que te relaja de esa fragancia en realidad es lo que representa: el amor y el cariño de tu madre.

—Puede ser —le concedí. Tenía mucho sentido lo que decía.

—Sea por el motivo que sea, quizás te ayude. Pruébalo y en la siguiente sesión me cuentas cómo te fue con eso.

Capítulo 39

Lunes 14 de febrero de 2022

Al salir del consultorio de Brenda, me dirigí hacia un negocio que había a unas cuadras, con la esperanza de encontrar allí algo que fuera de utilidad para poder probar la idea que me había dado mi terapeuta.

Minutos después ya estaba dentro de la tienda, que explotaba de gente. Me había olvidado por completo que ese día era 14 de febrero, el Día de los Enamorados, y que todo el mundo estaría comprando regalos de último minuto. Al ver la enorme fila que había para pagar, me concentré en el plan que tenía para esa noche, para no entrar en desesperación en el medio del local.

Habíamos acordado con Dani que haríamos noche de películas, no solo usaríamos *Netflix Party* para mirarlas al mismo tiempo, sino que también estaríamos en video llamada para ver las reacciones de la otra. La idea era hacerlo a las doce de la noche, que serían las doce del mediodía en Corea.

Era bastante complicado planificar una cita virtual con una diferencia horaria de doce horas, pero intentábamos armarnos esos pequeños momentos para compartir tiempo juntas y, así, conocernos más.

Aún con ese pensamiento en mi cabeza, analizando qué película podríamos ver, empecé a caminar por los pasillos del negocio, buscando lo que tenía en mente. No me costó mucho encontrarlo y al hacerlo me aferre a él.

—Tiene que funcionar —dije en voz baja, abrazada al pequeño compañero de aventuras que había elegido.

Me dirigí a la caja con mi nueva adquisición entre las manos. Era un peluche de Cooky, un personaje de BT21 que me gustaba mucho. Nada tenía que ver con que fuera un personaje creado por Jeon Jungkook, mi mayor *crush* de la vida. Pura coincidencia, claro que sí.

Había pensado en ese peluche porque tenía un pequeño gancho cosido a él. Era ideal para llevarlo a todos lados agarrado de mi mochila. Como ya dije, pura coincidencia que lo hubiera creado Jungkook, lo había elegido por su practicidad, nada más…

Mientras esperaba a ser atendida, mi celular vibró en el bolsillo de mi pantalón. Al

tomarlo me enfrenté a la cara de Mara, que me llamaba insistentemente.

—¡Hola, Mara!

—Hola, ¿todo bien? ¿Tienes un segundo para que te consulte sobre algo? —la escuché extraña, con un tono de voz que no solía emplear.

Parecía que algo la inquietaba y eso me puso en alerta. Mara siempre estaba relajada y su espíritu alegre solía ser contagioso.

Estiré mi cuerpo para ver cuántas personas tenía delante. Siete individuos me separaban de la caja.

—Sí, tengo tiempo. ¿Pasó algo?

—Es Oli, me tiene un poco preocupada. Vengo notando que está actuando un poco extraño —me dijo con la voz cargada de preocupación.

—Explícame un poco más —le pedí.

—Es que últimamente noto que habla poco y, no importa qué ropa lleve o qué collar tenga puesto, siento su incomodidad todo el tiempo. Como si algo le molestara. Le pregunté, pero me dijo que no pasaba nada. ¿A ti te contó algo? Si te dijo que no me dijeras no es necesario que lo hagas, solo quiero saber si está bien…

—A mí no me dijo nada —admití—, pero si llego a saber algo te aviso. Gracias por preocuparte por Oli, me alegra saber que tiene a alguien que lo cuida.

—Claro que me preocupa, estoy enamorada de Oli… —dijo casi en un susurro, como si me estuviera compartiendo un gran secreto.

—Lo sé, se nota —le respondí.

Eso logró sacarle una pequeña risita. Con su amabilidad característica se despidió, asegurando que si ella sabía algo más también iba a avisarme.

No pude evitar repasar en mi mente los últimos días, todas las veces que vi a Oli observando sus collares tan atentamente con esa expresión de confusión que lograba desconcertarme. No quería sacar el tema directamente, trataría de evitar que sintiera que nos debía explicaciones, pero a partir de ese día me propuse estar más atenta a esas señales silenciosas que nos daba.

—¡Ey, la de pelo violeta! ¿No escuchas que estoy llamando al siguiente? —me gritó la cajera, con las mejillas rojas por el calor y los ojos cansados.

No la había escuchado en lo absoluto, perdida totalmente en mis pensamientos sobre Oli.

Se ve que toda esta gente no me desespera a mí sola, pensé mientras me dirigía hacia ella.

ooo

—Uno… dos… tres… —contaba Dani desde la otra parte del mundo, encerrada en la pequeña pantalla de mi celular, antes de darle *play* a la película.

Al instante empezó a reproducirse *The Good Dinosaur,* una peli de Pixar que a mí me encantaba, pero que había negado conocer cuando Dani me nombró la lista de películas que había seleccionado. Se notó, por como dijo su nombre, que esa la emocionaba particularmente y yo temía que, si le decía que ya la había visto, quisiera elegir otra.

Quería verla feliz, su sonrisa me llenaba el estómago de cosquillas y no quería perder la oportunidad de ver esa increíble expresión en su rostro.

Tengo que admitir que no vi ni treinta segundos seguidos de la película. Mi vista parecía incapaz de centrarse en mi computadora y se desviaba constantemente hacia la imagen de la chica que aparecía en mi celular. La vi reír, la vi preocupada, la vi llorar, y me pareció hermosa en cada instante. También tengo que decir que recibí varias miradas de reproche por no estar prestando atención a la película, pero no me quejo, eso también me permitió verla enojada. El enojo más falso y tierno del mundo.

Fue el San Valentín más sencillo de mi vida, pero el más significativo también. Dani estaba rompiendo todas mis barreras y yo ya no me resistía. La miraba derribar mis miedos y sonreía ante su esfuerzo, que daba frutos cada día.

En mi cabeza me la imaginaba con una masa en la mano, parada frente a una pared de ladrillos transparentes, golpeándolos con toda su fuerza. Al principio, cuando la conocí, me escondí bien lejos para que no me viera. Con el tiempo, la curiosidad pudo conmigo. El 14 de febrero entendí que yo estaba parada delante de ella, detrás de la pared, alentando para que siguiera golpeando y buscando con desesperación algo con que ayudarla desde mi lado del muro.

Me había cansado de esconderme de las cosas buenas.

Capítulo 40

Viernes 18 de febrero de 2022

Estaba saliendo de una clase que me había agotado por completo. Mi profesora no había dejado de hablar durante dos horas seguidas, hacía muchos días que no tenía una clase teórica tan larga y aburrida. Estaba a punto de ponerme mis auriculares cuando escuché que me llamaban desde adentro del aula.

—¡Lina! ¿Puedes venir un segundo? Tengo algo que mostrarte.

Volví a ese salón que había sido una pesadilla hasta hacía unos minutos. Dentro ya no quedaban estudiantes, todos habían corrido despavoridos cuando sonó el timbre, escapando a toda velocidad del palabrerío que nos había soltado la profesora. Para no romper la costumbre, al acercarme a su escritorio no me dejó decir nada antes de seguir hablando.

La profesora Mariana me había dado diferentes clases a lo largo de mis años en la Academia y siempre había sido igual, nunca la había visto en silencio por más de medio segundo. Tenía mucho conocimiento para dar y se notaba que amaba lo que hacía, pero me preocupaba en qué momento tomaba aire, era físicamente imposible que alguien hablara tanto y tan rápido. Por no hablar de que era extremadamente despistada y perdía el hilo de sus discursos cada dos palabras. Sus largos rizos, su actitud y su ropa me recordaban a la profesora de adivinación de Harry Potter.

—Mi hijo se mudó —comenzó a contarme, mientras levantaba una pesada caja del piso y la colocaba sobre el escritorio— y dejó en casa todos sus libros de arte. Me ofrecí a guardárselos, pero me dijo que los vendiera o regalara. Le dije que eran suyos, que no los desechara de esa forma, pero ni me escuchó… —Intenté reprimir una sonrisa al notar que se estaba desviando del tema—. Claramente no iba a hacerme caso, Pablo jamás me hace caso. No tengo idea de por qué, pero ese chico tiene un espíritu rebelde, no sé si me entiendes… El asunto es que ahora tengo todos estos libros y ... ¿te gustaría mirar si te interesa alguno? De ser así, te regalo el que te guste. Claro que no pienso cobrarte, si él no los quiere, prefiero que pasen a alguien que sí los aprecie.

Comencé a revisar la caja e inmediatamente encontré dos joyas. Un manual de cómo usar cámaras analógicas y manuales, era la guía perfecta para cualquier amante de la

fotografía. Debajo de ese encontré un libro de dibujo, que enseñaba desde anatomía básica para dibujantes hasta cómo empezar a pintar con acuarelas.

Misuk vino directo a mi cabeza al verlo, el talento de su madre parecía haber pasado a ella y yo quería alentarla a que siguiera experimentando con su arte. Ambos eran de tapa dura y se veían carísimos, como la mayoría de los libros enfocados en arte.

—¡Me llevo estos dos, profe! Muchas grac…

—Sabes que te vamos a extrañar mucho, ¿no? —me interrumpió en medio de mi agradecimiento, con la cabeza inclinada a un costado, como un cachorro curioso—. Todos los profesores, digo. Eres una gran alumna, siempre tan aplicada y dedicada, la Academia va a perder a una gran artista.

Mierda, mierda, mierda, ¿era necesario esto ahora?, pensé mientras se me cerraba la garganta.

—G-gracias, profe —dije intentando que pasara el aire a través de ese puño que apresaba mi garganta—. Yo también los voy a extrañar mucho, a todos. ¡Gracias por los libros, profe!

Intenté sonreírle antes de salir del aula.

—¡Si alguno de tus amigos quiere un libro dile que venga a verme! —gritó la profesora desde su silla.

Entré rápidamente a un aula vacía que tenía todas las luces apagadas. Corrí hasta la parte de atrás del salón, apoyé mi espalda en la pared y me deslicé por ella hasta tocar el piso con mi cuerpo. Dos filas de pupitres me envolvían, nadie podía verme desde afuera. Intenté respirar, hacer que desapareciera esa angustia.

Inhalé. Uno. Dos. Tres. Cuatro.

Exhalé. Uno. Dos. Tres. Cuatro.

Inhalé. Uno. Dos. Tres. Cuatro.

Exhalé. Uno. Dos. Tres. Cuatro.

No, hoy no, pensé decidida.

Mis auriculares pasaron de mi cuello a mis oídos. Desprendí a Cooky de mi mochila, que ya estaba bañado en el perfume de mi madre, y lo llevé directo a mi nariz. El olor de los jazmines lo inundó todo.

Seguí respirando.

Esperé cinco minutos antes de levantarme. El nudo seguía ahí, pero no iba a paralizarse. Todavía con los auriculares puestos y el pequeño peluche rosa en la mano, salí del aula y me enfrenté a la realidad, a los pocos días que me quedaban en ese lugar que amaba.

Capítulo 41

Domingo 20 de febrero de 2022

Estábamos empacando. La casa de los Lee empezaba a vaciarse. Sus utensilios, sus libros, sus discos y todas nuestras pertenencias fueron llenando una incontable cantidad de cajas. Fue un trabajo de varios días, lo que hizo que toda esa situación fuera más dura aún.

¿Cómo se mete toda una vida en cuatros paredes de cartón? ¿En qué parte de la valija se colocan los recuerdos? Y las risas… ¿Cómo se llevan en un viaje de casi veintidós horas sin que se pierdan ni se arruinen?

El que había sido mi cuarto por los últimos cinco años estaba hecho un caos. Miré a mi alrededor, a todos esos objetos que había sacado de su lugar para poner dentro de la siguiente caja.

Las cajas que había logrado llenar seguían abiertas, era incapaz de sellarlas con cinta y rotularlas con el marcador que me había dejado mi madre sobre la cama. Un marcador violeta, quiero destacar ese detalle. Estaba segura de que le había dejado uno azul a Hyunmin y uno rojo a Jisu. No necesitaba ir al cuarto de nuestra hermana pequeña para saber que el marcador que usaría Sabrina para señalar las cajas de Misuk era naranja. Siempre nos compraba cosas de nuestros colores favoritos.

Hablando de mis hermanos, pasaron horas antes de que me animara a ver cómo estaban ellos con toda esa situación. Me imaginaba a Misuk con una sonrisa inocente corriendo detrás de mi madre, quien estaría doblando su pequeña ropa para colocarla en la valija. Me imaginaba a Jisu con su mirada de piedra, incapaz de reconocer frente a otra persona, que no fuera yo, que la situación partía al medio su corazón. Y Hyunmin… no pude imaginarme cómo estaría mi hermano, mi mejor amigo desde los nueve años.

Una vez que me atreví a salir de mi propia guerra, para ir a ver las batallas vecinas, me odié profundamente por no hacerlo antes, por haberme encerrado una vez más en mi propio dolor y cegarme al ajeno. Lo que me encontré en la habitación de Hyunmin fue una escena desgarradora.

Estaba tirado en el piso, aferrado a un pequeño oso de peluche que su padre le había regalado antes de su primera mudanza. Se le notaban los años y la tierra, pero

Hyunmin lo abrazaba como si su vida dependiera de ello. El caos de su cuarto era reflejo del mío, cajas abiertas y pertenencias por doquier.

Lo más duro no fue eso.

Lo más duro fue escuchar su llanto, un llanto que había escuchado una única vez en mi vida, hacía cinco años atrás. Un llanto que salía de lo más profundo de su garganta, el llanto de alguien que estaba destrozado.

También fue duro ver a Jisu cerca de él, con la misma cara de desconcierto con la que había observado una escena similar años atrás. Mi hermana se acercó a mí, temblando.

—No sé qué hacer, lleva así diez minutos. Intenté hablarle, pero no me escucha … —admitió susurrando.

Me dolió y me alegró notar que estaba creciendo, que su enojo con la vida no evitaba que se preocupara por quienes amaba y que ya no era ajena al dolor que nos rodeaba.

—Anda, yo me encargo. Intenta que Misuk no venga para esta parte de la casa, escucharlo va a preocuparla y Hyunmin tiene derecho a llorar sus penas en paz —le indiqué en voz baja.

Asintió, con la mirada ida. No le permití salir de ese cuarto sin abrazarla, sin decirle al oído que la amaba con todo mi ser y que íbamos a estar bien.

Cuando me acerqué a Hyunmin lo hice con una angustia punzante en la garganta, pero sabiendo que tenía que estar para él.

Me senté en el piso, lo envolví con brazos y piernas, y él se acurrucó contra mi pecho como un niño pequeño, sin soltar ese objeto que lo remontaba a su niñez. Que le recordaba a un viaje que lo cambiaría todo. Un viaje en el que sus padres le tomaban la mano para enfrentar la incertidumbre. Pero las cosas habían cambiado y en el viaje que se aproximaba el debería ser el fuerte para alguien más.

—Me duele tanto, Li —dijo Hyunmin como pudo.

—Lo sé —respondí sin soltarlo.

—Los extraño con cada parte de mi ser. No sé cómo voy a dejar esta casa, ni cómo voy a subirme a ese avión sin ellos. Me da miedo enfrentar todos los problemas que vienen sin sus consejos y su compañía. Los necesito… —confesó sin parar de llorar.

—Lo vamos a enfrentar juntos, como siempre —afirmé mientras le acariciaba el pelo, como él había hecho incontables veces conmigo.

—Pero ellos…

—Ya lo sé, no están y duele. No te puedo prometer que deje de doler, pero vamos a atravesar ese dolor juntos hasta el otro lado, hasta que puedas volver a respirar. Juntos.

Lo estreché con más fuerza. Tenía mis ojos llenos de lágrimas, pero no iba a

desarmarme ahí. Empecé a respirar y le indiqué a Hyunmin que me copiara. Inhalamos y exhalamos, marqué ese ritmo de cuatro en cuatro en su espalda con mi mano, nuestra guía para salir de la oscuridad.

Ese día le tocó a mi hermano llenarme la remera de moco y lágrimas, como yo lo había hecho años atrás, cuando seguía siendo solo mi mejor amigo. Ya era mucho más que eso, era mi familia, la familia que yo había elegido. Si necesitaba llorar todo el día, ahí iba a estar para sostenerlo frente al precipicio, evitando que cayera en ese bucle de recuerdos y dolor.

Maldije por lo bajo cuando recordé que en mi pieza, que estaba junto a la de Hyunmin, seguía sonando mi pequeño parlante. Mi salvavidas ese día. Solo que en ese momento sonaba a todo volumen *All I Want* de Kodaline, que se estaba convirtiendo en un peso muerto sobre los hombros de mi hermano.

Excelente musicalización si esto fuese una película, pero no es el momento, pensé.

Estaba a punto de levantarme para apagarla, cuando se detuvo de golpe. Por la puerta se asomó Jisu, con una pequeña sonrisa, levantando el pulgar. Había vuelto a ver a su hermano y había pensado lo mismo que yo, que la música solo estaba empeorando las cosas y la apagó sin dudarlo.

Se fue tan rápido como llegó, pero el corazón se me ablandó al confirmar que, como familia, estábamos más unidos que nunca. Eso me dio la fuerza para tragarme las lágrimas que intentaban salir y abracé con más fuerza a mi hermano, mientras seguía llorando y viajando en el tiempo a esa tarde que nos cambió la vida en el peor de los sentidos.

Capítulo 42

Cinco años atrás

Era domingo y los Lee nos habían invitado a almorzar, algo que se había convertido en una tradición desde que tengo nueve años.

Ya frente a la casa, me entretuve mirando el cielo mientras Sabrina tocaba el timbre. Me quedé maravillada ante ese azul tan intenso, no había ninguna nube a la vista, no se animaban a contaminar tan perfecto color.

Me recorrió el cuerpo una necesidad abrumadora de retratar ese momento. Saqué mi cámara de la mochila, busqué el mejor ángulo, en el que saliera el hermoso árbol que decoraba la cuadra, pero asegurándome que ese azul fuera el protagonista de la imagen, y gatillé.

Estaba tan inmersa en ver cómo se iba relevando la foto, que nunca escuché cuando el señor Lee abrió la puerta. Solo me di cuenta cuando una risita llegó a mis oídos, no hizo falta que girara para saber qué estaba pasando. Recargado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados, el padre de mi mejor amigo me miraba sonriente.

—¿Cómo quedó? —preguntó señalando mi cámara con el mentón.

Me acerqué y le mostré la foto ya revelada por completo, para que la juzgará por sí mismo. Para mí, el señor Lee era el padre que nunca tuve. Me emocionó ver una sonrisa en su rostro, llena de orgullo, mientras miraba mi foto. Mi padre nunca hubiese reaccionado así a nada de lo que yo hiciera.

—Esta increíble, Lina. ¡Tienes talento! A Hana le va a encantar, vamos a mostrársela –me dijo con todo el cariño del mundo, mientras pasaba un brazo por mis hombros y nos dirigía hacia el interior de la casa

—Gracias, señor Lee —le respondí con una pequeña sonrisa.

Sus ojos se llenaron de reproche, pero sin decir nada se dirigió a la cocina para enseñarle la foto a su esposa.

Muchas veces me había pedido que lo llamara Dakho o tío, pero nunca me sentí cómoda haciéndolo. Había algo que me impedía llamarlo de esa forma, como si el simple hecho de encariñarme por completo con otra figura paterna significara que iban a volver a abandonarme.

Él lo entendía, pero no dejaba de notar en su mirada el deseo de ser esa pieza que

faltaba en mi vida y yo no sabía hacer otra cosa que poner un muro entre los dos. Lo quería como a un padre, era obvio, pero tenía miedo de que, si lo aceptaba en voz alta, el universo decidiera arrebatármelo a él también.

No tardó en aparecer Hyunmin y sacarme de mis pensamientos con un cálido abrazo. Sin decir nada, pero con una gran sonrisa en el rostro, me tomó de la mano y me llevó corriendo hacia el sillón, para sentarnos en nuestro lugar de siempre, uno al lado del otro, y contarme todo lo que había hecho el día anterior.

El almuerzo fue ameno, el tiempo volaba cuando estábamos todos juntos. Estábamos relajados, disfrutando de la tarde en familia, hasta que Hana gritó. Todos nos paramos de golpe, asustados y preocupados.

—C-creo que rompí bolsa —dijo tartamudeando un poco. Su rostro era una mezcla de alivio y terror.

Automáticamente, todos nos pusimos en marcha. Yo salí corriendo al cuarto de los Lee a buscar el bolso de la beba, con una pequeña Jisu que me seguía, todavía asustada por el grito de su madre. El señor Lee tomó a su esposa en brazos para llevarla al auto, con Hyunmin corriendo delante abriendo todas las puertas. Mi madre armó rápidamente una pequeña bolsa con comida y bebida para todos los niños, no sabíamos cuánto tiempo íbamos a estar fuera de casa.

En menos de cinco minutos estábamos yendo al hospital. Los Lee con Hyunmin en un auto, y Sabrina, Jisu y yo en el otro. La pequeña no quería separarse de mí, me pasé todo el camino abrazándola e intentando calmarla.

Todo salió perfecto, Misuk nació varias horas después de que llegamos al hospital, con un buen peso y completamente sana. Era la bebita más hermosa del universo, tenía unos cachetotes que exigían que los llenáramos de besos.

Nos quedamos ahí todo lo que pudimos, pero cuando cayó la noche el señor Lee le pidió a Sabrina que nos llevara a todos a su casa para descansar. Las siguientes cuarenta y ocho horas las pasamos de día en el hospital y de noche en casa de los Lee.

Antes de que nos diéramos cuenta, Hana y Misuk ya estaban listas para ir a casa. Era un día tan hermoso como el domingo que nació, sin una nube en el cielo, todo era azul. Estando en el estacionamiento, el señor Lee separó a mi madre a un costado y le dijo:

—¿Te molestaría llevar a los niños en tu auto? Incluida Misuk. Quiero darle un segundo de paz y silencio a Hana, está muy cansada y todavía no empezó la peor parte. Quizás dormir en el viaje le haga bien. —Tenía una sonrisa tímida en el rostro, seguramente por miedo a que su petición fuera demasiado grande.

—Claro, ¡no hay problema! —le respondió Sabrina, que era toda sonrisas, mientras

le daba una palmada en el hombro.

Siempre admiré mucho a mi madre, lista para ayudar en todo momento. No tenía idea de dónde sacaba tanta energía, pero era contagiosa.

En pocos minutos colocamos la silla de la beba en nuestro auto y estábamos listos para irnos. Era una foto hermosa, los tres hermanos Lee en el asiento trasero, Hyunmin en el medio, admirando con ojos de amor a sus dos hermanas que dormían. Sin que se dieran cuenta, retraté ese momento y puse un recordatorio en mi mente para darle esa foto a Hana.

Llegamos a la casa, Hyunmin cargaba a su hermanita y yo llevaba en mi espalda a Jisu.

En algún momento del viaje habíamos perdido el auto de los Lee, que iba detrás nuestro, pero sabiendo que querían un momento de paz no nos extrañó que se hubieran tomado su tiempo para llegar. Estábamos todos sentados en el sillón mirando la tele hacía más de treinta minutos, las niñas todavía dormían, cuando noté una expresión de preocupación en el rostro de mi madre. No dejaba de mirar su celular.

—Hyunmin, cariño, ¿por qué no llamas a tus padres para ver dónde están? Me parece raro que todavía no hayan llegado —lo dijo de la manera más casual posible, pero yo conocía a Sabrina, había miedo en su voz. Al parecer los Lee no le estaban contestando.

Mi amigo me dio a Misuk, que hasta ese momento dormía plácidamente en sus brazos, y fue a buscar su celular.

Llamó una, dos, tres veces, pero nadie contestó. Llamamos al hospital, para ver si habían vuelto en busca de algún objeto olvidado, pero no estaban allí. Hyunmin llamaba con desesperación a sus padres, pero era inútil, nadie atendía.

Era un día tan soleado, tan lleno de luz, que no esperábamos que la oscuridad pasaría a visitarnos a las cinco de la tarde.

Una sola llamada bastó para que nuestros corazones se nublaran de dolor, para que nuestro pequeño mundo se rompiera en mil pedazos. El policía intentaba explicarnos que los Lee habían tenido un accidente de tránsito, pero ninguno estaba escuchando con claridad.

¿Cómo podíamos estar sintiendo tantas cosas? Todo era muy ambiguo. Por un lado, la vida se nos venía abajo y por el otro, nos encontrábamos mirando el cielo azul, mientras sostenía una nueva vida en brazos, que dormía con toda la paz del mundo grabada en el rostro.

Ese día la vida nos pegó un cachetazo y nos dio una lección que no estábamos preparados para recibir. Entendimos por las malas que el tiempo siempre se nos queda corto cuando se trata de disfrutar a aquellos que amamos.

No sé cómo hice para no derrumbarme ese día, creo que ver a mi mejor amigo llorando en el piso a moco tendido, y a Jisu aferrada a mi madre con terror en los ojos, hizo que juntara las piezas de mi corazón para tenerlo entero unos días más, por ellos.

En algún momento Misuk empezó a llorar a los gritos, no sé si por el susto de escuchar a todos tan alterados o si su corazoncito, de alguna manera, entendió lo que estaba pasando.

Mientras intentábamos calmar a los tres hermanos, mi mamá y yo nos miramos, compartiendo en silencio nuestro propio dolor y fue ahí cuando me permití, solo por un microsegundo, tener un pensamiento un poco egoísta: el universo me había dejado sin padre una vez más.

Capítulo 43

Lunes 21 de febrero de 2022

—¿Y cómo siguió tu hermano después de ese episodio? —preguntó Brenda una vez que terminé de narrarle lo sucedido con Hyunmin la tarde anterior.

—Estuvimos unos minutos más sentados en el piso. Cuando se relajó lo suficiente le insistí para que se acostara en la cama. Iba a dejarlo solo, pero me pidió que me quedara con él. Lo abracé y al instante se quedó dormido. Al despertarse ya se sentía mejor. Volvimos a hablar sobre el tema en la noche y, aunque seguía triste, estaba más relajado.

—¿Cómo te sientes tú con toda la situación?

Cerré los ojos y suspiré pensando en mi respuesta. Brenda podía escucharme hablar por horas sobre mi familia, pero a fin de cuentas era mi psicóloga y siempre intentaba dirigir el foco de atención a cómo las situaciones me afectaban.

—Me angustió verlo así. Desde el accidente que no lo veía tan desolado —contesté, mirándome las manos. Manos que habían secado cada lágrima que rodaba por el rostro de mi hermano—. También fue duro volver a pensar todo lo que pasó ese día. En todo lo que perdimos. Pero también siento que…

Me callé de golpe. No sabía cómo poner en palabras ese sentimiento que venía experimentando desde el día anterior. Brenda me miró fijo y asintió levemente, motivándome en silencio a que siguiera hablando.

—Me siento contenta por lo que pasó ayer. No me mal entiendas, no me gustó ver a mi hermano de esa forma, pero me hizo sentir bien poder ayudarlo. Poder estar para él a pesar de mi propia tristeza. Eso demuestra mi progreso, pero siento que es un poco egoísta estar feliz en un momento así.

—Para nada. —Brenda cortó mi cadena de pensamientos con rapidez—. Estás viendo el panorama completo y eso está perfecto. Tu hermano se sentía mal y vos pudiste ayudarlo. Uno de esos hechos te entristece y el otro te alegra. Ninguna de las sensaciones que te provocó el día de ayer es menos válida que la otra. ¿Se entiende?

Validar mis emociones, en eso tenía que trabajar un poco más. Lo anoté mentalmente.

—También estoy feliz por la reacción de Jisu —confesé.

—Reaccionó de una manera muy adulta, es verdad —aseguró Brenda.

—Sí, pero no hablo solo de ayer. Siento que ya no está tan enojada con el mundo y con nosotros, ahora que sabe el motivo de la mudanza. Creo que entendió que ninguno quiere irse, pero que es nuestra obligación hacerlo. Nuestra responsabilidad. La noto más cerca de nosotros ahora, más empática y cariñosa.

—Está creciendo, quieres decir —dijo Brenda con una sonrisa que me hacía acordar a Sabrina.

—Sí, ya no es la pequeña Jisu…

Las dos sonreímos por unos segundos.

Después de tantos meses de sentarme en esa silla acolchonada que a mi mente le resultaba tan incómoda, al fin pude sentir que mis días con Brenda tenían fecha de caducidad. No sería para siempre. El túnel tenía una salida. Una salida que estaba oculta por la oscuridad que me envolvía, pero que al empezar a disiparse había quedado a simple vista. El final del túnel que me esperaba ahí, brillante, para cuando estuviera lista.

—¿Tienes algún objetivo que quieras cumplir antes de la mudanza? —preguntó Brenda cuando estaba por terminar la sesión.

—Seguir aprendiendo a convivir con mi ansiedad —aseguré, como si fuera lo más obvio del mundo.

—Eso ya lo sé —respondió Brenda, sonriendo ante mi sarcasmo—. ¿Algo que no esté relacionado con tu ansiedad?

Lo pensé. Se me vinieron un millar de cosas a la cabeza, pero una resaltaba tanto que la dije sin detenerme a considerar las demás.

—Me gustaría confesarle a Dani lo que siento por ella —dije y me sorprendí a mí misma por esa afirmación.

—¿Y qué te lo impide?

—El miedo. Me aterra pensar en hacerlo.

—¿Qué te da más miedo? ¿El rechazo o que sienta lo mismo?

—El amor me da miedo. No quiero ilusionarme y que me vuelvan a romper el corazón.

Otra confesión que nunca había hecho en voz alta.

—Te estás adelantando a los hechos, Lina, y ese es un rasgo que te proporciona tu ansiedad. ¿Y qué dijimos de adelantarnos a los hechos?

—Que me hace mal —respondí con voz monótona, repitiendo las palabras que Brenda solía decirme en nuestras primeras sesiones.

—¿Y por qué te hace mal?

—Porque me paraliza y me priva de vivir todas esas experiencias positivas que mi

mente intenta sabotear.

—Exacto —respondió Brenda, feliz de que recordara sus palabras—. Yo sé que te gusta leer, así que seguramente entiendas lo que voy a decir. ¿Si tuvieras en tus manos un libro con un misterio de lo más intrigante, pero antes de empezarlo alguien te dice el final, vas a estar igual de emocionada por leerlo? ¿Vas a sumergirte en sus páginas aun sabiendo quién es el asesino? Quizás esa persona te estaba mintiendo y esa no era la resolución verdadera, ¿pero tu intriga sería la misma?

No tenía ni idea a dónde quería llegar con eso, pero al verme negar ante sus preguntas continuó con su discurso.

—Adelantarte a los hechos es como saber el final de un libro, sin ninguna certeza de su veracidad. Te saca las ganas, la emoción, la intriga. Todo aquello que te impulsa a vivir una experiencia, queda machacado por esos pensamientos que no buscan nada más que encerrarte en tu ansiedad y paralizarse. Te priva de vivir, Lina, te saca la posibilidad de ver el verdadero final de la historia.

Brenda hizo una pequeña pausa y cerró su cuaderno, lo que interpreté como una señal de que la sesión había llegado a su fin.

Mi mano ya estaba a centímetros del picaporte de la puerta cuando mi psicóloga volvió a hablar.

—Te aseguro que el día que le tengas menos miedo a los finales vas a empezar a disfrutar todo lo que lleva a ellos —dijo Brenda desde su escritorio, sonriendo levemente mientras ordenaba sus pertenencias—. Te mereces enamorarte, Lina. Tienes derecho a amar y experimentar la dicha de ser amada, sin importar cómo vaya a concluir esa historia.

Capítulo 44

Miércoles 23 de febrero de 2022

Le di vueltas a las palabras de Brenda durante dos días. Sopesando las ventajas y desventajas de animarme a vivir sin miedo esos desenlaces invisibles que me presentaba mi ansiedad. Durante mi análisis intenté validar mi miedo, sabía de dónde venía y desestimarlo no iba a ayudarme.

Mi historia con mi padre terminó en un suicidio.

Mi historia con mi expareja terminó en violencia.

Mi historia con los Lee terminó en un accidente.

Mi historia con mis amigos terminaría en tristeza y lejanía.

Los finales no eran lo mío, eso quedaba claro. Sin embargo, ese miércoles de febrero decidí terminar con esa racha de finales desafortunados. Sentada en una plaza que quedaba a unas cuadras de la Academia, le escribí a Dani el mensaje más largo que alguna vez envíe. Tardé alrededor de quince minutos en redactar mis sentimientos y otros veinte en animarme a mandarlo.

Aún hoy lo recuerdo de memoria.

> Me gustas, no se me ocurrió otra forma de empezar este mensaje. Y se me queda corto a veces, no voy a mentirte. Aún nos falta vocabulario para explicar ciertas cosas, como los sentimientos que despiertas en mí con una simple sonrisa.
> Me aterra lo que me haces sentir. Estaba bastante cómoda en mi soledad cuando llegaste y ahora solo puedo pensar en todas las cosas que quiero que hagamos juntas cuando los kilómetros dejen de separarnos. Me encantaría conocerte, descubrir todo lo que te enorgullece de ti misma y las partes de tu historia que te entristecen. Anhelo pasar horas viéndote bailar, disfrutando de tu arte. Que me enseñes esos platos típicos que te saben a infancia. Que me cuentes detalles tontos como tu color favorito y otros importantes como qué te hace llorar de noche. Quiero conocerte, Dani, saberlo

todo. Y te juro que no sé un carajo sobre amor, pero creo que este puede ser el principio de una historia hermosa.

Fue un mensaje lleno de confesiones, de miedos. Puse el corazón sobre la mesa y lo único que esperaba era que Dani no eligiera cortarlo en pedacitos. Me hubiese gustado expresarme mejor, tomarme el tiempo necesario para describir cómo se me aceleraba el corazón cada vez que un mensaje suyo aparecía en mi pantalla. Intenté elegir las palabras correctas, rogué que Dani sintiera la sinceridad en ellas, pero me sabía a poco el mensaje.

Al parecer, ella no lo percibió de la misma forma que yo. Su respuesta no fue nada parecido a lo que esperaba. Me respondió con la misma dulzura, con miedos y anhelos parecidos a los míos. Me prometió muchas citas y que respondería cada pregunta que quisiera hacerle. Me aseguró que el mensaje le había encantado y cuando le confesé mis pensamientos sobre el mismo, respondió de una maneta tan simple y hermosa que logró robarme el aliento.

No todo sentimiento se puede llevar a las palabras. Esas cosas se demuestran, con detalles, con gestos. Y te aseguro que todo lo que me dijiste hoy ya lo sabía, porque siento ese cariño en cada “buenos días” que me envías, lo puedo escuchar en tu voz cuando me llamas. Si puedo notarlo a tantos kilómetros de distancia, creo que el corazón me va a explotar de ternura cuando estés aquí. Ya quiero ver todas las sorpresas que tienes preparadas para mí, Lin.

Leí el mensaje unas siete veces antes de responderle. Tenía razón, coincidía con ella en cuanto a los detalles, a los gestos, y no podía esperar a estar cerca de ella para sorprenderla en cada oportunidad que tuviera.

Ese día nos prometimos intentarlo. No podíamos jurarnos amor eterno, teníamos que conocernos mucho aún, pero la atracción que sentíamos por la otra era innegable y nos merecíamos intentar ver hacia dónde nos llevaba esa historia. Yo seguía aterrada por la simple idea de enamorarme, mi relación pasada perseguía mis sueños futuros, pero mis sentimientos por Dani eran más fuertes.

Volví caminando a la Academia, escuchando *Sweet Night* de V, sabiendo que nadie

ni nada podría sacarme esa sonrisa tonta del rostro, ni apagar el ataque de cosquillas que sentía en el corazón.

Por primera vez, desde el día que Sabrina nos comunicó la fecha oficial de la mudanza, sentí verdaderas ganas de subirme a ese avión. Quizás no fuera tan malo después de todo.




Capítulo 45

Jueves 24 de febrero de 2022

Esa mañana me había despertado con el cuerpo relajado, con la mente serena y el corazón en paz. Me preparé rápido para empezar mi día y salí del departamento sabiendo que aún faltaba una hora para mi primera clase de la mañana, pero tenía un objetivo. Quería disfrutar mi camino hacia el aula, impregnarme de los olores de la Academia, memorizar sus colores, maravillarme una vez más con el arte que decoraba sus paredes.

Recorrí todos los pasillos a los que el tiempo me permitió llegar y saqué todas las fotos instantáneas que pude. No quería olvidarme ningún detalle y, si algún día lo hacía, quería tener algo que me devolviera a ese lugar. Había decidido vivir esos días a un ritmo más relajado, disfrutar cada segundo. Ya no quería correr escapando de lo inevitable.

Estaba ya a un par de aulas de la mía, cuando choqué con el director. Me disculpé, pero no me percaté de quién era hasta que escuché su voz detrás de mí, cuando yo ya me estaba alejando.

Rápidamente me volteé e intenté llamar su atención.

—¡Señor director! —llamé mientras corría para alcanzarlo.

Al llegar a él, no pudo evitar reír ante mi agitación. Unas pequeñas líneas le aparecieron al lado de sus ojos y su barba llena de cabellos blancos se despejó para dejar a la vista esa sonrisa familiar que alegraba siempre los pasillos de la Academia.

—Hola, Lina, ¿necesitas algo? —preguntó curioso por mi actitud.

—Quería saber… si podría dedicarme… unos minutos para hablar… —logré decir mientras intentaba respirar. No lograba recuperarme de ese pequeño trote desesperado.

Estoy muy fuera de forma, pensé sosteniendo uno de mis costados.

El director colocó una mano sobre mi hombro, aún sonriendo.

—Claro que sí. Siempre tengo tiempo para mis alumnos —contestó y me guio hacia su despacho.

Tenía entre manos una última sorpresa para mis amigos y solo él podía ayudarme.

ooo

La charla con el director se había extendido más de lo esperado y estaba agotada. Definitivamente necesitaba un café antes de ingresar a mi siguiente clase. A punto de llegar a la cafetería, sentí que alguien tiraba de mi brazo y empezaba a llevarme en dirección contraria al paraíso de la cafeína. Estaba a punto de quejarme, cuando me di cuenta de que era Adrián, que no me dejó decir nada antes de aclarar, muy serio:

—Hay una emergencia en el depa.

—¿Qué clase de emergencia? —pregunte un poco asustada.

—Ahora te explico —me respondió mientras parábamos delante del ascensor, que tardó algunos minutos en llegar.

Una vez adentro, seguros de que nadie escuchaba, volvió a hablar, mientras se pasaba las manos por el pelo.

—Oli está encerrado en el baño llorando y se niega a dejarnos entrar para ver si está bien —me explicó.

Adrián no solía dejarse llevar por emociones negativas en momentos como ese, era más de pensar soluciones, buscar las respuestas necesarias a cada conflicto. Al parecer, esa vez pensaba que yo era la respuesta.

No quise preguntar nada más. Era muy raro que Oli llorara, siempre estaba alegre y, si estaba triste, buscaba la manera para cambiar su ánimo. Nunca se encerraba a llorar. Nunca. Algo serio estaba pasando.

Llegamos a nuestro piso y mientras Adrián abría la puerta, me tomé un segundo para respirar hondo. No podía entrar con cara de preocupación al departamento, tenía que estar bien para Oli. Sin embargo, las caras que nos recibieron estaban llenas de miedo y tristeza. En la mesa estaban sentados Hyunmin y Ulises. Elías estaba parado con los brazos cruzados, apoyado en el marco de la puerta de su cuarto. No mostraba ninguna expresión, pero el hecho de que estuviera ahí ya era una pequeña muestra de cariño y preocupación. Adrián, después de cerrar la puerta con llave, se dejó caer en el sillón.

Me dirigí directamente al baño, donde me encontré a Marcos sentado en el piso, con la espalda apoyada en la puerta.

—¿Hace cuánto tiempo está ahí? —le pregunté mientras me agachaba para verlo a los ojos.

—No sé… entre treinta minutos y una hora, creo. Quizás más. —Se lo veía muy angustiado, casi podía notar en su voz que tenía la garganta cerrada. Levantó su vista hacia mí—. Intentamos entrar, pero nos gritó que quería estar solo. Me preocupa mucho porque nunca lo escuché llorar de esa manera.

Mientras me levantaba, le tendí una mano a Marcos, que la tomó y se levantó con la misma gracia de siempre. Le di un rápido beso en la mejilla, para calmarlo, y me dirigí a la puerta.

—¿Oli, estás ahí?

—Sí… — se escuchó del otro lado, entre hipidos provocados por el llanto.

—¿Puedo entrar? —le pregunté.

Como respuesta, recibí un largo silencio. Esperé unos minutos antes de intentarlo de nuevo.

—Quiero saber si estás bien, no voy a presionarte para hablar si no quieres, solo necesito verte.

El silencio fue la respuesta una vez más, pero lo acompañó el sonido de Oli destrabando la puerta y volviendo a donde estaba rápidamente.

Miré a mis amigos, intenté transmitirles que todo iba a estar bien, pero no parecieron entender mi mensaje. Decidí centrarme en Oli y después calmar a los demás, una vez que viera si estaba bien.

Al entrar al baño, noté que Oli estaba en una esquina, en el piso, con sus piernas pegadas al pecho, mientras se abrazaba. Levantó levemente la cabeza cuando cerré la puerta, dejando a la vista que tenía todo el pelo pegado a la frente y los ojos hinchados de tanto llorar.

No dijo nada mientras yo tomaba una toalla y la humedecía. Me arrodillé frente a él y le limpié la cara, acomodando su precioso pelo verde hacia atrás. Como ya le había dicho, no iba a presionarlo, pero tampoco quería que estuviera solo. Cuando terminé, me senté frente a él con las piernas cruzadas y esperé.

Habían pasado varios minutos cuando Oli habló, sin dejar de mirarse las manos.

—Hace varios días que me levanto en la mañana y no sé qué collar ponerme. En realidad, sí sé… y me da miedo lo que eso pueda significar —confesó, hablando muy bajito, seguramente porque no quería que escucharan los demás.

—Pero hoy te pusiste el de *him* —le dije confundida.

Oli asintió, todavía mirándose las manos.

—Hoy me siento así. Últimamente me siento así, como si el otro ya no me representara de la misma manera. No sé cómo explicarlo, Lina. —La frustración le empapaba el rostro cuando me miró—. Antes tenía días o semanas en los que me percibía como mujer o como hombre, pero en el último tiempo me sentí incómodo cuando usaba el collar de *her* y se referían a mí con pronombres femeninos. Jamás me había sentido incómodo con mis pronombres y estoy confundido. Ni siquiera sé si tiene sentido lo que estoy diciendo…

—¿Tú te sientes así? —le pregunté tranquilamente.

—Sí…

—Entonces tiene sentido —en la mirada de Oli pude percibir su confusión. Me acerqué un poquito más a él y le tendí mis dos manos, Oli las tomó unos segundos después, nervioso—. Todo lo que sientas es válido, aunque no le encuentres sentido de vez en cuando. Sé que todo esto es nuevo para ti, ya estabas tranquilo con cómo te identificabas, pero no hay nada de malo en que te empieces a sentir de otra manera —mientras hablaba, las lágrimas volvieron a correr por el rostro de Oli—. Quiero que seas sincero conmigo… ¿Qué es lo que más te preocupa? ¿Estar sintiéndote así o lo que vayan a pensar los demás de este cambio?

Bingo. Por como Oli rompió en llanto, me di cuenta de que había dado en el clavo.

Él podía adaptarse a una nueva manera de percibirse, aunque le llevara un tiempo, aunque todavía no se entendiera, pero le preocupaba qué podían pensar los demás. Seguramente, su mayor preocupación eran sus padres. Aunque no descartaba que le diera miedo saber qué pensaríamos nosotros.

Su llanto no paraba, así que lo envolví con mis brazos. Estaba un poco tenso al principio, pero rápidamente me devolvió el abrazo, sin intenciones de soltarme. No habían pasado ni dos minutos, cuando Oli me hizo una pregunta, todavía aferrado a mí.

—¿Tú crees que a Mara le moleste esto? —le tembló la voz al hablar.

—¿Por qué le molestaría? —le pregunté acariciándole el pelo.

—Ella me conoció de una forma, se enamoró de mis dos versiones. ¿Y si Olivia le gusta más que Oli? No quiero perderla… —confesó aún entre mis brazos. Estaba a punto de contestarle cuando volvió a hablar —. También me asusta cómo puedan reaccionar nuestros amigos. No dejo de pedirles que hagan cambios, que entiendan cómo me siento. Les llevó un tiempo adaptarse a mirar qué collar tenía puesto y a no decirme Olivia cuando me sentía como Oli. No sé, siento que les estoy pidiendo demasiado.

Lo solté, necesitaba mirarlo a los ojos para responderle, quería que viera que no le estaba mintiendo, que intentaba ser lo más sincera posible.

—Oli, ninguno de los chicos va a enojarse o molestarse por que les pidas eso. No digo que no vaya a costarnos tiempo acostumbrarnos, pero eso no significa que no te comprendamos y amemos, ¿entiendes? —Oli, sin apartar la mirada de la mía, asintió. Parecía un cachorro chiquito y mojado—. Y Mara está perdidamente enamorada de ti, te lo aseguro. No vas a perderla por confesarle cómo te sentís con tu identidad.

Iba a dejarlo ahí, pero algo tiró dentro de mi corazón y me empujó a decir lo que creía que Oli necesitaba escuchar en voz alta.

—Sé que tus papás te hicieron tener miedo a ser quien eres, pero nosotros jamás vamos a juzgarte, no te preocupes por eso.

Oli seguía asintiendo y las lágrimas corrían con total libertad por su rostro. Me levanté a buscar papel y mientras le secaba las mejillas, le dije, con una tierna sonrisa:

—Están todos preocupados, ¿por qué no salimos y les explicas esto? Vas a ver que se van a mostrar muy comprensivos y se te va a pasar al instante toda la angustia.

—Está bien, ¿pero podemos quedarnos un poco más? Quiero relajarme un poco antes de salir.

—¡Obvio! ¿Quieres que te hable de la clase que tuve ayer? Así te distraes un poquito —le pregunté.

Rápidamente asintió y se acomodó para escuchar sobre las nuevas herramientas que había aprendido en Photoshop para retocar fotografías. Me hacía preguntas y opinaba sobre lo que le contaba, signo de que su mente empezaba a despejarse.

—Suena como una clase interesante—dijo Oli completamente intrigado. Debió notar que ya se había acabado el relato, porque sin previo aviso se levantó—. Ahora sí, vamos —me dijo mientras se miraba en el espejo e intentaba arreglar un poco su pelo.

No hace falta que diga que la reacción de nuestros amigos fue más que positiva. Para este punto, ustedes conocen a mis amigos tanto como yo.

Todos entendíamos, lo habíamos dialogado muchas veces, que encontrarse y entenderse a uno mismo puede ser difícil. Venimos a este mundo de una manera que nosotros no elegimos, y aunque muchos están conformes con eso, hay un montón de otras personas que no. Para ellas, el camino de autodescubrimiento puede ser sencillo o de largos años, es normal encontrarse y desencontrarse varias veces en el proceso. Oli pasó por muchas etapas, lo que no significa que para los demás sea igual. Cada camino es único y válido, mis amigos lo tenían más que claro.

Tal como lo predije, Oli comenzó a calmarse al notar que todos lo apoyaban y se interesaban sinceramente por lo que le pasaba. Elías, para sorpresa de todos, se sentó junto a su amigo y le dio la mano mientras lo escuchaba. Marcos se levantó a buscarle un vaso de agua a Oli y al dárselo no resistió el impulso de besarle la frente. Hyunmin se paró detrás de nuestro amigo y posó una mano sobre su hombro, una señal de apoyo silencioso. Y yo, para dejarle a Oli un recuerdo especial de ese momento, fui a buscar la cámara que descansaba sobre mi cama y tomé ese instante. No esperé a que se revelara, quería volver a la mesa y escuchar a Oli hablar sobre esta nueva etapa que se avecinaba en su vida, pero me tomé un segundo para escribir en el borde de la foto con un marcador: *he/him.*

Dejé el recuerdo sobre la cama de mi amigo y volví al comedor.

Capítulo 46

Sábado 26 de febrero de 2022

Estábamos desparramados por todo el departamento, cada rincón ocupado por uno de nosotros. Habíamos decidido dedicar esa tarde a ponernos al día con las tareas y los trabajos que debíamos entregar la próxima semana.

—No entiendo nada —dijo de golpe Ulises, sin despegar su mirada confundida del libro que sostenía, completamente frustrado.

—¿Para qué clase es? —pregunté intrigada.

—Es para el curso intensivo de Historia del Arte…

Hyunmin y yo nos miramos, divertidos.

Historia del Arte era una materia anual que estaba incluida en los planes de estudio de todas las carreras de la Academia y era de público conocimiento que todo el mundo la odiaba. Después de recibir muchas quejas sobre esa materia, el director había decidido poner un curso intensivo dentro de las clases de verano, se les daría por aprobada la materia anual a quienes lo pasaran. El problema era que aprobar ese curso intensivo era casi imposible.

El año pasado, Hyunmin, Oli, Elías y yo decidimos rendirla juntos. Era la única clase que podía cursarse con alumnos de otras carreras, ya que solo había una profesora que lo daba. Durante nuestras sesiones de estudio, Ulises siempre se burlaba de lo frustrados, confundidos y aburridos que nos veíamos. Al parecer, era su turno de sufrirlo, junto a Marcos y Adrián que también se habían anotado para rendirla de una buena vez.

—Marcos, ¿tú ya leíste el libro de esta semana? —preguntó Ulises.

—Sí, y ya entregué el cuestionario —respondió Marcos sin apartar la vista de su computadora, consciente de lo que iba a venir.

A Ulises se le iluminaron los ojos.

—¿Me ayudarí…

—No —lo cortó Marcos antes de que pudiera terminar la frase.

Ulises comenzó su show. Se agarró el pecho con ambas manos y su rostro comenzó a reflejar una terrible, y falsa, tristeza.

—¿No vas a ayudar a tu pobre amigo?

—No.

—Marcos, ayúdalo, no te cuesta nada —interrumpió Adrián mientras se recostaba levemente en su silla—. A mí me prestaste el cuestionario para que lo copiara.

La cara de Ulises pasó de la gratitud absoluta, por la intervención de Adrián, a reflejar un dolor terrible. El dolor de la traición.

Exagerando todos sus gestos, se volteó nuevamente hacia Marcos, indignado.

—¿A él se lo prestaste y a mí no?

—Él es mi novio —respondió Marcos.

—¡Y yo soy tu amigo! Además de ser el mejor amigo de tu noviecito desde que teníamos cuatro años —atacó Ulises sumamente ofendido.

Adrián, desde la mesa, inclinó levemente la cabeza como para decir *touch*é.

—Y yo te hago toda la tarea desde los trece años, pero vos nunca me ayudaste ni en una materia — contraatacó Marcos.

Ahora fue Hyunmin quien inclinó la cabeza, apoyando ese último comentario.

Ulises no supo cómo volver a atacar, así que simplemente tomó el libro e intentó concentrarse, no sin antes dedicarle una mirada asesina a Marcos, quien respondió sacándole la lengua.

Pasaron menos de treinta segundos cuando Ulises se levantó de su lugar en el piso y fue a sentarse junto a Marcos en el sillón.

—Ayúdame, por favor, no entiendo nada…

Marcos optó por ignorarlo y Ulises, que no se daba por vencido fácilmente, comenzó a tirar de la manga de su remera y a repetir sin pausa de por medio:

—Porfavor, porfavor, porfavor, porfavor, porfavor, porfavor, porfavor, porfavor, porfavor, porfavor, porfavor, porfavor, porfavor, porfavor, porfavor, porfavor, porfavor, porfavor, porfavor…

Eso nos sacó una carcajada a todos. En medio de esa explosión de risas nos encontró Oli al abrir la puerta del departamento, con su mano aferrada a la de Mara.

—¡Salió todo bien! —afirmó con los ojos cargados de felicidad.

—No entiendo cómo se le ocurrió que podía dejarlo por eso —dijo Mara, dirigiendo una mirada de reproche a su novio.

Oli sonrió en respuesta. Sus miedos se habían quedado sin fundamentos.

Para variar, decidimos pasar esa noche de sábado en el departamento. Hyunmin hizo la cena, con la ayuda de una intrigada Mara que estaba fascinada con las recetas del señor Lee.

Oli invitó a Rebeca a sumarse al plan. Lo cual logró cambiar por completo el estado de ánimo del malhumorado Ulises, que salió corriendo hacia su cuarto para cambiarse y perfumarse.

Fue una noche tranquila, llena de risas y un ambiente distendido, pero existieron varios momentos que no se borraran jamás de mi mente. Como la confesión de Oli hacia Rebeca sobre su identidad y cómo ella le recomendó profesionales, médicos y psicólogos, que podrían acompañarlo en la transición. Tampoco me voy a olvidar cómo las mejillas de Ulises se convirtieron en dos tomates cuando Rebeca lo invitó a una cita, la primera de muchas presentía yo. Quedará por siempre grabado en mi memoria el momento en el que Elías, sin decir una palabra, se animó a salir de su cuarto y se sumó a la mesa, con una pequeña sonrisa.

Extrañaría eso, los momentos cotidianos e inolvidables que vivía con ellos día a día. Por la mirada perdida que tenía mi hermano pude notar que él también extrañaría todo eso. Tomé su mano por debajo de la mesa y le di un pequeño apretón. Respondió a mi gesto de la misma manera, la única señal que daría frente a nuestros amigos de que compartía mi sentir.

Ambos forzamos una sonrisa, empujamos el nudo de angustia bien lejos y disfrutamos de una noche más con las personas que amábamos.

Capítulo 47

Domingo 27 de febrero de 2022

—¿Puedo preguntar cómo empezaron a vivir juntos? —dijo Rebeca, curiosa.

Nos tensamos, todos al mismo tiempo. Hasta Elías reaccionó ante esas palabras. Nos paralizamos, cada uno en la posición que estaba, con cajas en las manos o guardando con cuidado alguna pertenencia delicada.

Les había pedido a todos que fueran a ayudarnos esa tarde, teníamos mucho que empacar y creía que, al estar nuestros amigos en casa, Hyunmin no se angustiaría tanto por toda la situación. Sin embargo, la pregunta de Rebeca puso sobre la mesa un tema que podía abrir la herida en el corazón de mi hermano, en el corazón de todos nosotros, y no era el mejor día para eso.

Estaba a punto de contestarle con una evasiva, cuando escuché a mi hermano soltar un suspiro. Cerró los ojos durante unos cortos segundos y al abrirlos sonrió levemente, instalando sus defensas para enfrentarse a la conversación. Para encarar la realidad, para decir en voz alta todo lo que por años intentamos no nombrar.

—Sabrina tomó esa decisión a partir de una de las cláusulas en el testamento de mis padres.

Los ojos de Rebeca se abrieron de par en par. No se esperaba esa respuesta, eso era obvio.

Hyunmin continuó hablando, mientras doblaba la ropa que no entraba en su valija para ponerla dentro de la caja que tenía a su costado.

—El testamento era bastante corto y conciso, no decía mucho. Empezaba diciendo que todas sus pertenencias les correspondían a sus hijos, que no querían que nada quedara en manos de sus hermanos o padres. Y después dejaron escritas tres peticiones —hizo una breve pausa antes de seguir, como si necesitara recordar las palabras exactas, pero yo bien sabía que se las acordaba de memoria—. Su primera petición fue que sigamos con el negocio familiar, que no descuidáramos aquello que a mi padre le había llevado años construir. Después pedían que, ante cualquier cosa que pasara, Sabrina fuera quien se quedara a cargo de nosotros, confiaban plenamente en que ella nos cuidaría como si fuésemos sus propios hijos. Y la tercera…

A Hyunmin se le cortó la voz, no pudo seguir. Hasta ahí había llegado su fuerza.

—Y la tercera fue que, si algo les pasaba, querían que sus hijos siguieran viviendo la vida por la que ellos tanto habían luchado. Que su estilo de vida no cambiara, que siguieran en esta casa que habían construido con amor y esfuerzo. Que Misuk corriera por esos lugares donde Jisu había crecido, que Hyunmin pudiera cocinar en el mismo lugar donde su padre hacía magia, que los tres pudieran seguir visitando el estudio donde Hana guardaba todas sus pinturas. Así que cuando Sabrina se hizo cargo de los tres, no dudamos ni un segundo en mudarnos a esta casa —terminé yo.

Hyunmin asintió, con la mirada perdida en la caja que tenía su ropa. Rebeca seguía con la misma cara de sorpresa y confusión. No fue difícil notar que necesitaba más contexto para entender todo el relato de mi hermano.

—Cuando la mamá de Hyunmin se enteró de que estaba embarazada de Misuk, escribieron ese testamento e hicieron que mi madre firmara un acuerdo en el que aseguraba que ella cumpliría sus peticiones si algún día fuera necesario. Para ellos mi madre y yo éramos parte de la familia, pero al no compartir sangre tenían que asegurarse legalmente que no fueran a separarnos —expliqué—. Los Lee no querían que sus hijos fueran criados por sus abuelos, desconocidos para ellos. Querían que crecieran rodeados de amor.

Esperaba una avalancha de preguntas por parte de Rebeca, pero mis amigos tenían otros planes. Desviaron la conversación hacia un lugar más brillante.

—Extraño las comidas que hacía el señor Lee, era imposible irse de esta casa sin sentir que te explotaba la panza de placer —dijo Ulises mientras cerraba los ojos y se tocaba el estómago.

—Yo extraño hablar con Hana de arte, me ayudó mucho en mis primeros años en la Academia — comentó Oli.

—Hana era muy hermosa y talentosa, me inspiraba mucho —agregó Marcos.

—¿Recuerdan cuando nos escapamos de la escuela todos juntos y vinimos a pasar la tarde aquí? — recordó Adrián.

—Sabíamos que los Lee no iban a regañarnos —dijo Elías con una tímida sonrisa.

—Todo lo contrario, Hana hizo galletas para que comiéramos mientras mirábamos una película — dije.

—Y mi papá nos hizo el almuerzo —comentó Hyunmin.

Entre anécdotas cambió el aire. La tensión se esfumó, dando lugar a las risas. Los ojos de Rebeca recuperaron su tamaño original y comenzó a disfrutar de la conversación, curiosa por esa nueva parte que comenzaba a conocer de nuestra vida. Hacía años que no hablábamos abiertamente de los Lee, nuestros amigos sabían que era un tema sensible para nosotros, pero al parecer ellos también los habían extrañado mucho.

Mientras Oli contaba sobre aquella vez que se pasó todo el día pintando con Hana en su estudio, desvié mi vista y la centré en mi hermano.

Estaba maravillado, disfrutando de todas esas historias, conociendo a sus padres a través de la mirada de otros. Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero sonreía. Los Lee habían amado a cada persona que había entrado en su casa y ese amor aún perduraba en los corazones de nuestros amigos.

Me sentí aliviada al notar que, aunque estuviéramos vaciando la casa, aun cuando al final del día no quedara casi nada en las salas, seguiría llena de cosas más importantes.

Llena de amor, de recuerdos, de bondad. Saqué mi cámara de la mochila e hice lo que mejor sabía hacer, congelar recuerdos. Sin embargo, esa foto no se iría conmigo. Esa foto quedaría sobre la chimenea de esa casa, sería lo único que dejaríamos. Un recordatorio de que el paso de los Lee por esa ciudad dejó marcas hermosas en los corazones de todos nosotros y que ningún accidente, ni el paso del tiempo, podrían borrar eso.

Capítulo 48

Lunes 28 de febrero de 2022

—¿Cómo te sientes hoy? —preguntó Brenda.

—Abrumada —respondí, siendo lo más sincera posible.

Junto a Brenda aprendí a identificar mis emociones correctamente, dejar de asumir que todo era ansiedad o tristeza cuando existen un millar de emociones más.

Ese día, en mi última sesión de terapia, quise que cada palabra que saliera de mi boca estuviera empapada de sinceridad.

Aprovechamos mis últimos minutos en ese consultorio para hacer un resumen de todo lo que había pasado desde mi primera sesión. Mi negación hacia el tratamiento al principio. Mis ausencias esporádicas. Cómo comencé a abrirme al tratamiento y a notar que empezaba a respirar mejor. Cómo llegó la mudanza para hacerme retroceder veinte casilleros. La forma en que hallé herramientas nuevas, distintas a las que conocía, para levantarme una vez más.

—Todo es mérito tuyo. Es increíble el progreso que hiciste —me dijo mi psicóloga—. Sin embargo, tengo algo para proponerte. ¿Qué te parece si, durante los primeros meses de adaptación en Corea, tenemos dos sesiones virtuales al mes? Quizás cuando comiences a sentirte más cómoda en tu nuevo entorno podamos hacerlas solo una vez al mes, hasta que te sientas lista para dejar ir este espacio.

Asentí, completamente aliviada por la propuesta de Brenda. Había entrado al consultorio con esa idea en mente, pero no había encontrado la manera para preguntarle si era posible que la lleváramos a cabo. Me sentía mejor, era una realidad, pero no me creía capaz de enfrentarme a todo lo que se venía sin su ayuda. No aún.

El resto de la sesión transcurrió entre planes de cómo llevaríamos a cabo dichas sesiones, cuánto durarían y en qué horario las haríamos. A Brenda no pareció importarle la diferencia de doce horas que nos iba a separar, ella no pensaba dejar a la deriva a una paciente que la necesitaba. Me emocionaba su profesionalismo, su vocación. Estaba agradecida por la mano que me tendió en la oscuridad y por enseñarme a levantarme por mi propia cuenta si volvía a caerme.

Al despedirnos la abracé con todas mis fuerzas. Sabía que eso rompía un poco el código paciente-profesional, pero no me importó en ese momento. Era la última vez

que iba a verla en persona y quería que entendiera que le estaba eternamente agradecida por todo. A ella tampoco pareció importarle ese código implícito y me devolvió el abrazo con la misma emoción.

Al soltarla, miré ese pequeño consultorio con un nudo en la garganta. Si alguien me hubiese dicho un tiempo atrás que extrañaría ese lugar le hubiera dicho que era imposible, pero en ese momento, a punto de abandonarlo para siempre, me pareció que necesitaba unos segundos más en su interior.

Iba a cruzar el umbral de la puerta cuando algo se me vino a la cabeza, algo que no podía dejar para otro momento.

—En nuestras primeras sesiones me dijiste que el contacto físico era muy importante para mí, pero jamás me explicaste por qué —dije, mirando fijamente a Brenda, quien sonrió ante mi memoria y curiosidad.

—Lamentablemente a muchos niños nos toca crecer sin que se nos dé el amor que merecemos, me incluyo en eso —se permitió confesar Brenda, sensibilizada por la despedida—. En mi caso, mi lenguaje del amor son las palabras y fue lo que más me faltó durante mi crecimiento. Tengo que admitir que me afectó más de lo que podía entender, hasta que empecé la carrera de Psicología y comencé a comprender muchas cosas de mi vida, de mi comportamiento. Hoy valoro las palabras por sobre todas las cosas. Creo que a vos te pasa algo similar, pero con el contacto físico —concluyó.

No hicieron falta más palabras para que entendiera.

Mientras volvía a casa pensé en mi padre, que jamás se había acercado a mí para otra cosa que no fuera gritarme o manipularme. Pensé en mis amigos del orfanato, tan carentes de amor que la palabra “abrazo” no significaba nada para ellos. Pensé en Sabrina y me pregunté si ella había llegado a la misma conclusión que mi psicóloga después de tantos años de vivir conmigo. Pensé en mis amigos y entendí por qué me sentía tan amada, tan segura, en cada abrazo grupal. Y pensé en Elías, quien seguramente tuviera un lenguaje del amor que nunca habíamos identificado.

Con ese último pensamiento en la cabeza tomé mi celular, creé un chat grupal paralelo al que solíamos usar con mis amigos y rogué que mi idea funcionara.

Capítulo 49

Martes 1 de marzo de 2022

—¡Sorpresa! —gritamos todos al unísono.

Elías, ante los alaridos que lo recibieron, quedó petrificado en la puerta del departamento. Desde mi lugar no pude descifrar su mirada, no supe si quería ahorcarnos o si no estaba pudiendo manejar la felicidad que le generaba nuestra sorpresa.

Cada primero de marzo, el día de su cumpleaños, Elías insistía en que no era necesario que festejáramos, porque para él ese era un día igual a cualquier otro.

Jamás me hizo ruido su afirmación, pero esa vez, mientras la fecha se acercaba, no podía parar de pensar si realmente eso era lo que sentía o si había algo más detrás de sus palabras. Quizás no se sentía merecedor de semejante festejo o no quería ponernos en gasto, la verdad no la sé, jamás me la dijo. Lo que sí sé es que no quería irme de la ciudad sin que Elías recordara cuánto lo queríamos, lo importante que era para nosotros.

Así que ese primero de marzo fue distinto.

Ahora que lo pienso, muchos factores pudieron haber dejado a Elías clavado a la puerta, más allá de nuestros gritos. Quizás fue la mesa llena de comida que Hyunmin había preparado por horas. Tal vez fueron los globos, que habíamos inflado a pulmón con Oli. A lo mejor fue la pila de regalos que llenaba el sillón, envueltos y decorados por Adrián. Por ahí fue el *glitter* en los rostros de todos, obra de Marcos, o los gorros que decoraban nuestras cabezas, elegidos por Misuk cuando se enteró que haríamos una pequeña fiesta. Quizás fue la suma de todo eso.

¿Había sido demasiado? ¿Nos habíamos excedido?

Estaba a punto de hablarle cuando empezó a moverse muy lentamente. Miró el sillón, tocó los globos, dejó que Marcos le pintara el rostro y se sentó en la mesa, donde permitió que una lágrima rebelde escapara de su ojo derecho.

—Gracias… —dijo.

Lo dijo bajito, como si tuviera miedo de qué pudiera pasar si lo decía en voz alta. Su voz estaba tomada por la emoción, la angustia, la sorpresa. Fue el gracias más íntimo y sincero.

Los seis integrantes restantes del grupo nos miramos, preguntándonos con la mirada cómo actuar, pero al ver a Elías estirar un brazo para agarrar algo de comer, decidimos seguirle la corriente.

Almorzamos entre conversaciones sobre todo y nada.

Ulises nos contó que estaba muy feliz con su trabajo en el gimnasio y que el entrenamiento físico lo ayudaba un montón a bajar el estrés, tal como Adrián había dicho.

Siguiendo la misma temática que Ulises, les hablé de trabajo. Me habían llamado de la pasantía laboral que había hecho en Corea y querían hablar conmigo cuando estuviera allí para discutir la posibilidad de un puesto de trabajo en su estudio.

Oli nos explicó más a detalle cómo fue su charla con Mara. No pude evitar envolver su mano con la mía mientras lo escuchaba. Cuando nos contó palabra por palabra la respuesta de su novia se le llenaron sus ojitos de mil estrellas fugaces. Estrellas que hablaban de amor, de alivio, de planes a futuro. Futuro que mi amigo creía perdido cuando lloraba dentro del baño unos días atrás.

Hyunmin habló sobre cómo nuestras hermanas estaban afrontando la mudanza. Señaló la inocencia de Misuk y cómo creía que detrás de esa sonrisa luminosa a ella también le dolía la situación, aunque quizás no entendiera bien por qué. Admiró en voz alta la nueva actitud de Jisu, de cómo su cercanía estaba siendo un mimo al corazón para todos. También habló de Sabrina, para mi sorpresa, y de cuán agradecido estaba con ella por mantener a la familia unida.

Mientras todos conversaban, mi vista volvió una y otra vez a Elías, a sus ojos. Cada pocos minutos sus mejillas volvían a mojarse por culpa de esas lágrimas rebeldes. Si no lo hubiera mirado con tanto detenimiento no lo hubiera notado. No hubiera visto sus rápidos intentos para limpiarse el rostro, ni sus cejas fruncidas cuando no podía contener sus emociones. Su postura era tan relajada, pero en su corazón había una batalla compleja. Sin embargo, no dijo nada hasta que la mesa quedó limpia, hasta que todos los regalos estuvieron abiertos. Cuando Ulises y Adrián se disponían a llenar el departamento de música, Elías habló.

—Empecé terapia —dijo, sin mirar a nadie en particular, con la vista clavada en la guitarra de Ulises.

No dijo nada después de eso y ninguno de mis amigos se atrevió a comentar algo al respecto, pero yo quería saber más.

—¿Cuándo? —pregunté.

—Hace dos semanas —respondió—. Quiere conocerme un poco más para darme un diagnóstico, pero me adelantó que, teniendo en cuenta lo poco que nos hemos visto, ella intuye que tengo depresión. Creo que ya todos lo intuíamos —dijo con una sonrisa

amarga que me partió el alma—. Igualmente me explicó que le gustaría conocer la opinión de otro profesional antes de cerrar el diagnóstico, así que me derivó a un psiquiatra para que nos dé su opinión. En cuanto tenga el diagnóstico final se los voy a contar, pero ese es el panorama que estamos analizando de momento.

—¿Quieres hablar más sobre el tema o solo necesitabas que supiéramos eso? —preguntó Hyunmin con cautela. Él sabía cómo había reaccionado Elías en la última conversación sobre la terapia e intentó ser cauteloso.

—Yo… no quiero hablar sobre la terapia en sí —dijo Elías.

—¿Sobre qué te gustaría hablar con nosotros? —preguntó Oli.

—Sobre los últimos meses. Mi psicóloga insistió en que hablar con ustedes sobre lo que me está pasando va a ayudar mucho.

Respiró hondo. Estiró el cuello, como si la tensión se le hubiera concentrado en esa zona. Una vez que se sintió más relajado, o por lo menos se lo veía más distendido, empezó a hablar. Con una voz muy bajita al principio, subiendo el volumen a medida que iba ganando confianza.

—Me partió al medio la noticia de la mudanza —dijo, evitando mirarnos a mi hermano y a mí—. Saben que soy muy introvertido, hacer amigos jamás fue mi fuerte, hasta que los encontré. Ustedes me recibieron con los brazos abiertos, sin intentar cambiar nada de mí. Aceptaron rápidamente que me gustaba más verlos jugar a la *play* que jugar yo mismo. Entendieron que mis silencios no son malos, que simplemente soy de pocas palabras. Me conocen y me quieren así, y siempre me dio miedo perder eso. —Tomó un pequeño trago del vaso de agua que tenía al lado. Estaba ganando tiempo, era obvio que hablar sobre sus miedos lo ponía incómodo—. Cuando dijeron que se iban a ir, sentí que era el final de esta familia. Que primero se iban a ir Lina y Hyunmin, y alguno más los seguiría, y de a poco íbamos a separarnos. Todos sabemos que funcionamos a la perfección juntos y pensé que al faltar dos de nosotros… pensé que…

No pudo seguir, no encontraba las palabras para explicar ese sentimiento, pero todos lo habíamos entendido.

—¿Por qué te alejaste si te daba miedo perdernos? —preguntó Marcos claramente angustiado.

A veces me olvidaba que Marcos conoció a Elías y a Oli a la misma edad que yo había conocido a Hyunmin. En ese momento entendí que el enojo que le despertaba la actitud de Elías en verdad era dolor. Extrañaba a su amigo.

—Pensé que, si me alejaba antes, no iba a dolerme tanto cuando pasara —confesó Elías.

Esta vez, cuando las lágrimas empezaron a revelarse contra su compostura, no intentó ocultarlas.

Marcos se levantó de su asiento y se lanzó sobre Elías, que estaba sentado en el sillón. Se abrazaron de una forma que no puede explicarse, solo sentirse. Se abrazaron y entre sus brazos envolvieron el dolor, el enojo, los miedos.

—Si vuelves a alejarte de esa forma te mato, ¡¿entendiste?! —le dijo Marcos, entre lágrimas. Daba señales de que no pensaba soltarlo por un rato largo.

—Perdón… —dijo Elías, cuando vio a Oli sumarse al abrazo.

—Ni se te ocurra disculparte por cómo lidias con tus sentimientos —dije intentando sonar lo más parecido a Brenda posible—, pero estamos contigo, no te olvides nunca de eso. La distancia no puede arruinar algo tan fuerte como esto.

—Yo iba a decir que coincidía con Marcos, pero lo que dijo Lina es mucho más maduro —dijo Oli entre pequeñas risas.

—Básicamente lo que quiere decir Oli es: te quiero, no pidas perdón, pero si lo haces otra vez te mato —resumió Adrián.

—Exacto, no podría haberlo explicado mejor —coincidió Oli.

En respuesta, Adrián le tiró un beso y Oli, desde el sillón, fingió atraparlo. Eso logró sacarle una pequeña carcajada a Elías. Un hermoso sonido que mis oídos habían olvidado por completo. Al final, mi idea no había estado tan mal después de todo.

Capítulo 50

Miércoles 2 de marzo de 2022

—Tengo tres cosas que contarles —dije mientras almorzaba con mis amigos—. Dos de esas cosas son sorpresas para ustedes y la otra es algo que les estuve ocultando durante las últimas semanas...

—¿Al fin vas a decirnos con quién te estás mensajeando? —preguntó Marcos con la cara manchada de la salsa picante que Hyunmin les puso a los fideos.

—¿Lina está hablando con alguien? —preguntó Ulises, confundido, con la boca llena.

No iba a perder nunca esa costumbre.

—¡¿Qué?! ¿Cómo sabes que me estoy mensajeando con alguien?

—No estaba cien por ciento seguro, pero acabas de confirmarlo —dijo Marcos guiñándome un ojo.

Sacudí mi cabeza, intentando poner mis ideas en orden nuevamente. Tomé mi mochila y saqué la pequeña caja de terciopelo verde oscuro que guardaba en ella.

—Después volvemos a ese tema —dije apuntando a Marcos—, pero ahora tengo algo para Oli.

Oli, desconcertado, tomó la cajita que le ofrecía. La abrió y la cerró rápidamente antes de ponerse a dar pequeños aplausos. No tardó mucho en volver a abrir la caja y colocar mi regalo alrededor de su cuello. Era una pequeña medalla que decía *he/him*. Una nueva etapa merecía un nuevo collar.

Esperé en silencio el momento en el que notara que también estaba escrito del otro lado. Cuando se percató de ese detalle entendió que ese no era un simple collar, era un recordatorio para que nunca olvidara cuánto valía.

“Mereces lo que sueñas” era lo que decía del otro lado. Frase que mi madre me repetía desde pequeña y que muchas veces les había dedicado a mis amigos. Oli, feliz con su regalo, se paseó por el departamento para que todos pudieran ver su nueva adquisición.

—Es hermoso —le aseguró Hyunmin antes de mirarme con una pequeña sonrisa.

Nos miramos fijamente durante algunos segundos. Sabía lo que estaba haciendo, lo había entendido sin que se lo explicara. Nuestra comunicación silenciosa se vio interrumpida cuando Oli volvió a mi lado.

—Gracias, me encanta —me dijo antes de abrazarme y añadir—, ahora quiero que nos cuentes sobre esa persona con la que Marcos dice que estás hablando.

Marcos, orgulloso de haber implantado el caos, me sonrió con malicia.

—Me alegra que te haya gustado —le respondí a Oli—. Lo otro que quería contarles…

—¿Con quién estás saliendo? —preguntó Adrián de golpe.

—¿Es una chica o un chico? —añadió Marcos.

—¿Desde cuándo están hablando? —pregunto Oli.

—¿Dónde se conocieron? —agregó Elías.

Ignoré por completo el interrogatorio y seguí hablando.

—El otro día tuve una charla con el director…

—¡¿Estás saliendo con el director?! —preguntó Ulises, ganándose un pequeño golpe en la cabeza por parte de Marcos.

—¿Cómo va a estar saliendo con el director, estás loco? —Marcos giró hacia mí y en un murmullo añadió—. ¿Qué tiene que ver el director con todo esto?

—Si me dejan terminar de hablar les prometo que después voy a responder todas sus preguntas —dije lo más cortante que pude. Estoy segura de que no me salió muy bien, porque toda la situación me divertía muchísimo.

Mis amigos se callaron de golpe. *Chismosos,* pensé, aguantando la risa. Intenté mantener la compostura, porque lo que iba a contarles era algo importante.

—El otro día tuve una charla con el director y le hice una petición especial. Quería saber si había posibilidad de que Mara y Rebeca se sumaran a la convivencia en el departamento después de que nos fuéramos.

El silencio me confirmó que no esperaba ese giro en la conversación.

—No quiero que sientan que nos están reemplazando —agregué—, solo me pareció una buena idea. La decisión final la tienen ustedes y tendrían que hablarlo con ellas para saber si están de acuerdo, pero el director me aseguró que se podría hacer sin problema.

Tras otro pequeño silencio, Adrián fue el primero en hablar.

—Quiero saber qué opinas tú de todo esto —le dijo a mi hermano.

—Creo que es una gran idea —respondió Hyunmin—. De esa manera estarían todos juntos, Mara podría pasar más tiempo con Oli y estoy seguro de que a Rebeca le haría bien el cambio, necesita un grupo de amigos que la apoye.

—Pero ustedes… —empezó a decir Elías.

—Nosotros nos vamos a ir, es una realidad. Que ellas se muden al departamento no va a hacer que duela más o menos —dijo Hyunmin—. A mí me dejaría más tranquilo saber que van a estar todos unidos, que nadie se va a quedar solo.

Asentí en respuesta, para que supieran que estaba de acuerdo con mi hermano. Esa era la principal razón por la que había hablado con el director, quería que mis amigos estuvieran unidos. Quería que pudieran apoyarse entre ellos, tenerse cerca para ayudarse en los días malos.

—Una pregunta… ¿si las chicas se mudan al departamento, como vamos a dividir las habitaciones? —dijo Ulises.

—¡Yo quiero dormir en la misma habitación que Mara! —gritó Oli parándose de su asiento.

—¡Yo quiero dormir en la misma habitación que Adrián! —dijo Marcos imitando a Oli.

—No, no, no, yo no pienso dormir en la misma habitación que los noviecitos —reprochó Elías, señalando a Adrián y a Marcos.

—Envidioso —le respondió Marcos sacándole la lengua.

—No es envidia, valoro mucho mis horas de sueño y ustedes hacen demasiado ruido de noche…

—Tiene razón —dijo Adrián antes de tirar del brazo de su novio para tenerlo más cerca y poder besarlo.

—¿¡Ven!? Hasta para darse besos hacen ruido —dijo Elías indignado.

—Tengo una idea —soltó Hyunmin intentando calmarlos—. En la habitación de cuatro camas pueden dormir Oli, Mara, Rebeca y Elías. En la de tres, duermen Ulises, Marcos y Adrián.

—¿Por qué tengo que dormir yo con los ruidosos? —se quejó Ulises.

La discusión sobre las habitaciones se extendió por otros quince minutos más. Como no llegaban a un acuerdo, Hyunmin les propuso que lo hablaran con Mara y Rebeca, y así se dio por cerrado el tema. Me alegraba ver que a mis amigos les emocionaba que las chicas se sumarán a la convivencia, solo faltaba que ellas estuvieran de acuerdo, pero algo me decía que iban a aceptar sin pensárselo dos veces.

Pensé que me había liberado del interrogatorio, pero segundos antes de irnos a nuestras clases Marcos se acordó y volvió a someterme a sus preguntas. Esa vez no pude negarme a responder. Mis amigos habían soltado sus mochilas y me observaban expectantes.

—Se llama Dani —dije—, es mexicana, pero está viviendo en Corea en este momento. La conocí mientras filmaba sus clases…

Y así empecé a contarles cómo había aparecido en mi vida esa chica que comenzaba a apoderarse de mi corazón.




Capítulo 51

Viernes 4 de marzo de 2022

Ver el atardecer desde el patio de la Academia me generaba una paz inexplicable.

Al terminar mis clases de ese día, las últimas antes de la mudanza, empecé a sentir que el aire no llegaba a mis pulmones como debía. Recorrí por última vez esos pasillos llenos de colores, fotografié una vez más el arte plasmado en sus paredes y antes de darme cuenta había llegado al patio. Mis pies me llevaron hacia allí como si supieran que ese lugar podía aportarme un poco de la tranquilidad que me faltaba.

Apoyé mi espalda contra el mural que habíamos pintado con mis amigos. Flexioné las piernas contra mi pecho y las abracé. Con mis auriculares puestos y la mochila junto a mí, me dediqué a mirar el sol esconderse en su guarida. Observé cómo el cielo se llenaba de esa tonalidad anaranjada que me serenaba mientras los últimos rayos de luz, que iluminaban el patio, empezaban a esfumarse.

Vi a los alumnos a mi alrededor que estudiaban, leían o merendaban con amigos. No podía faltar el grupo de bailarines que practicaban esas complicadas coreografías que lograban sacarlos de quicio, pero, de alguna forma, ese espacio hacía que la frustración se convirtiera en risas.

Me quedé ahí hasta que fui capaz de respirar con normalidad. No quise medir ese tiempo en segundos, minutos u horas. Decidí escuchar a mi mente y a mi cuerpo, no me moví hasta que la ansiedad que sentía bajo la piel fue un susurro lejano. Y, aun así, sintiendo que esa emoción ya no me controlaba, quise quedarme ahí un rato más. Observado, reteniendo.

Esa era la imagen que quería llevarme de la Academia. Sus colores, sus alumnos apasionados, la alegría del ambiente. Cuando estuviera lejos no pensaría en profesores malvados o en las clases aburridas, pensaría en momentos como ese. Momentos simples, pero hermosos. Momentos donde lo único importante era respirar y mirar el final del día.

A partir de ese día, cada vez que viera un atardecer, no importa en qué parte del mundo estuviera, inevitablemente terminaría teletransportándome a ese lugar. A mi lugar en el mundo. Solo esperaba que esos tonos anaranjados que tanto me fascinaban me dieran la paz y la alegría que sentía en ese momento, aunque

estuvieran proyectándose sobre una ciudad muy distinta a la que estaba acostumbrada a observar.

Capítulo 52

Sábado 5 de marzo de 2022

Nos habían hecho una fiesta de despedida. Nuestros amigos habían preparado un festejo especial para despedirnos. Hasta había regalos.

Al entrar a nuestro departamento, nos entregaron una caja a mí y otra a mi hermano. Según ellos, teníamos que abrirlas antes de empezar a disfrutar de la fiesta.

Al abrir la mía tuve que respirar hondo para no largarme a llorar ahí mismo. Lo primero que vi fue un libro, de parte de Adrián. Era de una de mis autoras de romance favoritas y, por la nota que dejaba sobre él, le había comprado uno igual a Hyunmin para que siguiéramos con nuestro pequeño club de lectura. De parte de Marcos había maquillaje, *glitter* y tintura violeta para mi pelo. Ulises me había comprado todas mis golosinas favoritas. Mara había enmarcado una foto mía con mis amigos en un diminuto llavero, para que la llevará siempre conmigo. El regalo de Rebeca no era tangible, pero su intención valió más que todo el dinero que hubiera gastado en un regalo. Había investigado sobre cursos de guion que podía hacer *online*, sabía que me había quedado con ganas de disfrutar esa clase. Elías, por su parte, me había conseguido unos auriculares nuevos, de color lavanda. Él entendía la importancia de ese objeto que me traía tanta tranquilidad. Y por último…

—Oli, yo no me puedo quedar esto —le dije sorprendida.

—Sí que puedes —respondió con una sonrisa—, es para ti.

Con manos temblorosas saqué el pequeño cuaderno amarillo de la caja. En su primera página mi amigo me lo había dedicado y en su interior estaba plasmado su arte. Una hoja para cada persona importante en mi vida. Había dibujos de mis amigos, de mis profesores favoritos, de Sabrina, de mis hermanos y hasta de los señores Lee. Al ver la sonrisa de Hana no pude evitar abrazar ese pequeño cuaderno y largarme a llorar. Oli no solo me estaba regalando unos dibujos, me estaba regalando su esfuerzo, sus horas, su visión del mundo. Mi mundo.

Mi amigo no tardó mucho en llegar a mi lado y abrazarme. Apoyé mi cabeza en su hombro y observé cómo mi hermano, con un sentimiento muy parecido al mío grabado en la cara, abrazaba a Elías con todas sus fuerzas. No iba a preguntarle qué le habían dado nuestros amigos, pero se notaba que habían logrado emocionarlo tanto como a

mí.

Las lágrimas se pusieron en pausa después de un sonoro aplauso.

—Basta de llanto, vamos a divertirnos —dijo Marcos antes de darle *play* a la música.

La pequeña pista de baile improvisada hizo aparición frente a mí por última vez. Mientras nuestros amigos organizaban la sala, con Hyunmin nos dirigimos rápidamente a la cocina. También habíamos planeado algo para ellos. Pocos minutos después nuestro departamento estaba lleno de una mezcla de aromas exquisitos. Yo no podía irme sin prepararles a mis amigos una última tanda de papas fritas y Hyunmin no podía irse sin cocinar una vez más la receta de ramen picante de su padre.

Bailamos y comimos toda la tarde. La música estaba sonando sin parar, pero las carcajadas de mis amigos fueron mi canción favorita ese día.

Salté por todos lados abrazada de Marcos. Adrián me hizo girar en sus brazos como una princesa. Con Oli cantamos a los gritos una vez más, ya no importaba si nos despertábamos sin voz al día siguiente. Mara y Rebeca lograron convencer a Elías de sumarse a la pista de baile y yo disfruté ver cómo lo tomaban de las manos y lo hacían girar. Verlo riendo tan fuerte que se agarraba la panza, haciendo nuevas amigas, fue mágico. Estaba sanando, lento, pero había empezado ese proceso y a mí me emocionaba verlo empezar ese camino.

Nadie habló de la mudanza, era tema vedado por ese día. Llegada la noche, aparecieron Misuk, Jisu y Sabrina en el departamento. Al parecer, mis amigos las habían invitado sin avisarnos. Le dieron una pequeña caja de regalos a cada una y cenamos todos juntos.

La última cena con toda mi familia unida. La mesa nos quedaba un poco chica para la cantidad de gente que éramos, no era tan espaciosa como la que había en la casa de los Lee, pero nos la apañamos para ponernos cómodos. Algunos en la mesa, otros en el sillón y muchos en el piso. Así, estando todos juntos, nos despedimos en forma de risas, abrazos, regalos, gestos. Encontramos nuestra propia forma de despedirnos y creo que no podría haber sido más hermoso.

Capítulo 53

Domingo 6 de marzo de 2022

Adiós. ¿Cómo una palabra tan corta puede contener tantos sentimientos?

Ese día, para nosotros, *adiós* significó tristeza y dolor por todo lo que dejábamos atrás. *Adiós* también ocultaba todo lo que no queríamos decir en voz alta. *Adiós* fue sinónimo de ansiedad e incertidumbre. De miedo por un futuro que no estaba escrito y que amenazaba con sorprendernos de maneras inimaginables.

Sin embargo, al levantarnos esa mañana, sonreímos ante la esperanza de que nos esperan cosas mejores, porque *adiós* también significaba un nuevo comienzo. Tendríamos que trabajar mucho, pero lograríamos salir adelante. El sol saldría después de la tormenta, aunque le llevara años hacerlo.

Nos despedimos de nuestros amigos en el departamento. Insistieron en ir al aeropuerto, pero nosotros resultamos más tercos que ellos y ganamos la batalla. No queríamos que nos vieran entrar por esa puerta hacia la incertidumbre y se quedaran parados en medio del aeropuerto con la tristeza apretándoles la garganta.

Fue una despedida rápida, en silencio. Ya nos habíamos dicho todo. No había palabras adecuadas para pronunciar en esos momentos. No íbamos a fingir que no dolía. Las mentiras no tenían lugar dentro del *adiós.*

Me desarmé en cuanto entré en el ascensor. A Hyunmin le llegó su turno cuando cerró la puerta de la casa de los Lee, encerrando en su interior años y años de vivencias. Jisu estalló cuando arrancó el auto y la mudanza empezó a sentirse más real, más cercana. Sabrina mantuvo la compostura, consolando a cada uno de sus hijos adoptivos, pero pude ver cómo caían algunas lágrimas silenciosas por su mejilla cuando pasábamos por la puerta del hospital donde había nacido Misuk. Nuestra hermanita no lloró, pero no encontraba la fuerza para sonreír, con cinco años podía entender a la perfección que sus hermanos no estábamos bien, que la mudanza que a ella la emocionaba a nosotros nos destrozaba lentamente.

Llegando al aeropuerto me puse mis auriculares y dejé que la melodía de *Woodland* de The Paper Kites bailara en mis oídos para relajarme. Sin esos fieles amigos que abrazaban mis orejas no hubiera sobrevivido a ese día. Quise guardar el celu en mi campera cuando entró un mensaje de Dani.

¿Ya estás en el aeropuerto?

Le respondí con una foto mía señalando los aviones que se veían por los grandes ventanales que tenía a mi espalda.

¿Cómo te sientes?

No sé qué siento exactamente. Estoy sintiendo demasiado

Entendible, Li. Si quieres hablar aquí estoy.

Lo que me gustaba de Dani era que no intentaba endulzar mis problemas. Ella era una guerrera y no le asustaba tomar mi mano en la tormenta.

Distraída entre los mensajes y la música, no me percaté que mi hermano había parado en seco hasta que choqué con su espalda. Estaba a punto de reprocharle, mientras me sostenía la nariz que palpitaba de dolor, cuando vi su cara. La mandíbula se había desprendido por completo de su precioso rostro y colgaba hasta el piso. Seguí el curso de su mirada y mi mandíbula copió el accionar de la suya.

Nuestros amigos estaban parados en el medio del aeropuerto con pancartas de colores y globos.

Oli sostenía un cartel que decía “gracias por ser la familia que necesitábamos”.

El de Marcos era un corazón que en su interior decía “WE LOVE YOU”. Estaba decorado con glitter. No podía ser de otra manera.

El cartel de Adrián, más simple y sobrio, decía que nos iban a extrañar.

El de Ulises, pegado al de Adrián, decía que iba a extrañar que le cocináramos. Típico de Ulises intentar romper la tensión del momento con un chiste.

Rebeca y Mara sostenían una caja que en su tapa decía “para que nos lleven con ustedes”. Más tarde nos dijeron que contenía cartas de nuestros amigos para abrir en momentos importantes, además de muchas fotos del grupo.

Elías sostenía los globos, no había cartel de su parte, pero su sonrisa y su presencia

fueron el regalo más hermoso de todos.

Nos acercamos a paso apresurado hasta ellos y al llegar nos recibió la voz de Marcos, con su familiar tono sarcástico.

—¿En serio pensaban que no íbamos a venir?

—Claramente hacernos caso no era una opción viable para ustedes —respondió mi hermano, divertido.

—Marcos no le hace caso a nadie —dijo Adrián.

—A ti sí te hago caso —le dijo Marcos a su novio, con una sonrisa coqueta.

—Ugh, demasiada información —se quejó Oli soltando el cartel para taparse los oídos.

Nos fue imposible aguantar la risa. Nos ganamos varias miradas molestas de las personas que pasaban a nuestro lado, lo que nos hizo reír con más fuerza. En cuestión de segundos todos los carteles terminaron en el piso junto al de Oli y nos abrazamos como si no nos hubiéramos visto en años. Nos abrazamos sabiendo que ese era el último abrazo en muchos meses. Nos abrazamos porque decirnos que nos queríamos era muy poco.

Nuestros amigos se quedaron con nosotros hasta que tuvimos que ingresar en la zona de embarque. Misuk se entretuvo persiguiendo a Adrián y Marcos. Ulises y Oli se mantuvieron pegados a mi madre. Aunque nunca lo confesaron, siempre creí que mi madre era para ellos dos lo mismo que el señor Lee era para mí. Jisu, para mi sorpresa, mantuvo una charla apasionante sobre música con Mara y Rebeca. Yo miraba la escena, intentando retener cada detalle, con Hyunmin sentado a mi derecha y Elías a mi izquierda. Las cabezas de ambos se apoyaban en mis hombros.

La tristeza que había en mi disminuyó un poco mientras observaba a mi familia. La risa de Misuk al ser atrapada por Adrián fue la música más relajante de todas. Las caricias que mi madre le hacía a mis amigos en el pelo eran casi tangibles para mí, al igual que la paz en el rostro de ellos. La sonrisa de Jisu, mientras hablaba de algo que la fascinaba, era tan luminosa como la recordaba, no había oscuridad que pudiera opacarla. Y yo me sentí agradecida, por las personas que me rodeaban. Por esas que dejaba atrás y por las que se subirían conmigo a ese avión. Había sido muy afortunada de encontrarlas.

—Tenías razón —murmuró de golpe Elías sacándome de mis pensamientos.

Volvió a hablar cuando mis ojos se posaron en los suyos.

—La distancia no puede arruinar algo tan fuerte como esto —y señaló la escena que yo había estado observando.

Al momento de partir, de despedirnos por última vez, le pedí a mi madre que nos tomara una foto con mi cámara. Me abracé a esa foto mientras saludaba a mis amigos

desde esa puerta que me alejaría kilómetros de ellos.

Miré por última vez el collar de Oli. Los mil tatuajes de Adrián. Las cicatrices en el rostro de Ulises. La sonrisa traviesa de Marcos. El pelo revuelto de Elías. Las dos trenzas de Mara. El rubor en las mejillas de Rebeca. Miré todos los detalles que los caracterizaban, los que me sabía de memoria y a los que me había acostumbrado después de tantos años. Les sonreí una última vez y les di la espalda.

Inmediatamente Hyunmin pasó uno de sus brazos por mi hombro, atrayéndome hacia él. No me animé a voltear a verlos, no quería ver la tristeza en sus ojos, tan similar a la que sentía en los míos. Preferí irme recordando sus sonrisas. Recordado todos esos momentos especiales que había vivido con ellos y deseando tener la oportunidad de poder vivir muchos más en el futuro, si la vida me lo permitía.

Así, aferrándome a nuestra última foto y al abrazo de mi hermano, di mis últimos pasos en la ciudad.

Epílogo

Estoy en el avión rumbo a Corea del Sur. Todavía faltan dos horas para que lleguemos. Durante todo el viaje, me dediqué a escribir, mi historia, la nuestra.

En las primeras horas del vuelo, observé a Sabrina con mis dos hermanas, mirando una película, riendo, felices, llenas de luz, y un pensamiento se encendió en mi mente: no quiero verlas sufrir como lo hice yo.

Sé que no puedo evitar que la vida las lastime, es demasiado impredecible para controlar cuántas heridas puede hacernos, pero quiero darles algo que yo no tuve por mucho tiempo, algo que encontré demasiado tarde. Esperanza.

Cuando mi papá me abandonó, cuando fui al orfanato, cuando murieron los Lee, cuando empezaron a aparecer mis ataques de ansiedad, en todos esos momentos la esperanza no era una fiel compañera. Por mucho tiempo creí que nada iba a mejorar, que cada día iba a ser peor, pero desde el momento en que Hyunmin me convenció para que empezara terapia, una pequeña lucecita empezó a parpadear dentro de mí. No quiero que mis hermanas lleguen a estar empapadas de esa asfixiante oscuridad para empezar a conocer la esperanza, así que me puse a escribir.

Tengo que admitir que nunca había escrito tanto, pero la simple idea de sacar algo bueno de tanto sufrimiento me impulsó a hacerlo sin parar. Cuando sea el momento, no sé cuándo exactamente, les voy a dar estas páginas para que las lean y espero que no se queden con todo el dolor que me persiguió durante años, sino con la esperanza de que se puede salir de los malos momentos. Que cuando todo parece perdido, todavía quedan cosas por las que luchar, personas que amar, lugares que conocer, canciones que cantar.

Siempre detesté a la gente que se ve completamente segura de que la terapia es la solución a todo, me parecía imposible que una persona hablándote pudiera ayudarte de alguna manera, pero tengo que admitir que tenían razón, sirve. A ver, siendo sincera, sé que me falta mucho que aprender, que no estoy dada de alta y que tengo que seguir con mi tratamiento psicológico, pero ahora tengo esperanza de que los días malos no son para siempre. Sé que estoy venciendo esto y ese es el regalo que quiero darles a ellas, la confianza y la fe de que todo va a estar bien, aunque parezca que cada vez se hunden más.

Mientras escribía, Hyunmin se la pasó mirando por encima de mi hombro, leyendo. Lo escuché llorar y reír a carcajadas, lo sentí abrazarme y apoyar su cabeza en mi hombro, pero nunca me volteé a mirarlo, no quería ver las lágrimas en su rostro, que seguramente son iguales a las que corren ahora por el mío. Sé que probablemente esté leyendo esto también —sí, definitivamente sí, lo escucho reírse—, así que voy a aprovechar a agradecerle al destino por ponerme en el camino a un hermano tan lleno de amor para dar; sin él, mi cable a tierra, yo no habría llegado tan lejos.

—Llegaste lejos porque trabajaste duro, yo solo te acompañé en el proceso —lo escuché decir, todavía apoyado en mi hombro.

—Shhh, no me interrumpas, que estoy terminando el libro —le reprocho mientras me seco las lágrimas.

Voy a terminar esto antes de que Hyunmin me siga interrumpiendo. Así que voy a hablarles directo a ustedes. Misuk y Jisu.

Se vienen momentos difíciles, pero tarde o temprano todo se va a acomodar, vamos a hacerle frente a cualquier cosa que se anime a desafiarnos, juntos podemos contra todo. Sé que somos una familia bastante extraña, como si intentáramos armar un rompecabezas con piezas de diferentes cajas, pero les aseguro que nunca les va a faltar amor y apoyo de nuestra parte.

Ojalá nuestra historia las inspire a enfrentar las adversidades con la frente en alto, a no dejar de hacer cosas por sus miedos, a ignorar lo que digan los demás y a ser ustedes mismas. Espero que puedan formar un grupo de amigos tan hermoso como el nuestro y, si quieren, compartirles esta historia para regalarles esperanza a ellos también. Deseo que confíen lo suficiente en mí, en su hermano y en Sabrina para contarnos cualquier cosa mala que les pase, para que busquemos juntos una solución. Para que, cuando la oscuridad llegue a engullirlo todo, puedan cerrar los ojos, respirar inhalando y exhalando contando hasta cuatro, pensar en cuán amadas y valiosas son, y se aferren a esa lucecita que está dentro suyo para patear la oscuridad fuera de sus vidas.

Son fuertes, sé que pueden hacerlo, pero si un día colapsan ante esa apabullante oscuridad, yo voy a meterme en ella con millones de luces incandescentes y la voy a patear por ustedes.

Ya no le tengo miedo.

Agradecimientos

A los doce años me enamoré de los libros y comprendí, rápidamente, que quería vivir rodeada de ellos. Imaginaba mi vida trabajando en el mundo de los libros, pero no sabía que quería hacer con exactitud. Pasé por muchas etapas, quise ser editora, escritora, diseñadora en una editorial, trabajar en la Feria del Libro, entre muchas opciones que se me ocurrían. Lo único que sabía era que los libros tenían que ser parte de mi día a día si quería ser feliz en mi trabajo.

A los quince, en una clase de guion, entendí que escribir me apasionaba a niveles inimaginables. Y aunque mi profesora adulaba mis textos, mis personajes, mis ideas, yo no confiaba tanto en mis escritos. Veía imposible que alguien quisiera leerlos. Así que enterré ese sueño, intenté olvidarme de él, y terminé estudiando Diseño gráfico. Que es una rama que me fascina, no me mal entiendan, pero no era lo que mi corazón realmente quería.

Hoy estoy escribiendo esto gracias a que muchas personas desenterraron mi sueño, le quitaron el polvo y me convencieron de que debía intentarlo.

Gracias a mi mamá, por quedarse incontables madrugadas haciéndome café para que pudiera escribir un ratito más y por enseñarme que merezco lo que sueño. A mi gran amor, por alentarme en los días malos, por no dejarme bajar los brazos. Gracias a Mica, que más que una amiga es una hermana a este punto, por enseñarme que soy más que mis limitaciones y que no pierdo nada intentándolo. Y a Camila, por apoyar este proyecto desde las primeras palabras que escribí allá por finales del 2021.

Gracias a Erica, mi editora, por confiar en la historia de Lina y sus amigos. Pero más que nada gracias por enseñarme tantas cosas en el proceso, disfruté cada paso que dimos juntas.

Gracias a Casy por ponerle tanto amor a la portada, por la paciencia cuando me ponía detallista, y por todas esas noches juntas escuchando a Taylor, ilustrando y riéndonos a más no poder.

Gracias a la comunidad de bookfluencers, a mi hermoso equipo de redes y a Cris Alemany. El 2023 me dio la posibilidad de conocer mucho mejor a todas estas personas maravillosas, que se han alegrado con cada noticia sobre este proyecto y me han apoyado aun cuando no me conocían del todo. Gracias por recibirme con los brazos abiertos, estoy agradecida de que estén en mi vida.

Y por último, gracias a cada personita que me sigue en mis redes y me ha alentado para que volviera a escribir. Gracias por estar pendientes de cada update y por sus incontables mensajes llenos de emoción. Está historia es por y para ustedes. Espero que, en los días malos, puedan volver a estas páginas y sentir que, a través de estos personajes, los abrazo a la distancia.

Escuchá las canciones de
Retratos de instantes perfectos con este QR.

Ver aquí



Lina carga con traumas del pasado y crisis de ansiedad, lucha cada día por superarlos y estar presente para apoyar a los que quiere, busca el amor y su propia felicidad, pero ahora deberá enfrentar un nuevo cambio en su vida.

Tendrá que dejar todo lo que conoce: su país, sus estudios y a sus amigos para empezar de nuevo al otro lado del mundo.

Se pregunta si podrá sobreponerse y trata de capturar cada momento de alegría a través de su cámara de fotos instantáneas. Tal vez así encuentre su camino a la felicidad en los recuerdos de instantes perfectos.



SOL CHIARA

Tiene 23 años, es diseñadora gráfica y técnica en Diseño Multimedial. Trabaja para Fundación El Libro desde principios de 2023 manejando sus redes sociales. Es una lectora apasionada y empezó a recomendar libros en internet en junio de 2020, como una forma de escapar del encierro de la pandemia. En 2022 la invitaron por primera vez a presentarse en una charla en la Feria del Libro y desde entonces ha participado en diferentes eventos de editoriales y de la movida juvenil.

@little.blue.books

Chiara, Sol
Retratos de instantes perfectos / Sol Chiara. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alfaguara, 2024.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-301-064-6

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863.9283



Diseño gráfico: Base_creativa
Ilustraciones: Casandra Bareilles Bravo
Correcciones: Guadalupe Rodríguez
Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial / Magalí Vidal

Edición en formato digital: marzo de 2024
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-631-301-064-6

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Instagram: novelas para chicxs
Tiktok: novelas para chicxs

Índice

Retratos de instantes perfectos
Dedicatoria
Capítulo 1. Jueves 6 de enero de 2022
Capítulo 2. Jueves 6 de enero de 2022
Capítulo 3. Jueves 6 de enero de 2022
Capítulo 4. Jueves 6 de enero de 2022
Capítulo 5. Cinco años atrás
Capítulo 6. Jueves 6 de enero de 2022
Capítulo 7. Viernes 7 de enero de 2022
Capítulo 8. Diciembre de 2021, Corea
Capítulo 9. Viernes 7 de enero de 2022
Capítulo 10. Viernes 7 de enero de 2022
Capítulo 11. Sábado 8 de enero de 2022
Capítulo 12. Cinco años atrás
Capítulo 13. Sábado 8 de enero de 2022
Capítulo 14. Domingo 9 de enero de 2022
Capítulo 15. Lunes 10 de enero de 2022
Capítulo 16. Martes 18 de enero de 2022
Capítulo 17. Viernes 21 de enero de 2022
Capítulo 18. Cinco años atrás
Capítulo 19. Viernes 21 de enero de 2022
Capítulo 20. Sábado 22 de enero de 2022
Capítulo 21. Lunes 24 de enero de 2022
Capítulo 22. Lunes 24 de enero de 2022
Capítulo 23. Martes 25 de enero de 2022
Capítulo 24. Cinco años atrás

Capítulo 25. Viernes 28 de enero de 2022
Capítulo 26. Sábado 29 de enero de 2022
Capítulo 27. Lunes 31 de enero de 2022
Capítulo 28. Martes 1 de febrero de 2022
Capítulo 29 Miércoles 2 de febrero de 2022
Capítulo 30. Cinco años atrás
Capítulo 31. Viernes 4 de febrero de 2022
Capítulo 32. Sábado 5 de febrero de 2022
Capítulo 33. Domingo 6 de febrero de 2022
Capítulo 34. Lunes 7 de febrero de 2022
Capítulo 35. Jueves 10 de febrero de 2022
Capítulo 36. Domingo 13 de febrero de 2022
Capítulo 37. Cinco años atrás
Capítulo 38. Lunes 14 de febrero de 2022
Capítulo 39. Lunes 14 de febrero de 2022
Capítulo 40. Viernes 18 de febrero de 2022
Capítulo 41. Domingo 20 de febrero de 2022
Capítulo 42. Cinco años atrás
Capítulo 43. Lunes 21 de febrero de 2022
Capítulo 44. Miércoles 23 de febrero de 2022
Capítulo 45. Jueves 24 de febrero de 2022
Capítulo 46. Sábado 26 de febrero de 2022
Capítulo 47. Domingo 27 de febrero de 2022
Capítulo 48. Lunes 28 de febrero de 2022
Capítulo 49. Martes 1 de marzo de 2022
Capítulo 50. Miércoles 2 de marzo de 2022
Capítulo 51. Viernes 4 de marzo de 2022
Capítulo 52. Sábado 5 de marzo de 2022
Capítulo 53. Domingo 6 de marzo de 2022
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre la autora
Créditos